
Letras de plata
LUA DE AGUA
SAMANTHA SOTTO YAMBAO

LUNA de AGUA

LUA de AGUA

SAMANTHA SOTTO YAMBAO

Traducción de Miguel Trujillo Fernández

Q Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Water Moon*
Editor original: Del Rey, un sello de Random House
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

1.ª edición: marzo 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 by
Esta novela se publica en virtud de un acuerdo con Dystel, Goderich and Bourret LLC. mediante International Editors and Yañez'Co.
All Rights Reserved
© de la traducción, 2025 *by* Miguel Trujillo Fernández
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 978-84-10495-10-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todos los que buscan nuevos comienzos.

GLOSARIO JAPONÉS

azuki: tipo de judía asiática, más fácil de digerir que otras leguminosas; es la segunda legumbre más consumida de Japón después de la soja.

daifuku: bolitas de mochi rellenas de judías *azuki* machacadas y mezcladas con miel.

deba: cuchillo para filetear pescado, pollo y carne.

fusuma: panel móvil que se utiliza para definir espacios interiores o a modo de puerta.

gampi, mitsumata y kozo: plantas típicas de Japón cuyas fibras suelen emplearse para fabricar papel.

gyokuro: variedad de té verde de alta calidad.

Hanafuda: estilo de baraja de cartas tradicional con diseños florales.

hansha: «reflejo».

horishi: tatuador (literalmente, «maestro de la talla»).

ikigai: concepto que se podría definir como «razón de ser» o «razón de vivir».

imagawayaki: dulce típico muy común en invierno y en los festivales, normalmente relleno de pasta de judías dulces.

irasshaimase: fórmula de saludo equivalente a «bienvenido» que se utiliza en establecimientos como restaurantes, hoteles, tiendas o cafeterías.

isekai: «otro mundo», «mundo diferente».

kamidana: «estante de dios» o «estante de espíritu», un altar doméstico en miniatura dedicado a una o varias entidades.

karintō: aperitivo dulce y frito a base de harina con aspecto de ramitas o salchichas; tradicionalmente se cubren de azúcar moreno.

kashu: «cantante».

kintsugi: «reparación dorada», técnica para reparar las grietas en la cerámica utilizando barniz de resina mezclado con polvo de oro.

kioku: «recuerdo».

kito: «calma».

kitsune: en el folclore japonés,

zorros espirituales que poseen habilidades paranormales.

koi: variedad de carpa de colores típica de Japón; se cree que trae buena suerte.

konbini: tiendas de conveniencia donde venden comida, bebida y diversos productos; también es común que cuenten con baños, cajeros automáticos y zonas de comedor.

kusudama: técnica de papiroflexia en la que se utilizan varias hojas de papel.

Kyoiku Hakubutsukan: «Museo de la Educación».

machiya: casas tradicionales de madera típicas de Japón, sobre todo de Kioto.

minshuku: alojamiento tradicional japonés, como una casa de huéspedes de gestión familiar.

Noh: arte escénico tradicional que combina drama, música y danza.

nomi: especie de cincel.

okaa-san: «madre», respetuoso.

okayu: plato similar a gachas de arroz.

onsen: baño natural de aguas termales.

orizuru: grulla de papel.

otou-san: «padre», respetuoso.

pachinko: juego recreativo similar al pinball.

roji: «suelo cubierto de rocío», un jardín por el que se pasa antes de la ceremonia del té.

ryokan: alojamiento tradicional japonés que solía hospedar a visitantes en estancias cortas y hoy suele ser alojamiento de lujo para occidentales.

-sama: sufijo honorífico, más respetuoso y formal que -san; suele utilizarse con clientes.

-san: sufijo honorífico formal que indica respeto, similar a «señor» o «señora».

shamisen: instrumento de cuerda tradicional japonés.

shiikuin: cuidador, guardián.

shinkansen: red de trenes de alta velocidad en Japón.

Sobo: «abuela».

suikinkutsu: elemento decorativo para jardines, consistente en un

recipiente hueco del revés con un agujero por el que caen gotas de agua que producen sonidos.

torii: puertas o arcos tradicionales, típicos de los santuarios sintoístas.

tsubo-niwa: tipo de jardín pequeño interior.

Tsukimi: festival en honor a la luna de otoño.

tsukubai: especie de lavabo junto a la entrada de un lugar sagrado para que sus visitantes se purifiquen.

washi: papel tradicional japonés, normalmente fabricado a mano.

yōkan: dulce gelatinoso con sabor a judías rojas dulces.

PRIMERA
PARTE

La flor caída no puede
regresar a la rama.
Un espejo roto no puede
volver a brillar.

CAPÍTULO UNO

La casa de empeños de lo que casi fue y lo que podría ser

El tiempo no tiene más fronteras que las que crea la gente. En aquel día de otoño particularmente frío, Ishikawa Hana[1] había creado esa frontera a partir de la capa más fina de su piel. Los párpados eran así de útiles. Y es que, mientras fuera capaz de mantener los párpados cerrados, podría mantener separadas las dos mitades de su vida: los veintiún años que había vivido antes de abrir los ojos, y todo lo que iba a pasar a continuación.

Se cubrió la cabeza con la manta y fingió que su primera mañana resacosa como la nueva dueña de la casa de empeños todavía no había comenzado. No importaba que ahora estuviera completamente despierta, que el último sueño de una enmarañada cadena que no podía recordar hubiera tenido lugar hacía más de una hora. Notaba la cabeza más pesada y la boca más seca de lo habitual, pero suponía que eso se debía menos al alcohol que había ingerido la

noche anterior y más a lo que le esperaba.

En unos momentos, su padre, Toshio, iba a llamar a su puerta para comenzar el día.

Hana insistía en aferrarse a la pequeña esperanza de que la cantidad de sake poco sensata con la que habían celebrado su jubilación fuera a mantenerlo en la cama un ratito más. Esta esperanza —si es que se la podía llamar así, teniendo en cuenta su tamaño— era más pequeña que un guijarro de río cubierto de musgo, e igual de escurridiza.

En todos los años que la casa de empeños había estado a cargo de Toshio, tan solo había habido dos ocasiones en las que no había abierto a la hora habitual. En esos dos días, no había llegado a abrir en absoluto. Pero Hana y su padre no hablaban sobre esos dos días. Jamás.

Si su casa de empeños fuera como otras casas de empeños corrientes, que comercian con diamantes, plata y oro, la familia Ishikawa, que se ha encargado del establecimiento desde hace generaciones, podría haberse permitido el lujo de tomarse días de baja por enfermedad y librar los fines de semana. Pero Toshio había instruido a Hana para tasar tesoros mucho más valiosos.

Encontraban a sus mejores clientes cuando el verano terminaba y las noches se volvían más largas y frías. La melancolía les venía bien para el negocio. No importaba que la tiendecita, que estaba escondida en un tranquilo callejón del distrito Asakusa de Tokio, no tuviera nombre. Aquellas personas que necesitaban sus servicios siempre conseguían encontrarla. Pero, si alguien fuera lo bastante curioso como para preguntarle a Hana cómo pensaba que debería llamarse la casa de empeños, ella ya tenía una respuesta preparada: *Ikigai*, el concepto japonés que se podría definir como «razón de ser» o «razón de vivir». No había ninguna otra palabra que encajara más con ella.

Hana tenía poco más de un año cuando aprendió a caminar sobre los suelos de madera oscura de la tienda, y desde entonces cada paso que había dado la había acercado más al momento de hacerse cargo del lugar cuando su padre se retirara. Él era viudo, y ella era su única heredera. La casa de empeños era el camino de su vida, su

único propósito. Su *ikigai*. Pero ni una sola vez, durante todo el tiempo que había jugado siendo una infante a los pies de su padre o trabajado junto a él como mujer joven, ninguno de los clientes se había molestado en preguntar cuál era el nombre de la tienda. Sus ojos reflejaban preguntas mucho más urgentes cuando Toshio les daba la bienvenida con una cortés reverencia. La primera era casi siempre sobre dónde estaban, y la segunda, sobre cómo habían llegado hasta allí.

Después de todo, nadie se esperaba encontrar una casa de empeños detrás de la puerta de un restaurante de ramen.

Cualquiera que hiciera cola fuera del popular restaurante que tanto tiempo llevaba allí te diría que su ramen de soja era el mejor de la prefectura de Taitō. Para muchos, el aroma que flotaba desde los cuencos humeantes de fideos y lonchas de panceta de cerdo perfectamente cocidas que nadaban en un caldo de huesos oscuro y denso hacía que la espera resultara más fácil. Para otros, hacía que el tiempo que pasaban en la serpenteante cola pareciera el doble de largo. Aun así, todos respiraban hondo y se llenaban de la sabrosa promesa del aire hasta que llegaba su turno de entrar en el abarrotado restaurante que tal vez podría haberse considerado moderno dos décadas antes. Las paredes amarillentas, cubiertas de fotos autografiadas de los clientes famosos, les daban la bienvenida mientras se abrían paso hacia los asientos vacíos. Pero, a pesar de haber atravesado su puerta, algunos de los hambrientos no llegaban hasta el comedor del restaurante. En su lugar, los recibía el mostrador tenuemente iluminado de una casa de empeños y el tintineo de una campanilla de cobre en la puerta.

El recuerdo de ese tintineo resonó en la cabeza de Hana mientras se aovillaba bajo su manta. La instó a levantarse y aceptar lo inevitable. Se cubrió las orejas con las palmas y luchó en vano por impedir que su mente saliera de la cama por delante de ella. Algunos de sus pensamientos ya estaban casi vestidos, abrochándose los últimos botones del impecable uniforme negro de la casa de empeños. Otros ya se encontraban en el despacho que había debajo de su habitación, imaginando cómo iba a pasar su padre su primer día de jubilación: rondando cerca de ella y

revisando cualquier cosa que hiciera.

Si detectaba algún error, no le diría nada. Jamás lo hacía. Era suficiente con la más leve elevación de su ceja derecha. Toshio prefería el silencio a las palabras, y reservaba su energía y su aliento para sus clientes. Hana se había vuelto bastante hábil a la hora de interpretar su respiración silenciosa, sus medias sonrisas y sus miradas. Su único recuerdo de su padre perdiendo los nervios era de una tarde tormentosa en la que ella tenía diez años y había extraviado un antiguo reloj de muñeca empeñado. Los ojos de su padre se habían vuelto más oscuros que las nubes revueltas sobre el jardín del patio de su casa, y cuando la agarró por los delgados hombros y bajó la boca hasta su oreja, a ella se le cayó el corazón hasta los dedos de los pies. La voz de su padre era tan ligera como la brisa, pero sus palabras aullaron dentro de Hana con más fuerza que cualquier tifón.

—Encuéntralo —le había dicho—. Ahora mismo.

Hana no sabía lo que habría ocurrido si no hubiera encontrado el reloj más tarde ese mismo día, detrás de una pila de libros en la trastienda. Lo único que tenía claro era que no quería volver a oír jamás a su padre hablándole de esa forma.

La joven tomó aire de forma temblorosa, trayendo sus pensamientos de vuelta al presente. Un peso invisible le oprimía el pecho. Había esperado que su futuro le pareciera más pesado, o al menos, más pesado que un gato bien alimentado, pero en lugar de eso, la montaña de días que se tambaleaba sobre su pecho parecía tan liviana como un montículo hecho de simples cascarones, cada uno de ellos vaciado y agotado antes de que dicho futuro hubiera comenzado. Se sabía de memoria cada segundo de los días que yacían frente a ella. Después de todo, se había pasado toda su vida observando a su padre viviéndolos. Y, ahora, la vida de su padre era la suya, y desde ese momento en adelante no habría nada nuevo jamás.

Se dio la vuelta para colocarse de lado. El borde de una fotografía amarillenta asomaba por debajo de su almohada. Hana sacó la foto descolorida y la miró con los ojos entrecerrados bajo la manta. Los ojos de una mujer joven que podría haber sido su hermana gemela

le devolvieron la mirada.

—Buenos días, Okaa-san —saludó Hana a la madre que nunca había conocido, y metió la única foto que tenía de ella de nuevo en su escondrijo. Se quitó la manta de encima y miró a través de sus pestañas oscuras. Un rayo de luz de sol le hería los iris, así que cerró los ojos con fuerza y salió de la cama. No necesitaba ver su habitación para orientarse por ella. Aquel dormitorio y la casa de empeños que estaba debajo de él componían todo su mundo, y en ese día, aquel mundo le parecía todavía más pequeño.

Y silencioso.

Hana inclinó la cabeza a un lado, esforzándose por escuchar el tintineo familiar de las tazas y los cuencos en la cocina que había en el piso inferior. Pero lo único que se filtraba a través de la puerta era el silencio.

Estaba segura de que la jubilación no bastaría para que un hombre como Toshio se alejara de sus rituales. A pesar de que el pequeño altar que su padre tenía en la casa honraba a los espíritus, el dios al que realmente rendía culto era la rutina. La taza humeante de té verde tostado que se tomaba cada mañana era sagrada, sin importar cuánto sake o whisky nadara dentro de él después de la noche anterior.

Hana pegó la oreja a la puerta. Tan solo había dos posibles razones por las que la casa de empeños pudiera estar tan silenciosa, y ninguna de ellas era buena.

1. N. del T.: En japonés, el apellido siempre precede al nombre de la persona. Se aplica a todos los personajes japoneses de la novela.

CAPÍTULO DOS

La última clienta de Ishikawa Toshio

El día anterior.

El otoño había empezado temprano y, desde su llegada, el número de clientes de la casa de empeños se había duplicado.

Toshio cambió de postura para aliviar el juanete de su pie izquierdo. Su estómago gruñó dos veces a través de su traje negro. Él lo ignoró y se ajustó la corbata. Aquel no era el primer día que había estado demasiado ocupado como para poder comer, pero sí que iba a ser el último. Cuando cerraran la casa de empeños en menos de una hora, iba a estar oficialmente jubilado, y jamás tendría que volver a trabajar durante la hora de la comida. Había esperado que ese pensamiento lo hiciera sonreír, pero las comisuras de su boca se negaban a dejarse persuadir para curvarse lo más mínimo hacia arriba. Una campanilla de cobre tintineó, anunciando la llegada de su último cliente.

—*Irasshaimase* —dijo Toshio para darle la bienvenida con una sonrisa ensayada y la voz tan suave como el sake tibio.

Hana asomó la cabeza desde la trastienda, con el libro de registros de aquel mes bajo el brazo. Toshio le hizo un gesto para que volviera a entrar y dirigió su atención a la mujer elegante que acababa de cruzar la puerta.

—¿Cómo puedo ayudarla?

La mujer respondió a la sonrisa de Toshio con una mirada desconcertada. Aunque sus facciones de porcelana la hacían parecer

más joven que él, su pelo, recogido en un moño suelto en la nuca, compartía el color con el solitario collar de perlas blancas de agua dulce que llevaba alrededor del cuello.

—Lo siento mucho. Me he equivocado. Pensaba que la cola de fuera era para el restaurante de ramen.

—Así es —dijo Toshio.

La mujer miró la estancia a su alrededor.

—¿Esto es el restaurante?

—No. Esto es mi casa de empeños.

—¿El restaurante está arriba?

Toshio negó con la cabeza.

—Pues no. —Una profunda arruga apareció en la hermosa frente de la mujer—. Debe de estar cansada de haberse pasado tanto tiempo en la cola. ¿Tal vez le gustaría sentarse un rato?

Toshio hizo un gesto hacia una mesa baja rodeada de un conjunto de cojines de seda para el suelo en un rincón de la habitación.

La mujer levantó la barbilla y se tocó los labios delgados.

—Eh… Habría jurado que esto era el restaurante. Vi que el hombre que estaba en la cola delante de mí pasaba por esta puerta. Vi las mesas y las sillas, y… —Bajó la cabeza en una pequeña reverencia—. Siento haberlo molestado.

—No hace falta que se disculpe. ¿Puedo ofrecerle algo para beber? ¿Tal vez un té?

—Gracias, pero es que…

—Por favor, insisto. No es ninguna molestia. —Toshio salió de detrás del mostrador y llamó por encima del hombro—: ¿Hana? ¿Puedes traer un poco de té? Tenemos una invitada.

★★★

Hana cerró el libro de registros y se levantó de un escritorio que había pertenecido una vez a su madre. Conocía su señal para entrar en acción tan bien como conocía el único pensamiento que daba vueltas en ese instante por la mente de la mujer.

Té. En ese momento de la conversación con su padre, todos los clientes se preguntaban lo mismo. Se trataba de un pensamiento

sencillo, pequeño y ligero como el aire, sin ningún borde afilado con el que pudieran cortarse. Todos habían bebido té antes, y recordaban cómo fluía sobre sus lenguas, se deslizaba por sus gargantas y les calentaba el alma. Jamás había sucedido nada malo por tomarse una taza de té, y no se les ocurría una sola razón para rechazar el amable ofrecimiento del dueño de la casa de empeños. En todo caso, sería de mala educación decir que no, teniendo en cuenta que eran ellos los que habían entrado en su tienda por error. Trataban de recordar hacia dónde se dirigían en primer lugar, pero lo máximo que podían evocar era la sensación de un vacío frío en el estómago. El té podía aliviar eso. Tal vez habían estado haciendo cola desde el principio para beberse ese té. Hana llenó una tetera de agua y la colocó sobre el fogón.

—Un té estaría bien —dijo la mujer, y asintió sonriente con la cabeza.

—Maravilloso. Mi nombre es Ishikawa Toshio. —Hizo un gesto hacia uno de los cojines del suelo—. Por favor, siéntese.

—Gracias. —La mujer se acomodó sobre un cojín que era del mismo tono de gris que el día del exterior—. Yo soy Takeda Izumi.

—Gracias por decidirse a visitarnos hoy, Takeda-sama. Estoy seguro de que descubrirá que en esta casa de empeños hacemos ofertas muy justas, si no generosas.

—Pero yo no he venido para…

Izumi hizo rodar una perla de su collar entre el índice y el pulgar, frunciendo el ceño como si estuviera rebuscando entre los cajones de su cabeza, tratando de encontrar lo que había querido decir a continuación.

Hana se acercó con el té sobre una bandeja negra lacada.

—Hana, esta es Takeda-sama —la presentó Toshio.

La joven hizo una reverencia.

—Bienvenida a nuestra casa de empeños. Espero que disfrute del té —dijo, colocando la bandeja sobre la mesa.

Izumi se giró hacia Toshio mientras Hana se marchaba.

—Tiene usted una hija encantadora, Ishikawa-san.

—Gracias. Ha salido a su…

Toshio reprimió sus siguientes palabras con una sonrisa tensa.

Clavó los ojos en el té y lo sirvió en unos pequeños cuencos de cerámica. Los recipientes eran del color del mar más calmado, pero unas grietas de diverso tamaño se arrastraban por su esmalte. De no ser por la técnica del *kintsugi* empleada para repararlos, se habrían hecho pedazos. Las grietas estaban llenas de oro en polvo y barniz que surcaban los cuencos como relámpagos.

—Son exquisitos —dijo Izumi, admirando los cuencos.

—Gracias. Me enfadé mucho conmigo mismo por haber tropezado y dejarlos caer, pero en esta ocasión he de admitir que me siento agradecido por mi torpeza. —Toshio le tendió su té a Izumi—. Las cosas rotas tienen una especie de belleza única, ¿no le parece?

Izumi recorrió la delicada unión dorada del cuenco con la punta de un dedo con la manicura perfecta.

—Algunas cosas llevan su daño mejor que otras —dijo en voz baja, tan baja que era como si temiera que su voz pudiera hacer pedazos el cuenco.

—Yo he encontrado belleza en toda clase de cosas rotas. Sillas. Edificios. Gente.

Izumi levantó la mirada de su té.

—¿Gente?

—Sobre todo gente. Las personas se rompen de las formas más fascinantes. Cada abolladura, rasguño o grieta nos cuenta una historia. Las cicatrices invisibles esconden las heridas más profundas, y son las más interesantes.

Izumi hizo girar uno de sus dos grandes anillos de diamantes alrededor de su dedo, tirando de la piel.

—Ese es un punto de vista bastante peculiar, Ishikawa-san.

—Oh, es más que un punto de vista. Es la precisa razón por la que tengo este negocio. Esta es una clase de casa de empeños diferente, Takeda-sama. No estamos en el negocio de comerciar con baratijas. Los anillos de diamantes y los collares de perlas no tienen ningún valor aquí.

★★★

Hana escuchaba a Izumi y a su padre desde la trastienda. Ya había

oído esa misma conversación mantenida entre cuencos de té más veces de las que podía contar.

Pero, sin importar cuántas veces hubiera pronunciado esas palabras, su padre siempre sonaba sincero. En su mayor parte, les contaba la verdad a sus clientes, con independencia de lo difícil que fuera para ellos creer en esa verdad. Aunque lo que él compartía con sus clientes, en opinión de Hana, no era de ningún modo una revelación impactante, siempre tardaban unos momentos en conseguir bajar las cejas. Aquello era comprensible. Al otro lado de la puerta del restaurante de ramen, arriba era arriba y abajo era abajo, y las casas de empeños como aquella no existían. La habilidad especial de Toshio, como Takeda Izumi estaba a punto de descubrir, era, durante el tiempo que ella tardara en terminarse el té, convencerla para que se olvidara de todo lo que le habían enseñado a creer y que permitiera que su mente tocara lo que sus manos no podían.

Hana volvió hasta su escritorio y tomó un libro del montón que había sobre él. Se trataba de un ejemplar de tapa blanda lleno de esquinas dobladas, cuyas páginas se aferraban al lomo por pura fuerza de voluntad. Un cliente llamado Ito Daisuke lo había empeñado aquella mañana. Comprobó el artículo con la lista de su libro de registros e hizo una pequeña marca de confirmación cuando verificó que todo estaba en orden. Era su objeto favorito de todos los que habían acabado en la casa de empeños ese día.

Hana sacó las antiguas gafas con montura dorada de su madre de un cajón del escritorio. Se las puso, se las ajustó sobre la nariz y, a través de sus lentes, vio el libro como lo que era en realidad: una decisión que había cambiado el curso de la vida de Ito Daisuke.

Su auténtica forma era mucho más bonita que la de un libro. Había cambiado sus páginas por plumas hechas de volutas de luz para transformarse en un resplandeciente pájaro cantor. Este se posó sobre el dedo de Hana, con sus colores cambiando constantemente entre el azul y el dorado.

Una vez, ese pájaro había cantado con fuerza dentro de Daisuke mientras trabajaba en la escritura de una novela de misterio cada noche durante cinco años, después de su turno como dependiente

de una tienda de alimentación. Cuando la abandonó y eliminó todos sus borradores sin terminar dos años antes, el pájaro se fue apagando, se quedó en silencio y se volvió tan negro como el carbón. Le picoteaba las tripas cada vez que Daisuke pensaba en la serie de asesinatos ficticios en el distrito de Harajuku que jamás iba a resolver. Pero ahora había empeñado su decisión, así que era libre. Iba a haber ocasiones en las que sintiera un vacío frío en el lugar donde su decisión había vivido una vez, pero se le acabaría pasando. No iba a recordar esa decisión, ni la casa de empeños, ni al hombre que lo había persuadido para que se deshiciera de una novela de misterio maltrecha. La paz mental, según Toshio le había dicho, valía la pena el precio de no saber jamás lo que ocurría después de la página 254.

Hana se quitó las gafas e hizo hueco para el libro de Daisuke sobre un estante, junto a un conjunto de llaves de una casa y un billete de avión roto en dos. Esa noche, cuando la casa de empeños cerrara, su padre recogería todos los artículos del estante y los guardaría en la cámara acorazada, junto con el resto de las adquisiciones del día.

★★★

Takeda Izumi pestañeó, tratando de comprender las palabras que flotaban en el aire sobre los dos cuencos de té agrietados.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Cómo puede la gente empeñar decisiones?

—El «sentido» es algo relativo —respondió Toshio—. Hay cosas que tienen sentido en su mundo y que son ridículas en el mío. Yo nunca he sido capaz de comprender el propósito de las televisiones o los teléfonos.

—¿Qué quiere decir con «su mundo»?

—Usted viene del mundo que se encuentra al otro lado de esa puerta. Mi hija y yo somos del mundo que hay dentro. Cada vez que alguien de su lado halla el camino hasta nuestra casa de empeños, siempre hay una buena razón para ello. Nuestros clientes han tomado decisiones que se han vuelto demasiado pesadas para seguir cargando con ellas. Nosotros les quitamos esas decisiones de

las manos para que puedan regresar a su mundo más ligeros. Satisfechos.

—¿Esto es una broma?

—Yo no bromearía con esta clase de cosas. Aquí llevamos a cabo una labor muy importante.

Izumi aferró su bolso.

—No sé qué clase de juego es este, pero no tiene ninguna gracia.

—No es ningún juego, y no pretendo hacerle ninguna gracia. No puedo obligarla a que se quede, pero sé a ciencia cierta que nadie encuentra la casa de empeños por accidente. Si usted no necesitara de nuestros servicios, habría abierto esa puerta y habría entrado al restaurante de ramen, al igual que todos los demás clientes que esperan haciendo cola fuera.

Izumi cuadró los hombros y levantó la barbilla.

—Suponiendo que lo que me dice fuera cierto, aunque no lo es, sigo sin necesitar sus servicios. No hay nada de lo que me arrepienta.

—Le pido disculpas si la he ofendido, Takeda-sama. —Toshio inclinó la cabeza—. Pero llevo mucho tiempo haciendo este trabajo. Puedo ver cuándo las personas son felices y cuándo no lo son, con independencia de lo bien vestidas que estén o lo relucientes que sean sus sonrisas. La felicidad tiene poco que ver con lo que uno tiene, y todo que ver con lo que no tiene.

Izumi aferró el bolso con más fuerza.

—Usted no sabe nada sobre mí.

—Puede ser. Pero lo que sí sé es lo que he aprendido de la experiencia colectiva de todas las generaciones de mi familia que han dirigido esta casa de empeños. Todos los clientes que han pasado por nuestra puerta han insistido en que se han encontrado con nuestro pequeño establecimiento porque se habían perdido. Y tenían razón. A menudo, perderse es la única forma de encontrar algo que uno no sabe que está buscando.

—Sé perfectamente bien lo que estaba buscando hoy. Ramen.

—Hay muchos restaurantes de ramen buenos en la ciudad. ¿Por qué estaba buscando este restaurante en particular?

—Antes vivía en este barrio, cuando era más joven. Comía en este

restaurante muy a menudo.

—Pero seguro que habrá probado algún ramen mejor desde entonces, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero…

—Y estoy seguro de que una mujer como usted podría permitirse fácilmente un establecimiento con mejor ambiente. —Izumi hizo girar las perlas alrededor de su cuello, con los ojos clavados en el té —. Pero este restaurante no es como cualquier otro restaurante, ¿verdad? —preguntó Toshio, e Izumi apartó la mirada—. No se preocupe, Takeda-sama. No tengo ninguna intención de fisgonear; yo ya sé por qué ha decidido visitar hoy el restaurante. —Izumi levantó las delgadas cejas, y Toshio unió las manos por encima de la mesa—. Ha dicho que solía frecuentar este restaurante cuando era joven. La gente suele revisitar el pasado para volver a vivir recuerdos agradables, para alejar los malos, o ambas cosas.

—Ya que parece pensar que me conoce tan bien y no está dispuesto a aceptar mi simple deseo de comer ramen como mi única explicación para estar aquí, ¿le importaría compartir conmigo cuál de esas razones piensa que es la mía? —preguntó Izumi.

—Ha venido al restaurante para cenar con un fantasma.

—Eso es… —La voz de Izumi se le atascó en la garganta—. Eso es una absurdidad.

—Entonces, ¿iba a comer con alguna amistad?

—Bueno, pues… no. Iba a comer sola. Me gusta venir aquí yo sola. Vengo por lo menos una vez todos los otoños.

—Pero, en realidad, nadie come nunca solo, ¿verdad? —dijo Toshio —. Nuestros pensamientos comparten nuestras comidas con nosotros. Nos hacen compañía, sin importar si los invitamos a hacerlo o no, y son especialmente ruidosos cuando son los únicos con los que compartimos nuestra mesa. Charlotean sobre todas las cosas que no podemos decir en voz alta. En su caso, supondría que les gusta rememorar un tiempo en el que usted no era la mujer que es hoy, un tiempo, tal vez, en el que le gustaba compartir la mesa en el restaurante de ramen con otra persona.

—Pare.

—Usted discute con sus propios pensamientos e insiste en que se

equivocan, pero ellos siguen hablando hasta que su ramen se queda frío. Pero eso no le impide volver aquí cada vez que tiene la oportunidad, porque un cuenco de ramen frío sigue sabiendo mejor que cualquier comida caliente en su casa.

—Pare. —Las lágrimas se acumularon en los ojos de Izumi y se derramaron por sus pálidas mejillas—. Por favor, pare.

—Lo siento. Usted me ha hecho una pregunta y yo se la he respondido. Hay muchas cosas que me gustaría no saber, pero después de haberme pasado la vida entera en esta casa de empeños, puedo leer las historias de mis clientes como si las llevaran escritas en sus caras.

Izumi se secó los ojos.

—Yo no soy su clienta.

—Tiene razón. —Toshio entrelazó los dedos—. Todavía no he decidido si lo que desea intercambiar tiene algún valor.

—Ya basta. Estoy cansada de sus juegos. —Nuevas lágrimas llenaron sus ojos—. ¿Quién es usted?

—Soy simplemente un hombre que ofrece un servicio único a aquellos que lo solicitan, un hombre que se da cuenta de que usted no llora porque está triste, sino porque está enfadada. Aunque no conmigo. Le gustaría estarlo, pero no es así. Ya estaba furiosa incluso antes de poner un pie dentro de esta casa de empeños.

Izumi lo fulminó con la mirada, con un rubor subiéndole por el cuello.

—Por supuesto que estoy enfadada. Odio tener todas las razones posibles para ser feliz, pero aun así, lo único que siento son las grietas que se extienden dentro de mí cada vez que me obligo a sonreír. ¿Eso era lo que quería que dijera? ¿Eso es lo que quiere que empeñe? ¿Una sonrisa rota arreglada con oro, al igual que uno de sus cuencos de té? Porque, si quiere aceptarla, se la entregaré ahora mismo.

—Entonces, ¿cree lo que le he contado acerca de la casa de empeños?

—Demuéstremelo. Hágame creer.

—Muy bien. Muéstreme su decisión, y yo le diré lo que vale.

—¿Que se la muestre? ¿Cómo? Una decisión no es algo que se

guarda en un bolsillo o en el bolso.

—Usted lleva consigo todas las decisiones que ha tomado alguna vez en su vida, Takeda-sama. Esta decisión no es diferente —dijo Toshio—. Y me parece que ya sabe exactamente dónde encontrarla.

CAPÍTULO TRES

Un billete de autobús

Un espejo de bolsillo. Un tubo dorado de pintalabios mate. Las llaves de casa. Takeda Izumi se había dado cuenta de que, por norma, tenías que apartar a un lado al menos tres cosas de tu bolso antes de encontrar lo que estabas buscando.

Apartó las llaves. Un monedero de cuero rojo se escondía detrás de un paquete de toallitas para las manos sin aroma. Lo sacó, al igual que había hecho cada vez que necesitaba pagar sus caramelos favoritos en el *konbini* de la planta baja de su edificio. No confiaba en sí misma para tener provisiones en casa, y prefería darse un homenaje cada vez que reunía suficiente cambio. Cuando era más joven, le había resultado más fácil mantener su figura, pero ahora, hasta el vistazo más furtivo al puesto de *imagawayaki* junto al que pasaba de camino a la floristería de la que era dueña le hacía ganar peso. Aun así, había días en los que el aroma de las tortitas rellenas y recién hechas resultaba demasiado difícil de resistir. Sus favoritas eran las que estaban rellenas de una pasta de judías rojas dulce. En esos días, se saltaba la cena. Por suerte, a su marido no le importaba comer solo. A veces, hasta parecía preferirlo.

Habría sido diferente si hubieran tenido hijos. Izumi se imaginaba que habrían comido todos juntos a la misma hora todas las noches, con su hijo respondiendo educadamente a las preguntas sobre su día. Su hija, la más charlatana de los dos, se reiría suavemente

mientras compartía historias sobre sus amigos. Su marido comería sin hablar, asintiendo con la cabeza de forma ocasional cuando pensaba que alguien había dicho algo interesante. Izumi trató de imaginárselo hablando más, pero después de casi tres décadas de matrimonio sus pensamientos no eran tan maleables como antes. No le importaba. Solo las personas que todavía tenían sueños necesitaban una buena imaginación.

Vivir sin ningún sueño hacía que las cosas fueran más sencillas. La rutina era un buen sustituto para cualquier cosa de la que la vida careciera. Si la planificabas lo bastante bien, podría llevarte desde el momento en que abrías los ojos por la mañana hasta el segundo justo antes de sumirte en el sueño por la noche sin dejar ningún espacio para las fantasías, los deseos amarillentos o los pensamientos polvorientos. Izumi casi disfrutaba de su rutina diaria de regentar su pequeña floristería, volver a casa a tiempo para prepararle la cena a Yoshi, y pasarse por el *konbini* para reabastecer el pequeño suministro de dulces de su bolso.

Pero ese día estaba sacando su monedero del bolso por un propósito totalmente diferente. El extraño dueño de una casa de empeños le había pedido ver una decisión que había tomado hacía toda una vida, y por alguna razón que jamás iba a poder expresar con palabras sabía que estaba metida dentro de su monedero, tintineando con el dinero suelto.

Izumi abrió la cremallera del monedero e hizo un cálculo mental rápido. Rebuscó entre las monedas y sacó una cantidad equivalente al precio del billete de autobús que había necesitado para ir desde la casa de su infancia hasta el restaurante de ramen. Dejó las monedas sobre la mesa.

Esas monedas ya no bastaban para pagar por el mismo viaje en la actualidad, pero hacía años habría podido comprar un billete de autobús y todavía le habría quedado dinero suelto suficiente para comprar un par de sus caramelos favoritos. Y, en esa época, no tenía que preocuparse de ganar peso. Porque, a diferencia de su marido, Junichiro la amaba, sin importar la forma que tuviera. Después de todo, Junichiro había sido la persona directamente responsable de que sus vestidos le quedaran cada vez más ajustados, desde que

habían empezado a reunirse dos veces por semana en el restaurante de ramen donde él trabajaba.

Ya había pasado mucho tiempo desde que Junichiro había dejado el restaurante de ramen, pero todos esos años después Izumi todavía visitaba el establecimiento cuando los árboles se volvían de un dorado rojizo y el apetitoso aroma del ramen se mezclaba con el frío del aire. Le gustaba aspirar el olor lo más hondo que podía en sus pulmones, para calentarse a sí misma con antiguos recuerdos de sonrisas fáciles y conversaciones todavía más fáciles. Aquel era uno de esos días de otoño, pero en esa ocasión una casa de empeños había ocupado el lugar del restaurante.

—¿Puedo? —Toshio señaló con un gesto las monedas que Izumi había colocado sobre la mesa, entre ellos. Las juntó y sintió su peso —. Pesan más de lo que parece. Ocurre con la mayoría de las decisiones. Necesito examinarlas con más atención para darle un precio justo.

El hombre sacó un par de gafas viejas del bolsillo de su camisa y se las puso sobre la nariz. Eran idénticas a las de su mujer, salvo por que las suyas tenían la montura plateada y las de ella la tenían dorada. Las de él lo hacían parecer un búho.

—Me da igual el precio. Quédeselas y ya está.

—Me temo que no funciona de esa manera. Si yo no le diera algo a cambio, usted se preguntaría eternamente qué es lo que ha dejado atrás. —Toshio examinó cada moneda y asintió lentamente con la cabeza—. Ya entiendo —dijo, cambiando a un tono que era más suave y amable.

—¿Qué es lo que entiende?

—Por qué no se subió al autobús hace todos esos años y se encontró con Junichiro en el restaurante de ramen, tal como habían acordado.

Izumi bajó la mirada.

—No… no tenía elección.

—Y, sin embargo, aquí está.

Toshio colocó las monedas en una línea recta sobre la mesa.

—Estaba…

—No necesita explicarme nada. He examinado sus monedas. Sé

cuál es la decisión que tomó y por qué la tomó.

—Debe de pensar que soy una persona horrible.

—Pienso que usted es una clienta que necesita nuestros servicios. Estoy seguro de que estará cansada de cargar con esta decisión por todas partes.

—Mi marido es un hombre bueno y fiel. Se merece una mujer que no viva en el pasado.

—¿Usted lo ama? —Izumi clavó la mirada en sus manos—. ¿Él la ama a usted?

—A la gente se le enseña que el amor es algo que debería desear. Pero lo único que necesitamos en realidad es no estar solos cuando llegamos a casa, y tener a alguien que se despida de nosotros en la puerta cuando nos marchamos.

—Y eso es más de lo que tiene mucha gente. —Una sonrisa que hacía parecer a Toshio más viejo y cansado encontró sus labios—. Creo que estará muy complacida con el precio de su decisión. Puedo quitársela de las manos ahora mismo y ya no volverá a tener antojo de ramen en otoño nunca más.

★★★

Hana envolvió una pequeña cajita de madera con un paño de seda que se parecía a la primavera. Ella misma había pintado las flores sobre la seda, esforzándose por hacer que cada caja envuelta pareciera única, a pesar de que su contenido era exactamente el mismo. Su padre nunca cambiaba lo que ofrecía a cambio de las decisiones de sus clientes, sin importar cuál fuera su valor. Cada caja contenía la misma cantidad de té verde.

Cuando era pequeña, su padre le preparaba un juego de esconder las cajas de té por toda su casa, dejando toda clase de pistas para que las encontrara. Acertijos metidos en botellas de sake vacías. Rompecabezas matemáticos plegados en forma de zorros de origami. Un jarrón descascarillado que estaba fuera de su sitio. No podía pasar nada por alto. Su pequeña búsqueda del tesoro la mantenía felizmente entretenida mientras él estaba ocupado haciendo inventario o atendiendo a los clientes. A menudo, Hana lo

sorprendía tratando de reprimir una sonrisa cuando sus pistas la engañaban para que fuera a la izquierda en lugar de a la derecha. Con el tiempo, fue mejorando a la hora de resolver sus acertijos, incluso aunque a primera vista no parecieran acertijos siquiera. Toshio se enorgullecía particularmente de las pistas que escondía totalmente a la vista.

Esas pistas fueron la primera lección de Hana en el arte de tratar con los clientes. Al igual que cuando buscaba las pistas de su padre, con práctica y unos buenos ojos, uno siempre podía hallar la verdad que un cliente trataba de esconder con tanta claridad como cualquier rasgo de su rostro. Pero Hana nunca había pensado en sus pequeñas búsquedas del tesoro como lecciones. En lugar de eso, le gustaba fingir que las cajas que encontraba eran regalos de su difunta madre, y que cada pista era un código secreto que le decía «Te quiero», «Te echo de menos» y «Volveré a verte».

Hana había escogido uno de sus diseños de paño favoritos para envolver la caja de Takeda Izumi. La mujer parecía tener la misma edad que habría tenido su madre si todavía estuviera viva. Basándose en la única fotografía que Hana tenía de su madre, Izumi y ella compartían la misma forma de la cara y los labios delgados. Sus ojos eran diferentes, pero no pasaba nada. Hana anudó la seda dos veces, colocó la cajita de té sobre una bandeja lacada, y se dirigió hacia el mostrador donde estaba esperando Takeda Izumi.

★★★

La mujer admiró el jardín pintado sobre el envoltorio de seda. Una sonrisa se extendió por sus labios, a pesar de que todavía no tenía ni idea de lo que había en su interior.

—Por favor, ábralo —le pidió Toshio.

Izumi desató el nudo de seda y dejó que el paño se extendiera alrededor de una caja de madera sencilla. Levantó la tapa. Un aroma fresco y verde, mezclado con la dulce fragancia de la fruta escarchada, salió flotando de ella. La sonrisa de Izumi se volvió más intensa ante el olor y la visión de las hojas de un verde oscuro de las que este salía. *Gyokuro*. Se trataba de la clase de té de más alta

calidad, cultivada con esmero en plantaciones a la sombra. Prepararlo exigía el mismo esmero, pero Izumi tenía ganas de llevar a cabo cada paso meticuloso. Valía la pena tomarse el tiempo necesario para extraer sus sabores a cambio del lujo de perderse en ellos.

—Espero que sea de su agrado —le dijo Toshio—. Este es el pago estándar por todos los artículos que se traen a la casa de empeños.

—¿Estándar? Entonces, ¿por qué ha tenido que examinar mi decisión?

—Para comprobar si era merecedora de este té.

—Yo podría haber comprado este té por mi cuenta.

—Podría haberlo hecho, y lo más probable es que supiera de maravilla. Pero no sería este té que le estoy ofreciendo ahora. No sería el té que se va a llevar a cambio de una decisión que partió su vida en dos. No sería el té del que por fin será capaz de disfrutar sin que su mente divague hasta un restaurante de ramen y el recuerdo del hombre que la espera en su interior. Puede que envíe a todos mis clientes a sus casas con este té, pero ya no será el mismo cuando se lo beban de sus tazas.

—¿A qué se refiere?

—No hay dos personas que puedan desprenderse de la misma decisión. Cada persona tiene su propia idea del sabor que tiene la libertad. Para usted, puede que sea algo reconfortante y cálido, como la alegría de mirar por la ventana en un día de lluvia, sin querer estar en ningún otro lugar. Para mi próximo cliente, podría saber a valor, algo embriagador y oscuramente dulce. —Izumi cerró la caja—. ¿Está de acuerdo con este intercambio? —le preguntó Toshio.

—El dolor es lo único que me queda de Junichiro. He vivido con él durante tanto tiempo que no sé si seré capaz de reconocerme a mí misma sin él.

—Entonces, puede considerar esto como su oportunidad de averiguarlo.

—Pero ¿qué pasa si cambio de opinión? ¿Qué pasa si quiero recuperar mi decisión?

—Esto es una casa de empeños, no una tienda. Si deseara

recuperar su decisión, lo único que tendría que hacer es pagarme.

Izumi exhaló y relajó los hombros.

—Bien.

—Con intereses.

—¿Qué clase de intereses se puede pagar sobre el té?

—Podemos hablar de ello si cambia de opinión, pero si eso ocurriera, usted sería la primera en hacerlo.

—¿Ninguno de sus clientes ha regresado alguna vez para recuperar su decisión?

—Ninguno —dijo Toshio—. Y si nadie viene a recuperar su decisión cuando termina la semana, la casa de empeños se la queda.

Izumi se mordisqueó el labio inferior.

—Eso no parece demasiado tiempo.

—¿Cuánto tiempo puede tardar alguien en decidir si tiene ganas o no de sonreír? Yo no la estoy obligando a hacer este intercambio, Takeda-sama. Si siente alguna duda, puede llevarse su decisión libremente y volver al restaurante de ramen.

—¿Seré capaz de encontrarlo otra vez?

—Yo no tengo ningún poder sobre quién cruza la puerta de la casa de empeños.

—Así que esta podría ser mi última oportunidad para dejar atrás esta decisión.

—Sí.

—Entonces, aceptaré su té.

—¿Está segura?

—¿Segura? —Una risa seca se escapó de sus labios—. Me parece que ya no sé lo que significa esa palabra. No desde que abrí la puerta de un restaurante de ramen y entré en esta casa de empeños. Ni siquiera estoy segura de si algo de esto es real o si todo esto no es más que un sueño extraño. Lo único que sé con seguridad es que no puedo seguir cargando con otro arrepentimiento. Si esto es real, entonces no estoy aquí por casualidad. Estaba destinada a conocerlo y a hacer este intercambio.

—Entonces, trato hecho. El té es suyo. Espero que lo disfrute con buena salud.

—¿Qué? ¿Así, sin más?

—Sí. Así, sin más. Las cosas son muy sencillas aquí. No tiene que hacer nada más.

Toshio recogió las monedas de Izumi de la mesa.

—Yo no me siento diferente de ninguna forma.

—El cambio tendrá lugar cuando regrese a su mundo.

—¿Y qué pasa si no funciona?

—No ha comprado una radio o un reloj, Takeda-sama. Ha hecho un intercambio sencillo. No hay ninguna pieza en movimiento que pueda quedarse atascada o romperse.

Izumi guardó con cuidado la caja de té dentro de su bolso.

—Gracias.

Toshio hizo una reverencia, sonriente.

Izumi se dirigió hacia la puerta y cerró la mano alrededor de su gastado pomo de latón. Lo hizo girar y tiró de él para abrir una rendija. Entonces, se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Toshio.

—¿Ishikawa-san?

—¿Sí?

—Estaba tan distraída pensando en librarme de mi decisión que no me he molestado en preguntarle por qué la quería. ¿Por qué colecciona usted las decisiones? ¿O qué posible uso pueden tener para usted?

CAPÍTULO CUATRO

Sake y silencio

Un sabor afrutado permanecía sobre la lengua de Hana mientras vaciaba su tercera taza de sake. Aguantaba el alcohol mejor que la mayoría de la gente, una habilidad de la que su padre se atribuía todo el mérito.

Si su madre hubiera estado viva o si Toshio tuviera algún amigo con el que salir a beber, su rutina nocturna podría haber sido diferente. En lugar de eso, Toshio parecía perfectamente satisfecho con tener a Hana sentada en silencio frente a él en la mesa, haciéndole compañía mientras bebían sake hasta que sus párpados se volvían demasiado pesados como para mantenerlos abiertos. Sus noches estaban más llenas de sorbos silenciosos que de conversación, pero Hana pensaba igualmente que era un intercambio justo. Esperar hacía que la noche pareciera más larga, y se sentía agradecida por cualquier cosa que mantuviera la mañana alejada.

Pero, en la víspera de la jubilación de su padre, ni siquiera las pausas más largas o los sorbos más lentos sirvieron de nada para alargar el momento.

—Hana —dijo Toshio, y colocó una caja envuelta sobre la mesa—. Esto es para ti.

—¿Para mí?

La joven miró fijamente la caja. Reconocía el paño que la envolvía como uno que ella misma había pintado recientemente.

—Un pequeño detalle para celebrar el próximo capítulo de tu vida.

—Gracias, Otou-san.

Su padre era un hombre práctico, de modo que a Hana no le sorprendió que le hubiera regalado una caja de té del suministro que tenían preparado para sus clientes. Los recuerdos que evocaba de las búsquedas del tesoro de su infancia compensaban cualquier falta de creatividad en el regalo. Su padre no tenía que decir nada para que Hana conociera su intención. Sus ojos, ligeramente nublados a causa de las lágrimas, lo decían todo.

—¿Recuerdas lo que les digo a nuestros clientes sobre el té?

—Que sabe diferente para cada persona.

—Esa regla se aplica también para ti. Puede que hayas conocido este té durante toda tu vida, pero mañana, cuando te bebas tu primera taza como la nueva dueña de esta casa de empeños, podrías sorprenderte por cuántas cosas cambiarán, incluso aunque en la superficie sigan pareciendo exactamente iguales. ¿Crees que estás preparada para ello?

—Esta noche no trata de mí, Otou-san. Lo que estamos celebrando es tu jubilación.

—Los finales y los principios son el mismo punto en el tiempo —dijo él—. Esta noche es tan significativa para ti como lo es para mí. Tal vez incluso más todavía. Me doy cuenta de que tienes muchas cosas en la cabeza.

Hana rodeó la cajita de té con los dedos, tratando de encontrar algún consuelo en los fríos pliegues de la seda.

—¿Te ha…?

Entonces, apartó la mirada y decidió guardarse sus pensamientos para sí misma.

—Continúa.

—¿Te ha hecho feliz?

—¿El qué?

—Esta casa de empeños.

—Ya veo. —Toshio asintió lentamente con la cabeza, sirviéndose sake en la taza—. Mañana la casa de empeños será tu responsabilidad, y te preguntas si te hará sentir tan desdichada como crees que me ha hecho a mí.

—No… No… Otou-san, eso no es lo que quería decir. —Un calor se encendió en las mejillas de Hana—. Yo no he dicho eso.

—¿Desde cuándo hemos necesitado palabras para decirnos exactamente cómo nos sentimos? Yo no te dejaría a cargo de la casa de empeños si no hubieras aprendido esa lección. Perderíamos la mitad de nuestro negocio si no fuéramos capaces de oír todas las palabras que los clientes no dicen en voz alta. —Toshio hizo una pausa—. Tú tienes un don para leer a nuestros clientes, Hana. Puedes leerlos casi tan bien como me lees a mí. Mi trabajo aquí nunca ha consistido en tratar de ser feliz. Los dos sabemos para qué es realmente la casa de empeños, cuál es el servicio que proporcionamos en realidad.

Hana clavó la mirada en su reflejo en la ventana.

—¿Alguna vez los envidias, Otou-san?

—¿Envidiar a quién?

—A nuestros clientes. Sé que no debería hacerlo, pero de vez en cuando…

Toshio dejó su taza de sake sobre la mesa con un golpe.

—¿Tengo que recordarte lo que le ocurrió a tu madre?

Hana bajó la cabeza y tragó saliva con fuerza.

—Robó una decisión de la cámara acorazada.

Toshio le levantó la barbilla a su hija, obligándola a mirarlo a los ojos.

—¿Y qué más?

—Y pagó por su crimen con su vida.

Toshio colocó las manos sobre la mesa y exhaló un suspiro que retumbó dentro de su pecho. Cuando volvió a hablar, su tono cambió a ese tan amable que reservaba para los clientes más nerviosos.

—Sé que tú no quieres esta vida. Nunca la has querido. Es el más cruel de los deberes, pero también es el más importante.

—Lo sé, Otou-san. Lo sé.

—Yo no era el marido que tu madre se merecía, y tampoco he sido el mejor padre para ti. Pero he dirigido esta casa de empeños lo mejor que he podido, y te he instruido para que tú hicieras lo mismo. Es lo único que conozco y lo único que puedo darte. Le fallé a tu madre de la peor forma posible, pero espero haberte enseñado

mejor a ti. Mañana, esta casa de empeños será tuya, y con ella, todas sus reglas y consecuencias. Yo no voy a estar por aquí siempre para protegerte, Hana. Prométeme que no repetirás el error de tu madre. Puedes olvidar todas las lecciones que te he enseñado alguna vez, pero jamás debes olvidar que la única decisión que tenemos permitido tomar en este mundo es entre la muerte o…

—El destino. —La joven hizo una reverencia—. No lo olvidaré.

★★★

Hana se metió en la cama, con la cabeza dándole vueltas. No sabía si lo que la había dejado mareada era el sake o las palabras de su padre. Le resultaba difícil decidir si lo que le había dicho sonaba como una advertencia o como una despedida. La joven estaba más familiarizada con lo primero que la mayoría de personas. El fantasma de su madre vivía en todas las habitaciones de su hogar, recordándole a Hana lo que les ocurría a aquellos que rompían la regla más importante de la casa de empeños: olvidar.

Toshio había enseñado a su hija a pronunciar esa palabra antes que ninguna otra, obligándola a repetirla como una oración cuando abrían la casa de empeños al público por la mañana y la cerraban por la noche. En cuanto las decisiones empeñadas estaban dentro de su cámara acorazada, Hana tenía que expulsarlas por completo de su mente. No importaba lo relucientes, hermosas o fascinantes que fueran.

A los nuevos dueños, que acudían con cada luna nueva para recoger las decisiones de los clientes de la casa de empeños, no les gustaba compartir esos preciados hallazgos. Hana pensaba que esa era la verdadera razón por la que su padre mantenía la cámara acorazada oculta detrás de una estantería en la trastienda. Los pensamientos errantes eran los ladrones más sigilosos, y ella jamás había tenido permitido olvidar las consecuencias de obsesionarse con decisiones que nunca podrían ser suyas. Pero, aunque las advertencias no eran nada nuevo para ella, no tenía demasiada experiencia con las despedidas. Su padre era tan constante como la luna, a excepción de esa única mañana silenciosa en la que no lo

fue.

Habían pasado ocho meses desde que Hana se había encontrado a Toshio tirado e inmóvil en la parte baja de las escaleras después de su ataque al corazón. La imagen seguía estando grabada detrás de sus párpados. Era lo último que veía antes de quedarse dormida y lo primero que la recibía cuando terminaban sus sueños. El corazón de su padre no había llegado a recuperarse del todo. Y tampoco el de Hana. Sentía una opresión en el pecho cada vez que lo veía con aspecto de estar cansado o sin aliento. De modo que, cuando Hana se despertó para no oír nada más que el sonido de sus propios pensamientos en el primer día de la jubilación, se imaginó lo peor. Fue corriendo hasta la habitación, sin molestarse en ponerse las zapatillas.

La puerta estaba entreabierta.

—¿Otou-san? —preguntó, asomándose dentro.

Una cama vacía le devolvió la mirada. Hana corrió hasta las escaleras, conteniendo el aliento.

La escalera y el rellano también estaban vacíos. Soltó aire. Se dijo a sí misma que lo más probable era que su padre hubiera estado tan nervioso como ella por su primer día a cargo del negocio familiar, y hubiera descendido las escaleras hasta la casa de empeños temprano. Hana se tomó su tiempo para bajar los escalones, evocando imágenes de Toshio revisando sus libros de registros y comprobando su inventario de té.

Aquella era una explicación mucho más agradable para el silencio de su casa que la segunda posibilidad que Hana se estaba esforzando por expulsar fuera de su mente. Era demasiado joven para recordar esa mañana silenciosa en particular en la que su madre había muerto, pero cuando fue lo bastante mayor como para comprenderlo, Toshio le describió el día de la ejecución de su madre por primera y última vez.

Hana llegó a la parte baja de las escaleras y golpeó algo pequeño y duro con los dedos del pie. Una cajita de madera para té sin tapa se deslizó por el suelo y chocó contra el escritorio volcado de su padre. Un pálido rayo de luz del sol revelaba el resto del caos a sus pies. Había libros de registro tirados por todas partes. Sillas

tumbadas. Estantes de cristal destrozados. La joven retrocedió y tropezó con las escaleras. Un calor blanco explotó en su coxis al caer.

Se tragó un grito y se puso en pie a trompicones. Sus ojos recorrieron a toda velocidad la casa de empeños saqueada y se detuvieron sobre el rastro de luz de sol que caía sobre los tablones del suelo, cruzaba la habitación y salía por la puerta delantera totalmente abierta.

CAPÍTULO CINCO

La cámara acorazada

Ninguna de las personas que había en la cola al otro lado de la puerta de entrada de madera dura y oscurecida tenía ni idea de lo que se le exigía a esa puerta. Mientras que otras tenían la tarea de mantener separados el interior y el exterior, esta puerta que se encontraba entre una multitud hambrienta y una casa de empeños que la mayoría de ellos jamás vería cargaba con una responsabilidad mayor.

Esa puerta era, por lo que Hana sabía, la única de toda la historia de las puertas que había sido fabricada para mantener un mundo entero a salvo. Y ahora estaba abierta, permitiendo que el amanecer de otro mundo invadiera el hogar de Hana.

Salió corriendo hacia la puerta, sin preocuparse por las estanterías volcadas y los trozos de cristal en su camino. La cerró de golpe y se apoyó contra ella, con la sangre retumbándole en los oídos. Se desplomó en el suelo y se abrazó las rodillas contra el pecho.

Un destello dorado junto al umbral le llamó la atención. Inhaló

bruscamente y llevó la mano hasta él. Sus dedos reconocieron al instante el peso y la forma del objeto.

Hana sostuvo en alto las antiguas gafas de su madre y comprobó si habían sufrido algún daño. Era casi un milagro que el que posiblemente fuera el objeto más frágil de toda la casa de empeños hubiera llegado intacto desde su cajón cerrado con llave del escritorio hasta la puerta de entrada. La joven tan solo podía tener la esperanza de encontrar a su padre en una condición similar.

Lo único peor que pensar en que un extraño había irrumpido en la casa de empeños y la había desvalijado era imaginar lo que podría haber ocurrido cuando Toshio se hubiera topado con él. Por muy desesperadamente que lo intentara, no era capaz de convencerse a sí misma de que su padre conociera la diferencia entre ser valiente y ser estúpido. Hana se obligó a levantarse del suelo y corrió hasta el único lugar de la casa de empeños que podría haberlo mantenido a salvo.

★★★

Los árboles del *tsubo-niwa* susurraban bajo la brisa detrás de la puerta trasera de la casa de empeños. El pequeño jardín del patio era para Hana su parte favorita de la casa, un lugar donde, cuando la noche estaba despejada, la luna nadaba en el estanque de carpas *koi*.

Pero todavía quedaba un día entero para que la luna saliera, y el destino de Hana no era el *tsubo-niwa*, sino la estantería que se encontraba junto a la puerta trasera de la casa de empeños. Pasó los dedos por el lateral del mueble hasta hallar un nudo en la madera. Entonces, lo presionó y retrocedió. La estantería giró hacia fuera, revelando una pared de piedra maciza. La joven se colocó las gafas de su madre sobre las orejas y una gruesa puerta de madera apareció delante de ella. Un coro amortiguado de pájaros cantores se colaba desde detrás de ella, atrayendo a Hana a su interior.

La cámara acorazada no era un lugar que frecuentara demasiado. Su padre se encargaba él solo de la responsabilidad de almacenar sus adquisiciones en su interior. La muchacha suponía que, si se

hubiera visto ante algún peligro, aquel sería el lugar donde habría buscado refugio.

La cámara acorazada tan solo se podía ver a través de las gafas de Toshio o de su difunta esposa, y se expandía y contraía según fuera necesario. Tres otoños antes, había crecido hasta volverse tres veces más grande que la casa de empeños. En un verano poco ajetreado, era más pequeña que la habitación de Hana. Allí, las decisiones empeñadas residían dentro de las hileras de jaulas de madera colgantes, todas cantando la misma canción inmutable. Cuando Hana era pequeña, pensaba que se trataba de la canción más hermosa del mundo. Más tarde acabó dándose cuenta de que era la más triste. Era una canción de despedida para los dueños que las habían dejado atrás, y ahora, mientras la joven entraba en la cámara acorazada para buscar a Toshio, no podía quitarse de encima la sensación de que también estaban cantando para él.

El resplandor de más de un centenar de pájaros la rodeaba, volviéndose más luminosos o más tenues según el ritmo de su canción. Hana no se detuvo a escucharlos. Corrió entre las hileras de jaulas mientras las sombras bailaban sobre su rostro.

—¿Otou-san*?*

Unos gorjeos frenéticos ahogaron su voz. Las plumas de los pájaros se volvieron más brillantes, iluminando la anchura y la longitud de la cámara acorazada. Hana recorrió la estancia con la mirada y vio que Toshio no estaba allí. Sus piernas perdieron la fuerza y la muchacha cayó de rodillas. Algo de madera se le clavó en la espinilla, y bajó la mirada. Los fragmentos de una jaula destrozada estaban desperdigados por el suelo, y la decisión que había contenido una vez había desaparecido. Una carta de baraja pintada a mano y el cartel arrugado de la jaula yacían junto a una hamaquita para pájaros rota. Hana los recogió.

La carta era de la baraja Hanafuda de Toshio, y mostraba la luna llena dibujada con pintura roja y negra. La joven frunció el ceño, preguntándose cómo había acabado dentro de la cámara acorazada. Dejó la carta en el suelo y alisó el cartelito de papel de la jaula. La caligrafía elegante de su padre mostraba el nombre del anterior dueño de la decisión desaparecida.

CAPÍTULO SEIS

La decisión de Takeda Izumi

La noche anterior.

El pájaro cantor se posó sobre el dedo de Toshio y extendió sus alas resplandecientes. El hombre se acercó el pájaro a la cara para admirarlo a través de sus gafas.

—Esta clase de decisión no se presenta muy a menudo, Hana. Mírala.

Su hija apartó a un lado la jaula que había estado preparando y se puso las gafas de su madre. Las monedas de Takeda Izumi centellearon hasta adoptar la forma de un pájaro hecho de una brillante luz azul. Bajo el cielo nocturno, habría dejado en vergüenza a las estrellas.

—Nunca… nunca había visto nada así.

—Yo sí.

—¿Cuándo?

—Una vez. Antes de que tú nacieras. No pensé que volvería a ver algo brillando de este modo nunca más.

Hana miró el pájaro entrecerrando los ojos.

—¿Por qué brilla tanto?

Toshio colocó al pájaro con cuidado dentro de su jaula.

—Las decisiones irradian la luz de todas las posibilidades que contienen. La mayoría de las decisiones causan unas pocas ondas como mucho. Pero esta, si no hubiera sido abandonada, habría hecho que las olas más altas y fuertes se elevaran en todas

direcciones.

—Me pregunto si Takeda-sama habrá tenido alguna idea de todo lo que podría haber pasado —dijo Hana, entregándole un cartelito en blanco a su padre.

—Nuestros clientes a menudo no son capaces de ver nada más que lo que tienen justo delante de sus caras. Y algunos hasta son ciegos ante eso.

Toshio mojó un pincel en un pequeño tarro de pintura y trazó el nombre de Takeda Izumi sobre el cartelito con pinceladas rápidas y certeras.

—Tal vez sea mejor así —dijo Hana, enhebrando un trozo de cordel rojo en el orificio del cartelito y atándolo a la jaula. El pájaro chilló y voló frenéticamente por su nuevo hogar—. Tranquilo. Tranquilo.

La muchacha llevó la mano al cierre de la puerta de la jaula.

—No lo hagas —la detuvo Toshio, sujetándole la muñeca.

—Pero ninguno de los pájaros se ha comportado nunca de esta manera. ¿Está herido? A lo mejor puedo tratar de tranquilizar…

—No. —El pájaro picoteó furiosamente la jaula, haciendo traquetear sus barrotes—. Jamás puedes sacar a un pájaro de su jaula. Ya lo sabes.

—Tendré cuidado. No se escapará.

Toshio negó con la cabeza.

—Eso fue lo que dije yo antes de que un pájaro se me escapara volando de entre las manos cuando era un muchacho.

—¿Tú…? —A Hana se le quedó la boca seca—. ¿Tú perdiste un pájaro?

—Mi padre lo atrapó antes de que llegara a la puerta. Si no lo hubiera hecho…

Cerró los ojos, con el labio inferior tembloroso.

—¿Qué habría ocurrido, Otou-san? —preguntó Hana, bajando la voz y acercando la cara hacia él.

—Habría vuelto volando hasta el momento en el que se tomó la decisión.

—¿Vuelto volando? —La muchacha abrió mucho los ojos—. ¿Al pasado?

Toshio asintió con la cabeza.

—Un pájaro que ha saboreado la libertad sería capaz de hacer cualquier cosa para impedir que lo volvieran a atrapar nunca más. Haría retroceder el propio tiempo para cambiar su destino.

—Pero eso significaría que…

—Todo lo que hay al otro lado de la puerta cambiaría. Cosas pequeñas. Cosas grandes. Se escribirían historias olvidadas, se encontrarían amantes perdidos. El sendero que no fue recorrido y todos los caminos que se abren desde él conducirían al dueño de la decisión hasta una vida completamente diferente.

—¿Sería mejor o peor que la vida que había tenido antes? —le preguntó Hana.

Toshio la fulminó con la mirada.

—¿Acaso importa? ¿Es que no te he enseñado nada? Si pierdes a un pájaro, la clase de vida que podría llevar tu cliente es la menor de tus preocupaciones. —Apartó la mirada y negó con la cabeza—. Vete. Lleva la jaula a la cámara acorazada.

—¿Yo? —preguntó Hana, echando la cabeza atrás de golpe.

—Mañana, esta casa de empeños será tu responsabilidad. Bien podrías ir empezando ya.

La joven asintió con la cabeza y llevó la jaula hasta la estantería que ocultaba la entrada a la cámara acorazada. Acercó la mano al nudo de madera del lateral.

—¿Hana?

Ella se dio la vuelta.

—¿Sí, Otou-san?

—La luna nueva será dentro de tres días —dijo Toshio, bajando la voz—. Todo debe estar en orden cuando los Shiikuin vengan a recoger los pájaros.

Los dedos de Hana se quedaron paralizados alrededor del borde de la estantería. «Shiikuin» no era una palabra que ninguno de los dos pronunciara en voz alta muy a menudo. Y, a pesar de que su padre apenas la había susurrado, era suficiente para corromper el aire con el recuerdo de la podredumbre que llenaba la casa cada vez que acudían los Shiikuin. Las capas de sus kimonos y sus máscaras Noh de un blanco pálido no ocultaban el hedor del metal oxidado y la carne en descomposición de sus cuerpos formados por retazos. La

muchacha cerró la boca con fuerza, tratando de contener las arcadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Toshio.

Hana asintió con la cabeza, mientras el vómito y la comprensión se elevaban por su garganta. Como la nueva dueña de la casa de empeños, ahora sería tarea suya encargarse de la entrega de las decisiones empeñadas a los Shiikuin. Había crecido observando sus visitas silenciosas desde la parte superior de las escaleras, sin atreverse nunca a acercarse un poco más. Una vez, había cometido el error de permitir que su mirada se detuviera durante un segundo más de la cuenta sobre la máscara de un Shiikuin. Este le había devuelto la mirada con una sonrisa dura y tallada. Unos pozos de oscuridad donde una vez podría haber habido ojos se la tragaron entera.

—Lo… lo tendré todo preparado. Los registros, los carteles, las jaulas…

—Y a ti misma —dijo Toshio, apretándole el hombro.

—Sí, Otou-san.

Hana inclinó la cabeza y se apartó a un lado mientras la estantería se abría hacia fuera. La más triste de las canciones la invitó a entrar. Se abrió camino entre las hileras de jaulas, buscando un gancho vacío del que colgar la decisión de Takeda Izumi.

CAPÍTULO SIETE

La regla número dos

Hana se encontraba frente a la puerta de la casa de empeños, rodeando con los dedos su pomo de latón deslustrado. El metal le enfriaba la piel. Había visto a incontables clientes entrar y salir del lugar, pero ni una sola vez se había atrevido a seguirlos al exterior. Sus clientes no estaban sujetos a las mismas reglas que ella, y esa regla en particular no requería que alguien se asegurara de su cumplimiento.

Lo que le habían contado a Hana sobre el mundo más allá de la puerta de entrada era algo salido de un cuento que las madres narraban a sus hijos para que se comportaran. Había oído que hubo un tiempo en el que tal vez habría sido complicado diferenciar los dos mundos, pero ahora no podrían ser más diferentes. El mundo de sus clientes era un laberinto retorcido de ángulos ciegos y oscuros caminos de arrepentimiento. Hana no había conocido a un solo cliente que no estuviera perdido. Se había criado en un mundo donde los desvíos estaban prohibidos y toda la vida de una persona

estaba planificada de antemano, así que no se podía imaginar un lugar más terrorífico. Que te enviaran al otro mundo se llamaba «exilio», aunque Hana sabía que eso no era solo una manera más amable de referirse a la verdad. Quedarte en el mundo más allá de la puerta significaba acabar borrado, hasta que ya no quedara ni un solo mechón de pelo, un centímetro de piel o un fragmento de hueso.

El padre de Hana le había contado que no era doloroso acabar borrado, pero la expresión de sus ojos le decía a la joven que aquello no era más que lo que él escogía creer. Ella también lo hacía. No le gustaba pensar que su madre había sufrido cuando los Shiikuin la sentenciaron al exilio, se la llevaron a rastras al otro lado de la puerta y la dejaron allí para que muriera.

Hana aferró todavía más fuerte el pomo de la puerta, preguntándose cuánto tiempo tendría al otro lado antes de desvanecerse. La decisión de Takeda Izumi y su padre habían desaparecido, y estaba muy claro a dónde habían ido los dos: a través de la puerta de entrada. Daba igual si la decisión había sido robada o si se había escapado; las consecuencias de no recuperarla eran las mismas. El mayor placer de los Shiikuin era ser crueles.

Hana se imaginó a su padre persiguiendo la decisión desaparecida, ignorando todas las reglas. Y ahora ella estaba a punto de hacer lo mismo. Apretó la mandíbula y abrió la puerta, pero vio una sombra oscura alzándose sobre ella. Dio un salto hacia atrás y gritó.

—Lo… lo siento —dijo una voz tan suave y ahumada como el whisky que su padre reservaba para las ocasiones especiales.

Hana se quitó las gafas de su madre y entrecerró los ojos, tratando de distinguir la figura que se recortaba contra la luz del sol. Se trataba de un hombre alto y delgado, y su postura perfecta trazaba una línea precisa.

—¿Quién es usted?

—Siento haberte sobresaltado. Estaba a punto de llamar a la puerta. Me llamo Minatozaki Keishin.

Hana examinó su rostro, tratando de hacer que su acento encajara con sus facciones. Aunque el hombre no había cometido ningún fallo en su elección de palabras, su forma de pronunciarlas delataba que

venía de un lugar lejos de Tokio. La joven recorrió con la mirada su afilada mandíbula y la elegante simetría de su nariz y sus labios, pero la calidez de las profundidades tras sus oscuras pestañas le impedía apartar la mirada de sus ojos demasiado tiempo. Pestañeó para evitar caer en su interior.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una cura para el desfase horario —dijo Keishin, mostrándole una sonrisa torcida—. Pero me conformaré con un cuenco de ramen. Un compañero de trabajo me ha recomendado mucho este restaurante. No he sido capaz de dormir desde que mi vuelo llegó anoche, así que pensé que podía venir a probar suerte y comprobar si estabais abiertos para el desayuno.

—Esto no es el restaurante —dijo Hana con lentitud, tratando de mantener la voz firme.

—Pero el cartel de fuera dice…

—Esto es mi casa de empeños.

«Mi casa de empeños». Las palabras le cortaban la lengua a Hana.

—Oh. Fallo mío. Siento haberte molestado. —El hombre hizo una pequeña reverencia, pero se quedó inmóvil a medio camino y sus ojos se detuvieron en los pies desnudos de Hana—. Estás sangrando.

Ella miró hacia abajo. La sangre se acumulaba por debajo de su talón izquierdo. Hizo una mueca al notar el dolor por primera vez.

—Parece un corte bastante profundo —añadió él.

—No es nada.

Hana se sujetó al borde de la puerta y quitó el peso de su pie sangrante.

Keishin captó un vistazo del caos que había detrás de ella.

—*Holy shit* —dijo, maldiciendo en un idioma que Hana no comprendía. Metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono móvil—. Voy a llamar a la policía.

—No.

Ella le agarró la muñeca. La calidez de la piel del hombre se extendió a través de sus dedos. Contuvo la respiración. Aquella era la primera vez que tocaba a alguien del otro lado de la puerta.

Hana se había esmerado mucho por mantener a sus clientes a

cierta distancia, sin importar cuánto lloraran o anhelaran en silencio que los abrazaran. Se había imaginado que los notaría fríos y rígidos, como los cartelitos en los que escribía sus nombres. Las transacciones, según le recordaba su padre a menudo, no estaban pensadas para ser cálidas. Tiró de Keishin para meterlo dentro de la casa de empeños y cerró la puerta. Entonces, le soltó el brazo y se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos, agudamente consciente del calor que todavía permanecía sobre su piel.

—No hace falta llamar a la policía.

Keishin se pasó un dedo por la zona donde Hana lo había sujetado, al parecer indeciso sobre si estaba sobresaltado o desconcertado. La joven se preguntó si ella también le habría parecido cálida. Él miró a la casa de empeños a su alrededor, y sus cejas se arrugaron mientras fruncía el ceño.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ha habido… un accidente.

Keishin entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de accidente? —Hana sentía que le palpitaba la herida del pie, y trató de contener el dolor—. Tendríamos que echarle un vistazo a ese corte. ¿Tienes algo que podamos utilizar para limpiártelo?

—Pues sí, pero…

—Bien. Con suerte, no será demasiado profundo y no te harán falta puntos.

—Gracias, pero yo no…

—No te preocupes. Soy doctor.

CAPÍTULO OCHO

Mentiras

Keishin no tenía el hábito de mentir, pero ese día, medio arrodillado en la trastienda de una extraña casita de empeños y en compañía de su dueña herida, hizo una excepción. La mujer cuyo pie descansaba ahora sobre su rodilla no habría aceptado su ayuda de otra forma. Mantuvo la mano firme, sujetando unas pincitas sobre el trozo de cristal que tenía clavado en el talón.

—Te lo voy a sacar ya. Intenta no moverte, ¿de acuerdo?

Hana asintió con la cabeza, con la espalda rígida contra la silla.

—Gracias.

—Todavía no he hecho nada.

Ella levantó la mirada hasta él.

—Se ha quedado.

—Pensaba que no querías que estuviera aquí.

—Y no quiero. Lo que uno quiere y lo que necesita son dos cosas muy diferentes.

Keishin arqueó una ceja y se obligó a bajarla. Era una mañana llena de cosas inusuales, y aquella mujer era la más extraordinaria de todas. Había cierta calma en su forma de hablar, una firmeza que no hubiera esperado de una persona en sus circunstancias. Sus

grandes ojos castaños reflejaban su compostura silenciosa, llena de algo que él llevaba mucho tiempo deseando para sí mismo.

La certeza absoluta de un propósito.

Él no sabía todavía cuál podría ser ese propósito, solo que aquella cuestión lo carcomería hasta que averiguara la respuesta.

—Quédate quieta. —Sacó el fragmento de cristal con un movimiento fluido—. Ya está.

Ella exhaló.

Keishin limpió la herida con un paño limpio empapado en alcohol y se la vendó.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias.

La mujer se puso en pie y guardó los suministros médicos en una pequeña cesta. Hizo una pausa, y sus ojos se clavaron en un hueco entre dos botellas de color ámbar. Arrugó la frente.

—¿Pasa algo?

—No. —Alisó el ceño antes de devolverle la mirada—. Gracias por su ayuda.

—Era lo mínimo que podía hacer. No habrías pisado el cristal si yo no te hubiera sobresaltado. ¿Estás segura de que no quieres llamar a la policía?

—Sí.

—¿Por qué no?

—Porque… ellos no pueden ayudarme.

Keishin miró la estancia a su alrededor y bajó la voz.

—¿Estás metida en alguna clase de lío?

—Le doy las gracias por su preocupación y por haberme ayudado con el pie, Minatozaki-san, pero…

—Puedes tutearme. Llámame Kei.

—Kei… —La mujer pronunció su nombre en voz baja y con lentitud, como si estuviera tratando de ganar tiempo para plantearse lo que iba a decir a continuación—. No deberías estar aquí. No es seguro.

—¿Que no es seguro? Entonces, tú tampoco deberías estar aquí. ¿Puedo llevarte a algún sitio? ¿Tienes familia con la que puedas quedarte? ¿O amigos?

—Vete y ya está, por favor.

—No puedes esperar que me marche sin más y te deje aquí, ¿no te parece? ¿Te han robado? ¿Sabes quién ha hecho esto?

—Sé que tienes buena intención, pero si insistes en obtener respuestas… —La mujer cruzó los brazos sobre su pecho—. Me veré obligada a mentirte.

—Mira, nada de lo que digas cambiará lo que puedo ver justo delante de mis ojos —dijo Keishin—. Sé que aquí ha pasado algo terrible. Pero, adelante, miénteme si quieres. Es lo justo.

—¿Justo?

—Porque yo también te he mentido.

La mujer retrocedió para alejarse de él.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién soy en realidad.

CAPÍTULO NUEVE

Cabezas

Un mes antes.

El verano ya había terminado oficialmente, pero nadie se había molestado en informar al sol. La ciudad era una axila, y Keishin estaba tratando de esquivar su sudor. Si no se hubiera comprometido a acudir como profesor invitado esa tarde, se habría pasado felizmente el resto del día sentado delante del frigorífico. Habría rechazado la invitación si hubiera venido de cualquier otro que no fuera Ramesh Kashyap.

El camino hasta el aula B fue suficiente para que el cuello de la camisa de Keishin quedara empapado en sudor. Tal vez se habría preocupado si hubiera querido causar buena impresión, pero la última hornada de alumnos de primer año de carrera no se encontraba en un puesto muy alto en su lista de personas que importaban. La mitad de ellos iban a desaparecer antes de que terminara el semestre. La otra mitad todavía no había demostrado

que eran lo bastante interesantes como para que se molestara en recordar sus nombres.

A Ramesh le gustaba torturarlo de esta manera. Quedarse sentado mientras Keishin daba la bienvenida al nuevo grupo de estudiantes de Física con una clase que destrozaba cualquier fantasía que hubieran podido tener sobre pasar por la universidad sin esfuerzos casi hacía sonreír a Ramesh, y una casi sonrisa por su parte era algo tan poco común como encontrar un neutrino. Keishin permitía que Ramesh tuviera sus pequeños placeres. Y, mientras el sistema de aire acondicionado centralizado del aula lo refrescaba para llegar a una temperatura más agradable, hasta tenía que admitir para sí mismo que se sentía agradecido por la invitación de su mentor, a pesar de que, técnicamente, le debiera su alivio a la segunda ley de la termodinámica.

Eso era lo que el joven apreciaba más sobre la física: que era predecible y fiable, a diferencia del tiempo atmosférico. Desde que tenía memoria, este último jamás había estado de su parte.

Keishin observó a los alumnos retirándose en fila del aula al final de la clase, con el ceño fruncido en distintos grados de profundidad entre las cejas. Por lo general, los que salían mejor parados eran los que tenían la frente más arrugada. Ellos eran los que se planteaban más preguntas. La curiosidad era un combustible, y si uno no tenía suficiente, empezaba a petardear, a detenerse, y al final acababa decidiendo que lo mejor sería graduarse con un título de algo práctico, como la informática.

—Tú eras exactamente igual que ellos cuando estabas en primero, Kei. —El tono de Ramesh era tan plano como siempre, pero quienes lo conocían podían captar el pequeño movimiento justo debajo de su ojo izquierdo que te decía si estaba serio, contento, enfadado o triste. Captar cuándo estaba haciendo una broma era más complicado. Las bromas de Ramesh nunca tenían gracia, sin importar lo mucho que se moviera su ojo—. Solo que diez veces más desdichado.

—Mentiroso —dijo Keishin—. Ni siquiera te aprendiste mi nombre hasta que estuve en segundo.

Ramesh se subió las gruesas gafas sobre el pequeño bulto sobre

su nariz en forma de pico. Con el pelo plateado peinado hacia atrás y los ojos muy juntos, parecía un águila a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Supe exactamente quién eras en el segundo en que entraste en mi aula. Tan solo fingí no saberlo; no quería que te volvieras todavía más arrogante de lo que ya eras. Eras el nuevo niño prodigio del campus, ¿cómo no iba a saber tu nombre?

Keishin recogió sus notas del podio, tratando de recordar el momento exacto en el que su relación con Ramesh había cambiado de mentor a amigo.

—Te mereces un Oscar. Me tenías convencido de que, por lo que a ti respectaba en esa época, yo era invisible.

—Las cosas más interesantes son invisibles. —Ramesh se encogió de hombros—. Y, hablando de eso, ¿has respondido ya al correo electrónico de Takahiro sobre unirte a él en Japón?

—Todavía no.

—¿A qué estás esperando? Trabajar en el observatorio Super-Kamiokande es una oportunidad increíble. Hasta puede que consigas el Premio Nobel antes que yo.

—Entonces, ¿por qué no vas tú? Takahiro te invitó a ti, no a mí. Yo soy su segunda opción.

—No me gusta el sushi.

—Otra mentira —dijo Keishin—. Tendrías que parar con eso, ¿sabes? No se te da muy bien.

Una casi sonrisa. Ramesh se apoyó sobre su bastón para aliviar el peso de su pierna mala.

—La verdad es que, si hubiera recibido esta oportunidad hace veinte años, me habría montado en el primer avión hacia Tokio antes de que pudieras decir «neutrinos». Pero le he tomado cariño a mi viejo sillón de cuero y a mis paseos tranquilos por el campus. Y me gusta que los empleados de la pequeña cafetería de la esquina sepan exactamente lo que voy a pedir desde que paso por la puerta. Por fin me he ganado el derecho a ser viejo y aburrido. Tú no. Además, ¿no decías que tenías ganas de volver al lugar donde naciste?

—Pues sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Llevo demasiado tiempo cargando con esta idea de Japón en mi cabeza, un lugar en mi mente al que podría regresar siempre que… —Keishin negó con la cabeza—. Olvídalo. Me siento como si volviera a estar en el instituto, cociéndome en mi angustia adolescente por no encajar.

—Te da miedo que el lugar de la vida real no encaje con tus recuerdos de él —dijo Ramesh—. Y tienes toda la razón. Ese lugar dejó de existir en el momento en que te marchaste. Tal vez ni siquiera llegó a existir en absoluto. Los recuerdos tienen la cualidad de suavizar y pulir los bordes afilados. Te conozco desde hace mucho tiempo, Kei. No creo que hayas encajado alguna vez de verdad en ninguna parte.

—Hala. Gracias, Ramesh. Justo lo que necesitaba oír. Ya puedo confirmar todos mis traumas infantiles de «el único asiático del colegio» y «abandono materno».

—No lo decía en el mal sentido. Era un cumplido. Tu tenacidad, todos tus logros… no los tendrías si hubieras «encajado». A diferencia de la gente que encuentra enseguida su lugar en su pequeño rincón del rompecabezas de la vida, tú necesitas ver y comprender el rompecabezas en su totalidad.

Keishin se pasó la mano por el pelo, peinándose un mechón junto a su sien izquierda que se le había vuelto plateado de forma prematura. Soltó un fuerte suspiro.

—Un rompecabezas que ni siquiera parece tener ninguna frontera.

—Y tal vez es allí donde encontrarás tu lugar, en el borde en constante expansión. ¿Quién sabe? Puede que lo halles en Japón.

—Ojalá fuera así de sencillo.

—Es así de sencillo, Kei. Tan solo hay una pregunta que exige una respuesta. Son todas las demás preguntas que dan vueltas alrededor de ella las que la hacen parecer más complicada de lo que es. —Ramesh escarbó en su bolsillo y sacó una moneda. Se la puso en la palma a Keishin—. Toma. Ya sabes qué hacer.

Ocho años antes.

Al padre de Keishin le gustaba decir que el muchacho iba con prisa incluso antes de nacer. Hizo romper aguas a su madre un mes y medio antes de la cuenta, y la obligó a dar a luz en el suelo de un restaurante. Comenzó a hablar a los seis meses, y ya había aprendido a leer por su cuenta para cuando cumplió los dos años. Keishin entró en la universidad a los quince solo porque su padre había insistido para que postergara el momento de matricularse durante un año. «¿Por qué tienes tanta prisa por crecer?», le había preguntado. Keishin le habría dado una respuesta si hubiera pensado que la entendería. Aminorar la velocidad no era una opción. Las preguntas que lo perseguían eran demasiado rápidas. Iban a enterrarlo vivo si se detenía. Hasta que conoció a Ramesh Kashyap, Keishin no creía que fuera posible que hubiera otra persona que estuviera igual de aterrorizada de quedarse quieta.

—Lo primero que necesitas aceptar es que la mayoría de tus preguntas, si no todas, vivirán más tiempo que tú —dijo Ramesh, mirando desde la azotea del edificio de Física de la universidad, antes de darle una larga calada a su cigarrillo.

—Ese hábito repugnante suyo no le va a ayudar —replicó Keishin —. Debería dejar de fumar.

—Y tú deberías empezar a hacerlo.

—Usted es mi mentor y sigo la mayoría de sus consejos, pero creo que voy a tener que trazar la línea en reducir conscientemente mi esperanza de vida. Sin duda recordará que le conté que mi padre murió de cáncer de pulmón, ¿verdad?

Ramesh se encogió de hombros.

—Por supuesto que no. Me conoces desde hace el tiempo suficiente como para saber que no se me dan bien esa clase de cosas. Lo que quiero decir es que necesitas hacer algo, al menos durante unos cuantos minutos cada día, que no esté relacionado con tratar de averiguar cómo funciona el universo. Yo odio bajar el ritmo tanto como tú, pero si quieres permanecer cuerdo el tiempo suficiente como para poder demostrar al menos una de tus teorías, vas a tener que hacerme caso. Fuma. Mira vídeos graciosos de perros. Ponte a tejer, a mí qué más me da. Simplemente ve a algún lugar tranquilo y descansa un poco. Pero aquí no; este es mi sitio.

Vete a buscar tu propia azotea. Puedes probar con el edificio de Económicas, tiene buenas vistas.

Keishin cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Y si no lo hago?

—Básicamente se trata de una decisión entre saltar de un avión con paracaídas o sin él. Velocidad límite. Eres estudiante de Física; apáñatelas.

Keishin no empezó a fumar ni aprendió a tejer. Pero sí que dio con un pequeño espacio que podía considerar suyo. Ramesh tenía razón con lo del edificio de Económicas. El muchacho llegó a un acuerdo con el encargado de mantenimiento para que le dejara la puerta que llevaba a la azotea sin cerrar por las noches. Aquel lugar era mejor cuando estaba oscuro. Resultaba más difícil ver dónde terminaba el borde del tejado y dónde comenzaba la larga caída hasta el patio del campus.

A Keishin le gustaba hacer girar monedas sobre la cornisa, conteniendo el aliento y preguntándose si iban a caerse del edificio o a detenerse. Si hubiera sido más valiente, tal vez se habría puesto a caminar por la cornisa él mismo. Pero nunca había sido de esa clase de personas; se contentaba con utilizar monedas como sus representantes. Perdía la mitad de las monedas que hacía girar, pero se trataba de un pequeño precio a pagar a cambio de un momento de tranquilidad. Su mente estaba más calmada que nunca cuando descansaba sobre el tercer lado de una moneda. Mientras esta se balanceaba por el borde del tejado, Keishin no podía pensar en nada más que en su destino. No había ninguna fracción de tiempo antes o después de aquello que importara más. Ramesh le había enseñado que la mejor forma de enfrentarse a sus preguntas era dejarlas atrás. Cuando la moneda se detenía, las respuestas que estaba buscando normalmente lo estaban esperando, jugueteando con sus pulgares y preguntándose dónde había estado.

Un mes antes.

La moneda cayó por la cornisa, abandonando a Keishin en la azotea

húmeda del edificio de Económicas. Un chaparrón que se había detenido de forma tan repentina como había empezado había dejado charcos sobre el tejado y al joven empapado. No le sorprendía. El tiempo atmosférico aprovechaba cualquier oportunidad para demostrar su desdén hacia él.

Se apartó el pelo húmedo de la cara y se sentó sobre la cornisa resbaladiza, sin estar más cerca de tomar una decisión sobre si debería aceptar el puesto en Japón para trabajar en el detector de neutrinos más grande del mundo. Clavó la mirada en el cielo nocturno, buscando las constelaciones a través de las nubes. Cuando era un chico, se había enorgullecido de saberse todos sus nombres. Más tarde acabó dándose cuenta de que esos nombres no eran más que otro de los intentos tempranos del ser humano de imponer un orden a las cosas que no comprendía. Muchas generaciones habían mirado hacia las estrellas en busca de sentido, pero esa noche Keishin necesitaba decidir si estaba dispuesto a arrancar su vida de raíz para buscar respuestas en la profundidad del suelo.

El observatorio Super-Kamiokande estaba situado a un kilómetro por debajo del monte Ikeno, en la prefectura de Gifu, en Japón, y vigilaba en silencio las estrellas que morían y los neutrinos que sus explosiones enviaban hacia la Tierra. Esas partículas invisibles y elusivas eran las miguitas de pan más excepcionales, un rastro de pistas sobre cómo había comenzado el universo. Carentes de masa o de carga eléctrica, eran poco más que fantasmas. A Ramesh le gustaba bromear con que estudiar los neutrinos era buscar la nada para averiguarlo todo. Keishin fingía reírse, a pesar de que no le resultaba gracioso. Trabajar en el observatorio era esencialmente comprometerse a esperar algo que tal vez no llegara jamás, y Keishin no tenía ninguna ilusión de ser un hombre paciente.

Hizo girar otra moneda y la observó dando vueltas en dirección al borde. Entonces, se abalanzó hacia delante y la atrapó. Apretó el puño alrededor de ella, clavándose las uñas en la palma. En un debate consigo mismo, jamás iba a haber un ganador. Podía pasarse toda la noche pensando en tantas razones para marcharse como para quedarse. Retrocedió desde la cornisa y pisó un charco,

haciendo que se ondulara la luna que flotaba en su interior.

—*Kyouka suigetsu* —susurró para sí mismo. «Flor de espejo, luna de agua».

Era una expresión que había aprendido de su madrastra. A ella le gustaba pintar los domingos por la tarde, y los reflejos eran su tema favorito. Hacía que los crisantemos florecieran dentro de cristal reluciente y vertía el cielo en el mar. También pintaba al padre de Keishin, capturando su sonrisa en un espejo, congelada en un tiempo antes de que enfermara.

Cuando el muchacho le preguntó por qué le gustaba pintar reflejos, ella le dijo que era porque las cosas más deseables eran las que uno podía ver, pero jamás tocar. Se acuclilló junto a la pequeña luna que flotaba en el charco y se preguntó si esta anhelaría el cielo. Su propio reflejo le devolvió la mirada desde el agua, con aspecto de estar más atrapado que contento.

Se puso en pie y miró la moneda que tenía en la mano. Lanzó la lógica y la moneda al aire y, por primera vez, entregó al destino una de las decisiones más importantes de su vida.

—Cara.

CAPÍTULO DIEZ

Cruces y cajitas de té

Por sí solos, los ojos de un hombre no eran más memorables que los de cualquier otro. Lo que te hacía recordarlos era cómo te miraban. Hana comprendió, en el momento en que Minatozaki Keishin le habló sobre su mentira, que los suyos iban a ser imposibles de olvidar. Nunca antes los ojos de ninguna persona la habían invitado a entrar en ellos. Los de su padre siempre habían sido precavidos, y los de sus clientes, todavía más. Pero los ojos de Keishin eran una puerta abierta que la atraía hacia dentro, ofreciéndole un asiento y un té verde caliente.

—Siento haberte engañado. Es que realmente quería ayudarte, nada más —dijo Keishin—. Como ahora ya sabes, soy doctor, solo que no de los que están cualificados para coser heridas.

—Ya veo —respondió Hana.

—Y tenías absolutamente toda la razón cuando dijiste que no debería estar aquí. No si hubiera seguido la lógica. Lanzar una moneda al aire no es la mejor forma de tomar una decisión. Supongo que eso no habla muy bien de mí como científico, pero como ya te he contado, elegí la cara, y aquí estoy. Podría haber abierto otra puerta y podría estar tomándome un cuenco de ramen humeante ahora mismo, pero no lo he hecho. En su lugar, he abierto tu puerta y te he encontrado a ti, con tu pie sangrante y una casa de empeños que alguien ha puesto patas arriba.

—La puerta no está cerrada con llave. Puedes darte la vuelta y marcharte cuando quieras.

—Podría hacerlo, pero mi padre me educó para no abandonar a alguien simplemente porque es más fácil marcharse.

—Ni siquiera me conoces.

—Podríamos cambiar eso. Podrías empezar por decirme cómo te llamas.

—Eh… —Los ojos de Hana se dirigieron a los labios del joven. Que esa boca pronunciara su nombre era algo peligroso. Se imaginó cómo sus labios podrían formar las sílabas, y cómo su voz podría convertirlas en un chorro de hidromiel. Las bebidas dulces eran las peores traidoras; te ahogabas en ellas con una sonrisa—. No puedo.

—Te propongo un trato. Puesto que ya conoces mi nombre, añadiré de buena fe un pequeño secreto sobre mí. Puede que te haga creer que soy todavía más extraño de lo que piensas que soy ahora, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. ¿Te parece justo? ¿Tu nombre a cambio de algo que no sabe nadie más en el mundo entero?

—He crecido trabajando en esta casa de empeños —dijo Hana—. Tal vez quieras replantearte eso de tratar de ganar cualquier negociación conmigo.

—No me importa ganar o no. Quiero ayudarte, eso es todo.

—Y fíjate, ya has perdido —replicó ella—. Me has enseñado tu mano.

—Puede que tú tengas la ventaja de las habilidades de negociación, pero todos los años que me he pasado en un laboratorio tal vez me hayan enseñado una o dos cosas sobre la

observación.

Hana lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Y qué has observado sobre mí?

—Que todavía no has decidido lo que vas a hacer conmigo. Si de verdad quisieras librarte de mí, ya me habrías echado por la puerta a estas alturas. En lugar de eso, estoy aquí frente a ti mientras tú tratas de averiguar si mi secreto vale la pena o no.

—No deberías ser tan descuidado con tus secretos.

—Tienes razón —admitió Keishin—. Pero confío en ti.

Hana apartó la mirada. Si ese joven hubiera sido un cliente, se habría sentido entusiasmada. En su lugar, los chillidos de los Shiikuin atravesaban su mente. Había permitido que Keishin entrara en un lugar cuyos peligros ni siquiera podía empezar a comprender. Decirle su nombre era permitirle que se acercara otro paso más a ella. Y a todos los secretos que ocultaba su puerta.

—Tal vez no deberías hacerlo.

Él se encogió de hombros.

—Lo único que está en juego es mi credibilidad y toda mi reputación como científico. No es para tanto.

—Estás cometiendo un er…

—Cada vez que estoy atascado con un problema, visualizo a mi mentor, Ramesh, para que me ayude a resolverlo en un restaurante indonesio imaginario que sirve los mejores platos de *nasi goreng* y *pecel lele.* A veces nos tomamos una cerveza. Y postre. Tienen unos increíbles…

—Hana —dijo ella con un suspiro, y cerró los ojos—. Me llamo Hana.

—Hana… *Flower* —añadió, traduciendo su nombre a un idioma que ella no comprendía: «flor»—. Espero haberlo pronunciado correctamente. Mi japonés está un poco oxidado, lo siento. —La joven asintió con la cabeza. Nunca había oído su nombre pronunciado con mayor cuidado—. Entonces, ¿me vas a dejar que te ayude, Hana?

Ella cuadró los hombros y levantó la barbilla.

—Cara.

—¿Perdona?

—Elijo la cara.

—¿La cara?

—Me doy cuenta de que eres una persona testaruda, porque yo también lo soy —dijo Hana—. No vas a dejar de insistir en ayudarme, y yo no voy a dejar de rechazarlo. Esto es como el debate que tuviste contigo mismo en esa azotea antes de venir aquí. Como tú has dicho, no eres capaz de ganar una discusión contra ti mismo. Y tienes todavía menos posibilidades de ganar una conmigo. Así que vamos a dejar que una moneda sea nuestra jueza. Ya confiaste en una moneda para que te llevara al otro lado del mundo. ¿Por qué no confiar en otra para decidir si deberías quedarte o marcharte? Si sale cara, te marchas ahora mismo.

—Y, si sale cruz, me contarás lo que ha pasado aquí.

Hana asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Keishin sacó una moneda de su bolsillo. Le dio un capirotazo con el pulgar y la hizo volar por el aire.

Hana la observó caer. No comprendía el mundo de Keishin de partículas subatómicas y detectores de neutrinos subterráneos, pero sí que comprendía el destino. Su padre se había asegurado de ello. «La muerte o el destino. La única decisión que cualquiera en el mundo tiene permitido tomar». Atrapó la moneda en el aire. Le dio la vuelta sobre el dorso de su otra mano y levantó la palma, revelando la decisión del azar.

Keishin levantó la mirada.

—Cruz —dijo, y Hana inhaló con fuerza—. Gano yo.

—Mi padre ha desaparecido —respondió la joven, permitiendo que las palabras se deslizaran por su lengua antes de que pudiera cambiar de idea.

—¡¿Qué?!

—Pensaba que tal vez había oído al intruso y lo había perseguido hasta el exterior. Pero ahora… —Apretó la moneda—. Creo que estaba equivocada.

—¿Equivocada? ¿Cómo?

Hana clavó la mirada en las gafas con montura dorada y en el naipe pintado a mano que había sobre la mesa.

—Sospecho que mi padre preparó todo esto para que pareciera un robo.

—¿Crees que tu padre ha hecho esto a propósito? —Los ojos de Keishin recorrieron rápidamente la habitación—. ¿Por qué?

—Por esto. —Hana señaló las gafas de su madre y la carta de la baraja de Toshio—. Y por haberme pasado la infancia buscando cajitas de té.

★★★

Once años antes, cuando Hana cumplió los diez, las cajas de té que escondía su padre se volvieron más difíciles de encontrar. Se había pasado toda la mañana buscando una, pero no había conseguido nada más que el sudor que le goteaba por el cuello. Las pistas de Toshio la habían hecho subir y bajar por las escaleras, entrar y salir de su habitación, y recorrer la cocina tres veces. La última de ellas la condujo hasta la mesa del comedor. Examinó la baraja de cartas dispuesta sobre ella.

La baraja Hanafuda de su padre era un juego de cuarenta y ocho cartas pintadas a mano que estaban divididas en los doce meses del año. Cada mes era un palo de cuatro cartas que contaba con una flor única en su diseño. Cuando se las ubicaba en una hilera y en el orden correcto, las cuatro cartas formaban un paisaje panorámico. Su padre rara vez jugaba con las cartas, y en su lugar las utilizaba para enseñar a Hana el arte de la prestidigitación. Hacía que desaparecieran de su mano y volvieran a aparecer detrás de la oreja de la pequeña, o dentro de sus bolsillos. Según decía, esos trucos perfeccionaban dos de las habilidades más importantes para el encargado de una casa de empeños: la distracción y la manipulación.

Hana miró con atención cada hilera de cartas. Enero era un grulla entre pinos, y febrero, un ruiseñor en medio de unos ciruelos. Marzo. Abril. Mayo. Junio. Julio. Agosto. Septiembre. Octubre. Diciembre. Cada mes aparecía como se suponía que debería estar. Revisó las cartas otra vez y se detuvo en agosto. Entonces cerró los ojos, tratando de recordar cómo se suponía que tenía que ser el

paisaje. *Susuki ni tsuki-kari.* «La luna sobre la hierba de las pampas; gansos salvajes». Hana miró fijamente las cartas y encontró el error. El naipe de los gansos que se suponía que tenía que estar detrás de la luna ahora se encontraba antes de ella. Esbozó una sonrisita, lo que hizo que apareciera un hoyuelo en su mejilla izquierda. Aquella era la clase de pista favorita de su padre; pequeña y sutil. Ojalá supiera lo que significaba. Levantó las dos cartas y las sostuvo delante de ella.

Hana las examinó, y elaboró dos listas en su mente: lo que sabía y lo que no sabía. Agosto, pensó, era el mes de las hojas cayendo y las estaciones cambiando. En el calendario tradicional, también era el mes del Tsukimi, el festival para ver la luna de otoño. Pasó el pulgar por encima de la luna llena de la primera carta y miró el reloj. Tan solo faltaban unas pocas horas hasta la puesta del sol, y dudaba de que su padre dejara que la búsqueda del tesoro se extendiera durante tanto tiempo. Para él, la cena era tan sagrada como el sake que tomaba antes de irse a la cama. Pero ella también sabía que el lugar equivocado de las cartas en la hilera no era ningún accidente. Toshio había querido que se fijara en la luna por una razón, y a Hana solo se le ocurría un lugar al que su padre podría querer que la llevara esa imagen. Con un giro de muñeca bien ensayado y una sonrisa, hizo que las cartas desaparecieran en su manga.

A esa hora del día, el estanque que había en mitad del jardín de su patio reflejaba el cielo azul. En las noches despejadas, revelaba su verdadero propósito. Hana se acercó al agua, pensando en cómo las generaciones de su familia habían seguido el mismo camino de guijarros. Se situó en el borde del estanque y observó el sol centelleando en su interior. Aunque era bonito, no era ni la mitad de hermoso que la visitante que nadaba en sus aguas por la noche. El estanque existía para atrapar la luna, y cuando esta estaba llena, lo colmaba hasta los bordes.

Hana se sacó de la manga las cartas de la luna y los gansos, preguntándose qué se suponía que debería hacer a continuación. Sobre la mesa, los gansos habían estado en el lado izquierdo de la luna, pero ahora la pequeña los colocó en el lugar apropiado, a la derecha. Caminó hasta la derecha del estanque y se arrodilló sobre

la hierba. La esquina de una cajita de madera se asomaba desde detrás de un arbusto. La niña la agarró, sonriendo ampliamente. Entonces, levantó la tapa de la caja y miró dentro. Estaba vacía. Por lo general, su padre llenaba la cajita de distintas clases de dulces, y aquella era la primera vez que no había metido nada en su interior. Se preguntó si simplemente se le habría olvidado llenarla, o si se trataría de otra pista.

Toshio se acercó caminando tras ella.

—¿La has encontrado?

—Sí, Otou-san. Pero está…

—¿Vacía? Has encontrado la caja equivocada. —Toshio se dirigió hacia la izquierda del estanque y sacó una cajita de detrás de una roca. La abrió para revelar unas barritas envueltas de *yōkan*, un dulce gelatinoso con sabor a judías rojas dulces que a Hana le encantaba comer con el té—. Esta es la correcta.

—Pero se supone que la carta de los gansos va a la derecha de la luna.

—En este estanque, no —dijo él, recogiendo las cartas que tenía Hana y sosteniéndolas por encima del agua.

Ella miró el reflejo y vio en qué se había equivocado. En el estanque, la derecha era la izquierda y la izquierda era la derecha. Soltó un suspiro y desplomó los hombros.

Su padre le tendió la caja de dulces.

—Toma.

—Pero he fallado. No la he encontrado.

Toshio sonrió y desenvolvió un dulce para Hana.

—Esta vez, ella te ha encontrado.

—Gracias, Otou-san.

Hana tomó el dulce y se lo metió en la boca. Una gruesa gota de lluvia cayó sobre su frente. Su padre levantó la mirada al cielo, que se estaba oscureciendo. El destello de un rayo atravesó una nube gris, y la sonrisa de Toshio desapareció de su rostro.

—Date prisa y entra en casa, Hana. Está a punto de llover.

CAPÍTULO ONCE

El dios sobre el estante

Había gotas de condensación sobre la botella de cerveza helada de color marrón oscuro. Keishin las secó con el pulgar antes de vaciar la botella en el vaso. El líquido dorado borboteó, y el sonido se mezcló con el ruido del restaurante. Las conversaciones, salpicadas de estallidos de risas, se sumaban a la melodía de los platos y cubiertos que tintineaban dentro del abarrotado restaurante indonesio. Keishin se bebió su cerveza a sorbos, decidido a disfrutar de ella aunque no fuera real: el Ramesh imaginario que vivía en el fondo de su mente siempre escogía aquel restaurante para sus conversaciones.

El camarero, con su intrincado chaleco *batik*, serpenteaba

expertamente entre un laberinto de mesas cuadradas, cargando con una bandeja grande de platos coloridos. El embriagador aroma a coco, citronela y cilantro lo seguía. Se detuvo frente a la mesa de Keishin y Ramesh y colocó un cuenco de arroz al vapor y una serie de pequeños platos sobre los calentadores de comida de acero que había frente a ellos. Una lámpara de hierro forjado proyectaba un resplandor de un amarillo anaranjado sobre el festín. Los ojos de Keishin recorrieron los aperitivos de satay, verduras marinadas, curris, plátanos fritos, rollitos de primavera, frutos secos y compota de frutas, y se sintió lleno solo con verlo.

—Siempre pides demasiado —dijo, mirando a Ramesh.

Este se encogió de hombros y se sirvió un montoncito de arroz fragante y humeante en el plato.

—Nunca sé cuánto tiempo van a durar nuestras breves charlas. No quiero que me entre hambre. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Te estás replanteando lo de trabajar en el Super-Kamiokande?

Keishin negó con la cabeza y le dio un sorbo a su cerveza imaginaria.

—No.

—Entonces, ¿de qué te gustaría hablar?

Ramesh cerró los ojos para saborear su comida.

—De un rompecabezas.

—¿Un rompecabezas? —Ramesh dejó su cuchara en el plato y sonrió—. Tienes mi atención.

—He conocido a una mujer. Se llama Hana.

Ramesh levantó una mano.

—Te voy a detener ahora mismo. Yo no doy consejos sobre mujeres; ni en tu imaginación, ni en la vida real. ¿Recuerdas? Mi mujer sería la primera en afirmar que este asunto está fuera de mi área de experiencia.

—Hana no es el rompecabezas —dijo Keishin, a pesar de que no estaba seguro de que lo dijera en serio. Había algo en ella y en sus extrañas historias sobre cajitas de té y búsquedas del tesoro que despertaba su curiosidad, y eso era algo que, fuera de su laboratorio, no le había ocurrido desde hacía mucho tiempo. Había conocido a una buena cantidad de mujeres hermosas, pero no era la

belleza silenciosa y delicada lo que hacía que una parte de él se alegrara de haber ido a parar a su casa de empeños por error. Justo detrás de la calma de sus ojos acechaban las sombras de los secretos, asomándose en un momento y huyendo en el siguiente, como si lo estuvieran retando a perseguirlos. Y no había nada que Keishin disfrutara más que un buen rompecabezas—. Es su casa de empeños.

—¿Casa de empeños?

—La robaron y la registraron. Pero ella cree que su padre está detrás de ello.

—¿Y tú qué piensas?

—Para ser sincero, no sé qué pensar. He tratado de convencerla de que llamase a la policía, pero se niega a hacerlo.

—Ah, un alma testaruda. —Ramesh observó a Keishin sobre su botella de cerveza—. Me suena mucho a alguien que conozco.

El joven puso los ojos en blanco.

—En fin, el caso es que quiero ayudarla, pero no puedo.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ayudarla?

—Ya sabes por qué.

—No es algo en lo que me guste pensar.

—A ti nadie te ayudó, Ramesh. Todos se quedaron ahí plantados viendo cómo ese hombre te atacaba, como si fueras invisible. Pero sí que te vieron. Simplemente decidieron no preocuparse.

—Tú lo hiciste. Me llevaste al hospital.

—Tan solo desearía haber llegado allí antes. Entonces, tal vez tú…

—¿Sería algo más que un simple producto de tu imaginación? Es inútil desear esa clase de cosas. Podemos teorizar todo lo que queramos sobre doblar el espacio-tiempo, pero no podemos cambiar el pasado.

—Y esa es exactamente la razón por la que quiero ayudar a Hana. Sé lo que ocurre cuando la gente finge que no te ve. Jamás sabré con seguridad si yo hubiera sido como esas personas que escogieron mirar para otro lado cuando te atacaron. Descubrir si eres un cobarde no es algo que pueda responderse con una situación hipotética. Me niego a ser de la clase de personas que apartan la mirada. —Keishin se esforzó por alejar de su mente la imagen de

Ramesh sangrando sobre la acera. Respiró hondo—. Necesito ser mejor que eso, pero…

—Pero ¿qué?

—Yo no soy detective. Soy científico.

—Entonces, sé un científico —dijo Ramesh—. No te vendas tan mal. Los físicos han resuelto algunos de los mayores misterios del universo. ¿Recuerdas el caso de los neutrinos solares desaparecidos?

—¿Qué tienen que ver los neutrinos solares con nada?

—Durante años, estuvimos confundidos por el hecho de que, en comparación con las predicciones de nuestros modelos, a la Tierra llegaban menos neutrinos después de ser emitidos por el Sol. Eso nos hizo llegar a la conclusión de que nuestros modelos eran erróneos, o bien algo les pasaba a los neutrinos durante su viaje.

Keishin asintió con la cabeza.

—Pero, al final, el misterio se resolvió cuando los físicos descubrieron que los neutrinos que todo el mundo creía desaparecidos no habían desaparecido en absoluto.

—Sí —dijo Ramesh—. Habían cambiado de una clase de neutrino a otra, una clase que simplemente resultaba ser mucho más difícil de encontrar. Había sido todo…

—Una ilusión. —Keishin le dirigió una sonrisita—. Por supuesto. Gracias, Ramesh.

—Buena suerte con tu rompecabezas.

—Gracias.

—Y con la mujer por la que te estás esforzando tanto en no parecer interesado.

★★★

Keishin levantó la mirada de la carta de la baraja pintada a mano y de las gafas con montura dorada que le tendió Hana. La casa de empeños se transformó a su alrededor. Ya no era el espacio en el que había entrado, a pesar de que todo pareciera exactamente igual que cuando había llegado. Al igual que los neutrinos, los cambios eran intangibles e invisibles, pero seguían siendo una ilusión igualmente. Los escritorios seguían volcados, el cristal seguía

estando destrozado, los papeles todavía se encontraban desperdigados por todas partes, pero ahora Keishin comenzaba a ver el diseño que se disfrazaba a sí mismo como desorden. No habían lanzado las sillas simplemente de cualquier manera, y tampoco habían volcado las estanterías de forma descuidada. Los muebles desperdigados estaban libres de arañazos y abolladuras, cuidadosamente colocados sobre sus costados, dispuestos de una forma casi artística. Al igual que el universo, aquel caos tenía un autor.

—Creo que podrías tener razón con lo de que esto ha sido preparado —dijo Keishin—. Pero ¿qué te hace pensar que ha sido tu padre quien lo ha montado todo?

—Mi padre me dejó esta misma carta como pista una vez —le explicó Hana—. No puede ser una coincidencia que la haya hallado dentro de la cámara acorazada.

—Pero ¿qué pasa con las gafas? ¿Por qué piensas que son una pista? Simplemente podrían habérsele caído al intruso en la puerta cuando estaba saliendo.

—Entonces, eso las convertiría en las gafas más afortunadas del mundo. —Hana negó con la cabeza—. Estaban colocadas junto a la puerta, en el lugar exacto donde podría fijarme en ellas pero convenientemente fuera de todo peligro.

—Eso sigue sin significar que tu padre esté detrás de todo esto.

—Tienes razón. No significa eso —dijo Hana—. Pero la botella desaparecida de la cesta de suministros médicos me hace creer lo contrario. Contenía el medicamento para dormir de mi padre. He estado preocupada por cómo he podido seguir dormida mientras pasaba todo esto, y ahora ya sé la razón. Mi padre debe de haberme puesto el medicamento en el sake anoche.

—¿Piensas que te ha drogado? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Eso no es lo importante ahora. Tan solo necesito encontrarlo antes de que…

Hana se mordió el labio.

—¿Antes de qué?

—Nada. —La joven negó con la cabeza—. Nada. Lo único que importa es encontrarlo pronto.

—Entonces, llama a la policía. Ellos serán capaces de peinar la ciudad más rápido que nadie.

—Mi padre no está en Tokio.

Keishin frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque las gafas estaban puestas junto a la puerta para que cualquiera que las viera pensara eso. Estaban allí para crear la impresión de que mi padre había perseguido a un intruso hacia las calles de la ciudad. —Sostuvo en alto la carta de la luna—. Pero esta carta me ha dicho la verdad, de la misma forma que lo hizo en esa búsqueda del tesoro cuando era pequeña. Me dijo que fuera a la izquierda cuando yo pensaba que tenía que ir a la derecha.

—Entonces… —Keishin se frotó la mandíbula. Una casa de empeños registrada, su dueño desaparecido, y una mujer decidida a seguir un rastro de pistas extrañas no eran las cosas con las que hubiera esperado toparse durante su primera mañana en Tokio. Pero, en algún lugar a medio camino entre entrar en la casa de empeños y ver la convicción en los ojos de Hana, las preguntas de la joven se habían convertido en las suyas. Y esas preguntas se aferraban ahora a él con la misma ferocidad con las que él se negaba a dejarlas marchar—. ¿Dónde está la izquierda?

—Esa es una pregunta para el dios en el estante.

★★★

El altar *kamidana* se alzaba contra la pared del pasillo, enfrente de la habitación de Hana. El padre de Keishin había tenido uno similar en la habitación de invitados del ático, en el punto más alto de su casa. Cuando él era un muchachito y sus amigos le preguntaban por el *kamidana*, simplemente les decía lo que era. Un dios en el estante. Después de eso, ya no le hacían más preguntas. El altar familiar de madera parecía un santuario sintoísta en miniatura, y estaba construido para cobijar a una deidad escogida. Su padre encendía dos pequeñas velas a cada lado del altar, hacía ofrendas de arroz y sal, y rezaba a su dios en el estante cada día. Keishin seguía por inercia el ritual de inclinar la cabeza y dar tres palmadas, pero nunca

se le ocurría nada que decir.

—¿Vas a…? Eh… ¿Vas a rezar?

—Mis oraciones serían inútiles —dijo Hana.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Porque las de mi padre podrían no serlo. Él siempre visitaba el *kamidana* antes de irse a la cama. Es posible que haya mencionado algo en sus oraciones que pueda explicar lo que le ha hecho a la casa de empeños y por qué ha desaparecido.

—¿Escribía sus oraciones en alguna parte? ¿Llevaba un diario?

—No.

—¿Las grababa con su móvil?

Hana negó con la cabeza.

—Con su móvil, no.

—Entonces, ¿dónde guardaba sus oraciones?

—Kei… —La joven respiró hondo—. Hay cosas que te voy a decir que te resultarán difíciles de creer. Eres libre de cambiar de idea sobre lo de ayudarme, y puedes marcharte en cualquier momento que desees.

—Creo que podrías estar subestimando mi curiosidad. Me encantan los rompecabezas, probablemente tanto como a ti. Puede que más.

Hana captó un destello del fuego que se había encendido tras los iris de Keishin.

—Ya lo veo.

Él se encogió de hombros.

—Es básicamente un requisito de mi trabajo.

—Pero este misterio tiene poco que ver con tu ciencia. Hasta podría ir más allá de todo lo que conoces.

Hana era consciente de que sus palabras eran como leña para la llama de Keishin, pero se lo advirtió de todos modos.

—Me gano la vida buscando cosas invisibles. No me asusto con tanta facilidad.

Hana tomó una de las velas del *kamidana*.

—¿Ni siquiera aunque te pidiera que escucharas al humo?

CAPÍTULO DOCE

El más sencillo de los experimentos

Hana se encontraba frente al estanque, escuchando el trueno que retumbaba sobre ella. Se suponía que aquel iba a ser su primer día como la nueva dueña de la casa de empeños, pero mientras contemplaba su reflejo ondulado se esforzó por apartar a un lado la helada sensación de que también iba a ser el último. Estaba a punto de romper más reglas de las que era capaz de pensar, pero su padre no le había dejado opción. Una ráfaga de viento le enfrió la nuca. Se cobijó más en su abrigo, sintiendo el bulto de la pequeña vela del *kamidana* dentro de su bolsillo. Miró a Keishin.

—No entiendo por qué sigues aquí.

—¿Por qué no iba a seguir?

—Porque te he dicho que tenemos que llevar la vela al lugar donde

van todas las oraciones, y que saltar en este estanque es la única forma de llegar hasta allí. No esperaba que me creyeras.

—Y no te creo.

—Oh. —Hana cruzó los brazos sobre su pecho, sorprendida de que una parte de ella se sintiera decepcionada. Una ráfaga de viento hizo que el pelo le azotara la cara—. Entonces, ¿por qué te quedas?

—Porque… —La mirada de Keishin se suavizó mientras extendía una mano para apartar un mechón de pelo extraviado de la mejilla de Hana. Se mordió el labio y retiró la mano antes de que sus dedos le rozaran la piel—. Me quedo porque este es probablemente uno de los experimentos más sencillos que he tenido que hacer en mi vida.

—¿Experimento?

—Comparado con todas las horas de trabajo que tengo que pasarme en un laboratorio solo para poder demostrar una hipótesis, saltar en un estanque es una forma relativamente fácil de obtener respuestas. Si me estás diciendo la verdad, entonces caeré de lleno en la mayor aventura de mi vida. Si no es así, acabaremos empapados. —Levantó la mirada hacia el cielo nocturno—. De todos modos, con la suerte que tengo con el tiempo, estaré calado hasta los huesos antes de llegar a mi hotel.

—O podría prestarte un paraguas, y entonces podrías regresar a tu hotel cálido y seco.

—Pero entonces no podría averiguar si todo esto no ha sido más que una mentira muy elaborada.

—¿Y qué es lo que esperas? ¿Demostrar que soy una mentirosa, o saltar a una verdad en la que podrías ahogarte?

—Siempre he pensado que es mejor no inclinarse por una hipótesis por encima de otra. Lo único que me importa son los hechos y las pruebas.

—Vas a tener ambas cosas muy pronto. —Hana le tendió la mano —. Agárrate a mí.

Él entrelazó los dedos con los suyos.

Unos pequeños relámpagos estallaron en las zonas donde la piel de Hana tocaba la de Keishin, y provocaron una corriente que atravesó las venas de la muchacha. Había tenido entre sus manos incontables decisiones brillantes y resplandecientes, y las había

colocado con cuidado dentro de sus jaulas, pero aquella era la primera vez que había sostenido algo que pareciera tan libre. Keishin podría ir a cualquier lugar que deseara, decir cualquier cosa que quisiera y perseguir lo que fuera que deseara. Él era el viento y la lluvia, desatados e impredecibles, una tormenta arremolinándose en la palma de la joven.

—¿Hana? ¿Te pasa algo?

—¿Qué? No…, no. Tan solo… estaba pensando en mi padre.

Él le dio un suave apretón en la mano.

—Estoy preparado para saltar cuando tú lo estés.

—No me sueltes —dijo Hana, con los ojos en el reflejo reluciente de Keishin—. Y recuerda…

—¿Sí?

—Que esto ha sido tu decisión.

CAPÍTULO TRECE

Susurros y cera

Tokio había sido una parada en el camino de Keishin hacia su nuevo trabajo en el detector Super-Kamiokande, en Gifu. Su nuevo hogar se encontraba a un viaje de dos horas en *shinkansen* desde Tokio, y después otros treinta minutos en un tren de cercanías. No esperaban al joven en el centro de investigación hasta el lunes, y él se había imaginado que se pasaría el fin de semana redescubriendo su antigua ciudad.

Tenía ocho años cuando su padre y él metieron sus vidas en maletas y se mudaron al otro lado del Pacífico. Keishin no había regresado desde entonces; no había tenido ninguna razón para hacerlo. Ya no le quedaba ningún familiar en Japón, y hacía mucho tiempo que se había distanciado de sus amigos de la infancia. Aun así, el joven albergaba la esperanza de que, en algún lugar de las calles de la ciudad, se cruzaría con algún recuerdo perdido que le diera la bienvenida a casa. Había una cosa más que había esperado encontrar, pero jamás iba a decirlo en voz alta.

Keishin sabía que sus probabilidades de hallar fragmentos de su pasado eran menos que exiguas, pero bastaron para hacerlo salir de entre las sábanas de la cálida cama de su habitación de hotel para enfrentarse a las primeras horas de una mañana de otoño. Cuanto antes se quitara la nostalgia de en medio, antes iban a quedar en silencio las preguntas que zumbaban entre sus orejas y podría pasar a cosas más importantes. El Studio Ghibli de Miyazaki Hayao ocupaba el primer puesto en su lista de cosas por hacer, ya que era impensable marcharse de Tokio sin hacer un peregrinaje hasta el hogar de uno de sus animes favoritos, *Mi vecino Totoro.* El personaje de Gatobús de la película, un gato sonriente y hueco de doce patas con ventanas y asientos peludos y mullidos, había provocado que todos los viajes en coche, autobús, tren y avión que había hecho Keishin desde que vio la película le resultaran dolorosamente mundanos. Pero el estanque en el patio trasero de la casa de empeños hacía quedar en vergüenza al Gatobús. Viajar en estanque superaba a cualquier otro método de transporte, incluidos los que estaban cubiertos de pelo.

Encontrar palabras para describir cómo había caído a través del agua y había emergido completamente seco al otro lado no era un problema que hubiera pasado jamás por la mente de Keishin. Pero, ese día, se convirtió en uno de los dos desafíos que iban a perseguirlo durante el resto de su vida. El segundo era explicar cómo, cuando tan solo unos momentos antes había estado frente a un estanque en Tokio, había acabado en mitad de un mar aparentemente infinito de hierba de las pampas. Se giró hacia Hana, sin darse cuenta de que todavía le estaba aferrando la mano.

—Puedes soltarme ya —le dijo ella.

—Oh, eh… Lo siento. —Keishin le soltó la mano, y sintió un calor que subía bajo el cuello de su camisa a pesar del frío en el aire—. ¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Hemos saltado en el estanque, ¿recuerdas?

—Sí, pero… —Keishin cerró los ojos y se frotó la frente, incapaz de decidir si su experimento había tenido éxito o había fracasado. Aceptar que un estanque lleno de musgo los había teletransportado de alguna manera significaba poner en tela de juicio más leyes

científicas de las que quería enumerar—. Eso no es posible.

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Keishin negó con la cabeza.

—Los estanques no pueden… —Cerró la boca de golpe y abrió mucho los ojos—. A menos que…

—¿A menos que…?

—No fuera un estanque.

Hana levantó una ceja.

—No me había dado cuenta de que hubiera otro nombre para el cuerpo de agua en el que uno puede ver nadar la luna.

—No lo hay —dijo Keishin—. Pero sí que hay palabras para las cosas que conectan dos puntos diferentes en el espacio-tiempo. Un puente de Einstein-Rosen. Un agujero de gusano. ¡Un agujero de gusano, Hana! ¡En tu patio trasero! ¿Tienes alguna idea de lo que significa esto? Madre mía. Esto podría cambiarlo todo.

—No cambia nada.

—Pues claro que sí. —Keishin se paseó por la hierba—. ¡Este es el descubrimiento del siglo! Las aplicaciones son…

—Mi padre sigue desaparecido.

Keishin se detuvo en mitad del paso, lo que provocó que una maraña de planes y posibilidades se estrellara contra la parte delantera de su cráneo. Hizo una mueca.

—Hana… Lo… Lo siento. No pretendía…

—Lo entiendo —dijo ella con voz monótona. Le dio la espalda y señaló hacia un campo vacío—. Eso es el Templo Susurrante.

Keishin examinó la extensión de hierba que se mecía con la brisa.

—Allí no hay nada.

—Las cosas no siempre son tan fáciles de ver en mi mundo como lo son en el tuyo.

—¿En tu mundo? ¿Qué se supone que significa eso?

—El lugar del que yo soy y del que tú no eres. ¿Tu ciencia también tiene un nombre para eso? Puedo llamarlo como más te guste, aunque todavía no comprendo por qué preferirías decir que un estanque es un agujero lleno de gusanos.

—Eh…

Keishin buscó una etiqueta pequeña y pulcra impresa en una

fuente de quince puntos en negrita que pudiera estampar en el suelo que estaba pisando. Debatir sobre la posible existencia de un multiverso era algo en lo que complacía a Ramesh, pero solo los viernes, después de unas cuantas rondas de un whisky escocés de doce años.

Aunque Keishin estaba más que versado en todas las hipótesis y los contraargumentos sobre las dimensiones paralelas, no era capaz de encontrar nada que pudiera describir de forma adecuada el susurro de la hierba a su alrededor, la luz del sol que le calentaba las mejillas, y la paciente mirada de la mujer que esperaba su respuesta. El hecho de que sus ojos fueran al mismo tiempo impenetrables e invitadores era un misterio mayor que el mundo imposible al que lo había transportado un estanque.

—No, no lo tiene.

—Nosotros tampoco tenemos un nombre para él —dijo Hana—. Nunca ha habido necesidad de ninguno. Tan solo tenemos un mundo, y es este. Pero, si crees que necesitas llamarlo de alguna manera, entonces puedes llamarlo Isekai.

«Otro mundo». Keishin tradujo la palabra dentro de su cabeza, convencido de que su japonés estaba más oxidado de lo que había creído.

—Esto es un sueño —respondió, más para sí mismo que para Hana —. Tiene que serlo.

—Si creer que esto es un sueño hace que te resulte más fácil aceptar dónde estás, entonces no te le impediré. Pero, si quieres ver la verdad… —La joven le tendió las gafas de su madre—. Ponte esto.

★★★

Hana había visitado el Templo Susurrante por primera vez cuando tenía siete años. Su abuela le había pedido a Toshio que permitiera que la niña pasara el fin de semana con ella, y se habían parado en el templo de camino a la casa de la anciana.

Hana salió del pequeño charco en mitad del campo de hierba y se puso en pie.

—¿Dónde está el templo, Sobo?

Oshima Asami le sonrió a su nieta. Se quitó las gafas y se las ofreció.

—Vuelve a mirar.

Hana se puso las gafas. Un edificio enorme y ornamentado de cera roja se alzaba delante de ella. Una hilera perfectamente alineada de más de un centenar de arcos *torii* conducía hasta unas imponentes puertas de cera tallada. La forma de los arcos de madera pintados le recordaba al *kamidana* que su padre tenía en casa. El edificio, sin embargo, no se parecía a nada que hubiera visto jamás. Unos chapiteles se elevaban hacia el cielo desde un gran tejado abovedado, y unas criaturas aladas de cera con caras monstruosas estaban posadas sobre los arbotantes arqueados. Algunas columnas giraban y se retorcían como árboles. Era como si el edificio fuera una combinación de diferentes lugares y tiempos y le hubieran permitido crecer como le complaciera. Hana ahogó un grito.

—Es precioso.

—Pues sí.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó la pequeña, incapaz de apartar la mirada del templo.

—Vengo aquí cada vez que echo de menos a tu madre. —Asami le acarició la mejilla a Hana—. Te pareces mucho a ella.

—¿Era guapa?

Asami asintió con la cabeza.

—Tu padre se enamoró de ella en cuanto la vio entrar en el templo en el día de su boda. No era capaz de esconder lo contento que estaba. Antes de ese encuentro, ninguno de los dos había visto siquiera fotos del otro, y me imagino que fue una sorpresa muy agradable para él cuando vio al fin el rostro de la muchacha con la que estaba destinado a casarse.

—¿Por qué vienes aquí cuando la echas de menos? ¿Es aquí donde se casaron mis padres?

—No. Esta es una clase de templo diferente. Aquí es donde vienen todas nuestras oraciones.

—¿Cómo llegan hasta aquí las oraciones?

—Las transporta el humo. —Asami escarbó en el bolso tejido que llevaba cruzado sobre el pecho y sacó una pequeña vela que ya casi

se había consumido por completo—. Esta vela está llegando a su fin. Lo más probable es que sea la última oportunidad que tenga de encenderla. Quería que pudieras oír la voz de tu madre antes de que se apague.

★★★

Keishin entró en el Templo Susurrante con la mandíbula afilada casi desencajada. Por muy grande que fuera el templo en el exterior, eso no era nada en comparación con el gigantesco vestíbulo al que se abría por dentro. Incontables velas votivas, sostenidas por pequeñas manos de latón montadas a lo largo de las paredes de cera, hacían brillar todo el vestíbulo. Un viento suave besó la mejilla del joven. A pesar de las llamas, el aire dentro del templo estaba agradablemente fresco, y se arremolinaba por el vestíbulo como lo haría en un prado. Las velas parpadeaban bajo la brisa.

Hana se acercó a él desde atrás.

—No necesitas las gafas cuando ya estás dentro.

Keishin se quitó las gafas, preparándose. Cada segundo que había pasado con ella había desgarrado una costura del tejido de todo lo que sabía. No iba a hacer falta mucho más para quedarse completamente desbordado.

—¿Cómo puede ser esto real?

—Yo a veces me hago esa misma pregunta cuando veo las cosas que traen nuestros clientes de tu mundo.

—¿Clientes?

—La gente que atraviesa la puerta de un restaurante de ramen y se encuentra con nuestra casa de empeños en su lugar. Traen cosas de lo más extrañas. Pequeños botones que hacen sonar música en tus oídos, relucientes…

—Espera. —La cabeza de Keishin palpitaba con todas las cosas imposibles que había metido a la fuerza en su interior desde que había conocido a Hana—. ¿Qué estás diciendo? Yo estaba buscando el restaurante de ramen cuando fui a parar en cambio a vuestra casa de empeños. ¿Eso me convierte en uno de vuestros clientes?

—Te lo explicaré todo más tarde. Pero ahora tenemos que escuchar

la oración de mi padre. No tenemos mucho tiempo. Si los Shiikuin descubren que él y la decisión han desaparecido…

Hana cerró la boca de golpe.

—¿Los Shiikuin? —Keishin trató de recordar el significado de la palabra—. ¿Los Guardianes? ¿Como los cuidadores de un zoo?

—Después. Te lo prometo.

Hana colocó la vela que había sacado del *kamidana* sobre un par de manos de latón vacías. Una pequeña llama apareció en la mecha de la vela, como encendida por una cerilla invisible. Un fuerte murmullo resonó a través de la sala.

—¿Qué es eso?

Keishin trató de oír lo que estaban diciendo las voces. Hablaban unas sobre otras, haciendo que le resultara imposible saber dónde acababa una palabra y terminaba otra.

—Todas las oraciones que todas y cada una de las personas a lo largo de la historia han pronunciado jamás. Cuando una vela susurra, a las demás les gusta unirse a ella. —Hana acercó la oreja a la vela de su padre—. Tienes que escuchar con atención si quieres oír lo que está diciendo la vela.

Keishin se inclinó hacia la vela, con la cara a unos centímetros de la mejilla de Hana. La llama bailaba al ritmo del aliento de ambos.

—Ayudadme a encontrarla. Por favor.

Keishin inhaló bruscamente.

—¿Has oído eso?

—Sí, pero… —Hana frunció el ceño—. Tiene que ser un error.

—¿A quién está buscando tu padre?

Hana se inclinó hacia la llama de la vela tanto como pudo sin quemarse la piel. Cerró los ojos, y escuchó con atención.

—¿Hana?

Ella se enderezó, con aspecto de estar aturdida.

—No… No lo entiendo.

—«Ayudadme a encontrarla». A mí me parece que la oración de tu padre es muy directa. Parece que tu corazonada era cierta. Tu padre no ha desaparecido; se ha ido a buscar a alguien. Una mujer.

Hana clavó la mirada en la llama de la vela.

—Tan solo hay una mujer que mi padre haya perdido.

—¿Quién?

—Mi madre.

—Vale. Genial. Entonces, ya tenemos una pista. ¿Tienes alguna idea de dónde está?

Hana sopló la vela con un aliento tembloroso.

—Pensaba que lo sabía.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre está muerta. Murió en tu lado de la puerta. Eso fue lo que me dijo mi padre. Ahora, parece que esta oración es una mentira, o bien que toda mi vida lo es.

—Hana…

—Tan solo hay una forma de averiguar la verdad —dijo ella, y tomó la vela de la pared—. Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué?

—Por lo que va a pasar a continuación. Me temo que no te va a gustar.

CAPÍTULO CATORCE

Piel y tinta

Las segundas veces casi siempre eran más disfrutables que las primeras. Los besos. El sexo. Los experimentos en el laboratorio. Por lo que a Keishin respectaba, las primeras veces solo se creaban con el único propósito de quitarse el fracaso de en medio. Saltar en los charcos era una excepción. En el estanque de la casa de empeños había saltado para sacar a Hana de lo que él creía que era un delirio. Pero, cuando se zambulló en ese charco y aterrizó en un campo de hierba de las pampas, también se zambulló en una verdad nueva y helada: la ciencia era una mentira.

En el transcurso de una mañana había descubierto que el humo transportaba las oraciones y que las velas podían hablar. Y, cuando Hana cumplió al fin con su promesa de contarle la verdad sobre la

casa de empeños, descubrió que los sueños descartados y las decisiones perdidas podían intercambiarse por la paz. Aunque no creía en el arrepentimiento, Keishin estaba casi dispuesto a inventarse uno para empeñarlo a cambio de un rincón tranquilo dentro de su cabeza. Las reglas alteradas y las leyes científicas rotas traqueteaban dentro de él, chocando contra todo lo que había visto detrás de la puerta del restaurante de ramen. Y ahora Hana iba a enseñarle más.

«Tengo que advertírtelo. Este próximo lugar te parecerá… diferente. Veas lo que veas, no te asustes».

Keishin repitió las palabras de Hana mientras desaparecía debajo del agua. Se imaginó que podría emerger en la oscuridad, a pesar de que sabía que eso no existía. Mucha gente tenía miedo a la oscuridad, pero él no. No desde que era un muchacho y había descubierto la verdad en una de las montañas de libros que se llevaba a casa cada semana de la biblioteca local. Aquello había sido lo mejor de aprender inglés: los libros no se cansaban de responder a sus preguntas. Le enseñaron que la oscuridad era una limitación humana, la incapacidad de nuestros ojos de ver todo el espectro de la luz. Si estuviéramos mejor diseñados, habríamos sido capaces de ver todos los restos parpadeantes del Big Bang que iluminan la noche.

Keishin atravesó la superficie del charco y salió de él. Su corazón palpitaba con fuerza contra sus costillas. Se había equivocado con lo de emerger en la oscuridad. La oscuridad era algo que comprendía, pero aquel lugar no lo era.

Ante él se extendía una calle empedrada, flanqueada por *machiya* tradicionales, unas estrechas casas de mercaderes hechas de madera, y salpicada de cerezos llorones en flor. Los canales llenos de aguas transparentes y bancos de carpas *koi* fluían a ambos lados de la calle. El pueblo le recordaba a Keishin las aldeas históricas japonesas conservadas que había querido visitar, pero con una diferencia que hizo que se le erizara todo el vello de la nuca: la aldea entera era un paisaje en blanco y negro, pintada contra un lienzo de papel que se extendía hasta el cielo. El sol. Las nubes. El empedrado bajo sus pies. Hana. La joven estaba dibujada con trazos expertos

en tinta negra, con la curva de sus labios delineada con el mayor esmero.

—Todo lo que se encuentra dentro del pergamino tiene este aspecto —dijo ella—. Incluido tú.

Keishin levantó las manos por delante de él. Sus dedos estaban perfilados con tinta negra y sombreados con los más sutiles trazos de un pincel. Obligó a su voz a salir de su garganta.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar?

—Una historia. En tu mundo las leéis, pero nosotros caminamos dentro de ellas.

Keishin observó el boceto de una hoja caída revoloteando con la brisa.

—Estoy empezando a pensar que nada volverá a tener sentido jamás.

—Las cosas no tienen que tener sentido para ser reales.

Le tomó la mano y se la apretó contra el pecho. Keishin sintió el latido del corazón de Hana a través de su palma. A pesar de que la joven parecía un dibujo, seguía siendo suave y cálida al tacto. Era sólida. Real.

—No hay suficientes preguntas en el universo para que pueda comprender por completo nada de esto. Todavía no sé lo que le ocurrió a tu madre.

—Los Shiikuin la ejecutaron por haber robado una decisión de nuestra cámara acorazada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque todas las decisiones que recogemos les pertenecen a ellos. Robar algo de los Shiikuin es el mayor de los crímenes. Yo era un bebé cuando vinieron a por ella, y lo único que sé de ese día es lo que mi padre me contó.

—Pero ahora crees que podría estar viva.

—Pues… —Se le rompió la voz. Apartó la mirada y se apresuró a secarse una lágrima—. No sé qué pensar.

—Hana…

—Ya te he dicho que podía ocuparme de esto yo sola. Vete a casa, Keishin. Un salto te llevará de vuelta.

—¿De vuelta a dónde? ¿Al restaurante de ramen? ¿A mi hotel? ¿A

mi trabajo en el Super-Kamiokande? Todos los años que me he pasado obsesionado con los misterios del universo, tratando de explicar cómo comenzó todo, han sido una completa pérdida de tiempo. Ese «todo» ha resultado ser solo un lado de una moneda muy extraña. ¿Cómo puedo fingir que nada de eso importa cuando me encuentro dentro de un pergamino?

—Pues claro que importa —respondió Hana.

—¿Tú crees?

—A ti te importa. ¿Eso no es suficiente?

—Solía serlo. —Keishin suspiró y negó con la cabeza—. Mira, hemos venido hasta aquí para descubrir la verdad sobre tu madre. No voy a marcharme hasta que lo hagamos.

Hana miró al otro lado de la calle.

—Albergo la esperanza de que el Horishi tenga alguna respuesta.

—¿Un tatuador?

—*El* tatuador. Solamente hay un Horishi en nuestro mundo.

—¿Y esta persona podrá decirnos si tu madre está viva?

—La tinta del Horishi lo hará.

Un trueno retumbó sobre la voz de Hana.

Keishin levantó la mirada hasta el cielo de papel. Sintió algo de consuelo al saber que, incluso en aquel mundo extraño, una regla todavía era cierta: seguía sin caerle bien al tiempo atmosférico. Unas gruesas gotas de lluvia explotaron desde el cielo y se derramaron sobre su cara.

—Entonces, deberíamos encontrar a este Horishi y a su tinta antes de que nos quedemos empapados y…

Keishin ahogó un grito y retrocedió tambaleándose.

La lluvia corría por las mejillas de Hana y se deslizaba por su cuello.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Hana… —El nombre se quedó atascado en la garganta de Keishin —. Estás brillando.

★★★

Siguiendo con la tradición, el padre de Hana la llevó al Horishi

cuando la pequeña tenía un mes. Ella no recordaba nada de la visita, pero cada vez que llovía un recuerdo de aquel viaje resplandecía sobre su piel. Aparecían imágenes y palabras trazadas con una tinta azul brillante dondequiera que las gotas de lluvia la tocaran, narrando la historia de la vida que estaba destinada a vivir. Sin encrucijadas. Sin desvíos. Tan solo un único camino en un mapa de tinta azul que cubría casi cada centímetro de su cuerpo.

Cuando era pequeña, a Hana le gustaba sacar el brazo por la ventana y observar cómo cobraban vida las escenas que el Horishi había grabado en su piel. Unas volutas de humo se elevaban desde las tazas de té tatuadas. Una luna en miniatura nadaba en un pequeño estanque. Los pájaros enjaulados cantaban una canción silenciosa. En su muñeca, la puerta de una jaula cerrada se abría al ritmo de los latidos de su corazón. Pero, con cada pájaro resplandeciente que encerraba, le resultaba más difícil saber en qué lado de los barrotes de tinta se encontraba ella. Cuando la jubilación de su padre se fue acercando, Hana comenzó a pasarse más tiempo empapándose en sus baños vaporosos, tratando de frotarse para limpiarse.

—No me mires —dijo, subiéndose el cuello de la camisa—. Soy horrible.

—¿Qué? No. No. Tan solo me he sorprendido. Eso es todo, te lo juro. No tienes nada que esconder. Todavía sigues siendo… —Un calor se elevó por el cuello de Keishin—. Preciosa.

—Ten cuidado. —Hana se sujetó la ropa con más fuerza—. Mentir se está convirtiendo en un hábito para ti.

—No estoy mintiendo.

—Entonces estás ciego.

Los nudillos de Hana palidecieron alrededor del cuello de su camisa. Unas pequeñas grullas de origami relucientes volaban en un camino inmutable alrededor de sus dedos húmedos.

—Eso no podría ser menos cierto. Estoy viendo más ahora de lo que jamás pude ver cuando me pasaba los días mirando el mundo a través de telescopios y pantallas parpadeantes.

—¿Y qué es lo que ves, Kei? ¿Otro experimento como el del estanque? ¿Una anomalía para la que podrías encontrar alguna

utilidad en tu mundo? ¿O tal vez un monstruo cubierto de horribles cicatrices azules?

—Tú no eres un monstruo.

—Los incontables clientes que han cruzado la puerta de la casa de empeños no estarían de acuerdo contigo. Todos querían una sola cosa. Estar limpios. Impecables. A lo largo de las generaciones, mi familia no ha hecho más que arreglar, lustrar y pulir las manchas, las abolladuras y las grietas de nuestros clientes. —Una cometa azul rodeó el antebrazo de Hana, y esta apretó los dientes—. Perfectos como la porcelana.

—Las cicatrices no te hacen ser menos de lo que eres. Son simplemente historias, al igual que este pergamino. Puede que tú no veas las mías, pero también tengo unas cuantas.

—No como estas. —Hana giró la mejilla, exponiendo unas flores de loto azules que se abrían por detrás de su oreja—. Tus cicatrices te dicen dónde has estado. Las mías me dicen a dónde voy a ir. En este mundo se trae a todos los niños al Horishi para que aprendan su camino. La lluvia nos recuerda que lo que está predestinado no puede lavarse jamás. —Tiró del cuello de la camisa a un lado y la lluvia cayó sobre su pecho, revelando la fulgurante puerta de la cámara acorazada que hacía guardia sobre su corazón. A diferencia de los demás tatuajes, que se enroscaban y revoloteaban, la puerta permaneció cerrada—. ¿Me estás diciendo que no puedes ver este mapa grotesco de piel y tinta?

—Lo que veo es a ti, Hana. Veo tu valor. Tu determinación.

—¿Determinación? —Una risa seca escapó de sus labios—. ¿Te refieres a la tozudez?

—Bueno, eso también. —Keishin sonrió—. Y no hay nada feo ni repugnante en lo que veo que me haga querer apartar la mirada. Todavía estoy aquí. Dentro de un pergamino. Bajo la lluvia. Sin mentirte.

Un carro de dos ruedas sin conductor se detuvo frente a ellos. Hana se apresuró a recolocarse el cuello de la camisa y subió a bordo.

—Ven. Esto nos llevará hasta el Horishi.

—Debería sorprenderme, pero de algún modo, en un pueblo

pintado en un pergamino, un carro sin conductor casi tiene todo el sentido del mundo. —Keishin se sentó junto a Hana y se dio cuenta de lo estrecho que era el asiento. Daba igual cómo se colocara; no había forma de mantener sus cuerpos separados—. Estamos un poco apretados. Lo siento.

—No pasa nada. Es un trayecto corto hasta la casa del Horishi. Nada dentro de un pergamino está demasiado lejos.

Keishin se quitó el abrigo y lo acomodó sobre la cabeza de Hana, para protegerla de la lluvia. El mapa de su piel se desvaneció. Una sonrisa, dudosa al principio, apareció en los labios de la joven.

—Gracias.

Keishin dejó que la lluvia goteara sobre sus pestañas. Debería haber sentido frío, pero el cuerpo de Hana le transmitía su calor a través de la ropa. Eso, y su sonrisa. Aunque era ligera, Keishin se había dado cuenta de que era la primera que aparecía en sus labios desde que se habían conocido. Lo invitaba a deambular por el resto de su cara, a explorarla como uno estudiaría un cielo lleno de estrellas. Las facciones de la joven estaban tan cuidadosamente seleccionadas y organizadas como cualquier constelación, pero eran más fascinantes. Las estrellas eran interesantes, pero no atrapaban su atención. En la vida, en la ciencia, se sentía más atraído por lo invisible. Y nunca había conocido a una persona con más secretos que Hana. No le importaba que los ocultara; estaba acostumbrado a ello. El universo también era así. Escondía sus secretos más atractivos detrás de nubes de nada y ruido.

Keishin ajustó su abrigo sobre la cabeza de Hana para asegurarse de que permaneciera seca. No sabía si la joven creía lo que le había dicho sobre ver a través de sus cicatrices. Estaba a punto de preguntárselo cuando ella se relajó contra sus costillas, y él se dio cuenta de que no necesitaba una respuesta. Hana encajaba junto a él a la perfección, un complemento de ángulos y curvas. Si hubiera creído en el destino, Keishin tal vez se habría permitido pensar que sus cuerpos habían sido tallados exactamente para ese momento, para ese trayecto en carro bajo la lluvia. Pero, como no era así, mantuvo los ojos fijos delante de él, lejos de la cara de Hana y del recuerdo de su sonrisa.

★★★

La casa del Horishi estaba ubicada en el centro del pueblo, indistinguible de las estrechas viviendas de madera que Keishin había visto por el camino. Se bajó del carro y le ofreció su mano a Hana.

Ella se la tomó y bajó también. Levantó la mirada hacia él, le dio las gracias con una pequeña sonrisa, y le soltó la mano.

—Debe… eh… debe de ser difícil para ti volver aquí después de lo que te hizo el Horishi —dijo Keishin, a quien le resultaba complicado formar palabras con la calidez de la pequeña mano de Hana todavía en su palma.

—Era el deber del Horishi. Todos tenemos nuestros papeles que cumplir.

Una puerta de madera se abrió, invitándolos a entrar. Siguieron un camino pavimentado a la sombra de un cerezo esperando a florecer. Una brisa soplaba a través de sus ramas pintadas, haciendo que traquetearan las jaulas para pájaros vacías que colgaban de ellas.

—¿Dónde están todos los pájaros? —preguntó Keishin.

Hana se detuvo debajo de una jaula.

—Kei, escúchame. No te preocupes por nada más que lo que estoy a punto de contarte. Cuando conozcamos al Horishi, debes permanecer totalmente en silencio. No hagas ni un sonido. No pronuncies ni una sola palabra. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué?

—El Horishi solo habla cuando le hablan primero, y podría haber cosas que no te gustaría saber.

—¿Como qué?

—Tu futuro.

★★★

Keishin había perdido la cuenta de la cantidad de *fusuma* que se habían abierto y cerrado deslizándose mientras avanzaban por la casa del Horishi. Los paneles corredizos cubiertos de seda se movían por su cuenta, guiándolos a través de lo que parecía un número infinito de habitaciones. Si se hubiera detenido a pensar, el joven se

habría preguntado cómo era posible que el laberinto cupiera en una casa de ese tamaño.

Pero Keishin tan solo había tenido tiempo para dedicarlo a un único pensamiento. Ese pensamiento crecía con cada paso que daba, dando vueltas por su cabeza y pasando por encima de todo lo demás. Nunca había sido de la clase de personas que se pasaban el día preguntándose cómo sería su futuro. Era algo imposible de saber, y una pérdida de tiempo. Pero ahora estaba bajo el mismo techo que alguien que podría decirle si, al final de su búsqueda de toda una vida para encontrar las piezas faltantes del rompecabezas del universo, encontraría por fin su lugar en el mundo. Lo único que tenía que hacer era preguntar.

—Esta es la habitación del Horishi —dijo Hana.

Keishin levantó la mirada del suelo y un estallido de color llenó sus iris. Se cubrió la cara con las manos. Dentro de un pergamino en blanco y negro, cuatro paneles de un *fusuma* pintado de colores brillantes le resultaban cegadores. Entrecerró sus ojos dibujados, esperando a que se adaptaran.

Un lago iluminado por la luz de la luna, rodeado de montañas medio cubiertas de niebla, se extendía por el *fusuma*. Un pequeño barco se movía con lentitud a través del agua, dejando un rastro de pequeñas olas a su paso. Se detuvo bajo la luna llena. Keishin se inclinó más hacia él, tratando de ver si sus ocupantes también se habían detenido para mirarlo, pero los dos paneles en mitad de la imagen se abrieron deslizándose, rompiendo el pequeño barco por la mitad.

Una niña con los ojos vendados que no podía tener más de doce años estaba sentada detrás de una mesa de madera baja en el centro de la habitación. Keishin le lanzó una mirada a Hana.

—Es una cría.

—El mayor de los hijos del Horishi se encarga de su trabajo cuando el Horishi fallece, sin importar la edad que tenga —susurró Hana—. Recuerda, en cuanto estemos dentro, no debes hablar. —Keishin asintió con la cabeza, y Hana saludó a la chica sentada con una leve reverencia—. Horishi-san.

—Ishikawa Hana —dijo la niña, como si fuera capaz de verla a

través de la venda—. Bienvenida.

Keishin siguió a Hana al interior e hizo una reverencia, pero se mantuvo en silencio tal como ella lo había instruido. La niña se giró hacia él e inclinó la cabeza ligeramente a un lado, pero entonces volvió a dirigir su atención hacia la joven.

—Horishi-san —dijo Hana—. Tengo una pregunta para la que esperaba que pudiera darme una respuesta.

La Horishi asintió con la cabeza.

—Siéntense, por favor.

Keishin se sentó sobre el tatami y dobló las rodillas por debajo de él. Sus ojos recorrieron los instrumentos para tatuar que había sobre la mesa. Unos *nomi* de distintos tamaños estaban colocados en una hilera. Desde lejos parecían pinceles alargados y delgados con mangos de bambú. Al inspeccionarlos más de cerca, Keishin vio que las puntas no eran de cerdas suaves, sino pequeñas agujas pegadas al bambú con hilo de seda. Junto a los *nomi* había una piedra para moler la tinta. Keishin había visto un documental sobre técnicas tradicionales de tatuaje y sabía que la piedra se utilizaba para triturar bloques de carbón y convertirlos en tinta negra. Sin embargo, los bloques que había colocados junto a la piedra para moler la tinta de la Horishi no eran negros, sino de un azul brillante y resplandeciente.

—¿Qué desea conocer que no esté escrito ya sobre su piel? —preguntó la Horishi, que sonaba mucho mayor que los años que tenía.

—La muerte —dijo Hana.

—Eso es lo único que ni yo ni su piel podemos decirle. La muerte pone fin a su historia según le place.

—No me refiero a mi muerte, sino a la de mi madre.

—El destino de su madre es conocido por todos. Era una ladrona, y la ejecutaron por su crimen.

—Sí.

—Y, aun así, tiene dudas. Cree que existe una posibilidad de que pueda seguir viva. —Hana asintió con la cabeza—. En los años que han pasado desde que mi padre falleció, he aprendido que la mayoría de las personas no desean oír las respuestas que buscan.

Ha de saber que, una vez que la pronuncie, ya no podré retirar la verdad.

—Lo comprendo.

—Muéstreme su brazo derecho.

Hana se subió la manga y le tendió el brazo.

La Horishi se enjuagó las manos en un cuenco de plata y se las secó. Pasó los dedos por encima de la piel de Hana y se detuvo en un punto justo sobre su codo.

—Un crisantemo —dijo, admirando una zona de tinta invisible—. Mi padre se esmeró mucho en crear el símbolo de su madre. —La muchacha escogió un *nomi* y lo colocó sobre el punto que había seleccionado sobre el brazo de Hana—. Esto le va a doler. Quédese quieta.

—Estoy preparada.

La Horishi presionó la piel de Hana con el *nomi*, pinchando con las agujas a lo largo de las líneas de un diseño que solo ella podía ver. Unas pequeñas gotas de sangre brotaron a lo largo del camino del *nomi.* Keishin observó a Hana respirando de forma lenta y controlada, sin inmutarse. Pensó que la joven estaba acostumbrada a ocultar el dolor.

La muchacha se enderezó y levantó el *nomi* del brazo de Hana.

—La tinta del símbolo de su madre nos dirá lo que ha sido de ella. Si es azul, significa que está viva. Y, si es negra, entonces está…

—Muerta —terminó Hana—. Lo entiendo.

La Horishi apoyó la punta del *nomi* sobre la piedra para moler la tinta vacía, como si estuviera mojando sus agujas en tinta. La tinta fluyó desde las puntas de las agujas, llenando el pozo poco profundo de la piedra. Resplandecía con un azul brillante.

—Está viva —dijo Hana, ahogando un grito—. ¿Sabe dónde está, Horishi-san?

—La tinta lo sabe.

—Dígamelo, por favor.

La muchacha negó con la cabeza.

—Su madre cumplió con su papel cuando la dio a luz. Más allá de eso, no tiene ningún lugar en su historia. No puede desviarse de lo que ha sido escrito.

—Por favor. —Hana se postró a los pies de la Horishi—. Se lo suplico.

—Lo siento. Ese conocimiento no está destinado para sus ojos ni sus oídos.

—¿Qué hay de los míos? —preguntó Keishin de forma abrupta. La visión de Hana tirada en el suelo era como un cuchillo retorciéndose entre sus costillas.

La Horishi inclinó la cabeza hacia él, y a pesar de que tenía los ojos vendados, el joven sintió que su mirada se clavaba en él.

—Ah. Sí que puede hablar. Me preguntaba cómo sonaría su voz.

—¿Puede decirme dónde está la madre de Hana?

Hana se sentó y, con urgencia, formó una palabra silenciosa con la boca: «Para».

—Puedo hacerlo —dijo la muchacha—. Si es que ella forma parte de su camino. Minatozaki Keishin, ¿le gustaría conocer su historia?

—Gracias por su ayuda, Horishi-san —replicó Hana, cogiéndole el brazo al joven—. Deberíamos irnos.

—¿Mi historia? —preguntó él, con los ojos clavados en la niña.

—El camino hacia todo lo que ha de pasar a continuación. La gente conoce su camino antes de poder hablar o caminar. Usted es mayor. —Inclinó la cabeza y se tocó la barbilla—. Pero también es muy nuevo. Su mapa es muy diferente a cualquier cosa que haya visto antes.

—¿A qué se refiere con lo de «nuevo»?

—Kei. —Hana le tomó la mano—. No lo hagas.

—No podemos marcharnos —dijo Keishin—. Ella sabe dónde está tu madre.

—Pero no se puede revelar una cosa sin desvelar todo lo que está conectado a ella —señaló la Horishi—. El principio, la mitad y el final de su camino. Verá la totalidad de su camino extendiéndose ante usted tan claramente como puede verme a mí.

—Entonces, cuéntemelo todo.

—No lo está entendiendo. La tinta hablará, y su piel la escuchará. —Asió un *nomi*—. ¿Está de acuerdo?

Keishin miró fijamente el *nomi,* pensando en cómo una cosa tan pequeña podría silenciar muy pronto todas las preguntas que lo

mantenían despierto por las noches. Desde ese día en adelante, todo podría quedar aclarado. Grabado en su piel. Jamás tendría que volver a preguntarse si su vida iba a significar algo más que solo una nota al pie de página en otro artículo de investigación, o si no era más que algo invisible y carente de masa, un desperdicio de tiempo y espacio.

Lo único que tenía que hacer era decir que sí.

CAPÍTULO QUINCE

Consentimiento

AHana se le humedecieron los ojos, pero no se atrevió a pestañear. Temía que sus pensamientos se alejaran de la luna llena que temblaba sobre el lago pintado del *fusuma* y se escaparan. Sabía a dónde irían exactamente. En el segundo en que se le escaparan, saldrían corriendo y se encontrarían a Keishin detrás del panel deslizante de tela, tumbado sobre la mesa de la Horishi, haciendo un intercambio cruel para que ella pudiera encontrar a su madre.

Unas lágrimas ardientes le escocían en los ojos. Hana pestañeó. Un pequeño barco flotaba sobre el lago y dispersaba el reflejo de la luna, dejando a la joven sin nada que mirar salvo la verdad: aunque era la mano de la Horishi la que estaba sujetando el *nomi*, la propia Hana era quien lo estaba clavando en la piel de Keishin. Maldijo entre dientes y abrió el *fusuma.*

—¡Parad!

—¡Hana! —dijo Keishin, sentándose en la mesa con su ropa amontonada en el suelo.

—No puedo dejar que hagas esto.

Los ojos de Hana recorrieron su piel desnuda. Los mapas del Horishi solo se revelaban cuando los tocaba la lluvia, lo que dejó a Hana preguntándose si habría llegado demasiado tarde.

—Quiero hacerlo, Hana —respondió Keishin, poniéndose en pie.

—Ha dado su consentimiento —dijo el Horishi. Dejó el *nomi* sobre la mesa, con la punta manchada de tinta azul—. Ya no puede retirarlo.

—Pero yo sí —replicó Hana.

Recogió la ropa de Keishin del suelo y derribó de la mesa el cuenco de plata lleno de agua. Un charco se formó junto a los pies del joven. Entonces, lo empujó hacia el agua y saltó detrás de él.

★★★

Salió del estanque de su patio y se encontró con Keishin plantado frente a ella.

—¿Por qué, Hana? —La garganta del joven se tensó, ahogando su voz—. ¿Por qué lo has detenido? El Horishi nos habría contado dónde encontrar a tu madre.

La joven apartó la mirada de su desnudez. Keishin se había despojado de algo más que solo de su ropa. El sacrificio que había estado a punto de hacer por ella había desnudado su alma. Hana no necesitaba las gafas de su padre o de su madre para ver que se había vuelto deslumbrante. Le tendió el fardo de su ropa arrugada.

—Vístete y márchate.

Sus palabras temblaban tanto como sus manos. Nunca había dicho nada más en serio. Ni menos. Quería que se quedara con la misma desesperación con la que necesitaba que se marchara. Aunque el mapa de su propia piel no era visible, se sabía de memoria cada detalle entintado en su mapa tatuado. Y Keishin no formaba parte de él.

—Hana…

—Vete a casa, Kei. —Dejó caer su ropa en el suelo—. Mientras todavía puedas.

SEGUNDA PARTE

Los ojos hablan
tanto como la boca.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El pago

Keishin se encontraba frente a la puerta de la casa de empeños, con la mano alrededor de su pomo de latón. Pensó que era irónico que el único arrepentimiento que hubiera querido empeñar iba a ser el momento en que saliera de vuelta a su mundo y cerrara la puerta tras él. Miró hacia atrás por encima del hombro, en dirección a Hana.

—Dime por qué has detenido a la Horishi.

—El precio era demasiado alto.

—Estaba dispuesto a pagarlo. —Soltó el pomo y se dio la vuelta para mirarla—. No te correspondía a ti decidir por mí. Era mi decisión.

—Y habría sido la última decisión real que tomaras. ¿Es que pensabas que la Horishi iba a darte tu futuro a cambio de nada? Todo el mundo paga el mismo precio cuando el mapa de su camino queda grabado en su piel: la libertad. Conocer tu futuro te habría despojado de cualquier decisión, de cualquier oportunidad en la que hubieras podido girar a la izquierda en vez de a la derecha. Perderías la habilidad de soñar y sentir esperanza, de desear un resultado distinto a lo que está escrito. ¿Ese es el precio que estarías

dispuesto a pagar para ayudar a una desconocida?

—Sería mucho más sencillo para mí marcharme si eso fuera cierto. Pero ya no eres una desconocida, precisamente.

—No me conoces.

—Te conozco lo suficiente. Sé lo que es que tus padres desaparezcan como el humo y te dejen sin nada más que preguntas y dolor. Mi madre nos abandonó cuando yo era pequeño. Nos marchamos de Japón por eso. Respirar el mismo aire que ella solía respirar era como respirar cristales rotos.

—Lo siento… —dijo Hana—. Pero esto es diferente. Mi padre no me ha abandonado.

—¿Ah, no? Las dudas que te carcomen por dentro son precisamente la razón por la que estás tan desesperada por tratar de encontrarlo. Quieres demostrarte a ti misma que te equivocas. Quieres encontrarlo y oírle decir que todo esto ha sido un malentendido. Yo no he vuelto a ver a mi madre desde que me dio un beso en la mejilla y me arropó en la cama la noche antes de abandonarnos. Y, a pesar de ello, hoy he estado paseando por Tokio al amanecer, con la esperanza de cruzarme con ella y tener la posibilidad de preguntarle al fin por qué no me quería lo suficiente como para quedarse.

—Lo… —Unas lágrimas se colaron en la voz de Hana—. Lo siento. No lo sabía.

—Quiero que estés bien, Hana. Quiero que encuentres a tu padre y que no te pases toda la vida buscando unas respuestas que no llegarán jamás.

Ella negó con la cabeza.

—Vete y ya está. Olvida que esto ha ocurrido.

—¡¿Cómo?!

—Con el tiempo, podrás vivir tu vida, al igual que lo hacen nuestros clientes. Todo lo que has visto y oído aquí te parecerá un sueño. Jamás debería haber permitido que vinieras conmigo.

—No me has obligado a hacer nada.

—Me aproveché de tu curiosidad y tu amabilidad. Yo soy capaz de leer a la gente. Me he pasado toda mi vida entrenando para hacerlo. Puse lo extraño y lo invisible delante de ti porque sabía que no serías

capaz de resistirte a tratar de averiguar si lo que te estaba contando era cierto.

—Tanto tú como yo sabemos que eso no fue lo que pasó. Una moneda lo decidió por nosotros.

—¿Tú crees?

—¿Qué estás diciendo?

Hana le tendió el puño y abrió los dedos. La moneda de Keishin descansaba en mitad de su palma.

—Necesitaba tu ayuda, incluso aunque no quisiera admitirlo.

Él clavó la mirada en la moneda.

—¿Hiciste trampa al lanzar la moneda?

—Hice mi trabajo. Distraer y manipular. Eso es lo que hacen los encargados de las casas de empeños para ganar en cada negociación.

—Entonces, ¿por qué te molestaste en lanzar la moneda? Yo te dije que quería ayudarte. Lo único que tenías que hacer era decir que sí.

—El destino, o incluso la percepción de él, sella los tratos mejor de lo que podría hacerlo cualquier palabra.

—¿Por qué me estás contando todo esto ahora?

—Porque cometí un error. Estaba desesperada y fui egoísta. Me equivoqué.

—¿Y así es como vas a arreglar las cosas? ¿Pidiéndome que me marche? ¿Porque te sientes culpable por haberme mostrado un mundo que yo nunca imaginé que existiera? Si ese es el caso, entonces siento decirte que no se te da tan bien leer a la gente como tú crees. No apelaste a mi curiosidad ni a mi amabilidad, Hana. Apelaste a mi codicia. —Keishin señaló la casa de empeños con un gesto de la mano—. Este lugar…, tu mundo…, es lo que he estado buscando durante toda mi vida.

—¿Otro misterio que resolver?

—Un misterio, no. *Más.* Algo más allá de lo conocido, más allá de lo que se puede alcanzar. La flor en el espejo. La luna en el estanque. Pensaba que la ciencia y las estrellas me ayudarían a encontrarlo, pero ha estado aquí durante todo este tiempo, detrás de esta puerta. Si de verdad crees que has hecho mal las cosas

conmigo, entonces arréglalas de la forma apropiada. —Keishin se acercó a Hana—. Págame. Si no quieres aceptar mi ayuda porque piensas que se debe a un sentimiento de empatía inmerecida, entonces págame. Págame dejando que me quede, al menos hasta que descubramos lo que les ha pasado a tus padres.

—No tendrás ningún recuerdo de todo esto cuando te marches. Nada de esto importará.

—Pero tengo el ahora. Por primera vez en mi vida, no voy a tener que hacer girar una moneda encima de una cornisa para mantener mi mente anclada a lo que tengo justo delante de mí. No me arrebates esto. Todavía no.

—Incluso aunque te quedaras, todavía no sabemos a dónde ir ahora. Hemos llegado a un callejón sin salida.

—Bien.

—¿Qué?

—Si no nos chocamos contra las paredes, no podemos atravesarlas. Todos los descubrimientos científicos significativos que se han hecho en la historia han ocurrido porque alguien se chocó contra una pared en blanco y decidió seguir empujando.

Hana negó con la cabeza.

—Esto no es uno de tus experimentos.

—Pero es un rompecabezas igualmente. A lo mejor no podemos encontrar las respuestas porque no estamos planteando las preguntas apropiadas.

—¿Qué preguntas quedan por plantear? ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué ha hecho esto? Tuvo todas las oportunidades del mundo para decirme algo sobre sus planes. Cualquier cosa. Pero lo único que hizo fue…

La joven se quedó paralizada.

—¿Hana?

—Mi padre… me…

Keishin vio un millar de pensamientos cruzando los ojos de Hana a toda velocidad, como coches en una carretera, pero mucho más rápido. Frunció el ceño para ralentizarlos. Él contuvo el aliento, convencido de que el resto de su vida dependía por completo de lo que ella iba a decir a continuación.

—¿Qué fue lo que hizo tu padre?
—Me dio una cajita de té.

CAPÍTULO DIECISIETE

El regalo

La cajita de té aguardaba pacientemente sobre la mesita de noche junto a la cama de Hana, esperando a que alguien se fijara en ella. Estaba envuelta en un paño de seda que la joven había pintado la semana anterior. Aunque estaba distorsionado por los nudos y los pliegues, ella reconocía su diseño. Un nenúfar se mecía sobre el paño, flotando junto a los bordes de un estanque en calma. Hana desató la seda y dejó que se derramara sobre la mesita.

—¿Qué tiene este té de especial? —le preguntó Keishin.

—Absolutamente nada. —Hana no le había pedido que se quedara. Ni tampoco lo había empujado por la puerta. Pero se dio cuenta de que tomaba aliento de forma más calmada cuando él se encontraba junto a ella, como si su voz hiciera que el aire fuera más fácil de respirar—. Es el mismo té que les damos a nuestros clientes a cambio de sus decisiones. Pensaba que mi padre no había tenido el tiempo o la imaginación para regalarme otra cosa. Pero ahora pienso

que podría haber otra razón. Cuando me dio el té, me dijo que hoy sabría diferente porque es mi primer día como la dueña de la casa de empeños. Me dijo que las cosas cambiarían, incluso aunque parecieran iguales. Este té podría ser otra pista.

★★★

Hana sirvió el té en un cuenco roto arreglado con oro. La bebida tenía exactamente el mismo aspecto y olor que siempre, tostado y ligeramente dulce. Se le llenó el estómago de dudas mientras inhalaba su vapor fragante. Se sentía estúpida por plantearse la idea de que su padre le había dejado un mensaje en el té cuando, con cada segundo que pasaba, tenía más claro que no quería que lo encontrara. Llenó un segundo cuenco.

—Si tienes razón con lo de que es una pista, entonces lo más probable es que contenga un mensaje que ha dejado solo para ti —dijo Keishin—. Puedo esperar en la tienda mientras te lo bebes.

—Puedes quedarte.

—¿Estás segura?

—Creo que ya no estoy segura de nada —dijo ella, y le tendió el té.

—Creéme cuando te digo que sé exactamente cómo te sientes.

—Deberíamos brindar por eso.

—¿Por qué?

—Por la incertidumbre. —Hasta ese día, la palabra era una extraña en la boca de Hana. Cubrió su lengua con el sabor del metal—. La única cosa que tenemos en común.

Keishin levantó la mirada de su cuenco agrietado.

—¿Tú crees?

—¿Qué más pueden compartir dos personas de mundos diferentes? ¿Un trayecto bajo la lluvia? ¿Un viaje a través de un charco? ¿Un té?

Keishin estiró el brazo sobre la mesa y dejó descansar su palma sobre la de Hana.

—Una mano a la que aferrarse.

—El té se está enfriando.

Hana se apartó de su caricia. Se llevó el cuenco a los labios, esperando que el té lavara la verdad que la mano de Keishin había dejado sobre su piel. La calidez provocaba la misma sensación, sin importar de qué lado de la puerta fueras, y la amabilidad también lo hacía. Pero la voz de su padre en su cabeza le recordaba que no podía permitirse conocer ninguna de esas dos cosas. Las reglas de la casa de empeños se aplicaban fuera de sus paredes. La empatía hacía perder tratos.

El té sabía igual que siempre, y un nudo se formó en la garganta de Hana. Otro callejón sin salida. Y entonces, ahí estaba. Una dulzura profunda y olvidada se elevó como una ola desde la parte posterior de su lengua. Barrió a Hana hacia una habitación cálidamente iluminada, hasta una mesa, enfrente de un rostro arrugado y sonriente. Inhaló bruscamente.

—¿Sobo?

—¿Hana? —la llamó Keishin desde muy lejos—. ¿Te encuentras bien?

Ella lo ignoró, con los ojos clavados en su abuela. La anciana estaba sentada frente a ella, bebiendo té de una taza de cerámica esmaltada. Le dirigió una sonrisa a Hana, aparentemente imperturbable ante su repentina aparición en su casa.

—¿Tú sabes dónde está mi madre, Sobo? —preguntó la joven.

—Por favor, Hana, come un poco más —dijo su abuela, ofreciéndole un plato de pastelitos hechos de mochi y pasta de judías rojas—. Estás demasiado delgada.

—¿Has oído lo que he dicho, Sobo?

Hana se aferró a los bordes de la mesa.

—El tiempo pasa demasiado deprisa —añadió la anciana—. No me puedo creer que ya tengas diez años. Eres exactamente igual que tu madre cuando tenía tu edad.

—¿Diez años? —Hana frunció el ceño—. Abuela, escúchame, por favor. Yo… —El suelo tembló, haciendo que las tazas traquetearan sobre la mesa. Su abuela le sonrió y siguió bebiéndose el té, inconsciente del estruendo. Hana se levantó de su asiento y le tomó las manos, pero sus dedos se cerraron en el aire—. ¡No!

—¡Hana! —La voz de Keishin explotó en sus oídos. Entonces, ella

abrió los ojos de golpe y se encontró al joven zarandeándole los hombros, y la taza de té rota a sus pies—. ¿Te sientes bien? —le preguntó el muchacho, sujetándola por los hombros.

La joven pestañeó.

—¿Qué ha pasado?

—Estabas en alguna especie de trance. Te has pasado casi media hora sin moverte ni decir nada.

—¿Qué? Para mí apenas han sido unos minutos.

—¿Qué has visto?

—Creo que era un recuerdo.

—¿De qué?

—De la primera vez que probé este té. Estaba equivocada, Kei. Este no es el té que mi padre ofrece a nuestros clientes. Es el que mi abuela sirve a los suyos. Creo que el recuerdo en este té significa que tengo que ir a verla.

—No tienes que hacer esto sola, Hana. Tú misma lo has dicho; nada de esto importará cuando regrese a mi mundo. Cuando esto termine, lo olvidaré todo sobre este lugar. ¿Qué tiene de malo que me dejes quedarme y ayudarte un poco más?

Hana recorrió con la mirada el mapa invisible de sus brazos. Cada momento que pasaba con Keishin era territorio inexplorado, y la alejaba más de su destino. Su madre era un recordatorio constante de lo que los Shiikuin hacían con las personas que se desviaban.

—Tú no formas parte de mi camino.

—Pues claro que sí —replicó él—. Soy tu cliente. Me has dicho que toda persona que atraviesa tu puerta es un cliente. Y eso significa que no puedo marcharme; no hasta que haya terminado nuestro negocio. No estás rompiendo ninguna regla, Hana. Al dejar que me quede, las estás siguiendo.

Ella no podía discutir con la verdad. Negó con la cabeza y se puso las manos sobre el regazo con un fuerte suspiro.

—La tetería de mi abuela. Allí es donde debemos ir. Pero tenemos que esperar hasta la medianoche.

—¿Por qué?

—Porque esa es la única hora en la que existe la tetería.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La verdad bien contada

La casa de empeños se veía casi inmaculada si uno no miraba con demasiada atención. Solo los paneles de cristal que faltaban en las puertas de algunos armarios daban una pista de su anterior estado caótico. Hana y Keishin se habían pasado el día volviendo a dejar el lugar como estaba. Apenas hablaron mientras trabajaban, y cuando lo hacían, era sobre todo el joven preguntando dónde iba alguna cosa y ella dándole la respuesta más breve posible. Hana pensaba que sería más seguro así. Hablar conducía de forma inevitable a decir la verdad, y había secretos que necesitaba guardar en lo más profundo de su pecho.

Keishin se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano,

dejándose una mancha de polvo en la sien izquierda.

—Parece que por fin hemos terminado.

—Te has dejado una parte —dijo Hana.

—¿Oh? —El joven inspeccionó la estancia—. ¿Dónde?

Ella le retiró la mancha de la cara con un paño de limpieza nuevo.

—Ya está. Ahora sí que hemos terminado.

—Gracias. —Keishin se ruborizó—. Bueno, ¿y ahora qué? Todavía nos quedan unas cuantas horas hasta la medianoche.

—La cena. Acabo de darme cuenta de que no hemos comido nada en todo el día. Tienes que estar muriéndote de hambre. Lo siento.

—No me había dado cuenta.

El estómago de Keishin gruñó.

—Tu estómago no está de acuerdo con…

Unos bruscos golpes la interrumpieron. Hana lanzó una mirada a la puerta de atrás y le hizo un gesto al muchacho para que se quedara en silencio.

Los golpes se volvieron más fuertes.

—Arriba —susurró la joven—. Deprisa.

Él subió las escaleras a hurtadillas, con cuidado de no hacer ruido. Un escalón crujió, y Keishin tragó saliva con fuerza mientras miraba a Hana.

—Escóndete —suplicó ella con un susurro.

El joven desapareció por el pasillo.

Hana se dirigió hacia la puerta de atrás, con el corazón palpitando con más fuerza que los golpes. Respiró hondo para tratar de tranquilizarse y abrió. Una sombra cayó sobre ella.

Una figura delgada vestida con un kimono blanco estaba parada en el umbral. Una máscara Noh, tallada de un ciprés y pintada de un tono que imitaba la luna, le cubría la cara. Las rendijas por las que miraban los ojos de la figura eran pequeñas, y revelaban solo dos pozos sin fondo de oscuridad.

—Shiikuin-san. —Hana hizo una profunda reverencia—. No esperaba que vinierais tan pronto. La luna nueva no está todavía en el cielo.

—No hemos venido a recoger los pájaros.

Un coro de al menos diez voces huecas, antiguas y jóvenes,

hablaban desde la boca del Shiikuin. La última palabra la pronunció un niño pequeño, pero no con menos solemnidad que el mayor del coro.

Hana asintió con la cabeza.

—Por favor, pasad. —La criatura entró, deslizándose sobre los tablones del suelo como si estuviera flotando en el aire—. ¿Puedo ofreceros un té? —preguntó ella.

El Shiikuin inclinó la cabeza con lentitud, permitiendo que las curvas y los ángulos de su máscara reflejaran la luz. Las sombras transformaron la cara de madera, cambiando su expresión hasta que formó la ilusión de una sonrisa oscura y carente de alegría.

—Hemos venido a hacerte una pregunta.

—Estaré encantada de contaros lo que deseéis saber.

Los labios pintados de la máscara se tensaron en una fina línea.

—¿Dónde está tu padre? —La columna vertebral de Hana se convirtió en piedra—. Y, si nos mientes… —El Shiikuin extendió el brazo, una repulsiva mezcla de hierro y putrefacción. Abrió la mano para dejar ver unas garras negras donde debería haber habido dedos— lo sabremos.

Hana asintió con la cabeza, sin confiar en su voz. Con lentitud, colocó la muñeca entre las garras del Shiikuin, utilizando cada gramo de su fuerza y de su voluntad para no temblar.

—Ishikawa Hana. —Las garras de la criatura se cerraron alrededor de su brazo, clavándose en una vena y en su pulso—. Dinos dónde está tu padre.

—No está aquí.

—Hemos sentido su ausencia. —El Shiikuin clavó una garra negra más profundamente en la muñeca de Hana. Una gota de sangre se deslizó por su brazo. Ella apretó la mandíbula, ignorando el dolor—. ¿A dónde se ha ido? —exigió saber un coro de voces.

—No lo sé.

El Shiikuin se inclinó más hacia ella, mirándola a través de los ojos huecos de su máscara.

—Dinos dónde está.

—La última vez que lo vi fue antes de irme a la cama ayer por la noche. —Unas gotas de sudor frío perlaban la nuca de Hana—.

Cuando me desperté, ya había desaparecido. No sé dónde está. Lo juro.

El Shiikuin la agarró con más fuerza, haciendo brotar más sangre.

—Dinos lo que sabes.

Ella respiró hondo y exhaló con lentitud a través de los dientes.

—Esta mañana, descubrí que la casa de empeños había sido saqueada y que un pájaro había desaparecido de la cámara acorazada. Mi padre también había desaparecido. Parecía como si el ladrón hubiera escapado al mundo más allá de la puerta y mi padre lo hubiera perseguido. Todavía no ha regresado.

—Ishikawa Hana.

El Shiikuin acercó la máscara a solo un suspiro del rostro de Hana. Le retorció la muñeca, cortándole la piel todavía más. Las sombras convirtieron la sonrisa de la criatura en una mueca desdeñosa.

—¿Sí, Shiikuin-san?

La sangre se derramó sobre el pie de Hana. La criatura la soltó.

—Estás diciendo la verdad.

Hana se sujetó el brazo contra el pecho. Le temblaba contra su corazón palpitante.

—Gracias, Shiikuin-san.

—Vendremos a recoger los pájaros dentro de dos días.

Ella hizo una reverencia.

—Sí, Shiikuin-san.

—*Todos* los pájaros.

Hana se puso pálida.

—Pero…

La criatura le subió la barbilla a la joven con una garra negra, y le cortó la piel.

—Tienes los ojos de tu madre. Sin ellos, podría resultarte más difícil leer los rostros de tus clientes y examinar sus decisiones. La luna nueva es dentro de dos días.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La tetería a medianoche

Keishin escuchó la conversación entre Hana y la criatura enmascarada desde la parte superior de las escaleras. El coro de voces del Shiikuin hizo que se le helara la sangre en las venas. Se agachó, justo fuera de la vista, mientras aferraba un cuchillo de cocina en el puño derecho. Nunca antes había apuñalado a nadie, pero aquel era un día de primeras veces.

Cuando la criatura exigió a Hana saber la verdad sobre lo que le había ocurrido a su padre, él empuñó el cuchillo con más fuerza. Pero mientras la joven le daba sus respuestas con calma, Keishin comenzó a aflojar la mano y comprendió en ese momento la razón de la estratagema del padre de Hana. Había puesto la casa de empeños patas arriba y había simulado un robo para que su hija tuviera una historia cierta que contar. Había mentido para que ella no tuviera que hacerlo.

—Ya puedes bajar.

Hana estaba mirando fijamente la puerta, rodeándose el estómago con las manos.

Keishin se apresuró a bajar las escaleras, y soltó el cuchillo de cocina. La atrajo hacia sus brazos.

—¿Estás bien?

—No.

Hana se derrumbó contra su pecho.

—Esa criatura… —La abrazó con fuerza—. ¿Eso era el Shiikuin?

—Uno de muchos. Quieren la decisión desaparecida.

—He oído esa parte. Y su amenaza.

—Eso no era una amenaza. —Hana salió del círculo de sus brazos —. Era una promesa.

—Entonces, tenemos que encontrar la decisión. Y rápido. Tu padre debe de habérsela llevado con él. Si lo encontramos, encontraremos la decisión. —Keishin comprobó su reloj—. Tan solo quedan unas pocas horas para la medianoche. Pronto tendremos respuestas.

—¿Tendremos? ¿Aún quieres hacer esto? ¿Incluso después de haber visto al Shiikuin?

—Esa cosa volverá dentro de dos días. No voy a abandonarte ahora.

—Kei… todavía tengo que contarte una cosa.

—Hana, no hay nada que puedas decir que vaya a hacerme cambiar de opinión. —Keishin fijó en su rostro lo que esperaba que pareciera una sonrisa convincente—. Además, ya estoy acostumbrado a saltar en los charcos.

—Los charcos no pueden llevarnos hasta la tetería de mi abuela.

—¿Cómo podemos llegar hasta allí?

—Tenemos que compartir una cama.

★★★

Estaban los dos tumbados sobre el futón de Hana, con sus cuerpos lo bastante cerca como para sentir su calidez mutua. Keishin tenía la mirada clavada en el techo, tratando de conjurar la lección más aburrida que se le pudiera ocurrir. Se imaginó que volvía a estar en el instituto, sentado en la parte de atrás de su clase de Historia, inventándose problemas matemáticos en la cabeza para mantener los ojos abiertos. No era que el Renacimiento le resultara poco interesante; tan solo era que la idea del señor Whitecotton de impartir la clase era leer del libro de texto hasta que sonara la

campana. Pero ni siquiera el recuerdo del zumbido monótono y nasal de su antiguo profesor podía hacer que le pesaran los párpados esa noche. Las voces de los Shiikuin reverberaban por encima de la Edad de Oro de la reina Isabel, negándole el sueño. Keishin se sentó y soltó un gruñido.

—Esto es imposible. No puedo dormir.

—Túmbate. —Hana tiró de él con cuidado para recostarlo de nuevo junto a ella—. Y trata de no pensar en nada. El sueño vendrá.

Keishin dejó descansar la cabeza sobre la almohada y suspiró.

—¿Estás segura de que no podemos saltar a un estanque o a un charco y ya está?

—Nunca he conocido a un hombre como tú. —Hana se dio la vuelta para mirarlo—. No te pareces en nada a nadie que haya cruzado la puerta de la casa de empeños.

Un mechón plateado cayó sobre los ojos de Keishin. Hana le pasó los dedos por el pelo para apartárselo de la cara. Él se puso rígido e inhaló bruscamente, y ella le devolvió la mirada desconcertada. Una sonrisa arrugó los ojos del joven y los suavizó. Keishin tomó la mano de Hana y se la llevó con delicadeza a la mejilla.

—¿En qué sentido? —susurró, con la comisura de sus labios rozándole la palma.

—Yo, eh… Lo siento. —Ella lo miró fijamente y pestañeó, apartando la mano—. ¿Qué has dicho?

Un hoyuelo apareció en la mejilla de Keishin.

—¿En qué sentido soy diferente a todos vuestros demás clientes?

Hana se ruborizó, pero no se molestó en ocultarlo.

—Todos nuestros clientes, incluso aunque no lo sepan, vienen aquí en busca de ayuda. Tú eres el primero que la ha ofrecido jamás. Saltas a lo desconocido sin pensártelo dos veces, y no titubeas en aceptar mi palabra cuando te digo que la forma de encontrar a mi abuela es a través de un sueño. Eres un buen hombre, Kei. —Entrelazó los dedos sobre su estómago—. Tal vez demasiado bueno.

—No me había dado cuenta de que querer hacer lo decente fuera un defecto —replicó él, apoyándose sobre el codo.

—No es un defecto. Es una debilidad. Hace que a la gente le resulte más fácil hacerte daño.

—Los únicos motivos y acciones de los que soy responsable son los míos propios. Cómo elija la gente responder a eso es problema de ellos.

—Se convierte en tu problema cuando te causan dolor. He visto suficientes lágrimas en la casa de empeños como para saber que esto es cierto tanto en tu mundo como en el mío.

—¿Y esas lágrimas incluyen las tuyas?

Ella se giró para darle la espalda.

—Deberíamos tratar de dormir.

—Hana…

—Ya casi es medianoche.

Keishin se tumbó.

—Por casualidad no tendrás por ahí una botella de sobra de la medicación para dormir de tu padre, ¿verdad?

—Cierra los ojos y escucha mi voz. Te voy a contar una historia.

—¿Una historia para dormir? ¿Lo dices en serio?

—Confía en mí.

Keishin cerró los párpados.

—Está bien.

—Hace mucho tiempo, había un pescador llamado Urashima Taro. Estaba pescando cuando vio a unos niños torturando a una tortuga. Entonces, Taro salvó a la tortuga y la dejó en libertad en el mar. A la mañana siguiente, una vieja tortuga se acercó nadando hasta él y le dijo que la tortuga que había salvado era la hija de Ryūjin, el Emperador del Mar. Ryūjin le había pedido a la tortuga que invitara a Taro a su reino para darle las gracias. La tortuga le dio branquias al pescador y lo condujo hasta el palacio submarino de Ryūjin. Allí, Taro conoció al emperador y a su hija Otohime, que se había transformado de una tortuga en una princesa preciosa.

La voz de Hana tranquilizaba a Keishin como si fuera una nana, cobijándolo y meciéndolo. Siguió las palabras de ella como si fueran miguitas sobre el sendero de un bosque, y cada una lo conducía cada vez más cerca a un sueño del mar.

—Taro se quedó con Otohime durante tres días, pero acabó teniendo ganas de ver a su anciana madre. La princesa aceptó con pesar que se marchara. Antes de que se fuera, le regaló una caja

misteriosa que lo protegería siempre que no la abriera. La vieja tortuga llevó a Taro de vuelta a la orilla de su pueblo.

Keishin se esforzó por permanecer despierto, dividido entre el agotamiento y la curiosidad. Hana se dio la vuelta y apoyó la cabeza sobre su pecho. Él la abrazó contra su cuerpo, sin estar ya seguro de si estaba soñando o si todavía seguía despierto.

—Abrázate a mí —susurró Hana por encima de su corazón—. Yo te guiaré a través del sueño.

Keishin asintió con la cabeza, medio dormido.

—¿Qué le pasó al pescador?

—Cuando Taro regresó a su pueblo, descubrió que todo había cambiado. Habían transcurrido trescientos años, y todas las personas que conocía estaban muertas. Desconsolado, abrió la caja de Otohime…

★★★

Hana lo observó mientras dormía. Iba a unirse a él pronto, pero por el momento le permitió soñar. En cierto sentido, se sentía como si ella hubiera ido por delante de él y ya estuviera durmiendo. Keishin era el extraño en su mundo, y desde que había llegado, ya nada a su alrededor le resultaba familiar. Su habitación. Su cama. Incluso su propia piel. Lo único que necesitaba era el más breve vistazo de Keishin para hacerla vibrar, cosquilleando de la parte superior de su cabeza hasta los dedos de sus pies, tal como le había ocurrido cuando se subió al árbol más alto de uno de los senderos montañosos que le gustaba explorar cuando era pequeña. Su padre le había dicho que no lo hiciera, pero ella lo subió de todos modos, cada vez más alto, lejos del eco de sus reglas, por encima de los muros de todo lo que le habían dicho que podía o no podía hacer. Al bajar la mirada hacia el mundo desde su rama temblorosa, no tenía forma de saber si la vibración que sentía en ese momento en sus miembros la hacía sentir viva o aterrorizada. Una ráfaga de viento azotó las copas de los árboles por debajo de ella, convirtiéndolas en un borrón verde y gris. Hana levantó la mirada a tiempo para ver un cielo furioso abriéndose, y se aferró a una rama temblorosa.

Unas esquirlas heladas de lluvia le golpearon los puños, despertando a las grullas de papel resplandecientes que llevaba tatuadas en la piel. La bandada emprendió el vuelo por el dorso de su mano, ajena a los húmedos azotes. Hana envidiaba sus alas. Aflojó los dedos alrededor de la rama y se planteó la idea de soltarla, aunque solo fuera por saber, durante el breve instante antes de que quedara destrozada sobre las rocas, lo que se sentía al volar.

Aovillada sobre su colchón junto a Keishin, con la cara lo bastante cerca de él como para sentir la calidez de su aliento en sus labios, Hana estaba colgando de un árbol que se elevaba por encima de todo lo que conocía. Desde aquella distancia, el mundo de abajo era diminuto, y ella estaba libre de su alcance. Sin embargo, no tenía alas. Apoyó la mejilla contra el pecho de Keishin y cerró los ojos, preguntándose si caer en él le dolería tanto como estrellarse contra el suelo y romperse todos los huesos.

★★★

La gravilla crujió junto a su oído. Keishin abrió los ojos de golpe, se sentó y miró a su alrededor. Un puente arqueado se extendía por delante de él. Una larga hilera de personas vestidas con blancos kimonos para dormir caminaban por el puente desde un sendero de gravilla, a paso tranquilo.

—Ese es el Puente de la Medianoche. Conecta la noche y la mañana —dijo Hana, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo y la gravilla de la ropa—. La gente lo cruza en sus sueños. La tetería de mi abuela está al otro lado.

—¿Dónde?

Keishin estiró el cuello para mirar por encima de la gente que hacía cola para cruzar el puente. Un árbol grande y con aspecto de estar en llamas que le recordaba a los arces del patio de su antigua universidad crecía en un jardín al otro lado.

—Eso es la tetería de Sobo.

—¿El árbol?

—Es un árbol *kito*. Significa «calma», lo que me parece que es bastante apropiado. La tetería de mi abuela ofrece refugio a las

personas que sufren pesadillas.

—¿Pesadillas? —Keishin echó un vistazo a la gente que hacía cola para cruzar el puente, y se dio cuenta de que tenían los ojos cerrados—. Están todos dormidos…

—Sí. Y nosotros también. La diferencia es que nosotros sabemos que estamos soñando. Mi abuela me enseñó el camino hasta su tetería cuando yo era pequeña. Tienes que girar a la izquierda cuando te quedas dormida y después giras a la derecha al final de tu segundo sueño.

Keishin observó el aliento de Hana convirtiéndose en niebla en el aire nocturno. En mitad de un sueño, junto a un puente que conducía hasta la mañana, sintió consuelo al saber que al menos algunas de las leyes de la ciencia seguían siendo ciertas. La mayoría de la gente cree de forma errónea que uno ve su aliento simplemente cuando las temperaturas se vuelven frías. Sin embargo, la humedad jugaba un papel igual de importante a la hora de convertir el aliento de una persona en minúsculas gotitas de agua que flotaban en el aire.

—El punto de rocío —murmuró Keishin, distraído, como si fuera una oración memorizada.

—¿Has dicho algo?

—Tan… eh… Tan solo estaba diciendo que me alegraba de que no hubiéramos despertado en el río.

—Sí. He visto lo que pasa cuando una persona se cae en él. —Hana clavó la mirada en la corriente de agua—. Durante una de mis visitas a mi abuela, vi que un Shiikuin perseguía por este camino a un vendedor del Mercado Nocturno. Todos los que se encontraban en el camino y en el puente se quedaron paralizados donde estaban. El vendedor era el único que corría. El Shiikuin se movía con lentitud, y a veces se detenía en mitad de una zancada, sin moverse en absoluto.

—Pero pensaba que el Shiikuin estaba persiguiendo al vendedor.

—Así es, pero el tiempo transcurre de forma diferente para los Shiikuin. Mi padre me contó que, aunque podamos verlos inmóviles, podrían estar corriendo a través del tiempo, viviendo varias vidas enteras en un abrir y cerrar de ojos. Nunca corren porque saben que

no tienen que hacerlo. No hay ningún lugar en el que ninguno de nosotros pueda esconderse de ellos. Al final, siempre acabarán atrapándonos.

—¿Por qué estaba persiguiendo el Shiikuin al vendedor?

—Por la misma y única razón por la que podrían perseguir a cualquiera en este mundo: el vendedor fracasó en su deber. Se quedó dormido mientras estaba atendiendo su puesto. Jamás olvidaré el terror en su rostro. El Shiikuin hizo un gesto con la cabeza a la gente que había en el puente, y ellos comenzaron a moverse como títeres manejados por hilos. Sujetaron al vendedor, le rompieron la ropa y le desgarraron la piel. Él gritó y trató de empujarlos para apartarlos de su camino, pero eran demasiados. Bloquearon el final del puente, para impedirle que llegara hasta la mañana. Entonces, él saltó al río, decidido a ahogarse antes de permitir que lo atraparan.

Keishin observó las violentas aguas barriendo un árbol caído.

—Menos mal que no era más que un sueño.

—El vendedor estaba en un sueño, pero el Shiikuin era real. No llegó a despertarse jamás. Cualquiera que caiga al río no será capaz de cruzar nunca hasta la mañana.

Keishin miró fijamente el río y tragó saliva con fuerza.

—Entonces, deberíamos mantenernos alejados de él.

—Por desgracia, cruzar el puente es nuestra única forma de volver.

★★★

Un *roji* bien cuidado se erigía como una frontera musgosa entre el camino de gravilla y el enorme árbol *kito.* Keishin sintió un cambio en el aire en cuanto entró en el jardín de té. La suave brisa que flotaba sobre el sereno paisaje de arbustos perennes esculpidos parecía solemne y dulce, una señal silenciosa de que una ceremonia del té había comenzado con su primer paso. Cada piedra del camino colocada sobre la hierba lo llevaba más lejos de lo mundano.

—El *tsukubai* es para purificarnos antes de entrar en la tetería —dijo Hana, y se detuvo junto a un lavamanos de piedra rodeado de rocas dispuestas de forma artística. Tomó un cucharón de bambú y

procedió a lavarse las manos y enjuagarse la boca.

Keishin la imitó. Un tintineo agradable y tranquilizador, similar a la música producida por una cítara, resonaba desde el suelo junto al lavabo.

—¿Estás oyendo eso?

—Eso es el *suikinkutsu.* Yo ayudé a mi abuela a hacerlo. Abrimos un agujero en una maceta de barro y la enterramos del revés. Cuando las gotas pasan a través del agujero, cae dentro de un pequeño charco de agua y hace que la maceta cante.

Keishin no recordaba la mayoría de sus sueños, pero esperaba poder aferrarse a la canción del *suikinkutsu* cuando se despertara.

—Es mágico.

—Una maceta enterrada no tiene nada de mágico. —Hana se acercó a una puerta con un entramado de bambú junto a un seto de cicuta—. No te apresures tanto en enamorarte de las cosas de este mundo, Kei. Descubrirás que muchas cosas aquí no son lo que parecen.

—Una canción hermosa es una canción hermosa. —Los ojos de Keishin se detuvieron en su cara—. Da igual de qué mundo sea.

La puerta se abrió, invitándolos al jardín interior de la tetería. Hana atravesó el umbral sin mirar atrás y Keishin la siguió hacia una escena más íntima y rústica. Había arbustos que crecían de forma natural bajo la sombra del árbol *kito.* Keishin miró hacia la copa densa y extensa del árbol. Incluso bajo la luz de la luna, sus hojas parecían estar en llamas. Pasó la mano por el tronco y lo sintió latiendo bajo su palma, como un corazón.

—Todavía no me puedo imaginar cómo es posible que la tetería de tu abuela esté dentro de este árbol.

—Creció dentro de él cuando todavía era una semilla —respondió Hana.

—¿Una semilla? —La mente de Keishin iba a toda velocidad, llena de posibilidades—. Y supongo que tu abuela no tendrá algunas semillas de sobra que pudiera llevarme de vuelta conmigo, ¿verdad? Podrían resolver… —Arrugó la nariz, arrepintiéndose de sus palabras —. Lo siento. Olvida que he dicho algo. Es un mal hábito.

—Podríamos preguntárselo, pero no sé lo bien que podría crecer

una semilla así en el suelo. La mente es mil veces más fértil que cualquier clase de tierra.

—Tiene sentido —admitió él, y se rio entre dientes.

Un rayo cruzó el cielo nocturno. El viento sopló, transportando el aroma de la lluvia. Incluso aunque estuviera dentro de un sueño, Keishin no podía escapar del tiempo horrible.

—Deberíamos entrar —dijo Hana, y golpeó el tronco del árbol con los nudillos.

Una larga rama se extendió desde un lateral del árbol y sujetó una rugosidad en el tronco con unas ramitas que parecían dedos. Entonces, abrió la corteza como si fuera una puerta. Otra rama le dio unos golpecitos a Keishin en el hombro. Él dio un respingo y se dio la vuelta, y la rama le dio un empujoncito en el pecho.

Hana trató de esconder una sonrisita.

—Te está diciendo que entres.

La rama continuó golpeando a Keishin.

—Ya voy, ya voy —dijo él, quitándose los zapatos. Los dejó sobre una roca plana junto a la entrada del árbol.

—Kei, espera.

—¿Qué pasa?

—Creo que será mejor que no le mencionemos a mi abuela nada sobre lo de que mi madre está viva. No tenemos ninguna prueba concreta, y podría alterarse.

—Lo entiendo.

★★★

Aunque no tenía ventanas, la tetería vacía se encontraba cálidamente iluminada por el resplandor de las luciérnagas que volaban libremente a través de los altos techos del local. Un cielo lleno de estrellas danzantes. Una mujer mayor vestida con un kimono sencillo levantó la mirada desde un mostrador de madera que crecía desde el suelo musgoso de la tetería. Tras ella, unos estantes nudosos exhibían una variedad de tés almacenados en tarros de cerámica.

—¿Hana?

Una sonrisa se extendió por el rostro de Asami, profundizando las arrugas alrededor de sus ojos.

—Sobo.

Hana corrió hacia su abuela y la abrazó con fuerza. Asami le devolvió el abrazo.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿Por qué no me habías dicho que ibas a venir? —Le echó un vistazo a Keishin—. ¿Y quién es tu amigo?

Él titubeó, inseguro de cómo iba a reaccionar la anciana a su presencia. Hana le dirigió una mirada rápida, alentándolo a responder.

—Soy… eh… Minatozaki Keishin.

Le hizo una reverencia.

—Pensaba que había conocido a todos los amigos de Hana —dijo Asami, observándolo.

—Keishin no… —Hana se apartó de los brazos de su abuela—. No es de aquí.

Él contuvo el aliento.

—¿No es de aquí? —preguntó Asami, frunciendo el ceño.

—Es del otro mundo.

La anciana se llevó la mano a la boca.

—¿Qué has hecho, Hana? ¿Por qué lo has traído aquí?

—Keishin me está ayudando a buscar a mi padre.

Las venas en el cuello de Asami se tensaron.

—¿A tu padre? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Esta mañana me desperté y me encontré con la casa de empeños saqueada, y Otou-san… había desaparecido.

Los labios de Asami perdieron su color.

—¿Los Shiikuin lo han…?

—No. —Hana le sujetó las manos a su abuela—. Ellos también lo están buscando. Por eso necesito encontrarlo yo primero. Me dejó pistas que nos han conducido hasta aquí.

—Estábamos esperando que usted tuviera alguna respuesta —dijo Keishin.

Asami lo ignoró, clavando una mirada afilada en su nieta.

—Esto tiene algo que ver con tu madre, ¿verdad? Tu padre me hizo una visita de lo más peculiar hace dos lunas. Dijo cosas de lo más

extrañas sobre ella. Yo pensé que debía de estar agobiado por el exceso de trabajo o borracho, y le dije que se fuera a casa a descansar.

—¿Qué te dijo? —preguntó Hana.

—Estupideces. —La anciana negó con la cabeza—. Me llenaría de vergüenza repetirlas.

La joven aferró las manos de su abuela con más fuerza.

—Pero eso podría ayudarnos a encontrarlo.

Keishin se mordió el labio, resistiendo la necesidad de intervenir y ayudar a Hana a defender su causa. Estaba claro que Asami no quería que él estuviera allí.

—Olvídate de todo esto. Vuelve a casa, Hana.

—No puedo. Ya sabes lo que le harán los Shiikuin si lo encuentran primero. Tienes que decirme lo que te dijo mi padre. No vamos a marcharnos de aquí hasta que lo hagas.

—Eres tan testaruda como tu madre. No voy a perderte a ti también.

—No lo harás. Te lo prometo.

—Esa no es una promesa que puedas hacer. Solo los Shiikuin pueden decidir tu destino. Te harán sufrir, tal como se lo hicieron a tu madre.

—No si usted nos ayuda —balbuceó Keishin.

Asami lo miró frunciendo el ceño.

—Esto no es asunto tuyo.

—Hana es asunto mío. —Keishin alzó la voz más de lo que pretendía, pero no se arrepintió. La imagen de los Shiikuin persiguiendo a Hana hasta un río llenaba su mente—. Se lo suplico —añadió, suavizando el tono—. Por favor, díganos lo que sabe. Podría ser la única forma de mantener a Hana a salvo.

Asami lo fulminó con la mirada y después exhaló, lo que hizo que su pequeña figura se desinflara.

—Toshio… —empezó, bajando la voz—. Me dijo que iba a jubilarse pronto, y que por fin iba a poder arreglar las cosas.

—¿Cómo? —preguntó Hana, frunciendo el ceño.

—Me dijo que tenía un plan que te mantendría a ti a salvo mientras él… —Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas—.

Mientras él buscaba a tu madre. Traté de decirle que estaba muerta, pero él tenía los ojos como enloquecidos e insistió en que estaba viva. Dijo que, en cuanto tú te quedaras a cargo de la casa de empeños, él se iría a buscarla. —Apretó la mandíbula—. Como he dicho, una absoluta estupidez.

—Pero ¿qué pasa si no estaba siendo estúpido? —dijo Hana.

—Nadie quiere que tu madre esté viva más que yo, pero esa no es la realidad. Los Shiikuin acudieron a mí después de que muriera y me entregaron una perla *kioku* que contenía su último día.

—¿Una perla *kioku*? —preguntó Keishin.

Asami le lanzó una mirada significativa.

—Puede que parezcas uno de nosotros, pero tu ignorancia revela de dónde eres en realidad. Si no deseas que nadie descubra tu presencia, entonces tienes que vigilar lo que dices cuando os marchéis de aquí. Hay muchos que no dudarían en traicionaros. Desearás que los Shiikuin te encuentren antes de que lo haga yo si mi nieta sufre algún daño por culpa de tus descuidos.

—Lo siento. —Keishin hizo una reverencia—. Tendré más cuidado.

—Una perla *kioku* es un recipiente para los recuerdos —explicó la mujer—. Los Shiikuin crearon una que contenía el juicio de Chiyo, para que yo pudiera ver lo que ocurrió ese día. Los Shiikuin querían que su advertencia quedara clara. Tan solo hay un destino para aquellos que fracasan en su deber.

—Nunca me habías dicho que tuvieras una perla *kioku* de esa mañana —dijo Hana.

—Y no la tengo. La tiré. ¿Para qué iba a guardar una cosa tan cruel? Lo único que he tratado de hacer desde que vi los últimos momentos de Chiyo ha sido olvidarlos. Si yo hubiera estado allí, no me habría quedado plantada como…

Las palabras murieron en su lengua.

—¿Como hizo mi padre? —preguntó Hana.

—Eso es cosa del pasado —dijo Asami con la voz seria—. Pero tu padre se convenció a sí mismo de que el pasado no era lo que parecía.

—¿A qué te refieres?

—Estaba convencido de lo imposible. Pensaba que podría

encontrar a Chiyo si hacía retroceder el tiempo.

★★★

La cola de soñadores se movía a paso de caracol en dirección al puente, pero ninguno de los que estaban en la fila parecía tener prisa. Cada uno de ellos estaba demasiado ocupado navegando por un sueño como para fijarse en la gravilla que crujía bajo sus pies. Sin embargo, Keishin era agudamente consciente de cada guijarro y de cada segundo que transcurría mientras esperaba a que llegara su turno para cruzar hacia la mañana. Se frotó la nuca.

—¿Sería tan terrible saltarnos la cola? De todos modos, aquí están todos dormidos. Jamás se darían cuenta.

—Sí —respondió Hana—. Lo sería.

—Ojalá tuviera la mitad de tu paciencia.

—Cuando te pasas toda la vida temiendo tu futuro, aprendes a agradecer cualquier cosa que te haga esperar.

—¿De verdad es tan horrible? ¿Encargarse de la casa de empeños? O sea, aparte de los Shiikuin, aunque tampoco es que sean fáciles de dejar aparte. Pero la casa de empeños ayuda a mucha gente de mi mundo. Hacéis mucho bien. —Ella mantuvo los ojos clavados en el puente—. ¿Hana? ¿Has oído lo que te he dicho?

—No puedo dejar de pensar en lo que ha contado mi abuela sobre el plan de mi padre para hacer retroceder el tiempo.

—Sé que a tu mundo no le importa la ciencia ni ninguna de sus reglas, pero hasta tu abuela ha dicho que viajar en el tiempo es imposible —señaló Keishin—. Deberíamos buscar otra pista. ¿Qué hay de esa perla que ha mencionado tu abuela? Dijo que mostraba lo que ocurrió el día del juicio de tu madre. ¿Hay alguna forma de que podamos conseguir otra?

—Una perla *kioku* de un evento solo la pueden crear aquellas personas que han estado presentes en esa ocasión. No creo que fuera sensato preguntar a los Shiikuin si tienen una de sobra. Encontrar otra perla que contuviera ese mismo recuerdo sería más difícil que viajar en el tiempo.

—Entonces, estamos en un callejón sin salida. Otra vez.

—Puede que no —replicó Hana—. Sé que es imposible viajar en el tiempo, pero mi padre no es de la clase de personas que van por ahí diciendo palabras que no creen de verdad, sin importar lo borracho que esté. Cuando está borracho es cuando más honesto es. El tiempo debe de tener alguna importancia en su plan de encontrar a mi madre. ¿Qué dice tu ciencia sobre el tiempo?

—Nada definitivo. Pero tenemos nuestras teorías.

—¿Qué clase de teorías?

—Bueno, por ejemplo, sabemos que la gravedad puede doblar el espacio. Eso significa que el espacio-tiempo se puede doblar. Y, en teoría, eso significa que el tiempo también se puede doblar.

—Doblar… —repitió ella, y se mordisqueó la comisura de los labios.

Entonces, la gente de la cola se quedó paralizada a mitad de sus pasos. Hana maldijo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Keishin—. ¿Qué ocurre?

—Están aquí.

Keishin se dio la vuelta. Una figura enmascarada estaba plantificada al final del camino, con sus ojos oscuros clavados en él.

—Shiikuin.

Hana le tomó la mano.

—Corre.

★★★

Hana se levantó de golpe del futón, con la ropa empapada en sudor. El amanecer se derramaba a través de una rendija entre las cortinas de su habitación. Se sujetó el brazo, recordando las manos frías y putrefactas que habían tratado de impedirle que cruzara el puente. Su tacto había convertido el tuétano de sus huesos en hielo, extinguiendo su calidez y su valor. Keishin los había empujado, utilizando su cuerpo para protegerla. Las criaturas le lanzaron zarpazos, haciendo que brotara la sangre. Él le gritó a Hana para que corriera, diciéndole que estaba justo detrás de ella.

No lo estaba.

CAPÍTULO VEINTE

Viajes y trenes

Hay pesadillas de las que te despiertas, y hay pesadillas en las que te despiertas. Las mañanas no tenían el poder de hacer nada para detenerlas. Y lo mismo le pasaba a Hana. Observó a Keishin retorciéndose en la cama, con la sangre manando de las heridas que los Shiikuin le habían abierto en los brazos. Su rostro se contrajo de dolor. El sudor había dejado un mechón de pelo plateado pegado a su cara. Lo agarró por los hombros y lo zarandeó con fuerza, a pesar de que sabía que no podía despertarlo. La única forma de que despertara era que él mismo llegara hasta el otro lado del puente por su cuenta.

Entonces, Keishin se sentó de repente, luchando para tratar de

librarse de unas manos invisibles. Sus ojos se toparon con el rostro de Hana.

—Hana… —dijo, respirando con fuerza.

—¡Kei! —La joven lo rodeó con los brazos—. Has cruzado.

Él estaba jadeando.

—Casi no lo consigo.

Ella se puso en pie de golpe.

—Levántate. Tenemos que irnos.

—¿Cómo nos han encontrado?

—Puede que haya sido la Horishi, o tal vez alguien que nos viera en la tetería o en el templo. Pero eso no importa. Los Shiikuin han captado tu aroma.

—¿Mi aroma?

—Los Shiikuin pueden oler nuestros secretos. Así es como nos siguen el rastro. Ahora que saben que estás aquí no van a dejar de buscarte.

—No voy a abandonarte.

—Ya lo sé. Me has dejado muy claro que no sirve de nada discutir contigo. No voy a pedirte que vuelvas a tu mundo, pero no podemos quedarnos aquí.

—¿A dónde vamos a ir?

—A todas partes.

★★★

Emergieron de un charco junto a la entrada de un gigantesco edificio de ladrillo rojo con un gran tejado abovedado de pizarra. Un reloj circular anticuado por debajo de la cúpula marcaba la hora. A tres plantas por debajo del reloj, la gente entraba y salía corriendo por las altas puertas de entrada del edificio.

—Esta es nuestra Estación de Tokio —dijo Hana—. ¿Es similar a la que hay en tu mundo?

—Me parece que nunca he estado en la que hay en mi lado. Y, si lo he hecho, no lo recuerdo. Mi vida en Tokio es difusa, como mucho. Apenas recuerdo siquiera la…

—¿La cara de tu madre?

A Keishin se le encogió el corazón.

—¿Cómo lo has sabido?

—Yo tengo la misma expresión en la cara cada vez que mi padre me sorprende mirando la única fotografía que guarda de mi madre. No tengo ningún recuerdo de ella, pero no dejo de robar esa foto de su habitación, con la esperanza de que la próxima vez que la mire podré hallar algún rastro de ella en mi mente.

—Yo trato de no pensar en mi madre. —Keishin levantó la mirada hacia el reloj—. No se merece ni un segundo de mi tiempo ni el espacio más diminuto dentro de mi cabeza.

El cielo se volvió oscuro.

—Va a llover —dijo Hana—. Deberíamos entrar.

—¿Vamos a abordar un tren?

—Una parte de nosotros lo hará.

★★★

Un techo octogonal, alto y abovedado, hizo que Hana se sintiera pequeña. Había ocho águilas de mármol posadas alrededor del techo, siguiendo con los ojos a los viajeros que corrían por debajo de ellas para llegar a sus trenes.

—¿Esa águila acaba de moverse? —preguntó Keishin.

—Pues claro que sí. Es una estatua; se supone que tienen que moverse.

—Entonces, te vas a quedar muy decepcionada con las estatuas de mi mundo. —El joven miró la estación a su alrededor—. ¿Dónde tenemos que comprar los billetes?

—Los billetes ya están comprados. —Hana miró en dirección a un grupo que se dirigía hacia las líneas de los trenes—. Los han comprado ellos.

★★★

Keishin estaba plantado en mitad de una multitud que esperaba en el andén del tren, masajeándose las sienes.

—De todas las cosas que he visto y oído en tu mundo, este plan es con diferencia el más extraño.

—Pero funcionará —le aseguró Hana.

—¿De verdad quieres que me acerque a unos completos desconocidos y les cuente mi secreto más profundo? —preguntó Keishin con una expresión de incomodidad.

—Los dos lo haremos. A cuantas más personas se lo contemos, más difícil les resultará a los Shiikuin dar con nuestro paradero. Nos están siguiendo el rastro, persiguiendo nuestros secretos. El perfume de un secreto es más fuerte y más distintivo que cualquier aroma. No hay dos personas que puedan guardar el mismo secreto.

—¿Y por eso tenemos que compartirlo?

—Con tantas personas como podamos. Ellas se llevarán nuestros secretos a dondequiera que vayan. Eso confundirá a los Shiikuin y, con suerte, nos hará ganar el tiempo suficiente como para obtener respuestas.

Hana serpenteó a través del andén, se detuvo detrás de un hombre que comprobaba la hora en su reloj y le susurró al oído. Kei la imitó y comenzó a compartir sus secretos con la multitud.

★★★

Se encontraban en el andén, observando un tren que se marchaba de la estación.

—Me alegra que ya se haya terminado —dijo Keishin—. Creo que nunca me he sentido más incómodo en toda mi vida. Me sentía como si estuviera en uno de esos sueños en los que doy una de mis clases completamente desnudo.

—En cierto sentido, supongo que lo estabas. La honestidad nos desnuda de todo lo que oculta quiénes somos en realidad. Es más fácil compartir secretos con gente que no volverás a ver jamás. —Hana se abotonó el abrigo—. Los Shiikuin van a tardar un tiempo en darse cuenta de que los hemos enviado detrás de todos los trenes que han salido de la estación en los últimos veinte minutos. No deberíamos desperdiciar ni un segundo del tiempo que acabamos de conseguir.

—¿A dónde vamos a ir ahora? —le preguntó Keishin.

—A la orilla del mar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El cielo, el mar y una canción

Keishin tan solo había estado en la playa unas cuantas veces en su vida, y aun así, cada vez que paseaba por la orilla, una sensación de familiaridad lo invadía por completo y lo calentaba hasta los dedos de los pies. Racionalizaba esa sensación como el resultado de la conexión primordial del hombre con el mar, un remanente de la época en la que la vida emergió del caldo primigenio del planeta. Los dedos de sus pies eran de una escuela de pensamiento más sencilla, felices de aceptar simplemente que les gustaba el mar porque disfrutaban de la sensación de la arena entre ellos. Pero ese día estaban desprovistos de esa

impresión, y se lo tomaron de forma personal cuando Keishin les negó el placer de un paseo. Aquella playa era totalmente diferente a cualquiera que hubiera visitado jamás. Allí, donde terminaba la arena fina como el polvo, unas nubes lamían la orilla. Keishin se agachó junto al charco del que habían salido y mojó la mano en el cielo a sus pies. Unas volutas de nubes se enroscaron alrededor de sus dedos.

—Increíble… —dijo, y su voz era más aire que sonido.

—Tienes suerte —replicó Hana.

—¿Suerte?

Keishin se puso en pie y se sacudió la arena de los pantalones.

—Yo no puedo recordar la última vez que vi algo y sentí esa sensación de asombro. A menos que contemos cuando…

Los ojos de Hana se dirigieron rápidamente de Keishin a las nubes que se estrellaban contra la arena como olas.

—¿A menos que contemos qué?

—Nada.

—Venga ya. Acabas de compartir tu secreto más profundo con unos completos desconocidos en una estación de tren. Esto no puede ser tan malo. Puedo darte un secreto a cambio si quieres.

—No hace falta que hagamos ningún intercambio.

—Bien. Odiaría tener que contarte lo de esa vez que le prendí fuego sin querer al laboratorio. Pues venga, adelante. ¿Cuándo fue la última vez que viste algo que te dejó asombrada?

—No fue algo. Sino alguien.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque has roto todas las reglas que conocía.

Keishin frunció el ceño.

—¿Qué reglas?

—Demasiadas.

—Dime una.

—En lugar de empeñar una decisión, me ofreciste una a mí. Hasta el día que muera, jamás seré capaz de comprender del todo cómo has acabado junto a mí en esta playa, ayudándome a buscar a mis padres.

—Tú también eras un misterio para mí. —Kei se acercó un paso más a ella. Estaban huyendo para salvar sus vidas y buscando a una mujer muerta, pero lo único que veía era el halo de calma en los ojos de Hana y su propio rostro devolviéndole la mirada desde sus iris. Envidiaba a su reflejo; este era capaz de ir adonde él no podía. Se preguntó cuántos de los secretos de Hana conocería; un privilegio que dudaba que él fuera a compartir alguna vez. Sin pensar, extendió la mano para tocarle la mejilla, con sus instintos más antiguos obligándolo a conocer lo incognoscible. Era más suave de lo que se había imaginado—. Todavía lo eres.

Hana apartó la mirada, ocultando el rubor que se había formado en el lugar donde los largos dedos de Keishin le habían rozado la piel. Señaló un grupo de estructuras de madera elevadas sobre pilotes en la distancia.

—Allí es donde podremos continuar con nuestro viaje.

—Nuestro viaje. Claro —dijo el joven, alejando sus pensamientos del rostro de Hana. Se protegió los ojos del sol con las manos—. Yo no veo ningún barco.

—No hay ninguno. Los barcos no pueden viajar por el Mar del Cielo.

★★★

Se trataba de una aldea construida sobre gruesos pilotes de madera que se extendía varias casas desde la orilla. Unos desgastados tablones conectaban cada casa con la siguiente, formando una compleja red de calles por encima del mar de nubes. Los vendedores ofrecían todo un universo de bienes en sus coloridos puestos a lo largo de las calles, y algunos de los artículos confundían a Keishin respecto a su posible uso.

—¿Por qué ese hombre está vendiendo botellas de arena? —le susurró al oído a Hana—. ¿Y por qué la gente se las está comprando? Pueden recoger un poco de la orilla y ya está, sin pagar nada.

—Eso no es arena. —La joven tomó una botella y se la ofreció a Keishin—. Es tiempo. No demasiado; tan solo un par de minutos dentro de cada botella. Está prohibido vender más que eso. A la gente le gusta llevárselas en sus viajes, por si acaso el trayecto les demanda más de lo que esperaban y llegan tarde.

—¿Tiempo?

Keishin sostuvo la botella en alto y examinó los pequeños granos que se movían en su interior.

—No se suele ver vendedores ofreciéndolo muy a menudo. Es muy poco común. Pero, a veces, el mar arrastra fragmentos de tiempo hasta la orilla. Los vendedores los recogen y los sellan.

—¿Desde dónde los arrastra?

—De la gente que se pierde en el mar. —Hana le devolvió al vendedor la botella que tenía Keishin—. Esta arena es el tiempo que nunca tuvieron oportunidad de utilizar.

—Oh —dijo Keishin en voz baja, alejándose del puesto.

—¿Pasa algo?

—El tiempo es un asunto sobre el cual a los físicos les encanta debatir. Tengo colegas que pueden pasarse horas discutiendo sobre si existe o no, o si se incrementa. Y sin embargo, aquí está, rescatado de los muertos y vendido en botellas a los viajeros que están preocupados por llegar tarde. —Keishin soltó un suspiro—. Nos pasamos todas nuestras vidas estudiando el universo, ¿y qué tenemos para demostrarlo? ¿Realmente sabemos algo siquiera?

—Tú sí —dijo Hana—. Por eso estamos aquí. ¿Recuerdas lo que me

dijiste sobre el tiempo cuando estábamos en el puente?

—¿Que en teoría se puede doblar?

—¿Qué pasaría si no fuera solo una teoría? ¿Qué pasaría si hubiera alguien que pudiera doblar el tiempo por nosotros y mostrarnos lo que le ocurrió en realidad a mi madre?

Keishin abrió mucho los ojos.

—¿Conoces a alguien que puede doblar el tiempo?

—Podría ser. Trabaja en el Kyoiku Hakubutsukan.

—¿El Museo de la Educación?

Hana asintió con la cabeza y se detuvo junto a un puesto que vendía tortitas de arroz.

—¿Quieres unas pocas para el viaje? No hemos comido nada en todo el día.

Keishin sacó la cartera.

—Pues… eh… Solo tengo dólares y yenes. ¿Me servirán?

—Esto es un mercado. Aquí no hace falta dinero. —Hana sonrió y eligió lo que quería. El vendedor envolvió las tortitas de arroz y se las entregó—. ¿Qué le gustaría recibir a cambio? —preguntó ella.

—Un libro —dijo el hombre—. Algo que no haya leído todavía. Uno grueso, cosido con hilo de oro.

Ella escarbó en el bolso tejido que llevaba cruzado sobre el pecho. Sacó un libro sobre la historia de la creación de las cometas que Keishin había visto en uno de los estantes de la casa de empeños.

—¿Esto servirá?

El vendedor asintió con la cabeza y sonrió, admirando el libro.

—Gracias. Que tengáis un buen viaje.

Hana metió las tortitas de arroz en su bolso y siguió avanzando por la calle.

Keishin llegó hasta ella.

—¿Cómo es que casualmente tenías el libro exacto que quería el vendedor dentro del bolso? ¿Qué más tienes ahí dentro?

—Nada.

Hana se quitó el bolso y se lo dio a Keishin, que miró en su interior.

—Está vacío…

—He pensado que las tortitas de arroz podrían aplastarse, así que las he dejado sobre la mesa de mi cocina. Y he sacado el libro de las

estanterías de mi padre —explicó Hana—. Sería un bolso bastante inútil y pesaría muchísimo si tuviera que cargar con todas las cosas en su interior. —Keishin se rio—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Nada. Mi mundo. —La mejilla del joven se arrugó con una sonrisita torcida—. Hemos enviado gente al espacio y hemos construido enormes detectores subterráneos para estudiar el universo, pero, por alguna razón, no hemos descubierto cómo se supone que hay que utilizar en realidad un bolso.

—Para.

—¿Que pare con qué?

—Con lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Lo mismo que has estado pensando desde que descubriste que podemos viajar a través de los charcos. Has estado tratando de averiguar cómo podrías lograr esa clase de cosas en tu lado de la puerta. Pero los estanques… y este bolso… no están hechos para tu mundo. Lo único que harás es fracasar.

—¿Qué hay de malo en fracasar? —Keishin inclinó la cabeza a un lado—. ¿O en tratar de mejorar las cosas? Solo porque las cosas siempre se hayan hecho de cierta manera no significa que sea así como deberían ser siempre. Y, si fracaso, ¿qué más da? Eso tan solo significa que estoy eliminando un camino equivocado y acercándome más al correcto. La ciencia se construyó sobre los hombros de grandes personas; tanto sobre sus errores como sobre sus logros. El sentido de todo lo que hago es explorar lo que ha sido, lo que es y…

—Lo que podría ser.

Keishin asintió con la cabeza.

—Exacto.

—Debe de ser agradable… —Hana recorrió el mapa invisible sobre su mano—. Ser capaz de querer más.

★★★

Unos muelles estrechos se extendían desde el grupo de casas; cada uno de ellos dirigía hacia las nubes. Había colas de viajeros esperando en los muelles, aunque Keishin no lograba determinar

qué era lo que estaban esperando. No había barcos ni botes a la vista.

Hana señaló un muelle a su izquierda.

—Este es el nuestro.

—¿Puedes volver a contarme por qué no podíamos utilizar un charco para viajar hasta el museo? —le preguntó Keishin.

—Lo comprenderás cuando lleguemos allí.

Hana caminó hacia el muelle.

—El museo no parece ser un destino muy popular —señaló Keishin —. Tan solo hay una persona haciendo cola.

—Ella no está haciendo cola. Es una de las *kashu*.

—¿Una cantante?

Hana asintió con la cabeza.

—Estos muelles pertenecen a las *kashu*. Cada *kashu* te lleva a un lugar diferente.

★★★

La *kashu* se encontraba al final del muelle, vestida con un kimono azul y con un *shamisen* entre los brazos. El instrumento de cuerda se parecía a un banjo, con un cuello largo, delgado y sin trastes, y un cuerpo cuadrado y hueco. La *kashu* los saludó con una reverencia. Hana y Keishin se la devolvieron.

—Bienvenidos —dijo la *kashu* con una voz que le recordaba a Hana al tintineo de la campanilla de latón de la casa de empeños—. El viento transporta mi canción hacia el este, cruzando el Mar del Cielo y enviando la última de sus notas hasta el Kyoiku Hakubutsukan. No va más allá, y tampoco vuelve atrás.

—¿Cuál es el precio para llevar a dos personas al museo? —le preguntó Hana.

—No necesito ningún pago. —La *kashu* observó a Keishin de la cabeza a los pies y ladeó la cabeza, como si estuviera planteándose una idea—. Siempre que su compañero comparta una canción de su mundo. Siempre he sentido curiosidad por la música del otro mundo.

—¿Cómo…? —Keishin se puso tenso—. ¿Cómo lo ha sabido?

Hana le agarró el brazo a la *kashu*.

—Se lo suplico, por favor, no les cuente a los Shiikuin que está aquí.

—¿Por qué debería contarles nada a los Shiikuin? Mi deber es llevar a los viajeros. Eso es todo lo que estoy obligada a hacer. Las reglas que rompa usted son su preocupación, no la mía. —La *kashu* se giró hacia Keishin—. Y sé que no es de aquí porque puedo oír su corazón. Solo la mitad de él late dentro de su pecho. La otra mitad la está llamando desde muy lejos, desde un lugar más allá de cualquiera al que puedan viajar nuestras canciones. Entonces, ¿está de acuerdo con el intercambio? ¿La canción de otro mundo para que lo envíe a su destino?

—Pero yo no sé cantar.

—No hay necesidad de cantar. Lo único que tiene que hacer es pensar en una canción que lo lleve lejos.

—¿Lejos?

—Del aquí y el ahora. De todo lo que lo ancla al presente. Nuestros mundos no pueden ser tan diferentes. Sin duda tiene que tener canciones que habrá invocado para hacer que sus pensamientos vayan a la deriva.

—Bueno… —dijo Keishin—. Se me ocurre una canción.

—Bien. —Un trueno restalló sobre la voz de la *kashu*—. Compártala y emprendan su camino. El Kyoiku Hakubutsukan se encuentra bastante lejos de aquí, y no querrá navegar con su canción en medio de una tormenta.

—¿Cómo puedo compartirla?

—Cierre los ojos y llene su cabeza con la canción. No piense en nada más si no desea perderse en el mar —advirtió la *kashu*—. Y agárrense con fuerza el uno al otro.

Keishin tomó la mano de Hana y cerró los ojos, todavía inseguro de cómo se suponía que una canción iba a a llevárselos lejos de allí. Respiró hondo y dejó que una melodía familiar creciera dentro de él.

Los vientos del Mar del Cielo quedaron en silencio, y una canción ocupó su lugar. La sirena de un camión de bomberos se lamentaba con ella. Keishin abrió los párpados de golpe. El cuadro en blanco y negro de un pájaro enjaulado que había comprado en un mercadillo un año antes le devolvió la mirada, colgando de la pared de ladrillos

de su apartamento en un ático.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Habitaciones

Había tardes en la casa de empeños en las que no tenían mucho trabajo, y Hana apoyaba los codos sobre el mostrador y se imaginaba el mundo detrás de la puerta. Cosía los fragmentos de las vidas de sus clientes, creando un mundo de retazos formado por edificios de oficinas grises llenos de gente deseando estar en otro lugar, trenes abarrotados que no utilizaban gotas de rocío como combustible, y habitaciones de colores intensos con hileras de máquinas de *pachinko* que se comían el dinero. Ni una sola vez, en todos sus sueños despierta, había visualizado un lugar con ventanas de tres metros de altura y una colección

de cuadros en blanco y negro expuestos sobre las paredes de ladrillos rojos. Ni que lo compartiría con un hombre como Keishin. Él había elegido quedarse a su lado una y otra vez, incluso cuando, desde cualquier perspectiva, a nadie le habría parecido mal si hubiera decidido marcharse.

—¿Qué es este sitio?

—¿Hana? —Keishin dio un respingo—. Estás aquí.

—¿Dónde iba a estar si no? Estamos viajando al Kyoiku Hakubutsukan, ¿recuerdas?

—Pero esto es mi antiguo apartamento. Pensaba que habías dicho que íbamos a viajar al museo montándonos en una canción.

—Y así es. Escucha. —El sonido de la música salía desde un tocadiscos debajo del cuadro de un pájaro enjaulado. La aguja del tocadiscos se movía de un lado a otro, recuperando la voz profunda y dulce de una mujer de las profundidades y las elevaciones de los surcos del vinilo. La historia de una muchacha que estaba a la deriva en el mar por la noche llenaba la habitación—. Esta es tu canción. Estamos dentro de ella. Me alegra que la hayas elegido; es preciosa.

Keishin se masajeó el puente de la nariz y se hundió en un sofá de cuero gastado de color tostado.

—No lo entiendo.

—¿Por qué me gusta tu canción?

—No entiendo cómo estamos viajando dentro de una canción y por qué estamos en mi apartamento.

—La música que suena es la misma canción que has compartido con la *kashu*, ¿no es así?

—Eso es.

—¿Y esta habitación es donde solías escucharla a menudo? ¿Tal vez desde el lugar exacto donde estás sentado ahora?

—Con una copa de vino o un whisky después del trabajo.

—Entonces, esa es la razón por la que estamos aquí. Aquí es donde vive la canción. —Hana se sentó en el otro extremo del sofá —. Pero esto no es tu apartamento. Tan solo se parece a él.

Keishin se puso en pie y pasó la mano por la pared de ladrillo.

—¿Esto no es real?

—Lo es, pero no es tu casa. Esta habitación ha sido creada para llevarnos hasta el museo. Es única para ti y para tu canción. La habitación de mi padre era muy diferente.

—¿Cómo era su habitación?

—Era la cámara acorazada de la casa de empeños —dijo Hana—. Siempre escogía la canción de los pájaros cuando viajábamos. Dondequiera que fuéramos, tenía en mente la cámara y todas las decisiones que guardábamos en ella. Por desgracia, estar sentados en una cámara acorazada durante toda la noche no es demasiado cómodo.

—¿Toda la noche?

—El museo está muy lejos. —Hana sacó el paquete de tortitas de arroz de su bolso—. ¿Tienes hambre?

★★★

Los envoltorios vacíos de las tortitas de arroz estaban sobre la mesita para el café de madera oscura de Keishin, junto a un telescopio anticuado en miniatura hecho de latón.

—¿Puedo? —preguntó Hana, señalando el telescopio.

Keishin asintió con la cabeza.

—Claro —dijo, y Hana alzó el telescopio y miró a través de él—. Me temo que no funciona. Es solo para decorar.

—Pero nada de lo que tenemos a nuestro alrededor es solo para decorar, ¿verdad? Elegimos y nos rodeamos de objetos que nos hablan o hablan por nosotros, sin importar si somos conscientes de ello o no.

Hana dejó el telescopio en su sitio, y se le quedaron las yemas de

los dedos manchadas de polvo.

—Y este telescopio está diciendo alto y claro que necesita desesperadamente una buena limpieza. Lo siento. Tengo servilletas en la cocina. —Se puso en pie, pero se detuvo a mitad del paso—. Eh… ¿acaso hay cocina? No estoy seguro de cómo funciona esta clase de transporte.

—No hay. —Hana se limpió las manos en la parte delantera del abrigo—. Solo tienes una habitación.

—¿Solo una habitación? Entonces, menos mal que esto no es una cita.

Keishin se rio entre dientes.

—¿Qué es una cita?

—Espera. ¿No sabes lo que es una cita?

—¿Se supone que debería saberlo?

—Bueno… Eh… es cuando dos personas tratan de conocerse mejor. Van a cenar. Ven una película o algún espectáculo. Y, cuando las cosas salen bien, pues… Eh…

—¿Visitan las casas del otro?

—Eh… sí. Visitan… eh… sus casas.

—Como lo que nosotros estamos haciendo ahora.

Keishin asintió con la cabeza.

—Como lo que nosotros estamos haciendo ahora.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué más hace la gente en esas visitas? ¿Por qué no es suficiente con esta habitación? ¿Qué otras habitaciones necesitan? —Se hundió más profundamente en un enorme cojín y colocó las manos sobre el regazo—. Esta habitación es muy agradable. A mí no me resulta insuficiente de ninguna manera.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Esta habitación está perfectamente bien.

—Pues sí.

Un silencio cayó sobre la sala de estar como una capa de polvo que ni Hana ni Keishin parecían dispuestos a perturbar. Keishin movió su peso sobre el sofá, haciendo que el cuero chirriara.

—¿Has llevado a muchas amantes a tu casa? —preguntó Hana,

como si le estuviera preguntando por algo tan mundano como la hora.

Keishin tosió.

—¿Amantes?

—Ese es el propósito de una cita, ¿no es así? ¿Encontrar una pareja?

—Bueno… Pues…

—En mi mundo, el matrimonio es diferente. Es un deber, al igual que todo lo demás en nuestras vidas. Lo único que necesitas saber sobre tu futuro esposo es su nombre. —Pasó un dedo sobre su mano derecha, recorriendo el camino invisible por el que volaban las grullas de papel bajo la lluvia—. Las citas no nos sirven de nada.

Keishin miró la piel desnuda de su brazo, preguntándose si el nombre de otro hombre podría estar grabado en ella. Alejó el pensamiento de su mente.

—Entonces… Eh… A lo mejor esta podría ser tu primera cita. O sea… Si tú quieres, claro.

Hana sonrió, arqueando una ceja.

—Pensaba que hacía falta ir a cenar primero y ver un espectáculo.

—Esas cosas son opcionales. En realidad, las tortitas de arroz y los telescopios polvorientos son lo único que hace falta para que sea oficial.

—¿De verdad?

—Desde luego. Tan solo nos falta una cosa más.

Caminó hasta una de las altas ventanas.

—¿Y qué es eso?

—Unas buenas vistas. El restaurante chino de comida para llevar del señor Li está al otro lado de la calle. Tienen el mejor *chow mein* de pollo. Esa es la razón por la que elegí este apartamento.

Retiró las cortinas. Unas nubes negras se arremolinaban detrás del cristal, con sus contornos iluminados por relámpagos que atravesaban la oscuridad. Keishin dio un respingo hacia atrás.

—Estamos navegando sobre el Mar del Cielo —le recordó Hana—. En medio de una buena tormenta. Lo siento.

—¿Lo sientes? —Keishin cerró las cortinas—. ¿Por qué?

—El mal tiempo me sigue a todas partes.

—¿En serio? —Él arrugó la frente—. A mí también me odia el tiempo.

—Te estás riendo de mí. Pero es cierto. Estoy segura de que te has dado cuenta de que, por dondequiera que vayamos, el cielo enseguida muestra su desaprobación.

—Pues sí, pero había dado por hecho que era por…

El disco se saltó un surco y se detuvo. La habitación tembló bajo los pies de Keishin, lo que hizo que se tambaleara contra una pared.

—¡Kei! ¡La canción! —gritó Hana por encima del estruendo de la madera y los ladrillos. Él se aferró al alféizar de la ventana para no caerse—. Cántala dentro de tu cabeza. Ahora mismo.

Él cerró los ojos con fuerza, evocando las notas de la canción. El disco siguió sonando, y el temblor se detuvo.

—Te has distraído —le explicó Hana—. La canción no puede detenerse. Debes vaciarte de todos los pensamientos que puedan impedir que siga sonando en el fondo de tu mente.

—Así es como se pierde la gente en el mar —dijo Keishin, y se tragó la comprensión que se había alojado en su garganta como una piedra.

—Sí. Por eso, pase lo que pase, no debes soltar la canción —respondió ella—. Ni a mí.

—No lo haré. Te lo prometo. —Keishin se sentó junto a ella, secándose el sudor frío de la frente—. No voy a ponerte en más peligro de lo que ya lo he hecho. Los Shiikuin no te estarían persiguiendo si no fuera por mí.

—Puede que tú decidieras quedarte, pero yo decidí permitírtelo. Y esa fue… la primera decisión de verdad que he tomado en toda mi vida.

—¿Eso es bueno o malo?

—Pues… Todavía no lo sé —respondió ella. Keishin apoyó el cuello sobre el sofá—. ¿Y qué hay de ti? ¿Te arrepientes de tu decisión?

—He estado asustado y confundido más veces de las que me gustaría, pero no me arrepiento de un solo segundo de mi tiempo aquí.

—¿Por qué?

—Porque…

Keishin se incorporó un poco, encontrando su sonrisa.

—¿Porque…?

—Porque tengo la oportunidad de llevarte a tu primera cita.

—Yo no recuerdo haber acordado que esto fuera una cita. Además, has dicho que hacían falta unas buenas vistas para que fuera una cita oficial.

—Eso he dicho, ¿verdad? —Keishin esbozó una sonrisita y se rascó la nuca—. En serio, ojalá hubiera podido llevarte a otro sitio que no fuera este apartamento aburrido. Hay muchas cosas y lugares que te habría gustado ver en mi mundo.

—¿Como qué?

—Me habría encantado llevarte a ver mi universidad. El campus está especialmente bonito en esta época del año. Los arces del patio saben cómo montar un buen espectáculo.

Hana asintió con la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la ventana sin vistas.

—El otoño tiene algo que hace que las cosas sean más bonitas. De entre todas las estaciones, es la más honesta con el tiempo. El verano y la primavera encubren el paso del tiempo con sus despliegues de color. Y el invierno lo pinta todo de blanco. Pero el otoño no es tímido a la hora de mostrar que las cosas llegan a su fin. Le da la bienvenida, agitando banderas en forma de hojas rojas, amarillas y doradas. Celebra su tristeza.

—Pero no solo la tristeza, ¿verdad? —preguntó él—. También es una celebración de todas las cosas que están esperando al otro lado del otoño.

—Sí —dijo Hana, sorprendida por lo rápido que había estado de acuerdo con él cuando, tan solo un día antes, había pensado que aquella estación apenas significaba melancolía. Al igual que su sonrisa con hoyuelos, la esperanza de aquel joven era contagiosa—. Eso también.

—Entonces, ¿tienes curiosidad por ver qué más podríamos hacer en esta cita? —preguntó Keishin.

—No hace falta que vayamos a ninguna parte. Todavía estoy disfrutando de los árboles —bromeó Hana, levantando la mirada hacia unas hojas imaginarias.

—Te prometo que la tarta de calabaza de la cafetería que hay a la vuelta de la esquina te gustará todavía más. Es un paseo muy corto. Aunque vas a tener que darme la mano; no querría que te perdieras.

Le ofreció la mano, y Hana se la tomó.

—Cuéntame más sobre esa tarta —le pidió, y se inclinó contra su hombro.

—¿Por dónde puedo empezar? ¿Su glaseado de queso crema? ¿La humedad en su interior? ¿Lo maravillosamente bien que combina con el café? Es básicamente todo lo que me gusta del otoño horneado en una delicia perfecta. Canela. Nuez moscada. Clavo. Todas cosas cálidas y acogedoras. —Keishin apretó la palma de Hana contra su mejilla—. Y dulces.

—Suena delicioso. —Hana se sorprendió pasándole el pulgar por la mandíbula, saboreando su aspereza y su calor—. Creo… que me gusta esta cita.

—A mí también. —Keishin le rozó la muñeca con los labios. A Hana se le ruborizaron las mejillas, y apartó la mano—. Lo siento. No tendría que haber…

—No hace falta que te disculpes. Ha sido culpa mía. Este mundo es nuevo para ti, pero no para mí. Tendría que haber sido más consciente. Este lugar puede hacerte sentir cosas que no son reales. Esta habitación. Este sofá. Engañan a tu mente.

—¿Y tú también eres un engaño, Hana?

—Eh…

—Porque, si lo eres, entonces considérame dispuesto a dejarme engañar. Tu forma de ver las cosas, de hablar de las cosas… Cuando estoy contigo, haces que todo parezca nuevo. Incluso esta habitación polvorienta.

—No… Eh… No está tan polvorienta.

Entonces Hana estornudó con fuerza.

—¿Qué decías? —dijo Keishin entre risas. Ella se rio también, porque cuando él se reía la hacía olvidarse de todas las razones por las que se suponía que no debería ser feliz—. Te he hecho reír. Espero que esto signifique que nuestra primera cita no ha sido un completo desastre.

—No, no lo ha sido —le aseguró Hana, con su última risa todavía

cosquilleándole en los labios—. Aunque creo que viajar dentro de esa cafetería habría sido ligeramente más disfrutable que esta habitación. Siempre he preferido la tarta al polvo.

—Ni siquiera sé por qué la canción ha escogido esta habitación para que viajáramos en ella —dijo Keishin—. Cada vez que la escuchaba, mi mente nunca se quedaba en este lugar.

—La canción no ha creado esta habitación. Lo has hecho tú. Tal vez, por mucho que insistas en que quieres explorar mi mundo, la *kashu* tenía razón. Una parte de ti anhela su hogar.

—Si yo soy el responsable de crear esta habitación, entonces sin duda puedo tratar de hacerlo mejor. —Keishin cerró los ojos y entrelazó los dedos con los de Hana—. Si esta es mi única oportunidad de darte un vistazo de mi mundo, quiero mostrarte a dónde me lleva esta canción en realidad.

★★★

Once mil gigantescos ojos de cristal sin pestañear rodeaban a Hana mientras flotaba sobre una pequeña balsa de goma. Inhaló bruscamente a través de los dientes y le apretó la mano a Keishin.

—Ha funcionado —dijo él, pestañeando, y miró a su alrededor, al enorme tanque cilíndrico de acero inoxidable—. Estamos aquí.

—¿Dónde es aquí? —preguntó Hana, sin aliento.

—A alrededor de un kilómetro bajo tierra. ¿Recuerdas los neutrinos de los que te hablé?

—¿Las partículas invisibles que son como fantasmas?

—Aquí es donde las atrapamos. Nos encontramos dentro del detector de neutrinos Super-Kamiokande. La montaña debajo de la que estamos actúa como un filtro. Solo los neutrinos pueden pasar a través de sus capas de roca y tierra. —Señaló los enormes tubos de cristal que cubrían cada centímetro de las paredes curvadas del detector—. Y esos son tubos fotomultiplicadores. Detectan la luz que se crea en las ocasiones poco frecuentes en las que un neutrino atraviesa la montaña y golpea una molécula de agua. Son tan sensibles que podrían detectar la luz de una vela que estuviera encendida en la Luna. Normalmente, este tanque está lleno de agua,

pero lo han drenado de modo parcial para hacer mantenimiento. Hoy tenemos un lago pequeño para dos. O el interior de la TARDIS.

—¿La TARDIS?

—Eh… Olvida que he dicho eso. Podría ser más complicado de explicar que los neutrinos.

—Entonces, ¿esto es un recuerdo del lugar donde trabajas?

—Uno prestado. Un compañero del detector grabó un vídeo del tanque durante el trabajo de mantenimiento y me lo envió. Era posible que el mantenimiento terminara pronto y que llenaran el tanque antes de que yo llegara a trabajar en el Super-Kamiokande, y no quería que me perdiera esto. Muy pocas personas tienen la oportunidad de ver el tanque de esta forma. Me pareció que era el lugar más pacífico y de otro mundo que había visto jamás. Por supuesto, eso fue antes de encontrarme con tu casa de empeños —añadió Keishin—. Y sí, claro que veo la ironía de escapar a un lugar que es esencialmente una trampa muy elaborada.

—Una trampa preciosa —dijo Hana—. Tal como deberían ser las mejores trampas. Yo también me escondería aquí; creo que nunca había estado en un lugar tan tranquilo. Gracias por haberme traído a este sitio.

La joven examinó su rostro en el agua. Un millar de tubos resplandecían a su alrededor, como lunas de plata. No se reconocía a sí misma. Por primera vez en su vida, parecía casi satisfecha. Extendió el brazo por el lateral de la balsa de goma para tocar su reflejo.

Keishin le tomó la mano.

—No es la clase de agua que te gustaría tocar. Es agua extremadamente pura; resulta corrosiva. Absorbe los minerales de cualquier cosa con la que entre en contacto. A alguien se le cayó por accidente un martillo de metal en el tanque, y cuando lo encontraron años después lo único que quedaba de él era un cascarón de cromo tan delgado como la cáscara de un huevo. El agua lo había vaciado.

—¿Esta agua puede devorar la carne?

—Si cometieras el error de darte un baño relajante en ella, sí.

—Entonces, mi mundo no es el único en el que las cosas no siempre son como parecen. —Hana se estiró sobre el fondo del bote

—. Aun así, me alegra que estemos aquí. Es mejor que descansemos todo lo que podamos. La siguiente parte de nuestro viaje podría no ser tan pacífica.

Keishin se tumbó junto a ella, con los dedos de ambos casi tocándose.

—No llegaste a contarme el final de la historia.

—¿Qué historia?

—La de Urashima Taro y la tortuga. ¿Qué le pasó al pescador cuando abrió la caja?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Pues claro. No puedes contarle a alguien una historia y no decirle cómo termina.

—Pero ¿no es así como es la vida en tu mundo? ¿Una historia cuyo final todavía está por escribirse? A menudo me he preguntado cómo sería vivir así. Para mí, sería el mayor de los lujos. Me imagino que es esa misma incertidumbre lo que hace que valga la pena trabajar en un lugar como este. La emoción del descubrimiento. La perspectiva de desvelar algo que podría cambiar el curso de tu mundo.

—No te equivocas. Pero también es una vida que viene sin la menor garantía. Hay demasiadas elecciones que te llevan a la izquierda en un segundo y a la derecha al siguiente. La gente se aleja de los compromisos y de los caminos. Es fácil perderse.

—¿Preferirías tener un mapa de tu vida escrito en tu piel?

—No puedo evitar preguntarme si las cosas habrían sido diferentes si mi madre hubiera tenido un mapa. Si su destino hubiera estado más claro, entonces tal vez no habría sido tan inquieta; tal vez se habría…

—¿Quedado contigo y con tu padre?

Keishin se giró para mirar a Hana.

—La respuesta honesta es que no lo sé. La respuesta que quiero creer es que sí.

—El deber no es lo mismo que el amor.

—¿Las razones importan siquiera si no sabes cuál es la diferencia?

—Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—¿Confías en mí?

Keishin bajó los párpados.

De pronto, Hana pegó los labios a su boca, haciendo que el bote se meciera bajo ellos.

—¿Hana? —dijo Keishin, echando la cabeza hacia atrás.

Ella le puso la mano en la cara, guiándole los labios hasta los suyos. Él tensó los hombros, pero no se apartó. La rodeó con los brazos y profundizó el beso, fundiéndose con la calidez de su boca. Entonces, Hana se alejó y se sentó.

Keishin la miró fijamente, respirando con fuerza.

—¿Qué ha sido eso?

—Un beso.

—Sé que ha sido un beso. Quiero saber por qué me has besado.

—Pensaba que decías que las razones no importaban.

—Entonces, no ha sido un beso. —El rostro de Keishin se volvió sombrío—. Y yo que pensaba que era el único científico aquí. Ha sido un experimento para demostrar que yo me equivocaba y tú tenías razón.

—¿La tenía?

Keishin se tumbó en el bote y dirigió la mirada hacia los tubos por encima de ellos.

—Sí.

—Tú también la tenías.

—¿Con qué?

—Con el beso. El primero ha sido un experimento.

—¿Y el segundo?

—Ha sido la segunda decisión real que he tomado jamás.

—¿Y ha sido buena o mala?

★★★

Las preguntas sin responder son como cajas que nunca se abren, con su contenido desvaneciéndose y reapareciendo, estirándose y contrayéndose, siendo nada y todo al mismo tiempo. Hana nunca había tenido costumbre de acumularlas. En su mundo, no era difícil. Para cada pregunta que se le hubiera pasado alguna vez por la

mente había una respuesta en blanco y negro que la despojaba de todo su misterio.

Pero esa noche estaba sentada en una balsa de goma, con una caja que contenía la pregunta de Keishin equilibrada sobre su regazo. La pregunta golpeaba la tapa de la caja, tratando de obtener su atención. Hana intentó ignorarla. Mantuvo los ojos fijos en Keishin mientras dormía, observando la canción que bailaba detrás de sus párpados mientras soñaba. La caja se agitó con más fuerza, y la joven soltó un suspiro. Se inclinó hacia ella y oyó el susurro en su interior. «¿Ha sido buena o mala?». Hana se tocó los labios, recordando el calor húmedo de la boca de Keishin.

Su pregunta era sencilla, pero responderla no lo era. Si quería encontrar a sus padres y llevarlos a casa, no era una pregunta que pudiera decir jamás en voz alta. Tiró la caja al agua para ahogarla en el reflejo de once mil lunas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Arena

La cama más cómoda del mundo es aquella de la que tienes que salir antes de haberte despertado del todo. En esta ocasión, la cama no era una cama, sino una balsa de goma flotando sobre un agua extremadamente purificada. Keishin se giró hacia un lado y trató de alcanzar un botón para retrasar la alarma que no estaba ahí. Lo presionó de todos modos. Los últimos minutos del sueño siempre eran más densos, cremosos y deliciosos que todas las horas que ha habido antes de ellos.

—Kei —dijo Hana—. Tienes que levantarte.

La arena azotó el rostro de Keishin. Escupió los granos y abrió un poco los ojos. La luz del sol resplandecía sobre las dunas doradas.

—Ya estamos aquí —añadió ella, subiéndose el cuello contra las ráfagas de arena.

Keishin examinó el desierto. Todo rastro del detector Super-Kamiokande había desaparecido, pero el recuerdo de los labios de Hana sobre los suyos seguía ahí. Comprender cómo lo hacía sentir

ese beso era fácil. Hana era una mujer inteligente y hermosa, y Keishin no negaba sentirse atraído por ella. Pero encontrar las palabras para describir lo que sentía por ella le estaba resultando más complicado. Hana era la luna en el agua, lo bastante cerca como para tocarla, pero lejos de su alcance.

—¿Dónde es «aquí»?

—En el final de tu canción —respondió Hana.

—Ya veo por qué no podíamos utilizar el agua para viajar hasta este lugar. Por favor, dime que el museo no está lejos.

—No lo está —dijo ella—. Esto es el Kyoiku Hakubutsukan. Estamos encima de él. Necesitamos comprar entradas para poder ingresar.

—¿Esta es la parte en la que sacas algo de ese bolso mágico tuyo?

—Ojalá pudiera, pero la única moneda que acepta el museo es el tiempo.

—¿Y cómo se supone que vamos a pagar con tiempo exactamente?

—Todos los días gastamos y desperdiciamos tiempo. Y esto no es diferente. El precio de una entrada es de poco más que unos pocos segundos, pero tienen que ser preciados.

—¿Preciados? ¿Eso significa que tengo que entregar un recuerdo feliz?

—Un recuerdo feliz, no; un error. Lo almacenarán en los archivos del museo. —Hana recogió un puñado de arena. Se puso recta y abrió los dedos, dejando que el viento le arrancara los granos de la palma—. Igual que estos.

Keishin miró boquiabierto el océano infinito de arena.

—¿Todo esto es tiempo? ¿Momentos de las vidas de otra gente? —Hana asintió con la cabeza—. Pero ¿para qué quiere el museo nuestros errores?

—Esto es el Museo de la Educación. ¿Cómo se supone que van a aprender sus visitantes si no es con los errores de otras personas? Algunas lecciones son mayores que otras, pero todas ellas son granos de sabiduría.

—¿Debería preocuparme de que lo que estás diciendo tenga todo el sentido del mundo para mí? —preguntó Keishin—. Pero, en fin,

¿cómo tenemos que hacerlo? ¿Cómo y dónde podemos pagar nuestras entradas?

—La taquillera debería llegar pronto.

★★★

Una columna de arena arremolinada se elevó a un par de metros de donde estaban Keishin y Hana, retorciéndose y transformándose hasta que adoptó una forma que se parecía al cuerpo de una mujer. Brazos. Piernas. Cola. La cara de un zorro. Se movió con lentitud y agilidad hacia ellos, dispersándose y congregándose, recogiendo más arena con cada paso que daba. Se detuvo a medio metro de Hana, y creció hasta tener el doble de su altura. Ellos le hicieron una reverencia y la criatura se la devolvió.

—Saludos, Kitsune-san. —Hana estiró el cuello—. Nos gustaría comprar entradas para el museo.

—¿Sois conscientes de…? —El zorro de arena se desperdigó y volvió a congregarse—. ¿Del precio?

—Un grano de tiempo para cada entrada que solicitemos —dijo Hana.

La criatura asintió con la cabeza, con sus facciones de arena cambiando con el viento.

—Elegid bien vuestro pago. —Se dispersó en la nada y volvió a tomar forma—. Y yo juzgaré si es merecedor de un lugar en el archivo.

Keishin rebuscó entre sus errores, tratando de encontrar uno que no fuera a echar de menos. Aunque cada uno de ellos le había provocado diversos grados de vergüenza, decepción y dolor, le resultaba difícil seleccionar uno sin el cual pudiera vivir. Lo que una vez había pensado que podría olvidar fácilmente y dando las gracias, ahora le parecía un tesoro obtenido con esfuerzo; cada error era una cicatriz preciosa e invaluable. La *kitsune* tan solo le había pedido un grano de su vida, pero Keishin comenzó a preguntarse si aquel sería el grano sobre el que se había construido todo lo demás.

—Yo pagaré por los dos —le dijo Hana.

—No —respondió Keishin—. Yo puedo pagar mi entrada.

—Puedes, pero no debes. —Hana lo apartó a un lado—. Perder tiempo, sin importar lo poco que sea, es algo que te cambia.

—Y esa es exactamente la razón por la que tengo que pagar yo mi entrada.

—Pero esto me afectará a mí menos de lo que te afectará a ti. Mi destino está escrito, pero el tuyo no. Sin importar cuánto de mi tiempo entregue, mi camino siempre estará claro. El tuyo podría virar bruscamente de formas que no puedes ni imaginar.

—Para ser una persona que ha vivido toda su vida sin tomar ninguna decisión de verdad, parece que se te da muy bien tomarlas en nombre de los demás.

—Lo siento, Kei, pero no tienes el privilegio de ser testarudo, y yo no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo en discutir contigo. No voy a cambiar de opinión.

Keishin miró a Hana a los ojos y vio que estaba diciendo la verdad. Levantó las manos.

—Está bien.

Hana se acercó a la *kitsune.*

—Podéis cobraros el pago.

La cara de la *kitsune* adoptó forma humana y su cuerpo se encogió hasta el tamaño de Hana. Acunó el rostro de la joven con las manos y, con cuidado, depositó el más breve beso sobre su boca. A continuación, se apartó y dejó la mirada fija sobre los labios de Hana. Dos motas de luz, ninguna de ellas más grande que un grano de arena, salieron de los labios entreabiertos de la joven y flotaron por el aire. La *kitsune* respiró hondo, atrayendo las luces hacia su boca. Un cálido resplandor palpitó en su pecho y se extendió por todos los granos de su cuerpo. Entonces, la *kitsune* asintió solemnemente con la cabeza en dirección a Hana y, sin pronunciar ni una palabra, se desperdigó en todas direcciones. Dos llaves doradas aparecieron en su lugar.

Hana recogió las llaves y le entregó una a Keishin.

—¿Te ha dolido? —preguntó él en voz baja, aceptando la llave—. ¿Te sientes diferente de alguna forma?

—No —respondió Hana.

—¿Estás segura?

—Tan segura como puede estarlo alguien que no guarda ningún recuerdo de lo que ha entregado. El tiempo que le he pagado a la *kitsune* ha desaparecido, se ha borrado de mi vida y de mi mente. Es como si esos momentos no hubieran ocurrido jamás. Si he cambiado, no sería capaz de decirte qué es lo que ha cambiado o por qué. —Keishin se puso las manos sobre las caderas, bajó la cabeza y soltó un suspiro—. Todavía estás molesto conmigo —dijo ella.

—No tengo ningún derecho a estarlo.

—Y aun así, estás enfadado.

—No. —Keishin negó con la cabeza y sintió una pesadez en los hombros—. No lo estoy. Es solo que he venido en este viaje para ayudarte, y parece que lo único que estoy haciendo es ponértelo todo más difícil.

—No es verdad. —El viento agitó el pelo de Hana—. Pero si quieres marcharte…

Keishin colocó los mechones errantes del pelo de la joven por detrás de su oreja.

—No quiero.

★★★

Keishin siguió las instrucciones de Hana y dibujó una puerta en la arena con la punta del dedo. Entonces, puso los ojos en blanco y soltó un gruñido ante su dibujo torcido.

—Esto se me da fatal. ¿No podríamos calcular la velocidad del viento de este desierto en su lugar?

—Lo único que importa es que quepas a través de ella. —Hana clavó la llave en su dibujo—. Tú haz lo que haga yo —añadió, haciendo girar la llave en la arena.

Keishin hizo lo mismo, y las puertas resplandecieron. El viento se aceleró, revolviendo la arena. Hana se protegió la cara con el abrigo.

—Trata de no respirar. No te preocupes; va a ser rápido.

Una ráfaga de viento flotó en su dirección, llevándose la arena de los dibujos. La arena se le metía en los ojos a Keishin. Contuvo el aliento y se preparó. El viento aulló en sus oídos y, tan rápido como

había comenzado, se quedó en silencio.

Hana se sacudió la arena del pelo.

—Las puertas se han abierto.

Keishin bajó la mirada. Dos agujeros sin fondo, con la forma de las puertas que habían dibujado, habían reemplazado a sus dibujos. Se inclinó sobre ellos e hizo una mueca.

—A ver si lo adivino. Se supone que tenemos que saltar, ¿verdad?

Hana le sonrió por encima del hombro, saltó al agujero y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El Museo de la Educación

Una escalera de cristal de doble hélice se elevaba en espiral desde el centro del vestíbulo circular de color blanco, con la parte superior oculta por las nubes. Las nubes que flotaban dentro del museo podrían haber sorprendido a Keishin si no hubiera estado distraído por las pequeñas grullas de papel plegado que volaban por ahí y serpenteaban entre los escalones flotantes de las escaleras. Una grulla del color del atardecer se posó sobre su hombro y le picoteó la oreja de forma juguetona. Con cuidado, él llevó al pájaro de origami a su dedo. Este se posó en su nuevo punto de apoyo y se acicaló las alas triangulares. Keishin

levantó la grulla para examinarla.

—¿Está viva?

—Tan viva como puede estarlo un pájaro de papel —dijo Hana—. Parece que le gustas. Lo más probable es que pueda sentir que tú vienes del mismo lugar.

—¿Del mismo lugar?

—Esta grulla es de tu mundo. Todas las grullas lo son.

—¿Qué? —exclamó Keishin, sobresaltando a la grulla de su mano, que salió volando y buscó refugio entre las nubes—. Pero nunca había visto ninguna como esta.

—En tu mundo parecen bastante diferentes —dijo Hana—. No. Espera. No es así. En tu mundo, no se asemejan a nada en absoluto.

★★★

Unas volutas de niebla se arremolinaban alrededor de Keishin mientras ascendían por la escalera en espiral. Las grullas entraban y salían de las nubes.

—Este museo no parece ser demasiado popular.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Hana.

—No he visto a ningún otro visitante desde que hemos llegado.

Hana sonrió y sacó las gafas de su madre de su bolso.

—Vuelve a mirar.

Keishin se puso las gafas y estuvo a punto de tropezar con un escalón. Entonces se las quitó, miró a su alrededor y se las volvió a poner, parpadeando con rapidez. Había otras personas subiendo por ambas escaleras; algunas de ellas deteniéndose para ofrecer sus brazos para que las grullas de papel se posaran. Se quitó las gafas y escudriñó el museo vacío.

—¿A dónde se han ido?

—Todavía están aquí —dijo Hana, recuperando las gafas—. Solo que no exactamente en el mismo tiempo que nosotros. Cuando el museo nos deja entrar a través de sus puertas, altera el tiempo para cada uno de los visitantes de modo que no estemos todos abarrotándolo en el mismo segundo. De este modo, podemos tener todo el museo para nosotros solos.

Keishin se cubrió la boca para ahogar un grito.

—Madre mía.

—A ver si lo adivino —dijo Hana—. Ahora mismo estás tratando de pensar formas de hacer esto en tu mundo.

—Lo siento, es que no puedo evitarlo. Esto es increíble. Estoy deseando ver las piezas expuestas. ¿Las galerías están arriba?

—Esto es la galería. Las grullas son las piezas expuestas del Kyoiku Hakubutsukan. A todas ellas las ha creado el artista de origami del museo. —Hana silbó y extendió la mano. Una grulla se abalanzó hacia ella y se posó sobre su muñeca. La joven la examinó con atención—. Esta es de un barco llamado *Titanic.* ¿Sabes cuál es?

—¿El *Titanic*? Sí, claro.

—Esta grulla contiene quince segundos de la vida de uno de sus maestros de tripulación. Lo reemplazaron en el último momento, antes de que el barco zarpara. Este es el fragmento de tiempo exacto en el que, con su prisa por bajar a tierra, se le olvidó entregar las llaves de la taquilla donde se guardaban los prismáticos del barco. Debido a esto, el jefe de tripulación que ocupó su lugar no logró ver el iceberg contra el que se chocó el *Titanic.* Quince segundos de tiempo le costaron la vida a mil quinientas personas.

La grulla se alejó volando. Hana le silbó a otra, y una segunda grulla salió de entre las nubes y se posó sobre su hombro. Hana la sopesó sobre su mano.

—Esta pesa mucho más que la primera. Trece minutos. Pertenecían a un hombre llamado Georg Elser. Trató de asesinar a alguien que se llamaba… —Hana miró la grulla entrecerrando los ojos, como si estuviera tratando de leer algo escrito en letra diminuta— Adolf Hitler. ¿Has oído hablar de él?

—Pues sí —dijo Keishin con rigidez.

—Elser colocó una bomba en una cervecería donde Hitler estaba dando un discurso, pero este acortó su alocución y se marchó antes de tiempo. La bomba explotó trece minutos más tarde, mató a ocho personas e hirió a otras sesenta y dos.

—¿Qué clase de museo es este, Hana? —preguntó él, con la mandíbula tensa.

—La clase que recoge los momentos más pequeños de tu mundo,

segundos y minutos que cambiaron el curso de vuestra historia. —Hana señaló las nubes que los rodeaban—. Ellas también forman parte de la exposición. Salvaron una ciudad y provocaron la destrucción de otra.

—¿Cómo?

—Se suponía que iban a soltar una bomba sobre la ciudad de Kokura el 9 de agosto de 1945. Pero, debido a las densas nubes que había sobre Kokura, el avión que transportaba la bomba decidió soltarla en su lugar sobre la ciudad de Nagasaki.

—¿Por qué…? —La voz de Keishin se le ahogó en la garganta—. ¿Por qué han expuesto esta clase de cosas?

—Los Shiikuin construyeron este museo, y todo lo que hay expuesto sirve para un único propósito: poner en evidencia lo que ocurre en un mundo que tiene libertad de seguir su propio rumbo, y recordarnos que lo peor sobre las decisiones es…

Hana se mordió el labio, y Keishin recordó la suavidad de su boca.

—¿El qué?

—Tener que vivir con ellas.

★★★

Las nubes se disiparon para revelar un denso bosquecillo de bambú en la parte superior de los escalones del museo. Unos tallos altos y verdes se mecían con la brisa y llenaban el silencio entre Keishin y Hana con el susurro de las hojas. Él clavó la mirada en una grulla que los había seguido por las escaleras. La observó sin hablar mientras volaba hacia el bosque.

—Ha sido un error traerte aquí —dijo Hana—. Está claro que te ha alterado.

—Tengo que admitir que es perturbador, pero me alegra que me hayas traído. Una cosa es leer sobre estos eventos en los libros de Historia y otra muy diferente es encontrarme cara a cara con los segundos precisos que los han provocado.

—Te pido disculpas. No tuve en cuenta cómo podría hacerte sentir el museo. En este mundo, el museo es un libro de Historia, un relato de advertencia sobre un lugar que, para la mayoría de nosotros, ni

siquiera parece real.

—No es culpa tuya. Ni siquiera es culpa de los Shiikuin. Todos y cada uno de los segundos que se exponen en este museo han sido gastados, desperdiciados u olvidados por mi mundo. Era nuestro tiempo, e hicimos con él lo que quisimos. No estoy enfadado porque tu mundo tenga un lugar como este. Estoy triste porque mi mundo no lo tiene. —Tomó la mano de Hana con la suya—. No quiero cometer el mismo error.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero desperdiciar un segundo más de mi tiempo aquí escondiendo lo que necesito decir.

—¿De qué estás hablando?

—Vete conmigo, Hana —le pidió, y cerró ambas manos alrededor de las suyas.

—¿Qué?

—Después de que encontremos a tu padre y la decisión desaparecida… vete conmigo. Sé que mi mundo no es perfecto, pero serías libre. No es aquí donde deberías estar, Hana. Podrías tener una vida. Una de verdad.

—¿Junto a ti? —preguntó ella en voz baja.

—Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Lo único que te estoy pidiendo es que te vayas de este lugar.

Hana le soltó las manos.

—No puedo cruzar hasta tu mundo. Ninguno de nosotros podría hacerlo. Nos desvaneceríamos. Así fue como sentenciaron a morir a mi madre, ¿recuerdas?

—Pero no la ejecutaron. Todavía está viva. Yo soy científico, Hana. Creo en lo que puedo demostrar. ¿Sabes de alguien que haya cruzado a mi mundo? ¿Los has visto desvanecerse? ¿Qué pasa si las historias no son más que eso? ¿Mitos inventados por los Shiikuin para manteneros asustados?

—¿Y si no lo son?

—¿Qué pasaría si se me ocurriera una forma de demostrar que es seguro? ¿Vendrías conmigo? —De pronto, un coro de susurros ansiosos se elevó desde el bambú. Los tallos comenzaron a temblar —. ¿Qué está pasando?

—Sienten que, en algún lugar de este bosque, otros tallos están siendo cortados para convertirlos en *washi*, el papel que se utiliza para las grullas —explicó Hana—. Tenemos que llegar hasta el creador de *orizuru* antes de que se alteren demasiado.

—¿Por qué?

—Porque, si lo hacen, puede que no nos dejen pasar. —Hana acarició un tallo de bambú hasta que se quedó inmóvil, y entonces le susurró algo que Keishin no pudo oír. Unas hileras de bambú se dividieron, abriendo paso a un estrecho camino de gravilla. Hana se inclinó ante el bosquecillo—. Gracias.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Papel

Una pequeña casa hecha de papel plegado de un blanco puro se encontraba al final del camino de gravilla, en el borde del bosquecillo de bambú. Unas grullas de origami blancas, sujetas por largos trozos de cordel, colgaban de la puerta. Unos largos dedos abrieron la cortina de papel, y entonces, un hombre alto emergió de la casa, con unas facciones tan impresionantemente hermosas como afiladas. Llevaba el largo pelo de un rubio blanquecino recogido en un moño desordenado, y los mechones sueltos suavizaban las líneas de su mandíbula y rozaban los hombros de su kimono. Un zorro de invierno en la nieve. La grulla

que había seguido a Keishin y a Hana por las escaleras voló más allá de la joven y se posó sobre el hombro del individuo.

—Hana —dijo el hombre con una sonrisa que podría derretir la escarcha de los árboles—. No me lo creí cuando Maro me dijo que estabas aquí. —Le echó un vistazo a la grulla—. Qué agradable sorpresa.

—A mí también me alegra verte, Haruto —respondió Hana—. Te presento a mi amigo Keishin.

Este inclinó la cabeza. Haruto hizo una pausa, mirándolo con los ojos entrecerrados, y entonces le devolvió la reverencia.

—Cualquier amigo de Hana es amigo mío —dijo con una sonrisa que no llegó a sus claros ojos grises.

—Siento no haber podido avisarte que íbamos a venir —añadió Hana.

—Tú siempre eres bienvenida aquí. Además, habéis llegado en un buen momento. He terminado temprano de hacer las grullas de hoy —explicó Haruto—. Por favor, pasad.

★★★

Keishin siguió a Hana a través de la cortina de grullas de papel.

—No me había dado cuenta de que conocías al creador de *orizuru* personalmente —le dijo, bajando la voz.

—Es un viejo amigo —susurró Hana.

—Poneos cómodos, por favor. —Haruto señaló con la mano unos cojines de papel alrededor de una mesa baja de origami—. ¿Puedo ofreceros un té?

—Lo siento, pero no podemos quedarnos mucho tiempo. No quiero ser maleducada, pero estamos aquí por un asunto de cierta urgencia. Mi padre ha desaparecido.

La sonrisa de Haruto se esfumó de su rostro.

—¿Qué ha pasado?

★★★

Una nube de silencio, más pesada que la que estaba expuesta en las escaleras del museo, flotaba sobre el grupo reunido alrededor de la mesa después de que Hana relatara los eventos que la habían conducido hasta el estudio de origami de Haruto. Había dejado fuera la parte sobre el lugar del que provenía Keishin, negándose a convertir a su viejo amigo en cómplice de su crimen. Lo que estaba a punto de pedirle ya tenía suficientes consecuencias de por sí.

—Esto es culpa mía —dijo Haruto, agachando mucho la cabeza—. Lo siento enormemente, Hana. Te juro que voy a arreglarlo.

—¿De qué estás hablando? Nada de esto es culpa tuya.

—Pero lo es. Por completo. Estoy seguro de que la desaparición de tu padre está relacionada con su última visita.

—¿Ha estado aquí? —preguntó Keishin—. ¿Cuándo fue?

—Hace un mes —respondió Haruto.

—Mi padre no mencionó que había venido. Siempre veníamos a visitarte los dos juntos —dijo Hana.

—No quería que lo supieras, ni tú ni nadie. Me hizo prometer que lo mantendría en secreto. Lo siento. Nunca debería haber aceptado hacerle el favor que me pidió.

—¿Qué favor? —Hana se inclinó hacia delante, esforzándose por mantener las manos plegadas sobre su regazo.

—El mismo, imagino, que tú has venido a pedirme —dijo Haruto. La boca de Hana se quedó seca. Tragó saliva con fuerza, pero no encontró alivio alguno—. Y tu cara me dice que tengo razón. —Haruto soltó un suspiro y desplomó los hombros—. Tu padre me miró de esa misma manera. Lo conozco desde que era un muchacho, y en todos estos años jamás ha dejado que ninguna emoción más cálida que un té tibio se deslizara más allá de la media sonrisa de sus labios. Creía que esa sonrisa era un gesto permanente, tan inmutable como la luna. El día de su visita inesperada descubrí que me equivocaba. La sonrisa estoica de tu padre protegía mucho más de lo que jamás me habría imaginado.

—Por favor, Haruto. Dime por qué vino a verte mi padre.

Él le echó un vistazo a la grulla que había posada sobre el alféizar

de papel de la ventana y bajó la voz.

—Sería más prudente mantener esta conversación en un lugar donde podamos estar a solas. Deja que recoja mis cosas y podremos continuar con esto en mi casa.

—Gracias —le dijo Hana.

—Tal vez te sientas menos agradecida después de que te cuente el papel que desempeñé en la desaparición de tu padre. —Haruto se puso en pie y agitó la mano en dirección a la grulla del alféizar para que se marchara. Se giró hacia Hana y Keishin—. ¿Alguno de los dos ha viajado antes a través de una puerta de papel?

—Eh… no —respondió Keishin.

—Yo tampoco —dijo Hana.

—Entonces, debo advertiros de que podría ser un poco diferente a cruzar una de madera —señaló Haruto.

—¿Cuán diferente? —preguntó Keishin.

—Es difícil encontrar otra cosa con la que compararlo, a menos, claro está, que tengáis experiencia siendo aplastados hasta volveros tan finos como el papel y después plegados por la mitad. Pero parece más doloroso de lo que es. —Haruto caminó hasta un biombo de papel plegable en la parte de atrás. Lo apartó a un lado y reveló una gran capa de pared que se elevaba sobre el suelo—. Esta puerta os llevará directamente hasta mi casa. Es lo bastante grande para los dos; podéis viajar en ella juntos. Tumbaos y yo me encargaré de plegar la puerta. Os seguiré en cuanto recoja mis herramientas.

Hana se tumbó sobre el papel y Keishin se estiró junto a ella.

—Cerrad los ojos y tratad de relajaros —añadió Haruto. Le colocó el pelo a Hana por detrás de la oreja, y las yemas de sus dedos rozaron su mejilla. La joven asintió con una pequeña sonrisa.

Keishin apretó la mandíbula y apartó la mirada.

Entonces, Haruto sostuvo los extremos del papel.

—Os sentiréis un poco incómodos, pero os plegaré lo más rápido que pueda. Necesitaré concentrarme y que cada pliegue sea preciso, así que guardad silencio, por favor.

Hana cerró los ojos, con el corazón palpitando con fuerza contra sus costillas. No era capaz de imaginar lo que se sentiría al ser

plegada, y no tenía muchas esperanzas de que fuera a ser agradable. Respiró hondo y soltó el aire con lentitud a través de la boca.

—¿Estáis preparados? —preguntó Haruto, y Hana asintió con la cabeza—. Entonces, voy a comenzar.

Hana sintió que el papel cubría toda la longitud de su cuerpo. Llevó la mano hacia la de Keishin, y él le apretó los dedos levemente y provocó una calidez en ellos que se extendió por debajo de su piel y subió por sus brazos, derritiendo la tensión de sus hombros. Estaba bajando por su columna vertebral cuando sintió una presión en el pecho. La empujó con más fuerza, dejándola inmovilizada. El papel susurró en sus oídos mientras sus costillas se desplomaban, aplastándole los pulmones y dejándola sin aire para gritar. Pero, si ser aplastada le había provocado algún dolor, Hana no podía sentirlo. Haberse vuelto tan delgada como el papel no dejaba espacio para nada más que la sensación de que la estaban plegando repetidamente sobre sí misma, haciéndole cambiar de forma y volviéndola cada vez más pequeña. Y, cuando era tan pequeña que pensaba que otro pliegue la haría desaparecer, se sintió desplegándose con rapidez. Su pecho se expandió, llenándose de músculo, sangre y huesos. Hana abrió los ojos, jadeando en busca de aire. Tenía una capa de papel encima, así que la apartó y se sentó.

—Espero que jamás tengamos que hacer esto de nuevo —dijo Keishin, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —Hana se levantó también—. No sé cómo Haruto puede hacer eso todos los días.

Keishin miró la habitación a su alrededor, admirando las elaboradas piezas de origami expuestas en sus paredes y sus estantes.

—Parece que le gusta de verdad ser artista de origami.

—Pues sí —dijo Hana—. Tiene mucha suerte. Ha encontrado su pasión en su trabajo. Su madre era la artista del museo antes que él, y Haruto me dijo una vez que no era demasiado feliz.

—Parece que los dos estáis… eh… muy unidos.

—Así es. Nos conocemos desde que éramos pequeños.

El papel susurró detrás de Hana, que se dio la vuelta.

—¿Haruto?

La puerta de papel en el suelo se abrió. Haruto emergió de ella y se puso en pie grácilmente. Tenía un saquito de papel cruzado sobre el pecho.

—¿Cómo ha ido el viaje? Espero que no os haya causado demasiada incomodidad.

—Ha estado… bien —respondió Hana.

—Siempre has sido una mentirosa terrible, Hana —dijo Haruto con una sonrisita—. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Me paso los días destilando la honestidad de la Historia. Es refrescante cuando no tengo que esforzarme tanto por ver la verdad.

—Y eso es lo mismo que siempre he apreciado de nuestra amistad. Siempre me has dicho la verdad. Hoy estoy contando con tu honestidad.

—Al igual que yo estoy contando con la tuya. —Haruto la miró a los ojos, y su tono se volvió serio—. Deja de mentir, Hana.

—¿Mentir? —Hana se puso tensa—. ¿Sobre qué?

—Antes de que te cuente nada sobre tu padre, necesito que me digas quién es este hombre en realidad. —Se giró hacia Keishin—. Y por qué está contigo.

Ella cuadró los hombros.

—Te he dicho la verdad. Se llama Keishin, y es…

—Un amigo que nunca he visto y del que no había oído nada… —Haruto caminó hacia él, enderezándose hasta alcanzar toda su altura —. Jamás.

Hana se interpuso entre los dos y le agarró el brazo a Haruto.

—Quién es él no es lo importante ahora mismo.

—Yo creo que sí. —Su viejo amigo apartó el brazo—. ¿Cómo sabes que puedes confiar en él? Lo que sé sobre tu padre nos pone a todos en peligro.

—Puedes confiar en mí —le aseguró Keishin—. Te lo prometo. Solo estoy aquí para ayudar.

—«Solo estoy aquí para ayudar…». —Haruto repitió las palabras de Keishin con lentitud—. ¿Y de dónde has *venido* antes de estar *aquí*?

Keishin le lanzó una mirada a Hana.

—Pues…

—Creo que ya sabes de dónde ha venido —dijo ella—. Está arriesgando su vida para ayudarme. ¿Crees que alguien de nuestro mundo haría lo mismo?

Haruto bajó la cabeza y negó con ella.

—Yo lo haría —dijo con suavidad.

Hana le puso las manos en la cara y lo miró a los ojos.

—Entonces, confía en mí. Y en él. Cuéntanos lo que quería mi padre de ti. —Haruto se acercó a la ventana y se aferró al alféizar, clavando las uñas en el papel del que estaba hecha—. Por favor, Haruto —insistió ella.

Él suspiró y se dio la vuelta para mirarla.

—Quería una respuesta para una pregunta que lo ha estado atormentando desde hace mucho tiempo. Quería saber si tu madre estaba viva, y creía que la única forma que tenía de hacerlo era ver lo que ocurrió en realidad el día que los Shiikuin fueron a por ella.

—Mi padre quería que hicieras retroceder el tiempo —dijo Hana.

—No, Hana. —Haruto se sentó frente a una mesa y sacó una pequeña hoja de papel de una de las pilas coloridas que había sobre ella—. Quería que lo plegara.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El favor

Un mes antes.

Haruto vació una tetera de papel en dos tazas de origami que acunaban el té humeante tan bien como cualquier pocillo o cuenco hecho de cerámica. Levantó la mirada de las tazas y le sonrió a Toshio.

—Ojalá me hubieras dicho que ibas a venir. Podría haber traído algunas de las tortitas de arroz que me envió mi madre.

—Siento haberme presentado sin avisar —dijo Toshio—. No me había dado cuenta de que iba a seguir adelante con esto hasta que me encontré plantado fuera de tu estudio. Si no hubieras salido del bosquecillo de bambú cuando lo hiciste, estaría de camino a mi casa.

—¿Por qué? Ya sabes que siempre eres bienvenido aquí. Eres como un padre para mí.

—Ojalá no fuera así.

Haruto frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque un auténtico padre jamás te pediría lo que estoy a punto de pedirte ahora.

—No lo entiendo. ¿Estás metido en algún lío? ¿Necesitas ayuda?

—Lo que le ocurrió a mi mujer, la madre de Hana, no es ningún secreto.

—Les cuentan su historia a todos los niños. Los Shiikuin se

aseguraron de que nadie olvidara jamás el castigo por su crimen. —Toshio se puso en pie y caminó hasta la ventana. Se asomó y miró en ambas direcciones—. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Haruto.

—Necesito asegurarme de que estemos a solas.

—Los visitantes del museo jamás suben hasta aquí. Solo las grullas me hacen compañía mientras trabajo.

—Entonces, tenemos que hablar en otro lugar, porque lo que estoy a punto de decir es solo para tus oídos.

★★★

—¿Vas a contarme de qué va todo esto? —le preguntó Haruto en cuanto salió de la puerta de papel para entrar en su casa—. Te aseguro que estamos totalmente solos.

Toshio respiró hondo.

—Creo que mi mujer está viva.

—¡¿Qué?!

—La vi en un sueño, justo antes de cruzar el puente hacia la mañana. Oí que alguien gritaba mi nombre y abrí los ojos. Cuando miré hacia atrás, la vi al otro lado.

Haruto negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Los muertos no tienen permitido ir hasta el Puente de la Medianoche. Tienes que estar confundido; lo más probable es que solo fuera alguien que se parecía a ella.

—Eso es lo que me dije a mí mismo —respondió Toshio—. Hasta que volví a verla a la mañana siguiente. Y la noche después de esa. En ambas ocasiones, me llamó justo cuando yo estaba cruzando hacia el amanecer.

—Pero los muertos no sueñan.

—Y esa es la razón por la que creo que tiene que estar viva —dijo Toshio—. Creo que los Shiikuin me mintieron sobre su muerte.

—¿Por qué iban a mentir?

—No lo sé. Lo único que sé es que tan solo hay una forma de averiguar toda la verdad. Tengo que ver lo que ocurrió en realidad el día que vinieron a la casa de empeños y se la llevaron lejos de mí. —La voz de Toshio se quebró—. Y de Hana.

—¿Ella sabe que estás aquí?

—No quiero involucrarla en nada de esto. Es demasiado peligroso.

—Pero sí que quieres involucrarme a mí —dijo Haruto—. Porque realmente no soy tu hijo.

—Tú sabes que eso no es cierto. Eres familia, Haruto. No te pediría ayuda si hubiera otra alternativa, pero no la hay. Te estoy confiando este secreto porque tú no eres como Hana. Ella se parece demasiado a su madre. Impulsiva. Curiosa. Libre. Trata de enfrentarse a su naturaleza por mi bien, pero lo lleva en la sangre. Si creyera que su madre está viva, desafiaría a todos los Shiikuin para encontrarla, sin preocuparse por el precio —le aseguró Toshio—. Tú no lo harías.

—Me estás pidiendo que le mienta.

—Para mantenerla a salvo.

—¿Y no te importa tu propia seguridad?

—Ya pensé en mi seguridad cuando permití que los Shiikuin se llevaran a mi mujer sin plantarles cara —dijo Toshio—. Pero se acabó.

—Estabas pensando en tu hija recién nacida.

—Me dije a mí mismo que era eso, pero ahora no estoy tan seguro. Fui un cobarde. No dije nada ni hice nada. Tan solo me quedé ahí plantado, mirando cómo se llevaban a mi mujer —se lamentó Toshio —. Pero no vi todo lo que ocurrió, y por eso necesito tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda puedo darte yo?

—Tú tienes un don, Haruto. Cada día, tus manos crean grullas a partir de los segundos y los minutos del otro mundo.

—Yo solo doblo papel.

—Doblas el tiempo —dijo Toshio—. Y creo que puedes doblar el tiempo hasta llegar a la mañana que se llevaron a mi mujer.

—Lo que uno cree y la realidad son dos cosas diferentes. Tú sabes tan bien como yo de dónde sale el tiempo que recogemos del museo, y lo que tenemos que hacer para conseguirlo. Los años que deseas que doble son diferentes. Pertenecen a este mundo, y todo en este mundo pertenece a los Shiikuin. No puedo doblar el tiempo sin convertirme en un ladrón.

Toshio sacó una botella encorchada de su morral. Una luz de un

azul brillante relucía en su interior.

—Y por esa razón es que yo ya he robado lo que necesitas.

Haruto miró fijamente la botella, con la boca abierta.

—¿Qué has hecho?

★★★

Toshio descorchó la botella y vació su contenido sobre un pequeño cuenco esmaltado. Tres granos relucientes yacían en el fondo del cuenco, y el hombre se aseguró de contarlos dos veces. Los huesos de un Shiikuin eran casi imposibles de encontrar; su paradero estaba prácticamente perdido en un laberinto de rumores y mentiras. Toshio había oído rumores sobre los huesos triturados en el Mercado Nocturno años antes, pero no había tenido ninguna razón para buscarlos. Hasta que soñó con su esposa muerta.

Las versiones de las historias sobre cómo y dónde habían sido escondidos los huesos superaban con creces los fragmentos que se podían encontrar. Los primeros susurros aseguraban que los huesos podían llenar un cuenco de sake hasta el borde. Según se fueron desvaneciendo los rumores, Toshio oyó que tan solo quedaban unos pocos granos. No le sorprendía. Los huesos de un Shiikuin eran lo bastante preciados como para hacer que hasta el más diligente se volviera osado. O estúpido. Toshio no tenía ninguna ilusión de ser nada más que eso último.

—¿Cómo los has conseguido? —preguntó Haruto.

—Te sorprendería cuánta gente cree que le conviene hacerle un favor al encargado de una casa de empeños.

—Y no se equivocarían. Todos en este mundo tienen una gran deuda contigo —dijo Haruto—. Y yo te debo más que la mayoría.

Toshio le tendió el cuenco.

—Entonces, ayúdame. Por favor. ¿Crees que con esto es suficiente? Es todo lo que he podido encontrar.

Haruto aceptó el cuenco y examinó los huesos.

—No lo sé. No tengo ninguna experiencia haciendo papel a partir de nada que no sea pulpa de bambú y el tiempo del otro mundo. ¿Qué significan siquiera tres fragmentos del hueso de un Shiikuin?

¿Estos huesos contienen la historia de una vida? ¿De diez?

—Los huesos de un Shiikuin contienen los recuerdos de todos los Shiikuin que ha habido antes y después de él, todo lo que han presenciado, todas las palabras que han pronunciado y escuchado —explicó Toshio—. Pero nadie sabe en realidad lo poderosos que son ni lo que pueden hacer.

Haruto clavó la mirada en el cuenco.

—Porque las únicas historias que se oyen acerca de quienes tratan de usar los huesos son sobre aquellos que fracasan.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Deuda y deber

Un jardín de flores de papel había florecido sobre la mesa para cuando Haruto terminó de relatar los eventos de la visita de Toshio. Distraído, plegó una flor en forma de *kusudama* y la plantó al final de una hilera, en equilibrio sobre el borde de la mesa. Se cayó y aterrizó junto a los pies de Hana.

Ella recogió la flor y se la devolvió a Haruto.

—¿Funcionó? ¿Fuiste capaz de hacer papel con los huesos y de doblar el tiempo? —Él arrugó la flor en su puño—. ¿Haruto? —insistió Hana.

Él comenzó a doblar otra hoja de papel.

—Funcionó perfectamente.

Hana le agarró la muñeca, deteniéndolo en mitad de un pliegue.

—Haruto, por favor. Cuéntame lo que vio mi padre.

Él dejó el papel sobre la mesa.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Porque mi padre te hizo prometer que le guardarías el secreto? ¿De qué sirve una promesa si está muerto? Tenemos que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo contártelo porque no sé lo que vio tu padre. Tomó el

tiempo que le había plegado y se marchó.

—No. —La voz de Hana se quebró—. Tiene que haber más. Algo. Lo que sea.

—Tan solo tengo otro recuerdo de ese día, y es la expresión en la cara de tu padre cuando dejé el día plegado entre sus manos. Y lo único que vi en sus ojos fue pesar. Fuera lo que fuere lo que reveló ese día, debe de haber tenido algo que ver con su desaparición. No puede ser una coincidencia. Pero, con respecto a dónde ha ido y por qué, no hay nada más que pueda decirte. Lo siento. Ojalá hubiera podido ser de más ayuda.

—Puedes serlo —dijo Keishin—. Hazlo otra vez.

—¿Qué?

Haruto le lanzó una mirada afilada.

—Vuelve a doblar el tiempo.

—¿No has oído nada de lo que he dicho? Doblar el tiempo de nuestro mundo está prohibido. Doblar tiempo sacado de los huesos robados de un Shiikuin es mil veces peor. Hasta este día, sigo despertándome por las noches preguntándome si habrá llegado la hora en la que me encontraré a los Shiikuin en mi puerta.

—Corriste el riesgo por Toshio —señaló Keishin.

—Lo hice. ¿No es suficiente con eso?

—No si de verdad quieres ayudar a Hana, como dices. Si de verdad te importa lo más mínimo…

—No es potestad tuya asumir que puedes decirme lo que debería sentir con respecto a Hana ni lo que debería o no debería hacer. ¿Quién te crees que eres? Este ni siquiera es tu sitio.

Keishin se puso en pie, con la mandíbula apretada. Hana le sujetó el brazo y lo apartó de su viejo amigo.

—Haruto tiene razón.

—Pero…

—Lo que hizo por mi padre ha sido más que suficiente. —Hana soltó a Keishin y se dirigió a Haruto—. No puedo pedirte nada más de lo que ya has hecho, y no lo haré. Keishin y yo hallaremos otra forma de ayudar a mi padre. —Miró a Keishin—. Deberíamos marcharnos.

Él asintió con la cabeza y llevó su mano a la de Hana.

—Esperad. —La palabra se escapó de la boca de Haruto antes de que los dedos de Keishin aferraran los de Hana—. Lo haré.

Ella ahogó un grito.

—Pero los Shiikuin…

—Pueden tratar de detenerme.

Hana se acercó más a él.

—No tienes que hacer esto…

—No sería capaz de perdonármelo si te ocurriera algo porque he sido un cobarde —dijo Haruto.

—No eres un cobarde —respondió Hana, tocándole el brazo.

—Tan solo me queda un fragmento de hueso. Utilicé los otros dos para tu padre, y reservé uno por si algo salía mal. Haré el papel y doblaré el tiempo lo mejor que pueda, pero no te puedo garantizar que vayas a ver todo lo que vio tu padre.

—Sea lo que fuere lo que contenga el papel, será más de lo que sé ahora —dijo ella.

—Todas y cada una de las personas de nuestro mundo tienen una gran deuda con tu familia. Y yo le debo todavía más a tu padre. Jamás seré capaz de recompensarle lo que hizo por mí y por mi madre, pero lo intentaré —aseguró Haruto—. Aunque, primero, tengo que recoger el hueso del lugar donde lo escondí; no me atrevía a guardarlo aquí. Puede que tarde algún tiempo en recuperarlo. Estaréis más cómodos si pasáis la noche en la casa de huéspedes de la ciudad y volvéis mañana por la mañana. Para entonces, debería tenerlo todo listo para vosotros. —Se sacó una hoja de papel en blanco de la manga y se la entregó a Hana—. Guarda esto. La utilizaré para ponerme en contacto contigo por si algo sale mal.

—Nada saldrá mal —dijo Hana al recibir el papel.

Haruto se dirigió hacia Keishin.

—Mantenla a salvo.

—Lo haré —le aseguró él.

—Gracias por hacer esto, Haruto.

Una lágrima se escapó de entre las pestañas de Hana.

—No tienes que darme las gracias. Esta es la deuda que tengo con tu padre. —Haruto inclinó el rostro de Hana hacia arriba y le secó la

lágrima con el pulgar—. Y mi deber hacia ti como tu marido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Un lugar seguro. Lejos. Secreto

Como científico, Keishin pensaba que el concepto de doblar el tiempo atrapándolo en papel era lo más emocionante que había oído en toda su vida. Las posibilidades de una tecnología así eran ilimitadas. Exploración espacial. Viajes en el tiempo. Investigación. Pero, por mucho que lo intentara, no era capaz de obligarse a que le importara. Una sola pregunta ocupaba su mente; lo había seguido desde la casa de Haruto hasta una habitación alquilada en el único *minshuku* de la ciudad cercana, una habitación que él y Hana tenían que compartir.

La habitación tenía las paredes de papel, y presumía del paisaje de una montaña que Keishin no podía ver en la oscuridad. Contra una esquina junto a la única ventana había dos futones que el joven

suponía que ocuparían la mayor parte del suelo cuando los desenrollaran. Hana extendió uno de ellos sobre el tatami. Hizo ademán de agarrar el segundo.

—No —dijo él—. Eh… Gracias y todo eso, pero puedo hacerlo yo.

Hana asintió con la cabeza y se tumbó. Le dio la espalda a Keishin.

—Deberías tratar de dormir un poco. Volveremos a la casa de Haruto a primera hora de la mañana.

—Haruto —repitió él, sin darse cuenta de que había pronunciado el nombre en voz alta—. Tu marido.

—No es mi marido —dijo Hana sin mirarlo—. Todavía.

—Ah.

Era probable que hubiera más de un centenar de respuestas más apropiadas, pero aquello era lo mejor que podía hacer Keishin sin traicionar la roca de sus tripas que sabía que no tenía ningún derecho a estar ahí.

—Eso te molesta —dijo Hana.

—¿Qué? No. Claro que no. ¿Por qué me iba a molestar?

—Te molesta porque te besé y tú me devolviste el beso.

—Eso no…

—Tendría que habértelo contado. Lo siento. El Horishi nos emparejó a Haruto y a mí cuando éramos pequeños. Su nombre está escrito en mi piel.

Hana recorrió con los dedos un nombre invisible sobre el interior de su brazo.

—No tienes que explicármelo.

—Quiero hacerlo —dijo ella, sentándose—. La mayoría de las personas de mi mundo no conocen a sus esposos hasta el día de su boda, pero mi padre quería algo diferente para mí. Me dijo que tal vez podría haber evitado lo que le ocurrió a mi madre si la hubiera comprendido mejor. Por eso hicieron que Haruto y yo nos conociéramos desde pequeños. No se lo puse fácil para ser mi amigo. Cuando era una niña odiaba que me dijeran lo que tenía que hacer, y a Haruto le gustaba provocarme diciendo que, cuando fuera mi marido, yo tendría que hacer todo lo que me ordenara. Acabábamos la mayoría de nuestras visitas conmigo tratando de tirarle del pelo y con mi padre intentando separarnos.

—Suena como si fueran los cimientos de un matrimonio perfecto —dijo Keishin, con un tono que pretendía que sonara gracioso pero le salió tenso.

—Haruto y yo somos muy diferentes, pero hemos aprendido a ser amigos. No hemos sentido nada más que eso el uno por el otro. Mi padre solía decirme que ya habíamos empezado mejor que la mayoría de la gente, y que el amor o algo lo bastante parecido a él llegaría más tarde.

—¿Estás segura de eso?

—¿De qué?

—De lo que Haruto siente por ti. Está arriesgando su vida para ayudarte.

—Al igual que tú.

—Eso es diferente.

—¿Ah, sí? —En ese momento, un viento frío sopló a través de la habitación y apagó la única lámpara. Hana ahogó un grito y se apresuró a ponerse en pie—. Tenemos que marcharnos —dijo mientras recogía sus cosas—. Nos han encontrado.

★★★

Keishin bajó por la ventana del *minshuku* y aterrizó sobre la hierba, junto a Hana. Una piedra se le clavó en la palma. Contuvo un grito y escudriñó con rapidez las calles oscuras de la ciudad.

—Recuerdo que hemos pasado por un pozo de camino hasta aquí. Creo que estaba en esa dirección. —Señaló hacia la izquierda de la casa—. ¿Podemos utilizarlo para escapar?

—Sí —dijo Hana—. Y ahora, corre.

★★★

Lo segundo peor de viajar a través de un pozo era caer en él. Lo peor era tratar de no gritar.

No había nada en toda una vida de experiencias que pudiera ofrecerle a Keishin ninguna tranquilidad de que no acababa de saltar hacia su muerte. Golpeó con los pies la superficie helada del agua, pero estaba demasiado ocupado sintiéndose aterrorizado como para

sentir el frío. Se hundió en la oscuridad, repitiendo las instrucciones de Hana como una oración. Le había pedido que pensara en un lugar donde pudieran esconderse, un refugio que solo él conociera. Si él los guiaba, a los Shiikuin les resultaría más difícil encontrarlos.

Un lugar seguro. Lejos. Secreto.

Un lugar seguro. Lejos. Secreto.

Un lugar seguro. Lejos. Secreto.

Unas luces resplandecían por encima de él. La superficie del agua estaba cerca. Keishin echó un vistazo por arriba del hombro, pero no podía ver a Hana por ninguna parte.

TERCERA PARTE

Lo que se ha unido se puede separar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

¿Cerdo picante o pollo?

Universidad. Matrimonio. Hijos. Esas son las grandes decisiones que la gente cree que importan. Por supuesto, están equivocados. En realidad, son las decisiones que la gente ni siquiera se da cuenta de que está tomando las que determinan el rumbo de sus vidas. Los cambios son pequeños, diminutos incluso, pero, mediante las inclinaciones más minúsculas, empujan a una persona en la dirección de lo que va a ocurrir después.

En el caso de Keishin, todo lo que iba a definir el resto de su vida quedó decidido en el segundo en que sus ojos se desviaron del ramen instantáneo de cerdo picante al de sabor a pollo, y después volvieron al de cerdo. Llevó la mano al paquete de un rojo intenso y lo dejó en una cesta de plástico verde. Aquel no era el momento de experimentar con sabores nuevos. Su vuelo de larga distancia hasta Tokio salía al día siguiente, y lo último que necesitaba era el estómago revuelto durante el viaje.

Arrugó la nariz ante su cena de ramen instantáneo y juró que iría a tomarse un ramen de verdad en cuanto aterrizara en Japón. Retrocedió un paso desde el estante del ramen, y plantó el grueso talón de su bota justo encima de algo que claramente era demasiado blando como para ser el suelo de baldosas de la tienda de alimentación. Un grito agudo rompió cualquier esperanza de que hubiera pisado algún pastelito perdido en lugar del pie de un desconocido. Se dio la vuelta, y una disculpa salió de su boca por delante de él.

—Madre mía. Lo siento mucho.

—¿Dónde estamos? —le preguntó la mujer en japonés.

—Ah… hola —dijo él, pasando al japonés. Examinó su rostro pequeño en forma de corazón, buscando algo que pudiera decirle de quién se trataba. Nunca se le habían dado bien los nombres, pero dudaba que se hubiera olvidado del suyo—. Lo siento. ¿Te conozco?

Ella frunció el ceño.

—Soy yo. Hana.

—¿Estabas en una de mis clases?

—¿Qué? No. ¿No lo recuerdas? Hemos saltado en un pozo, y te he pedido que buscaras un lugar seguro para que nos escondiéramos.

—Claro… —Keishin retrocedió para alejarse de ella—. Lo siento, pero tengo que irme —dijo, dirigiéndose hacia la caja.

—Espera. —Hana le sujetó el brazo—. Te conozco, y tú me conoces. Te llamas Keishin. Eres físico, y has aceptado un trabajo en el detector Super-Kamiokande. Estás tratando de encontrar neutrinos.

—Todo el mundo en la universidad sabe por qué me voy a mudar a Japón.

—Tu madre te abandonó, y durante toda tu vida, todos los logros y descubrimientos que has estado persiguiendo han estado relacionados con tratar de dar con algo que te haga sentir digno de su amor.

A Keishin se le cayó la cesta de la mano, y su cena se desperdigó por el suelo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú. Me contaste que tu madre te abandonó cuando eras

pequeño. Y el resto… lo he visto por mí misma.

—¿Quién te ha metido en esto? ¿Es alguna clase de broma? Porque, si es así, no tiene gracia.

—Keishin… Kei… —Hana se acercó a él con lentitud—. Tienes que escucharme con mucha atención. Has hecho lo que te he pedido. Has encontrado un lugar seguro para que nos escondamos. Estamos dentro de un momento de tu mente tan insignificante y pequeño que a nadie se le ocurriría buscarte allí. Pero te has escondido a ti mismo demasiado bien, has llegado demasiado hondo.

—Esto es una locura.

Keishin se alejó hacia la salida.

—¿A dónde vas a ir? ¿A tu apartamento? ¿Para sentarte sobre un sofá de cuero mientras escuchas una canción que te transportará hasta una pequeña balsa que flota sobre un lago tranquilo bajo tierra? ¿Tu hermosa trampa?

—¿Cómo has…?

—Tú me has llevado allí. Estuvimos en la balsa en el Super-Kamiokande.

—Pero eso no es más que…

—Un recuerdo que tomaste prestado de otra persona. —Hana miró la tienda de alimentación a su alrededor—. Pero este recuerdo es tuyo, un fragmento de un tiempo antes de que cruzaras la puerta de una casa de empeños.

—La casa de empeños… —Keishin cerró los ojos con fuerza—. Estaba… saqueada.

—Sí.

—Y tú estabas ahí. Te sangraba el pie.

—Había pisado…

—El cristal. —Keishin pestañeó y la miró fijamente—. Lo… lo recuerdo. —Hana exhaló y lo rodeó con los brazos. Él la abrazó con fuerza—. ¿Estamos a salvo? —susurró contra su pelo.

—Por ahora. Todavía estamos cayendo.

—¿Cayendo?

—A través del pozo. —Hana se apartó de él—. Esto es un desvío. No podíamos ir directamente a ninguno de los lugares que conozco. Esos sitios habrían sido fáciles de detectar para los Shiikuin. Tengo la

esperanza de que nos pierdan el rastro si nos quedamos aquí durante un rato.

—¿Cuánto rato?

—Hasta la mañana —dijo Hana—. Y entonces tendremos que ir a ver a Haruto.

Keishin titubeó.

—Hana…

—¿Qué pasa?

—Si los Shiikuin han podido seguirnos el rastro hasta el *minshuku*, ¿no te parece que también han podido descubrir lo de Haruto?

—No.

—Pero…

—No. —La voz se le ahogó en la garganta—. Él está a salvo. Tiene que estarlo.

Keishin la observó mientras respiraba de forma entrecortada a través de los labios pálidos. Asintió con la cabeza, permitiendo que Hana creyera la mentira que se había contado a sí misma. Cuando estás huyendo para salvar tu vida, la honestidad es un lujo. Y el valor, aunque sea falso, no lo es.

★★★

Keishin y Hana se sentaron sobre uno de los mostradores de la tienda de alimentación, esperando a que su ramen instantáneo estuviera listo. Otros clientes pasaron junto a ellos sin dirigirles ni una mirada de soslayo.

Keishin levantó la tapa de aluminio del recipiente de ramen.

—Ya está listo. Solo tienes que removerlo.

Hana revolvió los fideos con un tenedor de plástico.

—Esto no parece ramen.

Keishin sonrió.

—Venga. Pruébalo.

Con cautela, Hana se llevó el tenedor lleno de fideos a la boca.

—No… no está mal. Pero sigue sin ser ramen.

—Desde luego, no se parece nada al ramen que se podría encontrar en tu mundo —dijo Keishin entre risas—. Y eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada en ese bote que sea ni remotamente bueno para ti.

Hana se tragó otro bocado.

—Entonces, es una suerte que nada de esto sea real.

—Creo que tendría que comerme todas las cosas que hay aquí ahora que no tengo que preocuparme de acabar vomitando.

Keishin examinó los estantes.

—Eso parece interesante —dijo Hana, señalando una máquina de bebidas heladas—. ¿Por qué es de color azul?

Keishin arrugó la nariz.

—Yo no te recomendaría probarlo, incluso aunque no sea real.

Hana se rio, y Keishin también lo hizo. Una breve carcajada que le provocó cosquillas en la tripa e hizo un pequeño baile feliz sobre su lengua. Creció, girando alrededor de su estómago y expandiéndose dentro de su pecho, incontrolable e implacable. Entonces, se atragantó y jadeó en busca de aire. Un arrebato de risitas estalló desde los labios de Hana. La risa explotó entre ellos, haciéndolos caer a los dos al suelo. Keishin giró para ponerse de costado y se llevó las manos al estómago, con los ojos llenos de lágrimas.

Hana se sentó y se apoyó contra un estante de aperitivos, tratando de detener su risa con respiraciones lentas y deliberadas.

Keishin se sentó junto a ella, estirando sus largas piernas a través del pasillo.

—Madre mía, qué bien me ha sentado.

Hana sonrió.

—Pues sí.

—Ni siquiera sé por qué nos estábamos riendo.

—Por nada —respondió ella, jadeante—. Y por todo.

Los ojos de Keishin recorrieron la tienda.

—Me resulta extraño volver a estar aquí.

—¿Porque no es real?

—Creo que no me parecería real incluso aunque estuviera aquí de verdad. Este recuerdo es de hace tan solo unos días, pero me siento como si ya no fuera la misma persona que estaba en él.

—Eso cambiará. —Hana jugueteó con un paquete de patatas fritas

que había sacado de un estante—. Cuando todo esto termine, tu antigua vida te parecerá la única que has vivido jamás.

—Porque no te recordaré —dijo él en voz baja.

Hana apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Me dijiste que no te importaba el hecho de no recordar mi mundo.

—Así era.

—¿Y ahora? —preguntó ella, cerrando los ojos.

—Ahora es… —Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos como si eso fuera a impedir que se escapara—. Diferente.

★★★

Keishin había vivido toda su vida creyendo que el tiempo no era algo que se pudiera contener, pero esa noche cabía a la perfección en el vaso de cartón que le calentaba las manos. Quince minutos tenían el aspecto y el olor exactos de un café con leche humeante. Al final de ese tiempo, cuando se tomara el último de sus segundos de un tono tostado oscuro, iba a despertar a Hana, tal como ella le había pedido, de la siesta que se estaba echando sobre su hombro. Le había dicho que tenían que ponerse en marcha antes de que saliera el sol, para volver a perseguir las pistas. Y para que volvieran a perseguirlos a ellos.

Pero, por el momento, el vaso de Keishin estaba lleno, y tenía tiempo para ver dormir a Hana. Le apartó un mechón de pelo suelto de la cara. La joven dormía de forma pacífica para ser alguien sentado en el suelo de una tienda de alimentación de limpieza cuestionable. Él también estaba calmado, en parte porque se sentía bien al no tener que estar mirando constantemente por encima del hombro, pero sobre todo porque por fin había encontrado la respuesta a una pregunta que estaba relacionada con un ascensor averiado, una mujer embarazada y una caja maltrecha de libros antiguos gratis.

CAPÍTULO TREINTA

Guía del nacimiento*, de Ina May*

Un año antes.

El edificio de apartamentos de Keishin proyectaba una sombra bienvenida sobre la calle. Apresuró el paso. Su mente llegó a su casa por delante de él, y comenzó a quitarse a toda prisa la ropa sudada y a tirarla por el suelo. Entonces, se metió en la ducha y se quedó bajo el chorro de agua fría, esperando a que el resto de Keishin se uniera a ella. Estaba acostumbrada a dejarlo atrás. Su cuerpo siempre estaba tratando de alcanzar a sus pensamientos. Más tarde, cuando volvieran a unirse, el joven se serviría una copa de vino blanco frío, pondría un disco y se quedaría dormido en el sofá

mientras escuchaba su canción favorita, con el pelo todavía húmedo después de la ducha.

Keishin entró a toda prisa en el edificio, con la camiseta pegada al pecho. El protector solar y el sudor le escocían en los ojos. Por suerte, no tenía que ver por dónde iba para encontrar el camino hasta el ascensor. El sonido de sus pisadas sobre las baldosas de mármol blanco y negro era suficiente. Junto al borboteo de su cafetera, esos pequeños golpecitos eran su sonido favorito del mundo. Había exactamente veintidós, y cada uno de ellos lo acercaba más a una pequeña caja de metal que lo alejaba del ruido del día. No le gustaba compartirlo.

Una mujer embarazada que se estaba abanicando vigorosamente con el menú de un restaurante chino de comida para llevar junto a las puertas del ascensor aplastó sus esperanzas de soledad. Las puertas del ascensor se abrieron. Keishin echó un vistazo a las escaleras y desechó la idea de subir las diez plantas hasta su apartamento casi tan pronto como se la planteó. El ascensor emitió un «ding». Los ojos de Keishin se encontraron con los de la mujer y ella apartó la mirada, lo que hizo que su gruesa coleta girara como un péndulo contra su nuca. Entonces entró en el ascensor, metiendo el menú del restaurante dentro de un bolso enorme mientras acunaba una caja de dónuts rellenos de mermelada. Keishin la siguió y presionó el botón de su planta.

—El ocho, por favor —dijo la mujer embarazada—. Gracias.

Keishin presionó el botón por ella.

Entonces, la cabina dio una sacudida. La mujer trastabilló hacia delante, hizo volar los dónuts y derribó a Keishin contra la puerta del ascensor. El metal golpeó la mejilla del joven. Las luces se apagaron, sumiendo el ascensor en la oscuridad. Una luz de emergencia se encendió con un parpadeo.

Un dolor se irradiaba por la mandíbula de Keishin.

—¿Estás bien? —preguntó, frotándose para tratar de aliviar el dolor.

La mujer se aferró el estómago.

—Creo… creo que sí.

—Vale. Genial. Voy a pedir ayuda —dijo él, y presionó el botón de llamada de emergencia—. ¿Hola? —El altavoz cobró vida con un zumbido—. ¿Hola? ¿Podéis oírme? El ascensor se ha parado.

—Puedo oírte. ¿Estáis todos bien por ahí?

—Estamos bien.

—Vamos a llamar al equipo de reparación ahora mismo. Deberían llegar enseguida.

Keishin respiró hondo, diciéndose que podría haber sido peor. Podría haberse quedado atrapado en el ascensor con Trisha, la vecina con la que había cometido el error de acostarse después de una mala película, una cena olvidable y demasiadas botellas de vino.

—Soy Liz —dijo la mujer—. De la octava planta.

—Lo sé.

—Cierto. Te he pedido que le dieras al botón por mí. Lo siento. El embarazo me tiene atontada.

—Yo soy Kei. Décima planta —dijo él, no porque fuera necesario, sino porque era lo educado. Esperaba que aquella situación se resolviera pronto, y no creía que aguardar a que arreglaran el ascensor requiriera una conversación.

Liz se sentó en el suelo y se abanicó con el menú del restaurante chino.

—Espero que nos saquen de aquí pronto.

—Lo harán —dijo Keishin, sentándose frente a ella.

Liz hizo una mueca y se frotó la tripa.

—Ay, Dios…

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Liz soltó un gruñido y se dobló hacia delante. El sudor perlaba su frente.

—Creo… creo que va a nacer el bebé.

—¿Qué?

Keishin se arrastró hacia ella. Liz apretó los dientes y le agarró la manga.

—Supongo que no he tenido la suerte de quedarme atrapada en un ascensor con un doctor, ¿verdad?

—Eh… Pues sí, pero no de los que te podrían servir.

Liz arrugó el rostro por el dolor. Le apretó el brazo y gruñó.

—No quiero tener el bebé en un ascensor —dijo, y comenzó a sollozar.

—Vamos a salir de aquí. Pronto. Te lo prometo.

—No, «pronto» no. Ahora. Tenemos que salir ahora. —Liz estaba respirando de forma rápida. El sudor goteaba de su rostro y por encima de sus labios pálidos—. No puedo respirar. Nos estamos quedando sin aire. Me voy a morir. Mi bebé…

Keishin le agarró la mano. No sabía mucho sobre los partos, pero conocía bastante bien los ataques de ansiedad. En los primeros meses después de que su madre se marchara, solía encontrar a su padre aovillado y creyendo que se iba a morir por lo menos una vez por quincena. Al igual que Liz, sus manos estaban frías y pegajosas, y temblaban contra las palmas de su hijo. Él le apretaba las manos a su padre hasta que su respiración se ralentizaba, tratando de tranquilizarlo de la única forma que podía. Se tumbaba junto a él y repetía, como si fuera una historia, un inventario de las cosas que su joven mente sabía que eran ciertas. «El sol es una estrella». «El cerebro no puede sentir dolor». «El embarazo de una elefanta dura casi dos años». Los hechos siempre habían reconfortado a Keishin. El amor de su madre había estado una vez en el primer lugar de la lista, antes de cualquier dato curioso sobre la Tierra o la Luna. Cuando ella se marchó, reunió tantas verdades como fue capaz, después de haberse convencido de que, algún día, iba a tener suficientes como para llenar el agujero en su pecho que una vez había estado colmado de certeza. Compartía su colección de cosas incuestionables e inmutables con su padre, dándole algo a lo que aferrarse cada vez que una corriente de dudas amenazaba con llevárselo.

Keishin le apretó la mano a Liz.

—«Recuerda esto, porque es lo más cierto que puede haber: tu cuerpo no es un limón. No eres una máquina. El Creador no es un mecánico descuidado. Los cuerpos femeninos humanos tienen el mismo potencial para dar a luz que los de las cerdas hormigueras, las leonas, las rinocerontas, las elefantas, las alces y las búfalas de

agua» —dijo.

—¿Qué? —preguntó Liz, jadeando.

—Es una cita del libro *Guía del nacimiento*, de Ina May —explicó Keishin—. Y es un hecho.

—¿Y tú por qué sabes eso? —dijo ella, ralentizando la respiración.

—¿Quieres la versión larga de la historia o la corta?

—La corta. —Liz soltó aire en respiraciones controladas—. Sin duda, la corta.

—El precio favorito de mi padre era gratis.

—¿Y?

—Ya está. Me has pedido la versión corta.

—Vale. Lo entiendo. —Liz se secó el sudor de la frente—. Estás tratando de distraerme de mi muerte inminente.

—¿Está funcionando?

—Sí. Continúa. Cuéntame la versión larga, o tal vez la versión mediana.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme una cosa primero.

—¿El qué?

—Tienes que mantener al bebé dentro de ti un rato más, ¿vale? Creo que esta situación requiere la intervención de un profesional con una comprensión mayor sobre el nacimiento que el dealguien que encontró el libro polvoriento de Ina May sobre obstetricia en una caja que su padre recogió de la calle.

—Trato hecho.

★★★

Liz rompió su promesa.

Keishin se aferraba a las palabras de Ina May como si fueran el mismísimo cable que impedía que el ascensor se estrellara contra el suelo. Se repitió a sí mismo que Liz no era un limón, y con la orientación de Ina May de eficacia demostrada por el paso del tiempo, iba a dar a luz con tanta facilidad como cualquier cerda hormiguera.

—¡Lo estás haciendo genial, Liz! —le dijo, mirando por encima de sus piernas dobladas—. Solo tienes que empujar fuerte una vez más,

¿de acuerdo? —La mujer gruñó, uniendo las cejas—. Ya casi estamos. Respira hondo, Liz. Ya estamos. Puedo ver la cabeza. —Keishin colocó las manos entre las piernas de Liz y acunó a la pequeña mientras salía—. ¡La tengo!

—¿Está… está bien? —sollozó ella.

Keishin pasó la mano con cuidado por encima de la nariz y la boca de la recién nacida, tal como Ina May había instruido, para limpiarlas de fluido. Un fuerte llanto se escapó de entre los labios de la niña. Él la dejó en los brazos de Liz.

—Es preciosa —dijo la mujer, alternando entre la risa y el llanto—. Gracias.

Keishin se secó la frente con la manga.

—Dale las gracias a Ina May.

Entonces, las puertas del ascensor se abrieron. Un hombre con un mono azul oscuro y gris estaba parado al otro lado, totalmente boquiabierto.

—Qué cojones… ¿estáis bien?

Keishin volvió a mirar a Liz. Su sonrisa parecía fuera de lugar en un ascensor sofocante que apestaba a sangre, sudor y líquido amniótico. Era una sonrisa que solo podía pertenecer a una persona que estaba totalmente contenta por estar atrapada donde estaba. Keishin pensó que aquel era el aspecto que tenía la felicidad: una mujer agotada, sentada en un charco de líquido amniótico y dónuts de mermelada aplastados, con un menú arrugado de un restaurante chino junto a ella. Los ojos de Liz solo veían a su hija, y no importaba nada ni nadie más que la pequeña que tenía entre los brazos. Keishin se limpió en los pantalones la sangre de las manos y se preguntó si alguna vez iba a sentirse lo bastante feliz como para quedarse sentado en silencio y perfectamente inmóvil.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El mensaje

Hana estaba apoyada contra el hombro de Keishin, con la esperanza de que, si tenía los ojos cerrados, sus últimos quince minutos dentro de una tienda de alimentación que no era real le parecieran más largos. Se negaba a desperdiciar ni un instante imaginando lo que iba a ocurrir cuando se terminara ese tiempo. Necesitaba cada segundo de él para reescribir su propio recuerdo. Allí, en el pasillo de fideos instantáneos de una tienda con demasiados colores y luces brillantes, era donde debería haber conocido a Keishin por primera vez, no en una casa de empeños cubierta de cristales rotos. Allí, tal vez habrían tenido

la oportunidad de ser más que solo dos extraños aferrándose el uno al otro en busca de seguridad y calidez. Aquello le hacía pensar en la historia que le había contado su padre de que los pájaros empeñados podían volver atrás en el tiempo si se escapaban. Pensó que aquel sería el momento al que volvería volando directamente si, al igual que los pájaros, pudiera liberarse.

Un papel susurró junto a su oído. Se incorporó de golpe, y estuvo a punto de tirar el vaso de café que tenía Keishin en la mano.

—Ey —dijo él—. Ten cuidado. Esto quema, incluso aunque no sea real.

—¿Has oído eso? —preguntó Hana.

—¿El qué?

El sonido del papel susurrando se volvió más ruidoso. Hana tomó su bolso y metió la mano dentro. Sacó la hoja de papel que le había dado Haruto, y esta se retorció en su mano.

—Es Haruto. —Dejó el papel sobre el suelo—. Nos está enviando un mensaje.

Hana y Keishin observaron el papel moviéndose a toda prisa y plegándose solo, doblado por una mano experta invisible. Cuando llegó a su forma final y angulosa, se quedó inmóvil.

La joven clavó la mirada en la creación de origami.

—Tenías razón con lo de que los Shiikuin descubrirían que Haruto nos estaba ayudando. No podemos volver a su casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acaba de decirnos a dónde deberíamos ir en su lugar.

Keishin inspeccionó el papel plegado.
—¿Una estrella?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El Valle de las Estrellas

Resultó que los granizados azules servían para algo más que para que se te congelara el cerebro. Keishin observó a Hana mientras vertía uno por el suelo. Saltó en él y se hundió en el charco azul, agradablemente sorprendido por no sentir el frío.

El viaje fue rápido, y terminó antes de que Keishin pudiera siquiera empezar a tratar de comprender lo que significaba viajar hasta una estrella. Los zorros hechos de arena y los pergaminos vivientes lo habían obligado a redefinir lo que significaba la palabra «fantástico», y estaba seguro de que una estrella iba a poner a prueba los límites de la nueva definición. Por consiguiente, era bastante entendible que le costara ocultar su decepción cuando llegaron a su destino.

—Esto no es lo que esperabas —dijo Hana, inspeccionando un pequeño pueblo a los pies de una colina de pendiente poco empinada.

—Creo que debo de haberte oído mal. Pensaba que habías dicho que íbamos a ir a una estrella.

Hana sonrió.

—Me has oído correctamente. Pero no vamos a ver una estrella. Vamos a ver muchas. Este pueblo tiene una responsabilidad: crea el cielo todas las noches.

★★★

La energía que había a través de las calles adoquinadas del pueblo zumbaba en el aire y le provocaba un cosquilleo en la piel a Keishin. Sin importar por dónde mirara, no podía encontrar a una sola persona quieta. Todo el mundo, hasta el niño más pequeño, tenía una tarea. Había cestas fluyendo en una corriente infinita por ambos lados de la calle, transportadas por espaldas y hombros. Unos pequeños grupos se encorvaban sobre las mesas de trabajo, cortando papel *washi* o partiendo el bambú en varas delgadas, apenas deteniéndose para hablar o para levantar la mirada de su trabajo. Los niños se encargaban de llevar por ahí bandejas de comida y bebida. Una niña pequeña con las manos regordetas se detuvo y les ofreció a Keishin y a Hana unas galletitas saladas de arroz.

—Gracias —respondió él, y eligió una galleta redonda de un marrón dorado.

La niña hizo una reverencia y sonrió de una forma que le infló las mejillas. Siguió llevando su bandeja por la calle, buscando a la siguiente persona con la que compartir las galletas.

—Todos los habitantes de este pueblo trabajan con el único objetivo de crear el cielo nocturno. Unos preparan las estrellas. Otros limpian. Algunos se aseguran de que los demás no tengan hambre o sed mientras trabajan. Al final del día, despliegan el cielo y se van a la cama. Y, a la mañana siguiente, vuelven a hacerlo todo otra vez.

—Creo que, de todo lo que he visto y oído desde que entré en tu mundo, lo que me acabas de contar es lo que menos sentido tiene. ¿Qué quieres decir con eso de que crean el cielo nocturno? ¿Cómo se preparan las estrellas?

—Será mejor que lo veas por ti mismo —dijo Hana—. Ven.

★★★

Se detuvieron al final de la calle, frente a una casa de madera de dos plantas. Había un carrito aparcado frente a ella, que era descargado por dos hombres. Estos entregaron unas cestas llenas de pequeños paquetes envueltos en seda a dos mujeres, que se las

llevaron al interior de la casa.

—Aquí es donde comienza todo el proceso —dijo Hana—. Piensa en todo este pueblo como si fuera un taller. A cada calle se le asigna una tarea específica, y cada casa de esa calle es responsable de encargarse de los diversos elementos de esa tarea. Esta casa se encarga de recoger y clasificar la esperanza.

—¿Esperanza?

Keishin arqueó una ceja.

—Hasta en un mundo como el nuestro, en el que toda nuestra vida está planificada de antemano, seguimos necesitando sentir esperanza, o al menos tener la ilusión de ella —explicó Hana—. En nuestros cumpleaños, tenemos permitido enviar nuestras esperanzas a este pueblo. Las escribimos unas cuantas semanas antes de la fecha y las mandamos hasta aquí. Es tarea del pueblo que lleguen hasta el cielo. Eso es lo que contienen esas cestas: esperanza. Cada casa de esta calle tiene la tarea de recogerla y clasificarla. Pero no todas las esperanzas son iguales; algunas requieren más trabajo que otras. Las casas que se encargan de preparar las esperanzas que alberga la gente sobre el amor tienen la tarea más difícil.

★★★

Keishin y Hana recibieron una cálida bienvenida en una casa de la siguiente calle, como si fueran amigos de toda la vida de la familia. Suzuki Fumiko, una mujer anciana y encorvada a la que le costaba mucho más ver que charlar, los condujo hasta una habitación donde un pequeño grupo de personas estaban reunidas alrededor de una mesa, pintando sobre delgadas hojas de papel.

—No es muy común que tengamos visitantes en nuestro pueblo —dijo Fumiko, mirando a Keishin con los ojos entornados—. Siempre me alegro de ver las caras de los que envían sus esperanzas hasta aquí.

—Gracias por permitirnos ver su trabajo, Suzuki-san —dijo Hana.

—Ahora son mis hijos los que pintan. Mis ojos se cansaron de mí antes de que mi mente y mis manos lo hicieran. Pero, oh, ¡solía pintar cosas bellísimas! Todo el mundo decía que mi trabajo era el

más bonito de la aldea. Mejor incluso que el de mi hermana. Mi especialidad eran las caras. Labios. Ojos. Narices. Lo pintaba todo con el mayor esmero —dijo, casi sin tomar aliento—. Oh. Os pido disculpas —dijo con una risita—. Ya estoy otra vez. Es un vicio de anciana, dar la tabarra y aprovecharme de la gente demasiado educada como para decirme que me calle.

Keishin sonrió; su parloteo le resultaba tranquilizador. Le daba algo en lo que pensar que no fuera el hecho de que los Shiikuin los estaban persiguiendo. También hacía que el día junto a Hana pareciera uno en el que eran simplemente dos turistas sin nada más en la cabeza que preguntarse dónde iban a comer y comprar recuerdos del viaje. En cierto sentido, era como una cita; la segunda, si contaba aquella imaginaria que habían tenido mientras montaban en su canción. Hasta estaba llena de todas esas pequeñas burbujas efervescentes en el estómago cuando se encontraban el uno junto al otro, con las manos lo bastante cerca como para tocarse.

—Estaremos encantados de escuchar todo lo que quiera contarnos —dijo.

Fumiko sonrió ampliamente.

—Me caes bien. Me recuerdas a mi padre. Él siempre dejaba de hacer lo que estuviera haciendo, sin importar lo ocupado que estuviera, para escuchar mis historias sobre los insectos que había recolectado o una piedra que me había parecido bonita. Me hacía sentir como si fueran las cosas más interesantes del mundo. Su cara y los demás tesoros viejos que guardo aquí dentro son las únicas cosas que puedo ver con claridad ahora. —Se dio un golpecito en el lateral de la cabeza con un dedo torcido—. Pero no tengo ninguna razón para quejarme. Mi familia ha tenido el privilegio de pintar todas las esperanzas que nuestro mundo ha albergado jamás sobre el amor. Dicen que las esperanzas sobre los niños son las más coloridas; las esperanzas sobre la salud, las más brillantes; las que son sobre la felicidad, las más bonitas; y que las esperanzas sobre el amor son las más difíciles de pintar. Y tienen razón. Es un gran desafío capturar con pigmentos todos los tonos que tiene el amor. Pero hacemos lo que podemos, y tengo suficientes recuerdos de

todas las esperanzas que he pintado a lo largo de mi vida como para llenar el museo más grande del mundo. No necesito ver nada más. Confío en mis hijos para que sigan cumpliendo con el deber de nuestra familia. —Señaló hacia el lado más alejado de la mesa—. Mikio es mi hijo mayor, y es un ilustrador muy talentoso.

Un hombre de complexión ligera y pelo escaso levantó la vista de una hoja hexagonal de papel *washi* y los saludó con una sonrisa cortés. Entonces volvió a su trabajo, pintando sobre la hoja con tinta negra, con una combinación de trazos gruesos y finos. Todavía no había hecho ni la mitad de la imagen, pero Keishin pudo distinguir las facciones de un rostro impresionante.

—Y esa es Emiko. —Fumiko señaló a una mujer cuyo rostro le recordaba a Keishin a un melocotón—. Ella da vida a los dibujos de Mikio.

Emiko levantó la cabeza desde su esquina de la mesa y asintió tímidamente. Mojó el pincel en un pequeño tarro de cerámica, le dio unos ligeros golpecitos en el borde, y coloreó un rubor delicado en el rostro de una mujer. Desde donde estaba, Keishin casi podía sentir el calor que irradiaba esa mejilla.

—¿Os vais a quedar para ver las estrellas esta noche? —preguntó Fumiko—. Va a ser algo espectacular. Llevo toda la vida viviendo en este pueblo y, aun así, es como si cada noche fuera nueva.

—Todavía no sabemos cuáles son nuestros planes —respondió Hana—. Pero gracias por compartir su trabajo con nosotros. Es precioso.

—Todas las esperanzas se merecen resplandecer en el cielo. —Fumiko sonrió, lo que hizo que las arrugas alrededor de sus ojos se volvieran más pronunciadas. Le dio un golpecito en la mano a Hana —. Aunque solo sea por una noche.

★★★

Había una pregunta entre las cejas de Keishin cuando salieron de la casa de Fumiko.

—¿Se supone que los dibujos que estaban haciendo son las estrellas?

—Lo serán. Todavía no están terminados. Cuando se sequen, los enviarán a esas casas de allí. —Hana señaló una calle perpendicular —. Esas familias se encargan de pegar el *washi* pintado a un armazón de bambú. Las casas que hay enfrente de ellas tienen la tarea de insertar el cordel y doblar el bambú para asegurarse de que todo esté bien pegado.

Keishin entrecerró los ojos, visualizándolo en su cabeza.

—¿Están haciendo cometas?

—Una cometa para cada esperanza que llega a este pueblo. Esta noche, flotarán por el cielo como estrellas. Este es el único lugar donde los Shiikuin tienen prohibido venir, un lugar donde podemos fingir que somos libres.

—Así que por eso Haruto nos pidió que nos reuniéramos con él aquí —dijo Keishin—. Porque los Shiikuin no pueden seguirnos.

—Por eso, y porque la persona en la que más confía en este mundo vive en este pueblo.

—¿Quién?

Una mujer alta, con el pelo de un rubio blanquecino y una cara que guardaba una impactante similitud con la de Haruto, se acercó desde detrás de Hana.

—Su madre.

La joven se dio la vuelta y le hizo una reverencia.

—Masuda-san.

—Hana —dijo Masuda Masako sin sonreír.

—¿Haruto está aquí?

Masako levantó la mano para silenciarla. Hana asintió con la cabeza, mirando a su alrededor para comprobar si alguien los había oído.

Entonces, Masako miró a Keishin con los ojos entrecerrados.

—*Forastero* —siseó entre dientes.

Había pronunciado la palabra de una forma tan afilada que atravesó el aire y le cortó la mejilla izquierda a Keishin. Él se encogió. La palabra le resultaba demasiado familiar. Era así como se sentía con respecto a sí mismo, sin importar dónde se encontrara. Bien podría haber sido su nombre.

—Keishin es un amigo, Masuda-san —dijo Hana, mirándola

directamente a los ojos.

—No tienes ni idea de la clase de peligro en el que nos habéis puesto a todos, Hana.

—Lo sé. De verdad que lo siento. Nos marcharemos en cuanto…

—En cuanto —interrumpió Masako a Hana, con el rostro sombrío— veas lo que le han hecho a mi hijo. Por tu culpa.

★★★

La casa de Masako estaba bajo la sombra de un árbol grande. Los arbustos de *gampi*, *mitsumata* y *kozo* crecían a su libre albedrío por todo el jardín delantero, casi cubriendo el camino hasta la vivienda.

—Tened cuidado de no pisarlos —advirtió Masako, pasando por uno de los arbustos demasiado crecidos—. Los necesito para hacer mi papel.

—Hemos visto en el pueblo el *washi* que ha hecho —dijo Hana en voz baja—. Era muy bonito.

—Me mantiene ocupada. Eso es lo que hace la gente sensata cuando se jubila, cosas sensatas. No salen a perseguir fantasmas y a poner en peligro a la gente que los rodea. —Se detuvo y miró a Hana—. Todo esto es culpa de tu padre. ¿Por qué no podía olvidarse del pasado? Me da igual lo que le deba mi familia. Ha ido demasiado lejos y le ha pedido demasiado a mi hijo, a todo el mundo. Los Shiikuin no habrían… —Cerró los puños junto a sus costados, con lágrimas en los ojos. Apartó la mirada para ocultarlas—. Pasad. Haruto os está esperando dentro.

★★★

Masako los condujo a través de unas puertas deslizantes hasta una habitación en la parte de atrás de la casa. Una figura esbelta estaba tumbada sobre un futón en un rincón, con el cuerpo de cara a la pared y su largo pelo de un rubio blanquecino despeinado.

—¿Haruto? —lo llamó Masako en voz baja. Él se movió ligeramente —. Ya están aquí. Voy a esperar fuera mientras habláis.

Salió de la habitación y cerró las puertas de papel tras ella.

Haruto se incorporó del futón con lentitud, soltando un pequeño

gruñido mientras lo hacía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hana, apresurándose a acercarse—. ¿Qué ha pasado?

Él se giró hacia ella, con el rostro húmedo por un sudor frío. Tenía el pelo pegado a la frente y los laterales de las mejillas.

—Estoy bien —dijo mientras se obligaba a sonreír, aunque no podía ocultar su dolor. Hana estiró la mano para apartarle el pelo de la cara—. Para.

Haruto levantó el brazo para impedírselo. Una venda ensangrentada le cubría la mano, desde las yemas de los dedos hasta la muñeca.

Los ojos de Hana se llenaron de horror.

—No…

Keishin miró boquiabierto las manos de Haruto. Las dos estaban envueltas en vendas manchadas de sangre.

—¿Los Shiikuin han hecho esto? —preguntó, y la garganta se le constriñó alrededor de las palabras.

—Alguien les dijo que os había visto a Hana y a ti en el museo. Los Shiikuin vinieron a mi casa y me interrogaron. Me exigieron saber por qué habíais venido a verme y dónde estabais. Cuando me negué a responderles…

—Podrían haberte matado —dijo Hana, ahogándose en sus lágrimas.

—No, no podían hacerlo —le aseguró Haruto—. Mi madre es demasiado vieja para hacer mi trabajo, y yo todavía no tengo hijos ni hijas a los que enseñarles mi oficio. Nadie más puede cumplir con mi deber.

Hana le tomó las manos con cuidado.

—De modo que han hecho algo peor.

—Yo quería que lo hicieran. Era la única manera.

—¿De qué estás hablando? ¿Era la única manera de hacer qué?

—Si los Shiikuin no me hubieran hecho daño, si no me hubieran hecho algo terrible para obligarme a hablar, no se habrían creído la mentira que les conté.

—¿Qué mentira? —preguntó Hana.

—Que tú pensabas que tu padre había hallado una forma de cruzar

sin peligro hacia el otro mundo, y que estabas tratando de encontrar una manera de seguirlo. Les dije que estabais buscando algo de las exposiciones del museo que pudiera ayudaros a cruzar. Yo confesé que te había ayudado tomando algunas de las horas expuestas y dándotelas para que tuvieras más tiempo para buscar a tu padre antes de desvanecerte. Les dije que te había enviado al Lago de Loto para reunir los materiales que necesitaba para fabricar el papel con el que contener las horas.

—¿Y te creyeron? —preguntó Keishin.

—Después de que me rompieran la segunda mano y yo repitiera la historia, lo hicieron.

Hana estaba llorando.

—No tenías que hacer esto, Haruto.

—Mis manos sanarán. Además, si les hubiera contado la verdad, entonces todo el esfuerzo que había tenido que hacer para recuperar los huesos habría sido en vano.

—Quieres decir… que…

A Hana le temblaba la voz.

—Lo he conseguido. Ha funcionado. He doblado el tiempo. Pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Keishin.

—No os lo puedo dar.

—¿Por qué no? —dijo Keishin.

—Porque tuve que tragármelo para esconderlo de los Shiikuin.

—Lo… lo entiendo. Has hecho lo correcto —le aseguró Hana.

—No os lo puedo dar —repitió Haruto—. Pero puedo contaros todo lo que vi. Sé que no me correspondía a mí verlo, pero después de haber doblado el tiempo, no fui capaz de contenerme. Lo siento.

—Gracias —dijo Hana, rodeándolo con los brazos—. Gracias.

—Pero, Hana… —empezó él.

—¿Sí?

—La historia que te voy a contar no va a ser fácil de escuchar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El juicio y la sentencia de Ishikawa Chiyo

Veintiún años antes.

La mañana en la casa de empeños había comenzado tal como siempre lo hacía, con el burbujeo de una tetera mientras se preparaba el té verde. Pero, más allá de eso, nada era igual que siempre. Una pesadez llenaba la habitación y hacía que fuera difícil respirar.

—Di algo —suplicó Chiyo, con sus manos delgadas retorciendo la falda sobre su regazo—. Lo que sea. Por favor.

Toshio la miró desde el otro lado de la mesa.

—No hay nada que pueda decir que vaya a cambiar el destino al que nos has condenado a vivir a todos.

—Lo que he hecho —dijo ella— ha sido por nosotros.

—Lo has hecho por ti misma.

—Puede ser. —Chiyo bajó la mirada—. Y volvería a hacerlo.

—Pero no puedes. —Toshio golpeó la mesa con el puño y se puso en pie—. No puedes volver a hacerlo. Ya no serás capaz de hacer nada nunca más porque, después de hoy, estarás muerta.

Chiyo caminó hacia él.

—Ahora estoy aquí.

Toshio dio un paso atrás, respirando con fuerza.

—Para.

Ella lo rodeó con los brazos y pegó la mejilla a su pecho.

—Cuéntale historias sobre mí para que no se olvide de su madre.

—Solo voy a contarle a Hana una historia sobre ti. —Toshio la apartó de él—. Le hablaré de este día, para que sepa que jamás debe ser tan estúpida como su madre.

—¿De verdad vas a dejar que estas sean las últimas palabras que intercambiemos, Toshio? Una vez me quisiste…

—Todavía… —Las lágrimas erosionaban la voz del hombre—. Todavía lo hago.

—Pero preferirías no hacerlo.

Toshio apretó la mandíbula.

—Preferiría poder odiarte por lo que nos has hecho. Así sería más fácil olvidarte cuando ya no estés.

—Y yo preferiría no haber tenido que robar esa decisión, pero era la única manera.

—Había otra manera —dijo él, con la voz rota—. Podrías haberte contentado con lo que tenías. Podrías haber sido feliz y ya está. Tú… tú siempre fuiste suficiente para mí.

—Entonces, puedes tenerme ahora —replicó Chiyo—. Mientras todavía tenemos tiempo.

Su marido la pegó a su cuerpo y se apoderó de sus labios. Ella le devolvió el beso, intenso y prolongado, sin preocuparse por respirar.

★★★

Toshio pensó que la casa de empeños nunca había estado tan silenciosa. Ni siquiera las hojas del árbol que había en el patio parecían producir ningún sonido. O tal vez se había quedado sordo por todo lo que había gritado dentro de su cabeza desde que había descubierto el crimen de Chiyo. Observó a los Shiikuin saliendo con lentitud del estanque de la casa de empeños, con las máscaras despojadas de emoción. Hana dormía en sus brazos como tan solo los bebés eran capaces de hacer, plácida y profundamente, sin que la sombra de la preocupación los persiguiera hasta sus sueños.

La vida de su hija iba a cambiar para siempre después de ese día,

y no iba a recordar ni un solo segundo de la vida que había tenido antes. Y tal vez eso fuera lo mejor. Era más fácil masticar la miseria si no sabías el sabor que tenía la felicidad. Aunque los Shiikuin habían acudido para castigar a Chiyo por su crimen, era Hana quien iba a tener que sufrir las consecuencias. Perder a una madre en la mejor de las circunstancias, cuando ya es anciana, de cabellos grises y anhela el descanso, te desgarra el corazón. Perder a una madre a manos de los Shiikuin te desgarra más profundamente.

Dos Shiikuin avanzaron grácilmente hacia él, con los brazos cruzados sobre el pecho y las garras escondidas en las mangas de sus kimonos. La visión podría haber sido hermosa si no conociera su auténtica intención. Habían descubierto el crimen de Chiyo meses antes, el día que habían ido a recoger los pájaros de la cámara acorazada. La habrían exiliado de no haber sido por su embarazo. La niña que tenía dentro no era diferente a ningún otro niño de ese mundo; les pertenecía a ellos. Chiyo ya les había robado una vez, y los Shiikuin no tenían ninguna intención de permitir que volviera a hacerlo. Decidieron que le impartirían el castigo cuando su propiedad llegara al mundo. Después de todo, no había ningún lugar al que Chiyo pudiera huir. Y ese día terminaba la espera de las criaturas.

—¿Dónde está la criminal? —preguntaron los Shiikuin al unísono, y sus voces eran un coro de al menos un centenar más.

Hana se movió entre los brazos de Toshio y él la meció con suavidad, arrullándola para que se volviera a dormir.

—Mi mujer os está esperando dentro.

Los Shiikuin asintieron con la cabeza y pasaron junto a él. Toshio los siguió, y su mente regresó con rapidez a todos los minúsculos segundos que los habían conducido hasta aquel día. Cada punto parecía exactamente igual que los demás, pequeños e inadvertidos, lo que hacía que fuera imposible decir dónde Chiyo y él se habían desviado de su rumbo de una forma tan horrible e irreversible.

La mujer esperaba a los Shiikuin en mitad de la casa de empeños, con los hombros en alto y la espalda recta. Aunque solo le llegaba hasta la oreja, Toshio pensó que en ese momento Chiyo medía treinta metros. Miró directamente a los ojos oscuros de los Shiikuin,

como si fuera ella la que estuviera a punto de sentenciarlos.

—Ishikawa Chiyo —dijeron las criaturas—. Has sido acusada del más grave de los crímenes. Te has adueñado de lo que no te pertenecía, una decisión que era propiedad de los Shiikuin en nombre de todos ciudadanos diligentes de este mundo. ¿Cómo te declaras?

—Soñar… —Chiyo levantó la barbilla—. Desear… Aspirar a algo más de lo que está escrito en mi piel no es un crimen.

—Robar sí que lo es. Tu solemne deber era recoger estas decisiones y mantenerlas a salvo. Al apropiarte de una decisión como si fuera tuya rompiste la confianza de tu esposo y la confianza depositada sobre ti por nuestro mundo. ¿Puedes negar esto? —preguntaron los Shiikuin al unísono.

Los bordes de los ojos de Chiyo temblaron.

—No lo hago.

Las criaturas se giraron hacia Toshio.

—¿Hay algo que desees decir en defensa de tu esposa?

—Sí. Yo…

Hana se retorció contra el pecho de Toshio y comenzó a llorar. Él la acunó, sintiendo que cada vez pesaba más entre sus brazos. Empezó a sudar, al experimentar la dificultad de soportar el peso de una vida que ahora dependía por completo de él. Miró a Chiyo y ella le devolvió la mirada, suplicándole en silencio que cumpliera con la promesa que le había obligado a hacer. Le había rogado que permaneciera en silencio por el bien de su hija, que no enfureciera ni desafiara más a los Shiikuin. Hana no podía perder también a su padre.

—Habla —dijeron las criaturas.

—No tengo nada que decir.

Toshio bajó la vista, tratando de no mirar nada más allá del rostro de su hija. Había perdido a Chiyo en el instante en que ella se quedó con la decisión de la cámara acorazada. Ahora, Hana era lo único que importaba.

—Ishikawa Chiyo —dijeron los dos Shiikuin—. Has sido declarada culpable a ojos de este tribunal. Te sentenciamos al exilio.

—Acepto mi castigo. —La mujer inclinó la cabeza—. ¿Puedo

abrazar a mi hija una última vez?

Los Shiikuin se miraron, comunicándose sin pronunciar ni una palabra.

—No, no puedes.

—Os lo suplico. —Chiyo se puso de rodillas—. Tan solo quiero despedirme.

—No.

—Por favor. Hana no tendrá a una madre que la abrace después de hoy. Matadme por mi crimen, pero no castiguéis a mi hija. Ella es inocente.

Los Shiikuin inclinaron las cabezas a un lado, como planteándose sus palabras.

—Muy bien. Puedes despedirte.

Toshio puso a Hana en los brazos de Chiyo. Ella le acarició la mejilla y el pelo. Besó a la pequeña en la frente y se la devolvió a su marido. Después, le acarició la mejilla a él.

—Cuidaos el uno al otro.

Toshio la besó a través de las lágrimas.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Chiyo volvió hacia donde se encontraban los Shiikuin—. Estoy preparada.

Las dos criaturas ocuparon sus lugares a ambos lados de la mujer y le agarraron los brazos. Miraron a Toshio.

—Márchate.

—No. Quiero estar aquí —dijo él, sujetando a Hana con fuerza.

—Lo que tú quieras no tiene ninguna importancia —replicaron los Shiikuin, clavando las garras más profundamente en la muñeca de Chiyo—. Márchate.

—Haz lo que te dicen, Toshio —le pidió ella—. No necesitas ver esto. No quiero que Hana ni tú estéis aquí. No quiero que ninguno de los dos guardéis el recuerdo de este momento.

★★★

Los dos Shiikuin condujeron a Chiyo hasta la puerta de la casa de empeños, aferrándole los brazos con fuerza. Ella se preguntó si

desvanecerse iba a ser rápido o doloroso. Imaginaba que no podía doler más que dejar atrás a su hija. La criatura que estaba a su derecha cerró las garras alrededor del pomo y abrió la puerta, y entonces se detuvo de repente y volvió a cerrarla. Los dos Shiikuin cerraron los ojos e inclinaron las cabezas, ladeándolas ligeramente como si estuvieran tratando de escuchar un sonido débil o muy lejano.

—Así será —dijeron, respondiendo a alguien que Chiyo no podía ver ni oír. Levantaron las cabezas y la miraron.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Hemos cambiado de opinión.

—¿Qué? —dijo Chiyo, ahogando un grito.

—Hemos decidido que necesitas un castigo más acorde a tu crimen. —Los dos Shiikuin inclinaron las cabezas, permitiendo que las sombras transformaran sus labios inmóviles de yeso en una mueca burlona—. La muerte es más de lo que te mereces.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Familia

Haruto se apoyó contra la pared, con los labios pálidos. El sudor goteaba por un lado de su cara. Cerró los ojos, respirando con cansancio.

—Ojalá pudiera contarte algo más, Hana —dijo con la voz frágil—, pero eso era todo lo que aquel fragmento de hueso podía revelar. Si hubiera tenido la cantidad que utilicé cuando doblé el tiempo para tu padre, tal vez habría sido capaz de ver a dónde se llevaron a tu madre. Lo siento.

—No tienes nada de lo que disculparte. Ya has hecho demasiado por mí. Demasiado. —Hana lo ayudó a tumbarse sobre el futón—. No sé cómo voy a ser capaz de pagártelo jamás.

Haruto le sonrió y le acarició la mejilla con la mano vendada.

—No hay nada que tengas que pagar. —Ella se puso rígida ante la caricia de su amigo y le echó un vistazo a Keishin, que desvió la mirada. Haruto apartó la mano y su sonrisa desapareció—. No hay nada que pagar porque no estamos más cerca de encontrar a tu padre de lo que estábamos antes de que doblara el tiempo. Todavía no sabemos dónde están tus padres. El papel no nos ha dicho nada.

—No —replicó Hana—. Nos ha dicho lo más importante. Los Shiikuin mantuvieron a mi madre con vida. No se desvaneció.

—¿Qué crees que querían decir los Shiikuin con eso de «un castigo más acorde» a su crimen? —preguntó Keishin.

Hana negó con la cabeza.

—No lo sé.

La puerta deslizante de papel se abrió, y Masako pasó a través de ella.

—Ya es hora de que os marchéis. Ya tenéis lo que habéis venido a buscar. No hagáis correr más peligro a mi hijo.

Haruto se incorporó en el futón, haciendo una mueca mientras se sentaba.

—Deberían quedarse. Este pueblo es el lugar más seguro donde pueden estar mientras tratamos de averiguar lo que querían decir los Shiikuin.

—¿«Tratamos»? —repitió Masako—. Esto es problema suyo, no tuyo. Jamás tendrías que haberte involucrado con nada de esto.

—Le debo mi vida a Ishikawa-san.

—No le debes nada. No habría tenido necesidad de salvarte si Chiyo no hubiera… —Masako le dirigió una mirada afilada y fulminante a Hana—. Y tampoco le debes nada a ella.

—Hana es familia —replicó Haruto.

—Todavía no —dijo Masako—. Todavía no es tu mujer.

—Pero lo será. Su nombre está escrito sobre mi piel con tanta claridad como el de mi padre estaba escrito en la tuya. ¿Es que quieres que me desvíe más de mi camino y enfurezca todavía más a los Shiikuin?

Masako negó con la cabeza y suspiró.

—Por supuesto que no. Eso no es lo que quería decir.

—Entonces, está decidido —dijo Haruto—. Hana y su amigo se quedarán con nosotros mientras tratamos de averiguar a dónde se llevaron los Shiikuin a la madre de Hana.

La joven le tocó el hombro con suavidad.

—No está bien que te pongamos en un peligro mayor. Deberíamos marcharnos.

—¿Y a dónde pretendes ir, Hana? —le preguntó Haruto—. Si os marcháis sin un plan, tan solo les estaréis dando a los Shiikuin más oportunidades de atraparos.

—Haruto tiene razón —señaló Keishin—. Huir a ciegas de los Shiikuin no va a ayudarnos a encontrar a tus padres.

—Esta es mi casa, y yo decidiré quién puede quedarse y quién no —sentenció Masako—. Hana tiene permiso para quedarse, pero no

voy a tener a un forastero durmiendo bajo mi techo. Estará tan a salvo en la pensión como lo estaría en esta casa.

—Yo me iré con él —dijo Hana.

—No —replicó Keishin—. Tú deberías quedarte aquí. Haruto te necesita. Si a alguno de nosotros se le ocurre alguna idea de lo que querían decir los Shiikuin sobre el castigo de tu madre, podemos reagruparnos.

—Kei…

—No pasa nada, Hana —insistió él—. Es lo mejor. Necesito pasar un tiempo a solas para pensar.

—¿En qué?

Keishin dirigió la mirada a Haruto y después a Hana.

—En todo.

★★★

El cuenco de *okayu* le calentaba las manos a Hana, removiendo recuerdos de los días en los que su padre le preparaba esa papilla aguada de arroz cuando estaba enferma. Le gustaba servirla con huevos y boniatos. Masako había añadido una ciruela en vinagre a la cena que había preparado para Haruto. Hana sirvió una cucharada de la papilla para dársela a su amigo, pero este hizo un gesto para impedírselo.

—Necesitas comer algo para recuperar fuerzas —dijo Hana.

—No tengo hambre.

—¿Aunque sea una cucharada? —insistió Hana—. ¿Por favor?

Haruto suspiró.

—Solo una —aceptó, y ella le dio la papilla—. No hace falta que cuides de mí, Hana.

—Quiero hacerlo —respondió ella, y le limpió los labios con una servilleta suave.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí.

—Ni siquiera querías estar aquí. —Haruto volvió a tumbarse—. Querías estar con Keishin.

—Porque él es un forastero aquí. Me preocupaba que se quedara

solo en la pensión.

Haruto miró fijamente el techo.

—¿Esa es la única razón?

—¿Qué otra razón iba a tener?

—A ti te importa.

—Sí —dijo Hana—. Como amigo.

—Al igual que yo te importo —añadió Haruto—. Como amigo.

Hana colocó las manos sobre las suyas con cuidado.

—Mi amigo más antiguo y querido.

—Vamos a estar casados dentro de un mes, Hana.

—Lo… lo sé.

La joven había empujado la fecha hacia el fondo de su mente. Desde que había llegado Keishin, había estado empujándola todavía más.

—Pero todavía no me quieres.

—Sí que te quiero.

—Pero no como una mujer quiere a su marido.

—Sé que eso es lo que mi padre deseaba para nosotros, pero ya tenemos más de lo que tiene nadie de nuestro mundo cuando se casa. Mi padre vio a mi madre por primera vez en el día de su boda. Al igual que tus padres. Tenemos una amistad más profunda de lo que la mayoría de la gente tendrá jamás en toda su vida. ¿No es suficiente?

—Sé que debería serlo —dijo Haruto—. Pero no lo es.

—Mi madre aprendió a amar a mi padre. Lo que sea que no tengamos ahora podría llegar más tarde.

—¿Tú crees? Nos conocemos desde que somos pequeños. Si todavía no has aprendido a amarme, ¿te parece que una ceremonia en un templo cambiará nada? Tan solo pienso que ojalá…

—¿Qué pasa? Dímelo.

—Da igual. —Miró por la ventana hacia el cielo que se estaba oscureciendo—. El único lugar para las esperanzas y los deseos es el cielo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Entre las estrellas

Keishin siguió la procesión fuera del pueblo, sin saber hasta dónde lo llevaría. Se sentía mejor poniendo un pie por delante del otro que quedándose tumbado en la cama de la pensión a esperar a que saliera el sol. No le gustaban los pensamientos que le hacían compañía. Había tratado de hacer que se dedicaran a resolver el enigma con el que Haruto los había dejado a Hana y a él, pero estos se escapaban de sus manos y tan solo se preocupaban por pintar el rostro de la joven por detrás de sus párpados. Antes de que pudiera caer en algún sueño, tendría que soportar varias horas sin poder dormir mirando una sonrisa que nunca estuvo

destinada para él.

Keishin pensaba que Masako había hecho lo correcto al echarlo de ahí. Era un extraño en su propio mundo, y también en aquel. Había irrumpido en la vida de Hana, y se había insertado en un guion que no contenía ningún papel para él. Verla junto a su viejo amigo le había dejado eso muy claro. Haruto había hecho un sacrificio que solo podría asumir una persona que ha comprometido su vida con otra. Haruto le había entregado su corazón a Hana hacía mucho tiempo. Y ahora le había dado sus manos. El propósito de su vida. Su *ikigai*.

Keishin debería haberlo admirado, pero no era capaz de sentir nada más allá de su vergüenza. Deseaba a una mujer que apenas conocía, sabiendo muy bien que él no era capaz de hacer el mismo sacrificio que le había ofrecido el hombre que realmente la amaba. Pero, aun así, la deseaba. Tanto como deseaba conocer las estrellas y todos sus secretos. Tal vez más.

Pensó que aquel era el más básico de los instintos que impulsaban a la gente a robar. La madre de Hana también lo había sentido. Keishin no sabía qué era lo que había robado Chiyo; no necesitaba saberlo. Los ladrones comprenden a los ladrones. Todos desean la luna de agua. Keishin se imaginó a Chiyo sentada dentro de la cámara acorazada de la casa de empeños, rodeada de todas las cosas que no podía tener. No tenía la menor duda de que su madre había sentido lo mismo cada vez que lo acunaba entre sus brazos. La vida que deseaba con desesperación la estaba esperando justo al otro lado de la puerta, y lo único que tenía que hacer era vaciar sus manos para abrirla, y cruzarla.

—Eres tú otra vez —dijo una voz anciana desde detrás de él—. Hola.

—Suzuki-san. —Keishin hizo una reverencia—. Buenas noches.

—¿Dónde está tu amiga? ¿Habéis decidido quedaros a ver las estrellas?

—Está por delante en algún sitio —mintió él—. Y sí, hemos decidido que no queríamos perdernos el duro trabajo de este pueblo.

—No te arrepentirás —dijo Fumiko, con una sonrisa que mostraba que le faltaban dos dientes—. Te prometo que es una visión que tardarás en olvidar. Pero será mejor que nos demos prisa. Ya casi ha oscurecido, y las estrellas no esperarán.

★★★

Los habitantes del pueblo se reunieron en un campo de hierba bajo un cielo sin estrellas. Los que iban por delante cargaban con unas cestas grandes a las espaldas, y ante el sonido de un gong distante se quitaron las cestas de los hombros. Cada uno de ellos metió la mano en la suya y sacó una cometa, y después le pasó la cesta a la persona que tenía detrás. Este proceso continuó hasta que las cestas llegaron a los últimos entre la multitud. Una mujer sonriente se dio la vuelta y le tendió una cesta vacía a Keishin. Él le devolvió la sonrisa, tratando de no parecer decepcionado.

—No pasa nada —dijo Fumiko, dándole unas palmaditas en el brazo—. No se puede mirar hacia arriba y correr al mismo tiempo. El espectáculo de esta noche no está en el suelo.

El viento se aceleró y agitó el kimono de Fumiko. Keishin dirigió los ojos hacia el cielo, esperando ver nubes de lluvia.

—Lo siento —dijo sin pensar, sintiéndose obligado a disculparse por su mala suerte con el tiempo.

La anciana inclinó la cabeza a un lado.

—¿Por qué?

—El tiempo. Creo que está a punto de llover. Las cometas no van a poder volar esta noche.

Fumiko se rio entre dientes.

—¿Por qué iba nadie a disculparse por el tiempo? Además, la lluvia sabe que está prohibida aquí. Toda el agua que necesitamos nos la proporcionan el río y el rocío. Nada impide que las estrellas encuentren su lugar en el cielo. Ni la lluvia ni ningún Shiikuin pueden impedir que echen a volar.

—Tienen mucha suerte de estar libres de esos monstruos aquí —dijo Keishin.

—¿Monstruos?

—Los Shiikuin.

Fumiko le dio una palmadita en la mano.

—Los Shiikuin no son monstruos. Son necesarios. Ellos cumplen su papel, al igual que tú y que yo. Hay un orden en nuestro mundo porque ellos sacrifican a aquellos que lo perturban.

—¿De verdad cree usted eso?

—Por supuesto. Las grullas del Kyoiku Hakubutsukan nos han enseñado los sinsentidos del mundo más allá de la puerta. Un pueblo como el nuestro jamás podría existir en medio de ese caos. Las luces cegadoras de ese mundo han ocultado todas sus estrellas. Puede que los Shiikuin no vengan aquí, pero todos los habitantes del pueblo se sienten agradecidos por su servicio. Si no, ¿quién recogería y custodiaría a los pájaros?

Sonó otro gong, más estruendoso que el primero, cargando el aire de una energía que Keishin podía sentir en los huesos. Los pobladores levantaron las cometas sobre sus hombros, y fila tras fila, corrieron hacia el campo, tratando de atrapar el viento. El joven los observó mientras persuadían a sus cometas para que se elevaran. Estas resplandecían mientras subían, y por un momento Keishin pensó que se habían prendido fuego. Una por una, ascendieron hacia el cielo, volando más alto de lo que les permitiría cualquier cordel concebible. Más de un centenar de cometas parpadeaban contra el lienzo de la noche, volando y arremolinándose, formando constelaciones que Keishin anhelaba nombrar. Y, cuando todas las cometas encontraron su lugar, los habitantes del pueblo cortaron los cordeles, dejando a Keishin bajo un toldo centelleante de las esperanzas de un mundo entero.

—Esto es lo más bonito que he visto en la vida —dijo, estirando el cuello para contemplarlo todo.

—Ah. —Fumiko sonrió—. ¿No tienes hijos?

—No, no tengo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque, si tuvieras hijos, entonces este cielo solo sería lo segundo más bonito que habrías visto en la vida —respondió la anciana—. Esto es algo que Hana y tú entenderéis cuando seáis padres.

—Hana no es… Quiero decir que no somos… Eh…

—Lo siento. Por favor, disculpa a esta anciana por su lengua estúpida. No me había dado cuenta de que no había hijos escritos en tu piel y en la de tu esposa. Pero debemos confiar en el mapa que nos ha dado el Horishi.

—Eh… Sí. —Keishin asintió con la cabeza—. Debemos hacerlo.

—Algunas personas simplemente no están destinadas a tener hijos. Como yo.

El joven frunció el ceño.

—Pero usted tiene hijos. Los hemos conocido en su casa.

—Son los hijos de mi hermana. Cuando ella murió, los crie y los quise como si fueran míos. Y ellos me han querido a mí —dijo Fumiko—. Tanto como han podido. Había muchas noches en las que se tumbaban junto a mí y lloraban por su auténtica madre hasta que se quedaban dormidos. A pesar de que las estrellas iluminaran el cielo del pueblo, esas eran las noches más oscuras que he tenido jamás. Y, aun así, no podía evitar creer que me lo merecía.

—¿Que se lo merecía?

—Había enviado una esperanza que no tenía lugar entre las estrellas. Había albergado la esperanza de tener hijos, a pesar de que no había rastro del nombre de un solo hijo sobre mi piel. Cuando los hijos de mi hermana quedaron bajo mi cuidado, no pude evitar pensar que, de algún modo, le había robado su destino. —La anciana miró hacia el cielo—. No hay una miseria mayor que tener en los brazos algo que sabes que no es tuyo de verdad. En los peores momentos, pensaba que habría preferido ocupar el lugar de mi hermana.

—¿Por qué?

—Porque la muerte es rápida y amable. El anhelo es una cadena perpetua. Pero, por supuesto, las cosas son mejores ahora, y he…

—«Una cadena perpetua» —dijo Keishin, repitiendo las palabras de Fumiko sin darse cuenta de que las había pronunciado en voz alta.

—¿Has dicho algo? —preguntó ella.

—Lo… lo siento. Tengo que irme.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Cazuela de atún, una corbata azul y un extraño en una caja

Si hubiera fallecido en Japón, habría estado vestido de blanco. Pero el padre de Keishin había muerto a miles de kilómetros de su antiguo hogar, y en aquel sitio los muertos llevaban trajes que les daban el aspecto de estar vestidos para una entrevista de trabajo.

El padre de Keishin nunca había llevado un traje en la vida, y su esposa se había pasado horas en el pasillo de las ofertas tratando de elegir entre un traje gris con una corbata negra o un traje de rayas con la corbata azul. Si le hubiera pedido su opinión a Keishin, él le habría dicho que no importaba. El hombre del ataúd iba a parecer un extraño de cualquier forma. El cáncer se había dado un festín con su padre, carcomiéndolo hasta que lo único que quedó fueron piel y huesos. Su madrastra escogió al fin la opción del traje a rayas con la corbata azul cuando el dependiente de las ofertas le dijo que tenía un veinte por ciento de descuento adicional. La otra cosa que parecía estar de oferta esa semana era el atún. Después de embutir como pudo en el frigorífico la cuarta cazuela de atún que les había llevado uno de sus vecinos, Keishin estaba casi seguro de que, para cuando terminara la semana, le iban a salir branquias.

El joven picoteaba su tercera cena de cazuela de atún seguida,

contando los bocados hasta que por fin pudiera sumergirse en el último libro que había sacado prestado de la biblioteca, un ejemplar amarillento de *Breve historia del tiempo*, de Stephen Hawking.

—No tienes que terminártelo —dijo su madrastra, sin levantar la mirada de su propio plato intacto.

Keishin clavó la mirada en ella, tratando de procesar lo que acababa de oír. Aquellas palabras jamás se habían pronunciado en su casa cuando su padre estaba vivo. Oírlas podría haberlo matado más rápido que el cáncer. A su padre le gustaban muchas cosas de su nuevo país, pero la cantidad de comida que veía tirar todos los días en el restaurante en el que trabajaba le hacía apretar los dientes.

—Me lo terminaré.

El joven se metió un bocado de la cazuela insípida en la boca.

—Las cosas no tienen que seguir igual —señaló su madrastra—. Si no quieres que sigan igual.

Keishin tragó sin masticar.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no tienes que seguir fingiendo —dijo ella—. Sé que te has esforzado todo lo que has podido por aceptarme como tu nueva madre cuando tu padre y yo nos casamos. Y te lo he agradecido, de verdad. Pero tu padre ya no está. No tienes que fingir por su bien ni por el mío. Preferiría que fuéramos honestos el uno con el otro, más que educados. Tal vez, de esa forma, hasta podamos aprender a ser amigos.

Keishin dejó el tenedor y miró a su madrastra como si la estuviera viendo por primera vez. Jamás la había oído hablar de forma más abierta y sincera. Una parte de él se sentía aliviada de que le hubiera dicho esas palabras. No era que la mujer no le importara. Le importaba, y sabía que él le importaba a ella. Pero ser la mujer de su padre no la transformaba en su madre por arte de magia, al igual que el hecho de que él la llamara *okaa-san* no lo convertía en su hijo. Llamar a cualquier cosa por un nombre falso tan solo hacía que pareciera menos cierta. Y, aun así, había otra parte de Keishin que se sentía triste por oír a su madrastra hablando de ese modo. Su mentira, al igual que la mayoría de las mentiras, había sido un

bálsamo para una verdad que escocía. Y, sin ella, lo único que le quedaba era el implacable conocimiento de tener la imitación perfecta de una madre que seguía la rutina por inercia de lo que se suponía que debían hacer las buenas madres.

Y así fue como Keishin supo, al oír las palabras de Fumiko aquella noche bajo las estrellas, que tenía que ir corriendo tan rápido como pudiera hasta donde estaba Hana. Se había dado cuenta de cuál era el auténtico castigo de Chiyo, porque, al igual que Fumiko, él había sufrido la misma sentencia.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Un castigo acorde al crimen

Hana estaba tumbada junto a Haruto, observándolo dormir. Él respiraba de forma irregular, con el ceño fruncido. La joven se levantó del futón y caminó hasta la ventana. El trabajo del pueblo centelleaba en el cielo.

—¿Hana?

Haruto se frotó los ojos con el dorso de la mano vendada.

—Has cruzado el puente antes de tiempo. Todavía no es de día.

—No tenía ningún sueño que me mantuviera dormido. —Se sentó —. ¿Por qué sigues aquí?

—Quería estar aquí, por si acaso necesitabas algo.

—Te lo he dicho. Puedo cuidar de mí mismo.

—De acuerdo. Me iré.

Hana se dirigió hacia la habitación que le había preparado Masako.

—Espera. Lo siento. Quédate… si quieres hacerlo.

Hana se sentó en el futón junto a él.

—¿Cuándo lo supiste?

—¿Cuándo supe qué?

—¿Cuándo supiste que lo que sentías por mí era más que solo amistad?

Él negó con la cabeza.

—No hay necesidad de hablar de esto ahora. Sé que tú no sientes lo mismo por mí.

—Quiero saberlo —dijo Hana—. Necesito saberlo.

—No creo que tenga una respuesta para tu pregunta. No fue en un día específico ni en un momento concreto. No me desperté y de repente sentí que te amaba. La única respuesta que puedo darte es que ocurrió de forma gradual. Lentamente y sin darme cuenta, tal como el océano convierte las rocas en arena. Y tú eres un océano, Hana. Calmado y silencioso, pero lo bastante poderoso como para arrasar a cualquier hombre o barco. Me ahogué en ti hace mucho tiempo, y ni siquiera lo sabía.

—¿Qué pasaría si…? ¿Qué pasaría si me ocurriera lo mismo? ¿Qué pasaría si te amara sin darme cuenta?

—Puedo ayudarte a encontrar una respuesta para eso, pero primero tengo que hacerte una pregunta.

Haruto se inclinó hacia ella, y sus ojos buscaron la pregunta antes de que sus labios lo hicieran. Ellos jamás podían esconderle nada a Hana. Delataban los cambios más sutiles dentro de él, diciéndole exactamente cuándo se sentía incómodo, tímido, temeroso, triste, feliz o sorprendido. Aquella noche, en términos totalmente claros, le decían que quería besarla.

—Sí —dijo ella.

—¿Sí?

—Vas a preguntarme si puedes besarme. Mi respuesta es que sí.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Hana lo miró a los ojos y vio al chico al que no había nada que le gustara más que plegar papel para crear flores para ella, y al hombre que había sacrificado sus manos para mantenerla a salvo. Cerró los ojos y esperó a sentir los labios de Haruto sobre los suyos, para saber por fin si podía ser la esposa que él se merecía.

—Lo estoy.

—Espero que encuentres lo que estás buscando, Hana.

Los labios de Haruto le hicieron abrir la boca.

El corazón de la joven palpitaba con fuerza contra sus costillas, volviéndose tan ruidoso que estaba segura de que él también podía oírlo. Entonces, un fuerte golpeteo en la puerta sonó por encima de sus latidos. Hana se apartó de golpe.

—Shiikuin —dijo, apresurándose a ponerse en pie.

—¿Hana? —llamó un hombre desde el otro lado de la puerta—. ¿Haruto?

—¿Keishin? —respondió ella, corriendo hacia la puerta.

El joven se estaba aferrando el costado, respirando con fuerza.

—Fumiko… —empezó, tratando de recuperar el aliento—. Ella… lo sabe.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Hana.

—Sabe lo que es tener algo que deseas desesperadamente. —Keishin se secó el sudor que goteaba sobre sus ojos—. Sabiendo muy bien que no es lo que parece.

—¿De qué estás hablando? —dijo Haruto.

—Creo que sé qué clase de castigo tenían en mente los Shiikuin para la madre de Hana, qué tortura sería peor que la muerte. A los Shiikuin no les importa la justicia. —Los ojos de Keishin cayeron sobre las manos rotas de Haruto—. Les importa causar la mayor cantidad de dolor. Y, ¿acaso hay un dolor mayor que estar insoportablemente cerca de algo que anhelas —añadió, dirigiendo la mirada hacia Hana—, pero sabiendo que no es tuyo de verdad?

—No lo entiendo —dijo Hana.

—Los Shiikuin vieron con cuánta desesperación quería abrazarte tu madre. Sabían cuánto te quería —explicó Keishin—. La muerte te habría arrancado de ella, pero ese castigo no era suficiente. Los Shiikuin querían que sufriera.

—¿Cómo? —preguntó Haruto.

—Condenándola a cadena perpetua —respondió Keishin—. Permitiéndole vivir sus días en un lugar en el que recordaría constantemente a la hija que había dejado atrás.

Haruto negó con la cabeza.

—Incluso aunque tuvieras razón, ¿dónde se supone que vamos a buscarla exactamente? ¿Estás planeando buscar en todas las prisiones de nuestro mundo?

—Tal vez no tengáis que hacerlo —dijo Masako, entrando en la habitación.

Haruto se giró hacia su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que el forastero tiene razón. Exiliar a Chiyo al otro mundo

los habría borrado, a ella y a su dolor. Pero exiliarla a un lugar en el que estaría rodeada de algo que quería pero que jamás podría tener sería más cruel que la muerte. ¿Qué peor castigo puede haber para alguien que ha robado algo que no es suyo? Y, como madre, tan solo se me ocurre una prisión que podría infligir una tortura así.

—¿Qué prisión es esa? —le preguntó su hijo—. ¿Dónde está?

—No sé dónde está, pero he oído rumores sobre ella en el Mercado Nocturno. Dicen que es un lugar donde habitan niños que no son realmente niños. Niños que se pasan incontables días y noches llorando por una madre.

Keishin frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso de «niños que no son realmente niños»?

—Si necesitáis más respuestas, vais a tener que obtenerlas vosotros mismos —replicó Masako.

—Entonces, deberíamos ir al Mercado Nocturno lo antes posible —dijo Haruto.

—Keishin y yo iremos al Mercado Nocturno —replicó Hana—. Tú tienes que quedarte aquí.

—Hana tiene razón —afirmó Masako—. No estás lo bastante bien como para viajar. Tan solo los entorpecerías. Si te preocupa de verdad la seguridad de Hana, lo mejor que puedes hacer por ella es quedarte aquí.

Haruto bajó la cabeza y soltó un suspiro.

—Tenemos que hacer una parada antes de ir al Mercado Nocturno —dijo Hana.

—¿Dónde? —preguntó Haruto.

—Es mejor que no lo sepas.

—Estoy de acuerdo —añadió Masako.

Hana se giró hacia ella.

—Sé que ya he pedido demasiado, pero hay una última cosa que tengo que demandarle antes de que nos marchemos.

—Si eso hará que os marchéis antes, entonces estaré encantada de darte toda la ayuda que quieras.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Las luces en el lago

Las luces del pueblo se fueron volviendo más pequeñas conforme Keishin y Hana iban remando río abajo. Las luciérnagas revoloteaban alrededor de los árboles en constelaciones animadas que rivalizaban con las que resplandecían encima de ellas desde el cielo. Hasta el agua estaba viva. Unas diminutas criaturas relucientes, más pequeñas que granos de arena, se arremolinaban alrededor del remo de Keishin y seguían al pequeño bote, llenando el río de estrellas. El joven miró por encima del bote para verlas mejor. Las criaturas trazaban círculos y se agrupaban, cambiando de forma hasta que crearon una imagen especular

de su rostro. Keishin dio un respingo hacia atrás al ver su reflejo viviente.

—Los llamamos *hansha* —dijo Hana—. Les gusta copiar cualquier cosa que vean.

Keishin extendió el brazo sobre el agua. Los *hansha* se retorcieron y se arremolinaron, imitando la forma exacta de su brazo y su mano. Entonces se atenuaron, pasando de un reflejo brillante a una forma sólida que parecía estar hecha de carne. El joven meneó los dedos y los *hansha* también lo hicieron.

—Increíble… —dijo, apartando la mano.

—Son algo impresionante —respondió Hana, con la voz cansada.

—Puedo seguir remando yo solo durante el resto del camino —se ofreció Keishin desde detrás de ella.

—No estoy cansada. —Hana mantuvo los ojos fijos delante del bote—. Llegaremos más rápido hasta la cascada si remamos los dos. El lago está justo al otro lado.

—¿Por qué no querías decirle a Haruto a dónde íbamos? —preguntó Keishin.

—Porque tan solo habría tratado de detenernos.

—¿Por qué?

—Porque el Lago de Loto es exactamente donde les dijo a los Shiikuin que íbamos a estar.

—¿Qué? Entonces, ¿por qué vamos a ir hacia allí?

—Le rompieron las manos a Haruto para conseguir que les dijera la verdad. Imagina lo que le harían si descubrieran que les ha mentido. Tenemos que ir al lago para que los Shiikuin no piensen que los ha engañado.

—¿Es que no he oído la parte del plan en la que me explicas exactamente cómo se supone que vamos a evitar que los Shiikuin nos atrapen cuando lleguemos allí?

Keishin dejó de remar y Hana se dio la vuelta, haciendo que el bote se meciera.

—¿Por qué has parado?

—Entiendo que quieras proteger a Haruto, pero caminar hacia una

trampa no va a ayudar a nadie.

—No vamos a caminar hacia ninguna trampa.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque vamos a ir nadando.

★★★

La niebla y la oscuridad ocultaban la parte superior de la catarata que caía por la escarpada pared de roca. Su forma estruendosa de estrellarse contra el río hacía que Keishin creyera que estaba cayendo desde el cielo. Aferró los remos con fuerza, esforzándose por mantener firme el pequeño bote conforme se acercaban.

Hana gruñía mientras remaba, luchando por cada centímetro entre ellos y la catarata.

—Solo… un… poco… más.

La catarata se abrió como una cortina, revelando la enorme boca de una gran caverna. Keishin sintió que el bote se volvía más firme, virando por sí mismo con suavidad sin necesidad de usar los remos. La catarata se cerró tras ellos y quedó en silencio, dejándolos con nada más que el sonido de la embarcación navegando por el agua. Los *hansha* pululaban por el estanque y hacían que toda la caverna brillara con una luz suave y cálida. Cuatro cuevas salían desde la caverna, y la luz de los *hansha* se desvanecía en sus bocas oscuras. El bote se detuvo en mitad del estanque, como si estuviera esperando a que Keishin y Hana decidieran por dónde querían ir.

Ella señaló la cueva más a la izquierda.

—Esta lleva hasta las Montañas del Duelo. La que hay junto a ella conduce hasta el Bosque Cantarín. Y la cueva que tiene al lado nos lleva a donde tenemos que ir.

—El Lago de Loto.

—Sí.

—¿Y la última cueva? ¿Hasta dónde lleva?

—La Estación de Tokio.

—Qué… eh… conveniente.

—Entonces, ¿tienes claro el plan? —le preguntó Hana. Él asintió con la cabeza—. Y recuerda, trata de no asustarlos. No hagas ningún

movimiento repentino cuando estés en el agua.

Entonces, le dio la espalda a Keishin y comenzó a desvestirse. Él desvió la mirada y se quitó la ropa.

—Nada de movimientos repentinos. Entendido.

Hana se introdujo en el agua. Los *hansha* se arremolinaron a su alrededor, iluminando su piel.

—Si les gustas, mantendrán tu forma durante más tiempo.

—Seré lo más encantador que pueda.

Keishin la siguió hasta el agua, preparándose para el frío. En su lugar, lo abrazó un agua caliente, tal como le gustaban los baños.

—Ten cuidado —dijo Hana. Entonces, respiró hondo y se sumergió, desapareciendo entre una capa giratoria de luz líquida.

Keishin se sumergió tras ella. Unas galaxias resplandecientes se arremolinaban alrededor de su cuerpo, explorando con lentitud cada centímetro de sus miembros. Se detuvieron y entonces se movieron como una, cambiando y transformándose hasta que el joven se encontró mirando a los ojos a un doble idéntico. Keishin parpadeó, y su gemelo también lo hizo. Lo saludó con la mano, y el doble le devolvió el gesto.

Hana nadó hasta Keishin y le hizo un ademán para que saliera a la superficie. Él nadó junto a ella, esforzándose por impedir que su mirada recorriera las suaves curvas de la joven. Ella nadaba tan grácilmente como los *hansha*, cuya luz parpadeaba como una guirnalda de luces sobre cada centímetro de su piel.

Entonces, Hana rompió la superficie del estanque e inhaló profundamente.

—Lo hemos conseguido.

Keishin vadeó por el agua frente a ella.

—Ojalá el resto de tu plan fuera igual de fácil.

★★★

La única luz dentro del túnel de la cueva venía de los dos bancos de *hansha* que habían adoptado las formas de Hana y de Keishin. Nadaban a cada lado del bote, levantando la mirada de vez en cuando para sonreírles y saludarlos con la mano.

—Al menos dos de nosotros no parecen estar nerviosos —dijo Keishin.

—Yo doy gracias porque hayan decidido seguirnos.

—Hana…

—¿Sí?

—Si el plan no funciona…

—Funcionará.

—Pero, por si acaso no lo hiciera, por si acaso algo saliera mal, tienes que pensar en ti misma. No en tu padre. Ni en tu madre. Ni en Haruto. Tienes que huir. Prométeme que saldrás corriendo sin mirar atrás.

—Lo haré, pero solo si tú también me prometes una cosa.

—¿El qué?

—Que cuando salga corriendo… —Le tomó la mano a Keishin— tú no me soltarás.

★★★

Keishin repasó el plan de Hana en su cabeza mientras ataba el bote a una roca que sobresalía al final del túnel. El plan requería que estuvieran en dos lugares al mismo tiempo, una noción que menos de una semana antes habría hecho que se riera en voz alta o pusiera los ojos en blanco. Ahora no hizo ninguna de las dos cosas. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de leyes científicas que había roto desde que había entrado en el mundo de Hana. Añadir una a la lista no iba a suponer ninguna diferencia.

—No estaba segura de que la madre de Haruto fuera a estar de acuerdo en hacer esto por nosotros. Me alegra que lo haya hecho —dijo Hana, rebuscando dentro de su bolso, hasta que sacó dos peces de origami—. Este plan no funcionaría sin ellos.

Keishin tomó uno de los peces de la mano de ella y miró la cascada que cubría la boca de la cueva. Aunque no era tan ancha como la catarata de la entrada de la caverna, era igual de poderosa. Todavía no se había acostumbrado al hecho de que algo tan potente no produjera ningún sonido. Deseó que lo hiciera. Así habría ahogado los latidos de su corazón, y le habría resultado mucho más

fácil fingir que era valiente. Pegó la espalda contra la pared de la cueva y avanzó centímetro a centímetro por el estrecho saliente que conducía hasta el otro lado. La cascada se abrió para permitirles pasar.

Keishin y Hana se agacharon detrás de la cascada, pegándose entre ellos tanto como el saliente les permitía. Él miró a través de un hueco en el agua. Un campo de loto se extendía hacia el horizonte, dándole la apariencia de un gigantesco jardín de flores en lugar de un lago. A diferencia del loto de su mundo, que solo se despertaba para el sol, las grandes flores blancas del lago le sonreían con cariño a la luna. Unas figuras oscuras se deslizaban sobre el lago, con los bordes de sus kimonos apenas rozando el agua. Cada uno de ellos llevaba una hoz y estaba cortando las flores del camino.

—Shiikuin —le susurró Keishin a Hana.

—¿Cuántos hay?

—Por lo menos diez. Están cortando el loto.

—Piensan que estamos escondidos en el agua.

—Tal como tú dijiste que harían.

—Y ahora vamos a darles algo que puedan encontrar.

Hana liberó en el agua a uno de los peces de origami que había hecho Masako y lo observó alejándose a toda velocidad.

—Te toca —le susurró Keishin a su pez antes de liberarlo. Este salió nadando detrás de su compañero en cuanto entró en contacto con el agua.

El gemelo *hansha* de Keishin emergió de la cascada y persiguió al pez de papel. La gemela de Hana lo siguió muy de cerca. El loto temblaba sobre el agua a su paso. Entonces, los Shiikuin se giraron en dirección al alboroto y estallaron en un coro de chillidos escalofriantes.

Una sensación helada subió desde los tobillos de Keishin hasta su espalda. Se agachó aún más, con el aire entrando y saliendo de su pecho a toda velocidad.

—Recuerda tu promesa, Hana.

Ella le aferró la mano. Le temblaban los dedos alrededor de los suyos.

—Y tú recuerda la tuya.

Los Shiikuin se quedaron en silencio y bajaron las hoces. Permanecieron tan inmóviles como estatuas, moviendo solo las cabezas para seguir el movimiento en el agua. Se miraron los unos a los otros, asintieron y comenzaron a perseguirlo.

—No me lo creo. De verdad ha funcionado —dijo Keishin, y Hana exhaló—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Los *hansha* se lo pasarán bien durante un rato. Cuando se aburran, se dispersarán y volverán a la caverna, pero no antes de dejar que los Shiikuin les echen un vistazo a nuestras caras. Son así de traviesos.

—Lo que hará que los Shiikuin no tengan razones para dudar de Haruto —dijo Keishin.

Hana asintió con la cabeza.

—Y a nosotros nos dará un tiempo de ventaja para ir al Mercado Nocturno.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Una plaga de garrapatas

AKeishin le dolían los brazos y los hombros de tanto remar. El río subterráneo que conducía hasta el Bosque Cantarín era el doble de largo que el que los había llevado hasta el lago. El cielo se estaba aclarando detrás de la cascada al final de la cueva. Keishin mantuvo los ojos fijos en la luz y siguió remando, ignorando el dolor que se elevaba por sus palmas enrojecidas. Una melodía tintineante flotaba a través del agua que caía sobre la salida.

—¿Has oído eso?

—El bosque está cerca —dijo Hana—. Esta es su canción.

—¿Cuán lejos está el Mercado Nocturno del bosque? —preguntó Keishin. Ella continuó remando como si no lo hubiera oído—. ¿Hana?

—Perdona —respondió ella, con un suspiro—. Sé que estás agotado, pero me temo que tardaremos más de medio día a pie en cruzar el bosque. En cuanto lleguemos al claro, un charco nos llevará a un pueblo cerca del mercado.

—No tienes que disculparte. —Keishin miró atrás para dirigirle una

sonrisita—. Después de haberme pasado toda la noche sentado en este bote, me vendría bien una larga caminata.

Hana sonrió.

—Por supuesto.

★★★

Unas campanillas de viento hechas de cristal de todos los colores, con forma de hojas, crecían de las ramas de los gigantescos árboles y cantaban con el viento. La luz del sol se filtraba entre las copas relucientes, pintando un arcoíris sobre el lecho del bosque. Keishin se maravilló ante la visión, incapaz de apartar la mirada de las campanillas. Su canción hipnótica pasaba de la alegría a la melancolía, cambiando según el antojo del viento.

Hana le agarró el codo.

—Fíjate por dónde pisas.

—Uf. —Keishin bajó la mirada y se detuvo antes de tropezar con un tronco podrido—. La verdad es que no necesito añadir un esguince de tobillo a nuestra lista de problemas.

—Las campanillas pueden ser muy distractivas —dijo Hana, pasando por encima del tronco—. Yo me he caído y me he magullado las rodillas en este bosque más de una vez.

—«Distractivas» se queda corto. —Keishin se obligó a concentrarse en el camino serpenteante—. Creo que podría pasarme toda la vida en tu mundo y seguir viendo fácilmente algo impresionante todos y cada uno de los días.

—Así es como me siento yo con respecto al tuyo —replicó Hana.

—¿En serio?

—Los atisbos que he visto de él siempre me han fascinado. La ropa de nuestros clientes. Sus cosas. Sus historias. Se quedaban viviendo en mi mente mucho después de que se marcharan y los Shiikuin vinieran a recoger sus decisiones. —Keishin frunció el ceño e inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué pasa?

—Hemos estado tan ocupados huyendo de ellos que se me acaba de ocurrir que ni siquiera sé para qué quieren los Shiikuin las decisiones de mi mundo.

—Tal vez deberíamos dejar que siguiera siendo así.

Hana continuó caminando, y Keishin la alcanzó.

—Después de todo lo que hemos pasado, ¿no te parece que merezco saber la verdad? ¿Y a qué se refería Haruto con lo de que todo tu mundo estaba en deuda con la casa de empeños y con tu padre?

—No es cuestión de merecer la verdad.

—Entonces, ¿de qué?

—Es cuestión de protegernos de ella.

—No hace falta que me protejas, Hana.

—A ti, no. —La joven dejó de caminar—. A mí. Si supieras la verdad sobre lo que mi padre y yo hemos tomado de tu mundo y lo que hemos hecho con ello, jamás serías capaz de volver a verme del mismo modo.

—Nada que puedas decirme podría cambiar lo que siento por… —Keishin se interrumpió—. Lo que pienso de ti.

Hana lo miró a los ojos.

—A lo mejor tienes razón. A lo mejor deberías saberlo. A lo mejor entonces te darías cuenta de que venir aquí ha sido un error, y que deberías volver a casa antes de que fuera demasiado tarde.

—A casa… Ese es el desafío definitivo de un cartógrafo, ¿no te parece? —Keishin le dio una patada a una piedra—. Un cartógrafo puede trazar el mapa más detallado, incluir todos los puntos de referencia y dibujar los caminos más claros. Su mapa puede ayudarte a llegar casi a cualquier lugar que desees. Puentes. Parques. Bibliotecas. Pero no a casa. No la encontrarás señalada en un solo mapa del mundo entero. Puedes vivir en el mismo lugar durante años y memorizar todas las rutas en autobús, bicicleta y a pie para volver allí sin llegar a conocer de verdad el camino de regreso. A lo mejor esa es la razón por la que no la puedes ubicar en ningún mapa. Porque no existe. —Keishin miró a Hana con una sonrisa triste—. O porque puede cambiar.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo… —empezó Keishin—. ¿Qué pasaría si no regresara?

—Arrebatamos almas —dijo Hana. Keishin la miró fijamente, con la

boca abierta—. Los pájaros que guardamos en nuestra cámara acorazada… no son solo decisiones. —La voz de la joven temblaba —. Son fragmentos de las almas de nuestros clientes. Ellos piensan que están empeñando algo de lo que se arrepienten a cambio de tranquilidad, pero se equivocan. Mi padre los engaña. Yo los engaño.

»Mi padre me contó que los fragmentos que tomamos de sus almas son tan pequeños que no los echarían de menos, pero yo jamás lo creí. Puede que lo que tomamos sea pequeño, pero es la mejor parte de ti, la parte que decidió ir a la izquierda en vez de a la derecha. No importa cuál sea el resultado de la decisión. Podría ser terrible, y puede que se arrepientan, pero cuando los clientes dejan su decisión en la casa de empeños entregan la oportunidad de hacer las paces por su cuenta con la vida que sí han elegido. Es un viaje que jamás serán capaces de completar, una lección que jamás serán capaces de aprender. ¿Cómo puedes estar en paz si te falta una parte de ti? Es un agujero que tratarás de llenar durante toda tu vida sin saber siquiera por qué existe ese agujero para empezar.

Keishin respiró hondo y soltó el aire con lentitud.

—¿Y qué hacen los Shiikuin con los fragmentos que les entregáis?

—¿Recuerdas las jaulas vacías que viste en la casa de la Horishi? —Keishin asintió con la cabeza, temiendo la respuesta que Hana estaba a punto de darle—. Me preguntaste dónde estaban todos los pájaros. —La joven se subió la manga y le mostró el brazo—. Están aquí. En nuestra piel, en la tinta de los Horishi. Tomamos vuestras almas porque nosotros no tenemos. Esta es la «deuda» que tiene este mundo con mi padre por la labor que realiza. Sin la casa de empeños, este mundo parásito que tú piensas que es tan fascinante no existiría. Este no puede ser tu hogar, Keishin. No es más que una plaga de garrapatas atiborrándose con el lomo de un perro.

★★★

Keishin y Hana estaban sentados sobre la hierba, apoyados en lados opuestos del grueso tronco de un árbol. Las ramas se mecían con la brisa por encima de ellos, dirigiendo una orquesta de viento y cristal. Keishin miró hacia el cielo sin nubes a través de las campanillas de

viento y se dio cuenta de que echaba de menos la lluvia que normalmente lo seguía a todas partes. El tiempo había escogido un momento muy poco conveniente para decidir que le caía bien. O, tal vez, alejar a las nubes de allí era su forma de ser todavía más desagradable. Una tormenta le habría resultado muy útil para ocultar las lágrimas que amenazaban con caer en cuanto pestañeara. No estaba seguro de que fueran lágrimas de rabia o de tristeza, solo de que iban a escocer.

—Cuando lleguemos al claro, puedes usar el charco que hay ahí para volver a la casa de empeños. Una vez que estés allí, tan solo tienes que salir por la puerta de entrada para volver a casa —le explicó Hana—. Te olvidarás de todo lo que ha pasado aquí y seguirás adelante con tu vida. Encontrarás tus neutrinos y podrás responder a todas las preguntas que tienes sobre tu universo.

—Y seré feliz.

—Sí.

—Ojalá pudiera creerte.

—No confías en mí.

—¿Cómo podría hacerlo? —Keishin se puso en pie y se dirigió hacia ella—. Acabas de contarme que te has pasado toda tu vida aprendiendo a mentir y a manipular a la gente para que te den una parte de sus almas. ¿Cómo puedo saber que lo que me estás diciendo ahora no es un truco? ¿Qué pasa si regreso a casa y lo recuerdo todo? ¿Cómo se supone que voy a poder seguir adelante con mi vida y fingir que todo lo que he visto en este mundo no existe? ¿Cómo puedes saber siquiera lo que les pasa a vuestros clientes cuando se marchan de la casa de empeños? Lo único que sabes es lo que tu padre te ha contado, tu padre, que te abandonó para irse a buscar a su esposa muerta. —Keishin se arrepintió de sus palabras en cuanto salieron por su boca—. Lo… lo siento.

Hana se puso en pie.

—¿Por qué deberías sentirlo? Es la verdad. Mi única habilidad real y mi deber en este mundo es mentir, y es verdad que mi padre me abandonó. Y también tienes razón con lo de que no sé lo que te pasará cuando regreses. Lo único que sé es… —Las lágrimas se filtraron en su voz— que estarás a salvo.

Keishin se enfrentó a la necesidad de abrazarla contra él.

—Por favor, no llores.

Hana se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Tienes razón. Los parásitos no se merecen llorar.

—No digas eso. Tú no eres un parásito.

—Sí que lo soy.

Los ojos de Hana volvieron a llenarse de lágrimas.

—No, no lo eres. —Keishin la rodeó con los brazos—. No sé por qué tu mundo funciona como lo hace ni por qué necesita al mío para existir, pero sí que sé esto: me has dado mucho más de lo que has tomado. Me has enseñado cosas más allá de mi imaginación, y… —Levantó la barbilla—. Y me has hecho sentir cosas que jamás pensé que sería capaz de sentir.

—Cosas que no deberías sentir.

—Porque Haruto es tu destino —dijo él, bajando la mirada.

—Haruto no tiene nada que ver con esto.

—Él te ama.

—Sí.

—Y, algún día, tú también lo amarás.

—No lo haré.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Lo he besado —le explicó Hana—. Y ha sido diferente.

—¿A qué?

—A cuando te besé a ti. —Hana se apartó de él—. Pero lo que sea que sentimos el uno por el otro no tiene lugar en este mundo ni en el tuyo.

—No tiene que pertenecer a ninguno de nuestros mundos, Hana. Tan solo tiene que pertenecernos a nosotros.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho, permitiendo que sus lágrimas cayeran.

CAPÍTULO CUARENTA

Fantasmas

El pequeño pueblo se había escapado de las manos del tiempo y había caído al margen del camino de la vida hacía ya mucho. Se alzaba como un cascarón de su antiguo ser, esperando a derrumbarse bajo el sol del atardecer. Había anhelado visitantes una vez, pero ahora estaba demasiado cansado y tenía demasiado polvo en los ojos como para fijarse en las dos personas que habían salido de un charco junto a un puente peatonal que alguna vez podría haber sido de un rojo intenso. Un lecho de piedras redondeadas y polvorientas corría bajo el puente, con sus bordes pulidos por un río desaparecido.

Hana se apretó la coleta y examinó los alrededores. Keishin y ella

apenas habían hablado durante su caminata para salir del bosque, e incluso después de haber viajado a través del charco la joven todavía no contaba con ninguna palabra que valiera el aire y el esfuerzo de pronunciarla.

—Las campanillas hacían que fuera más fácil —dijo de pronto Keishin.

—¿El qué? —preguntó Hana.

—No hablarnos. Las campanillas llenaban el vacío —explicó él. Miró a su alrededor, a la ciudad vacía—. Pero el silencio en este lugar hace que el aire parezca rancio. Es difícil de respirar. Lo siento, pero si no dices nada, me temo que voy a tener que aburrirte con una lección sobre física cuántica y otras cosas extremadamente tediosas, solo para no sofocarnos.

—¡Bienvenidos! —Un hombre los saludó con la mano desde el otro lado del puente—. ¡Bienvenidos!

—Ah… Hola. —Hana hizo una reverencia—. No me había dado cuenta de que todavía viviera alguien aquí.

El hombre caminó hacia ellos con una amplia sonrisa.

—Yo soy Uchida Tomo. ¿Estáis buscando un lugar donde quedaros? Mi familia tiene un *ryokan* aquí.

—Oh… Eh…, gracias, Uchida-san, pero nos dirigimos hacia el Mercado Nocturno —dijo Hana.

—El mercado no abrirá hasta la medianoche, y los dos tenéis pinta de no haber dormido demasiado. ¿Por qué no os quedáis en el *ryokan* mientras esperáis? Mi esposa puede prepararos una comida caliente.

—Nos vendría bien dormir un poco —le susurró Keishin a Hana—. Y comer.

Hana sacó las gafas de su madre del bolso y se giró hacia Tomo. Levantó una ceja y, con la misma rapidez, volvió a bajarla. Asintió con la cabeza en dirección al hombre y sonrió.

—¿Dónde está su *ryokan*, Uchida-san?

★★★

El *ryokan* sencillo y bien conservado se encontraba a los pies de la

montaña. En comparación con las casas en ruinas de sus vecinos, parecía un palacio.

—Ya no suele venir mucha gente por el pueblo —dijo Tomo, conduciéndolos a través de un pequeño jardín—. Mi esposa estará encantada de tener invitados.

—He pasado junto a este pueblo unas cuantas veces de camino al Mercado Nocturno, pero no me había dado cuenta de que todavía siguiera viviendo alguien aquí —explicó Hana—. Pensaba que estaba abandonado.

—Ahora solo quedamos mi esposa y yo —respondió Tomo—. Cuando el río se secó, todos los demás se marcharon. Pero este es nuestro hogar, y no querríamos vivir en ningún otro sitio.

Una mujer delgada y de rostro amable los recibió en la puerta.

—Bienvenidos.

—Esta es mi mujer, Yui —dijo Tomo, y presentó a Hana y a Keishin.

—Por favor, pasad. —Yui sonrió—. Os llevaré a vuestra habitación.

★★★

Un pequeño plato de *daifuku*, bolitas de mochi rellenas de judías *azuki* machacadas y mezcladas con miel, así como un cuenco de *karintō*, unos aperitivos dulces y fritos con aspecto de ramitas cubiertas de azúcar moreno estaban colocados junto a una tetera de té verde recién hecho sobre una mesa baja en mitad de la habitación.

Keishin le lanzó un vistazo a Hana, mostrando su sorpresa al encontrarse con que los tentempiés ya los estaban esperando.

—El *onsen* está por aquí. —Yui caminó hasta unas puertas deslizantes al otro lado de la habitación y las abrió. Un baño exterior vaporoso, alimentado por una fuente termal y rodeado de rocas pulidas, era cobijado por un jardín ornamental—. No tenemos más huéspedes, así que tenéis el *onsen* para vosotros.

—Gracias —dijo Hana—. Es precioso.

—Os serviremos la comida en el comedor después de que hayáis disfrutado de vuestro baño. Ahora me iré para que podáis descansar, pero por favor no dudéis en avisarme si necesitáis algo más.

Yui se inclinó con una sonrisa y se marchó, deslizando la puerta tras ella.

—Para ser un *ryokan* en un pueblo abandonado, me da la impresión de que están bastante preparados para recibir huéspedes. Casi parece como si supieran que íbamos a venir —dijo Keishin, bajando la voz—. ¿Crees que es una trampa de los Shiikuin?

—No es una trampa.

—Pero ¿no te parece extraño que…?

—Son fantasmas.

—¡¿Qué?!

—Tomo y su esposa son fantasmas. —Hana sacó las gafas de su madre—. He visto quiénes eran en realidad a través de esto. Llevan mucho tiempo muertos.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo todavía aquí? —preguntó Keishin, con ojos alarmados.

—Tú mismo lo has dicho. Necesitamos descanso y comida.

—Pero…

—Son inofensivos.

Keishin miró la habitación a su alrededor.

—¿Algo de esto es real siquiera?

—Es real porque Tomo y Yui creen que lo es.

—¿Ellos no saben que están muertos?

Hana negó con la cabeza.

—Y no nos corresponde a nosotros decirles la verdad.

—Yo nunca he creído en fantasmas —dijo Keishin, masajeándose la nuca.

—¿Eh? ¿Pero no es esa la razón por la que te has mudado a Japón? ¿Para encontrarlos?

—Los neutrinos no son fantasmas.

—Tú me dijiste que son restos del pasado. Volutas de la nada que no se pueden ver ni tocar. Ecos que traen historias de estrellas muertas. ¿Cómo no van a ser fantasmas?

—No… no lo sé —dijo Keishin—. Creo que ya no sé nada.

—No tiene nada de malo no saber las cosas.

—Sí que lo tiene cuando toda tu carrera profesional consiste en obtener respuestas.

—¿Y acaso alguna de esas respuestas te ha hecho feliz?

—La ciencia no consiste en buscar la felicidad.

—Yo pensaba que la vida en tu mundo consistía en buscar la felicidad. Por ese motivo siempre nos ha resultado tan fácil convencer a nuestros clientes para que entreguen sus decisiones. Lo único que querían todos ellos era sonreír. Si la felicidad fuera tan fácil de conseguir en este mundo, yo también habría entregado una parte de mi alma a cambio de ella.

—¿Qué quieres que te diga, Hana? ¿Que nada de lo que hacía en mi mundo me hacía feliz de verdad? ¿Que me he pasado la vida tratando de llenar un vacío creado por mi madre? ¿Que cuando vine aquí, haciéndome el noble y diciendo que quería ayudarte, lo único en lo que estaba pensando en realidad era en descubrir por fin algo que pudiera hacerme digno de ser amado? Tú no eras la única que estaba escondiendo la verdad.

—Supongo que nos parecemos más de lo que pensaba.

—Supongo que sí.

★★★

Hana y Keishin estaban apoyando las barbillas sobre sus brazos cruzados en lados opuestos del *onsen*, recorriendo sus alrededores con la mirada. La luna recién salida bañaba el jardín de un resplandor sobrenatural, revelando su verdad. Era más que un simple paisaje pintoresco. Era el punto de vista único de sus creadores sobre el mundo y el lugar que ocupaban en él. Aquel jardín era la naturaleza en miniatura, una versión idealizada donde las rocas eran montañas y los estanques de carpas *koi* eran mares. Era un placer que no estaba pensado para disfrutar todo de golpe, sino más bien para explorarlo con lentitud, con delicias ocultas por pequeñas colinas o árboles. Las piedras irregulares del sendero te obligaban a tener cuidado con dónde pisabas, manteniéndote en el presente y totalmente consciente del camino que se desplegaba.

—Esto es el paraíso de Tomo y Yui, ¿verdad? —preguntó Keishin.

—Quiero creer que sí.

—Me pregunto si todo el mundo será libre de crear su propio más

allá.

—¿Qué clase de paraíso crearías para ti? —le preguntó Hana.

Keishin se giró para mirarla y se apartó de los ojos un mechón húmedo de pelo plateado. Hana nunca había conocido a un hombre menos consciente de cómo llenaba el espacio a su alrededor, cargando el aire. Ese relámpago blanco en su pelo la hacía creer que, si la luna desaparecía y la oscuridad se los tragaba, solo él permanecería encendido. Lo miró avanzando hacia ella, con la luz de la luna refulgiendo sobre sus hombros húmedos.

—Sería exactamente como este lugar y todo lo que hay en él. No cambiaría absolutamente nada —dijo, mirando a Hana a los ojos—. ¿Qué hay de ti?

El agua vaporosa ondeaba entre ellos, acariciando los pechos de Hana.

—No estoy segura.

—Inténtalo. Cierra los ojos y trata de imaginar lo que te haría feliz durante toda la eternidad.

—Creo que no sé lo que es la eternidad. Es demasiado grande.

—Entonces, algo más pequeño. Imagina el presente. Algo que puedas sostener en tus manos.

Hana mantuvo los ojos cerrados y dejó que el calor del cuerpo de Keishin guiara sus dedos hasta su rostro. Los dejó deambular por los ángulos de su mandíbula y le rozó la curva de los labios.

—¿Así?

—Hana…

Pronunció su nombre como un gruñido, rodeándole la cintura y atrayéndola hacia él. Un calor lamió los pechos de Hana y se retorció como una llama entre sus piernas.

—Debería apartarte.

—Deberías.

Keishin dejó un rastro de besos desde detrás de su oreja hasta su hombro. Hana gimoteó. Él la levantó del agua y llevó la boca a sus pechos. Hana enredó los dedos en el pelo de Keishin, aferrándolo a ella. La lengua del joven borró casi todos los argumentos que había convocado ella para alejarse de él, y creó una lista de razones para quedarse trazando pequeños círculos alrededor de su pezón.

—Kei… —dijo, obligando a lo poco que le quedaba de claridad mental a formar algo que esperaba que se pareciera a unas palabras —. No tenemos futuro.

Keishin se apartó de ella, respirando con fuerza.

—Tienes razón.

A Hana se le constriñó la garganta. Una parte de ella había esperado que él se lo discutiera, que se riera e insistiera en que alguna ley científica de su mundo convertía lo que acababa de decir en algo completamente irracional.

—A nadie se le promete un mañana —continuó él—. No hay ningún contrato, juramento o incluso un tatuaje mágico que pueda garantizar la eternidad con alguien, sin importar si se comparte mundo o no. Pero lo que sí que tenemos es lo que tú y yo hemos estado tratando de negar casi desde el segundo en que nos conocimos. Hay una conexión entre nosotros, Hana, un nudo sin ninguna forma visible ni peso, un nudo que no hace más que volverse más tenso cuanto más nos esforzamos por separarnos.

—Entonces, ese nudo es una trampa. Una bonita, como la jaula de agua para tus fantasmas de las estrellas. —Entonces, un trueno retumbó sobre el *ryokan*—. Va a llover —dijo Hana, sorprendida de que la lluvia hubiera tardado tanto tiempo en encontrarla. Parecía que era la única constante en su vida, siempre preparada para recordarle su deber—. Deberíamos entrar.

—¿Y si no, qué? —preguntó Keishin—. ¿Nos mojaremos?

Una risa se elevó desde la tripa de Hana y explotó fuera de su cuerpo, llevándose con ella todo el dolor que había estado tragándose. Keishin se rio con ella, y sus lágrimas cayeron en el baño, limpiándolos y convirtiéndose en volutas de vapor. La lluvia mojó sus mejillas y bajó por sus hombros. La piel de Hana resplandecía con la tinta azul del Horishi. Levantó la mano para cubrirse.

Keishin le sostuvo el brazo por la muñeca y le apartó la mano con suavidad.

—Te lo he dicho, Hana. Te veo. Solo a ti.

Las gotas de lluvia cayeron sobre la muñeca de Keishin. Un nombre, tatuado en tinta azul, resplandeció sobre su piel.

«Hana».

Ella ahogó un grito.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Keishin le soltó el brazo y pasó el pulgar sobre el nombre de Hana.

—La Horishi me dijo que nunca había tatuado el destino de un hombre adulto. Yo ya había vivido mucho de mi vida, y me dijo que pensaba que la mejor forma de empezar mi historia era por el final. Tu nombre. Esto fue lo único que le dio tiempo a escribir antes de que tú entraras y le dijeras que parara.

—¿Por qué… por qué no me lo dijiste?

—Porque decírtelo no habría cambiado nada. Ya está hecho, Hana. Mi destino, al igual que el tuyo, está escrito.

—Pero ¿qué significa?

—Creo que tú sabes lo que significa tan bien como yo. Este viaje contigo es donde termina mi historia.

—No. No digas eso. Volverás a tu mundo. Hallarás el camino de vuelta a casa.

—No pasa nada, Hana. Ha sido mi decisión. Ya te lo he dicho; nadie tiene prometido un mañana. Yo agradezco el tiempo que tengo ahora. Ver fantasmas. Escuchar las campanillas de viento. Abrazarte, por breve que sea el momento. Por primera vez en mi vida, tengo la cabeza llena de algo más que preguntas. Tengo mi respuesta. Está escrita sobre mi piel.

Hana pegó los labios a la boca de Keishin y se lo bebió entero. Podrían haber transcurrido horas, semanas o años y Hana no se habría dado cuenta. La distancia entre su piel y la de Keishin no dejaba lugar para el tiempo. La urgencia ocupaba todo el espacio disponible. Todo lo que existía más allá de la boca de Keishin se desvaneció, dejando solo el temblor que pasó desde los labios del joven hasta los de ella. Hana saboreó su anhelo, y se dio cuenta por la forma que tenía él de devorarla de que Keishin también podía saborear el suyo. Pero había algo más que se mezclaba con sus lenguas, un miedo mudo que hacía que su beso tuviera un sabor agridulce. Las últimas veces casi siempre llegaban disfrazadas; nunca revelaban quiénes eran hasta que desaparecían y lo único que podías hacer era echarlas de menos.

Pero Hana había sabido que el día que conoció a Keishin era el comienzo de una larga despedida. En su primera y posiblemente última noche juntos, la joven se aseguró de recordar todos los detalles. Ya eran fantasmas el uno para el otro.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Finales

Keishin no podía recordar cómo habían salido del *onsen* y habían acabado en el suelo de su habitación en el *ryokan.* Había vivido vidas enteras dentro de Hana, y cuando el agotamiento superó al deseo, se disolvió felizmente entre sus brazos. Cerró los ojos, disfrutando del peso de la cabeza de ella sobre su pecho.

—¿Vas a contarme alguna vez el final de la historia de Taro? —le preguntó, acariciándole el brazo.

—¿Por qué quieres saberlo? —dijo Hana, y su voz sonaba como si viniera de algún lugar a más de medio camino por el sendero hacia el sueño.

—¿Tengo que tener una razón?

—Sí. La razón correcta. —Hana se sentó, ajustándose la bata—. Porque, si quieres saber el final solo porque piensas que vas a morir aquí, entonces…

—Quiero saber el final porque, a partir de ahora, no quiero dejar nada sin decir entre nosotros. Se acabaron los secretos.

Hana escudriñó sus ojos.

—Está bien —dijo, y volvió a acomodarse sobre su pecho. Le tomó la mano y besó el lugar donde la Horishi había escrito su nombre—.

Vejez.

—¿Vejez?

—Eso era lo que había en la caja de Taro. El tiempo había pasado de forma diferente en su mundo que en el océano. Cuando regresó a su pueblo y abrió la caja que la princesa le había dado, todos sus años lo alcanzaron y envejeció.

Keishin miró fijamente al techo.

—Creo que eso es lo que me pasaría a mí también si volviera alguna vez. Me convertiría en un anciano. Es como si lo que he experimentado aquí pudiera desbordar una sola vida. Me siento estirado, esforzándome con cada segundo que paso aquí por encajarlo todo dentro de una pequeña habitación que solía ser mi mundo entero. Hay veces en las que pienso que, si respiro demasiado hondo, si hablo demasiado alto o me muevo demasiado deprisa, me partiré por la mitad.

—¿Incluso ahora? —susurró Hana contra su corazón.

—No, ahora no. —Keishin le besó la coronilla—. Por primera vez desde que llegué aquí, ya no hay ninguna pared que romper a mi alrededor.

★★★

Tomo y Yui inclinaron las cabezas y se despidieron con las manos cuando Keishin y Hana se fueron del *ryokan.* Bajo la luz de la luna, el joven casi podía ver a través de ellos. Les devolvió el gesto de despedida y sonrió, sintiendo que sus pies se volvían más pesados con cada paso que daba. En un pueblo abandonado, en un *ryokan* habitado por fantasmas, había encontrado un pequeño trozo de paraíso. Y ahora lo estaba dejando todo atrás.

—El Mercado Nocturno no está muy lejos de aquí —dijo Hana.

—¿Estaría mal decir que desearía que lo estuviera?

Ella lo miró con una sonrisa triste.

—Yo también desearía no tener que irnos del *ryokan.*

Keishin entrelazó los dedos con los suyos. Hana tenía la palma cálida y suave, un refugio del frío que agradecía. Se dio cuenta de que quería dar pasos más pequeños y lentos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Pero no hace falta que respondas. Tan solo es algo que no puedo sacarme de la cabeza. Sé que mi historia termina contigo, pero no sé cómo…

—¿Cómo termina mi historia?

—Odio que la pregunta haya estado dando vueltas por mi cabeza desde hace tanto tiempo, pero me siento todavía peor al oírla en voz alta. Me siento fatal por preguntártelo. Lo siento.

—No lo sientas. Mi nombre está en tu muñeca, y tu vida está atada a la mía —dijo Hana—. Pero me temo que no puedo darte una respuesta.

—Ah. Eso es… Eh…, vale. Lo entiendo.

—No sé cómo termina mi historia.

—Pero pensaba que el mapa de tu vida entera estaba trazado en tu piel.

—Así era, pero me he desviado tanto de mi camino que ya no reconozco nada de lo que hay en el mapa. No ha cambiado nada en él, pero me siento como si ahora fuera la historia de otra persona, una desconocida cuyo camino termina en… —Hana tocó la marca invisible sobre su muñeca—. Una luna en el agua.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Antes me molestaba no comprender lo que significaba esa imagen cuando los caminos de otras personas estaban tan claros. Pero ahora ya no importa.

El sonido de los vendedores preparando sus puestos flotó por encima de la voz de Hana.

—El mercado estaba más cerca de lo que pensaba. —Keishin suspiró—. Pero supongo que, cuanto antes lleguemos a él, antes conseguiremos respuestas.

—Puede que tardemos un tiempo en encontrar a la gente que podría ayudarnos. El Mercado Nocturno es un lugar grande.

—Me alegra que sea grande. Si los Shiikuin nos persiguen hasta aquí, tendremos algún lugar donde escondernos.

—Huir de los Shiikuin podría ser difícil en el Mercado Nocturno.

—¿Por qué?

—Podríamos caernos a través de las nubes.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

El Mercado Nocturno

Había cuatro anclas tan grandes como casas clavadas en el suelo, una en cada esquina del campo de hierba. Las cuerdas unidas a ellas desaparecían en el cielo nocturno. Unas voces amortiguadas y los tintineos y golpeteos propios de un mercado cobrando vida se filtraban a través del cielo sin estrellas. Keishin miró hacia arriba, esforzándose por ver a través de la gruesa capa de nubes.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? Y fíjate en que no me he molestado en preguntar cómo es posible siquiera que haya un mercado en el cielo. Supongo que, de todos modos, no entendería cualquier explicación que pudieras darme.

—Llegaremos subiendo unas escalerillas. Y la respuesta a la pregunta que no me has hecho pero cuya respuesta en el fondo estás deseando conocer es con ganchos.

—Con ganchos —repitió Keishin—. Por supuesto.

Unas escalerillas coloridas se desplegaron desde el cielo y aterrizaron sobre el suelo, en diferentes puntos a lo largo del campo. Las pequeñas campanas que colgaban de las escalerillas sonaban

con la brisa, anunciando a la multitud que deambulaba por debajo de ellas que el Mercado Nocturno estaba abierto. Keishin y Hana se dirigieron hacia la escalerilla más cercana y se pusieron en la cola.

Keishin miró la escalerilla que se balanceaba, y un sudor frío brotó en sus palmas. Se secó las manos en el abrigo.

—Creo que nunca te he mencionado que me dan miedo las alturas.

—Yo también odio las alturas —dijo Hana—. Mi padre solía decirme que mantuviera los ojos fijos en la escalerilla y no mirara abajo jamás.

—¿Te servía de algo?

—Para nada.

—Maravilloso. Gracias por el consejo.

Al fin le llegó el turno a Keishin. Respiró hondo, se sujetó a los lados de la escalerilla y subió. Las manos le ardían, todavía doloridas por haberse pasado una noche remando. El viento se volvía más fuerte cuanto más alto subía, haciendo que la escalerilla se balanceara en anchos arcos. El joven dejó de subir y miró hacia abajo para ver cómo estaba Hana.

—Sigue subiendo —le dijo ella.

Él asintió con la cabeza; tenía las manos temblorosas y húmedas. El alivio que había sentido al ver a Hana a salvo en la escalerilla quedó reemplazado enseguida por el horror de haber contemplado el suelo. Levantó la pierna para alcanzar el siguiente peldaño, pero su pie resbaló y la mitad de su cuerpo quedó colgando de la escalerilla en el aire.

—¡Kei! —gritó Hana por debajo de él.

El joven enganchó el brazo alrededor de un peldaño y se impulsó hacia arriba.

—Estoy… estoy bien —dijo, y duplicó el ritmo al que ascendía antes de perder los nervios.

Una mano áspera le agarró los dedos cuando llegó a la parte de arriba. Un hombre de rostro cuarteado tiró de él para subirlo hasta un camino de piedras que flotaban sobre una nube.

—Bienvenido al mercado —dijo, y cada centímetro de su rostro se arrugó con una amplia sonrisa.

La piedra se tambaleó bajo el pie de Keishin.

—Eh… gracias —respondió, incapaz de encontrar del todo su voz.

Hana apareció detrás de él.

—Este lugar parece todavía más grande que la última vez que estuve aquí.

Keishin miró a su alrededor. Unos puestos bien iluminados que vendían mercancías que no era capaz de reconocer se extendían en hileras por encima de las nubes. Unos estrechos botes transportaban a los clientes del mercado entre ellos. Las nubes se arremolinaban al paso de los botes, abriéndose de vez en cuando para mostrar un vistazo del suelo.

—Por aquí —dijo Hana, saltando sobre una de las piedras del camino—. Tenemos que alquilar un bote para desplazarnos.

★★★

En la parte de atrás de la embarcación una mujer alta aferraba un largo remo. Lo utilizó para impulsarse lejos de la dársena, lo que hizo que el bote flotara hacia un río de nubes. Conducía el bote de una forma tan grácil y sin esfuerzo entre los puestos del mercado que, si sus movimientos hubieran tenido una música de fondo, habría sido un baile.

Keishin apartó la mirada de la mujer y dejó que sus ojos recorrieran los puestos del mercado. Unas relucientes bolas de luz estaban apiladas en alto sobre la mesa de un puesto, como montones de fruta. El puesto que había junto a aquel vendía botellas llenas de estrellas. El último tenderete junto al que pasaron daba la impresión de no vender absolutamente nada, pero había muchos botes llenos de clientes que parecían demasiado deseosos de comprar.

—Ni siquiera entiendo lo que estoy viendo —le susurró a Hana—. O sea, ¿qué es lo que se vende en este mercado?

—Cosas perdidas. Cosas encontradas. Cosas creadas por los corazones o las manos. —Hana señaló un puesto a su izquierda. Había caracolas de distintos tamaños colocadas en filas ordenadas sobre estantes escalonados—. Este era uno de los que más me gustaba visitar de pequeña.

—A ver si lo adivino —dijo Keishin—. Te gustaba escuchar el mar.

Hana inclinó la cabeza a un lado.

—¿El mar?

—El sonido de las olas dentro de las caracolas.

—Ah. ¿Así es como suenan las caracolas de tu mundo?

—¿Las de aquí no?

—Aquí cuentan chistes. —Señaló el estante superior del puesto—. Esas cuentan los mejores. Una vez me reí tan fuerte que estuve a punto de caerme a través de la nube.

Keishin se rio entre dientes.

—Habría dado cualquier cosa por verlo.

Hana le dirigió una sonrisita y arqueó una ceja.

—¿Quieres ver cómo me caigo?

—Quiero verte tan feliz que no puedas parar de reír.

—Yo… deseo lo mismo para ti.

Keishin le acarició la mejilla.

—Entonces, tu deseo ya se ha hecho realidad.

—Buenas noches. —Un hombre con un kimono de un gris plateado los saludó desde una tiendita cercana—. Esta noche tenemos una muy buena colección. ¿Les apetece echar un vistazo?

Señaló con un gesto una elegante exposición de collares y pulseras hechos de hilos de lo que parecían relucientes perlas azules.

—¿Qué es eso? —le susurró Keishin a Hana.

—Este puesto vende recuerdos. Son perlas *kioku*.

Keishin se inclinó sobre el lateral del bote para mirar más de cerca. Las perlas resultaron ser pequeños orbes de cristal llenos de océanos en miniatura que hasta tenían horizontes de puestas de sol, atardeceres y nubes. El vendedor le acercó un collar a la oreja. Las olas se estrellaban contra el cristal tan fuerte como si estuviera caminando por una orilla.

—Gracias. —Hana le hizo una reverencia al vendedor mientras su bote se alejaba de ese lugar. Se giró hacia Keishin—. La gente guarda recuerdos dentro de ellas para dárselas a sus hijos, como reliquias familiares. Pero algunas personas venden su recuerdos. Y ese vendedor las convierte en joyas.

—¿Por qué?

—En un mundo donde tu camino ya está trazado, a veces los recuerdos de otras personas son la única forma que tienes de ver vidas que jamás podrían ser tuyas. —Hana señaló un puesto junto al cual no había ningún bote detenido—. Ese puesto vende ungüentos curativos y pociones.

—¿Como una farmacia? —preguntó Keishin.

—Algo así.

—No parece ser demasiado popular.

—La mayoría de la gente no puede permitirse lo que venden.

—¿Cómo consiguen seguir abiertos?

—Lo único que necesitan es que una sola persona esté lo bastante desesperada como para pagar su precio. Si lograran vender algo a un cliente en un año, eso sería suficiente.

—¿Están interesados en visitar algún lugar en particular? —preguntó la mujer que impulsaba el bote.

—Necesitamos ir a ver a los recaderos —dijo Hana.

La remadora ladeó la cabeza.

—¿Los recaderos?

—Hay un rumor del que queremos saber más. Nos han dicho que comenzó aquí, en el mercado.

—Todos los rumores comienzan aquí. Y harían bien en buscar a los recaderos. Ellos saben todo lo que se susurra en este lugar.

—Bien —dijo Hana.

—Pero he de advertirles algo sobre los recaderos —añadió la mujer —. Son más codiciosos que cualquiera de los vendedores de aquí, y les gusta jugar con los clientes.

★★★

Los recaderos llenaban sus cestas con los artículos de los clientes y se las colgaban a las espaldas. Comprobaban las cargas de sus compañeros para asegurarse de que todas estuvieran bien atadas. Los que ya estaban preparados hacían fila junto a un pozo, se subían a un enorme cubo, y bajaban a través de un agujero entre las nubes.

—Los han contratado para llevar esos artículos directamente hasta

las casas de sus clientes, para que ellos no tengan que preocuparse de bajar sus compras por la escalerilla —explicó Hana.

—Es un servicio bastante útil —respondió Keishin—. Subir por la escalerilla sin cargar con nada ya ha sido lo bastante difícil.

Hana se acercó a un grupo de recaderos que jugaban a los dados sobre una dársena de madera flotante.

—Buenas noches —los saludó, haciendo una reverencia.

Ellos levantaron la mirada de su juego, se pusieron en pie y le devolvieron la reverencia.

—Buenas noches —dijo la recadera más cercana a Hana. Un centenar de océanos centelleaba bajo la luz de la luna en los dos collares de perlas azules que colgaban de su cuello—. ¿Necesitan ayuda con sus adquisiciones? Soy Nakajima Natsuki, la recadera jefe.

—Esperábamos que pudieran ayudarnos con otra cuestión, Nakajima-san —respondió Hana.

—Oh. —Natsuki inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué clase de cuestión?

—Hemos oído un rumor de que…

—Ah. Un rumor. —La recadera esbozó una sonrisita—. Nuestro otro servicio. —El grupo se rio, y ella se plantó las manos sobre las caderas—. ¿Qué rumor han oído? Hay muchos.

—El de los niños que no son niños —dijo Keishin—. ¿Han oído hablar de él?

—Por supuesto —respondió Natsuki, que parecía ofendida—. Nosotros lo oímos todo.

—¿Qué pueden contarnos al respecto? —preguntó Hana.

—Podemos contarles muchas cosas —aseguró la recadera—, sobre muchas cosas.

—Pero necesitan una compensación —adivinó Hana.

—No, en absoluto. —Natsuki negó con la cabeza—. Toda la información que proporcionamos es gratis. Tan solo les pedimos que jueguen con nosotros a cambio.

—Un juego con alguna apuesta, supongo —dijo Keishin.

Más recaderos se congregaron alrededor de los recién llegados, con un murmullo de emoción zumbando entre ellos.

Natsuki sonrió.

—Ningún juego merece la pena si no hay nada en riesgo.

—¿A qué juego tenemos que jugar, y qué clase de apuesta debemos hacer? —preguntó Keishin.

—El juego es sencillo. Los dados. Lo que lo hará interesante es lo que vamos a apostar. Aquí jugamos a cambio de recuerdos.

—¿Recuerdos? —repitió Keishin.

—No se preocupen. No tenemos ningún interés en recolectar el pasado doloroso de nadie; ya tenemos suficientes por nuestra cuenta. Lo único que pedimos es una oportunidad de compartir sus alegrías. Nosotros nacimos en este mercado y moriremos aquí. No conocemos ninguna otra vida. Los atisbos que vemos del mundo debajo de las nubes cuando entregamos las adquisiciones de nuestros clientes solo hacen que nos resulte todavía más difícil regresar al mercado. Naturalmente, ustedes se quedarán con el recuerdo original, pero la copia será nuestra para hacer con ella lo que queramos.

—Quieren un recuerdo feliz —dijo Hana.

—La última vez que su cuerpo entero sonrió. Como ya saben, extraer una perla *kioku* puede ser… aparatoso. No queremos que tengan que escarbar más hondo de lo necesario. Sanar es caro, y al fin y al cabo, esto no es más que un poco de diversión para mantener a mis hombres entretenidos. —Natsuki retorció su collar alrededor de un dedo—. ¿Quieren jugar?

«Entretenidos». La palabra le carcomía las tripas a Keishin. Su último recuerdo de felicidad era entre los brazos de Hana, y sospechaba que el último recuerdo de ella era igual de íntimo. No importaba cuál de los dos jugara contra los recaderos. La idea de que Hana fuera el entretenimiento de alguien, expuesta para que todos pudieran verla, hizo que la bilis y la furia subieran por su garganta. Apretó los puños a sus costados.

—No —dijo.

—Como deseen —respondió Natsuki, y volvió a su partida de dados.

—Kei. —Hana le agarró el brazo—. No tenemos otra opción. Tenemos que jugar.

—Pero, si perdemos…

Hana se acercó a Natsuki.

—Vamos a hacerlo. Vamos a jugar.

Ella sonrió y le hizo un gesto a un recadero fornido que estaba junto a unas pilas de cestas vacías.

—¡Daichi! Ve a por la caja.

El hombre asintió con la cabeza y se agachó detrás de las cestas. Sacó una pequeña caja de madera y se apresuró a acercarse a Natsuki, con ella bajo el brazo.

—Gracias —dijo ella. Se giró hacia Hana y Keishin y abrió la caja, revelando una jarra de vino de cerámica veteada y un cuchillo *deba* con el mango negro, una hoja que se utilizaba para filetear el pescado. Junto al cuchillo había un anzuelo y un carrete de hilo de pescar—. ¿Han decidido cuál de los dos jugará y cuál extraerá la piedra del jugador? Tenemos que tener todas las apuestas de antemano.

Keishin le lanzó una mirada a Hana.

—¿«Extraerá»?

Hana lo alejó de los recaderos congregados y bajó la voz.

—El vino formará la perla dentro de quienquiera que se lo beba. La perla puede formarse en distintas partes del cuerpo, dependiendo del lugar donde esté almacenado el recuerdo. Algunos recuerdos viven en el estómago, y otros, justo debajo de la piel. Otros recuerdos están arraigados más profundamente. He oído de perlas que crecen dentro de los huesos. Pero tú no te preocupes por esto. Yo jugaré contra los recaderos.

—No —dijo él—. Lo haré yo.

—Kei…

—No voy a discutir sobre esto, Hana. Si hay que cortar a alguien, o hay que arrancarle algo de los huesos a alguien, ese debería ser yo.

—¿Por qué?

—Porque no hay ninguna situación en la que podría obligarme a causarte más dolor del que ya estás sufriendo. No puedo. Y no lo haré. Y ahora, por favor, dame el vino para que podamos terminar con esto.

★★★

El vino le calentó la garganta y la tripa a Keishin. Natsuki le había dicho que tan solo necesitaba un sorbo, pero él se tomó dos. El primer sorbo fue para crear la piedra del recuerdo. Y el segundo, para amortiguar el dolor de que lo cortaran con un cuchillo para pescado. Aunque confiaba en Hana, no confiaba en que él mismo no gritara.

Keishin dejó la jarra a un lado y se tumbó sobre una esterilla trenzada que un recadero había extendido sobre una nube. Otro recadero acercó dos faroles para que tuvieran más luz. Keishin clavó la mirada en la llama de uno de los faroles, preguntándose si sentiría la perla formándose dentro de él. Entonces, una calidez apareció y creció en su muñeca, por encima de una vena que conducía hasta su corazón, en el punto exacto donde la Horishi le había tatuado el nombre de Hana. Se frotó ese punto y la miró.

—Está aquí. Puedo sentirlo.

Hana vertió vino sobre la hoja del *deba.*

—No te preocupes. Seré rápida.

Keishin se puso el asa rota de una cesta entre los dientes y cerró los ojos.

Hana acercó una linterna a su brazo. Respiró hondo y pasó la hoja del cuchillo sobre su piel, y él se encogió.

—Veo la perla —dijo Hana—. Pero voy a tener que cortar un poco más profundo para sacarla.

Keishin mordió el asa de la cesta, negándose a proporcionar más entretenimiento a los recaderos. El sudor goteaba por su frente.

—La tengo —añadió Hana, extrayendo la perla. Keishin escupió el asa y exhaló—. ¿Kei?

—¿Sí?

Hana enhebró el hilo de pescar en un anzuelo pequeño.

—Creo que deberías dejarte el asa en la boca un poquito más.

Keishin apretó los dientes sobre el asa y cerró los ojos con fuerza, retirándose hacia la calidez y las sombras de su restaurante indonesio favorito y una casi sonrisa que lo esperaba en su mesa habitual.

★★★

—¿Con qué puedo ayudarte en esta ocasión? —preguntó Ramesh, y le dio un sorbo a su cerveza Bintang—. ¿Todavía sigues fingiendo no estar absolutamente nada interesado en la mujer que has conocido en la casa de empeños?

Keishin apartó una silla y se sentó.

—He perdido esa batalla.

—No pareces demasiado molesto al respecto —dijo Ramesh, dejando la cerveza sobre la mesa.

—No lo estoy.

Keishin sonrió y le dio un bocado a su *satay*.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? Parece que lo tienes todo bajo control.

—¿Bajo control? Ojalá. Ahora mismo me están cosiendo con un anzuelo e hilo de pescar.

—Ah, ya veo. ¿Debería pedir más cerveza? —preguntó Ramesh—. ¿O tal vez deberíamos pedir algo más fuerte?

Keishin negó con la cabeza.

—Tan solo necesito una distracción.

—¿De tu cirugía de Frankenstein?

—Del juego de dados que estoy a punto de perder. —Soltó un suspiro—. Tengo una suerte horrible. Nunca gano en esa clase de cosas. ¿Algún consejo?

—¿Tienes planeado hacer trampas?

—No.

Ramesh se encogió de hombros.

—Entonces, no tengo ningún consejo para ti.

—Ay, Ramesh. ¿Qué haría sin ti?

—¿Ahora mismo? Probablemente, gritar de dolor.

Ramesh se sirvió una cucharada de *nasi goreng.*

—Ojalá pudieras ver el mundo de Hana. Ni siquiera puedo empezar a comprenderlo. Es hermoso, y…

Keishin pasó el pulgar por encima de las gotitas que se habían condensado sobre su cerveza.

—¿Y qué?

—Terrorífico al mismo tiempo.

—Los mejores misterios lo son —replicó Ramesh—. ¿Y qué hay de Hana? ¿Ella también te da miedo?

—Más de lo que nada me lo ha dado en la vida.

Ramesh levantó las cejas.

—Sí que has sido sincero. No me esperaba eso de ti.

—Si no puedo ser sincero con mi amigo imaginario más antiguo y querido, ¿con quién podría serlo?

—Entonces, tengo buenas noticias para ti.

—¿Ah, sí?

—Vas a ganar el juego de dados.

—Acabo de decirte que nunca he sido capaz de ganar en esa clase de cosas.

Ramesh puso los ojos en blanco.

—¿Qué clase de físico eres? ¿No has oído hablar de la Segunda Ley de Ramesh Kashyap sobre el Universo y los Juegos de Dados?

—Creo que ese día me salté la clase.

—Establece que la probabilidad de ganar un juego de dados es directamente proporcional a lo que el jugador ha puesto en juego. —Ramesh levantó la botella de cerveza para brindar—. Y, por primera vez en tu vida, Kei, hay algo que cada átomo de tu cuerpo está total y absolutamente aterrorizado de perder.

★★★

Keishin sostuvo la perla azul entre el índice y el pulgar, observando el sol que se ponía sobre el pequeño océano de su interior. Era difícil imaginar cómo las horas que él y Hana habían pasado descubriendo los cuerpos del otro podían caber dentro de algo tan pequeño.

Natsuki le tendió la palma.

—Yo mantendré la perla a buen recaudo hasta que termine el juego. —Keishin se la entregó con reticencia, y ella admiró la piedra contra la luz de un farol. Dirigió la mirada de Keishin a Hana con una sonrisita cómplice—. Desde luego es un premio que vale la pena ganar.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Natsuki metió la perla en un bolsito que llevaba cruzado sobre el pecho.

—Ahora, jugamos. Las reglas de nuestro jueguecito son sencillas. Tendrá que apostar si la suma de los dados es par o impar. Si gana dos veces de tres, la información que buscan será suya. Si pierde, se marcharán de aquí sin respuestas y sin la perla. Daichi será nuestro lanzador.

La pequeña multitud de recaderos que se había congregado en un círculo alrededor de Keishin y Hana vitoreó. Daichi salió de entre ellos. Se quitó la chaqueta y la camiseta y caminó hasta la mitad del círculo. Levantó los brazos y giró con lentitud, mostrando su pecho desnudo y musculoso.

—¿Confían en que nuestro lanzador no está ocultando nada? —preguntó Natsuki.

—Sí —dijo Hana.

Natsuki les ofreció dos dados de seis caras y un vaso de bambú para que los inspeccionaran.

—Nos gustaría que se aseguraran de que no va a haber ninguna clase de trampas aquí. —Keishin asintió con la cabeza y le devolvió el vaso y los dados—. Comencemos.

Natsuki le entregó los dados y el vaso a Daichi. Este metió los dados dentro del vaso y lo agitó. Colocó el vaso del revés sobre una mesa pequeña y miró a Keishin.

—Par —dijo él, con los ojos clavados en el vaso.

Daichi levantó el vaso para mostrar los dados. Cinco y cuatro.

La multitud vitoreó. Daichi recogió los dados y volvió a meterlos en el vaso.

Keishin maldijo.

—Todavía nos quedan dos oportunidades —dijo Hana.

Los dados traqueteaban dentro del vaso. Daichi volvió a colocarlo boca abajo.

Keishin tomó aire y cuadró los hombros.

—Par.

Seis y dos.

Hana le apretó la mano.

Daichi volvió a agitar el vaso.

Las probabilidades, las combinaciones y las permutaciones daban vueltas dentro de la cabeza de Keishin, traqueteando de forma más ruidosa que los dados dentro del vaso.

Daichi colocó el vaso boca abajo. Apoyó la palma sobre la base y esperó a que Keishin escogiera.

—Par —dijo él, por ninguna otra razón que el hecho de que le gustaba la sensación de la palabra en su boca. Sus instintos eran más libres en el mundo de Hana, negándose a dejarse dominar por los cálculos o la lógica. Allí era posible meter océanos en orbes, y las probabilidades tenían tanto peso como un mercado flotando sobre las nubes. La Segunda Ley de Ramesh Kashyap sobre el Universo y los Juegos de Dados estaba de su parte. Tenía que estarlo. Keishin contuvo el aliento.

Daichi levantó el vaso de la mesa.

Tres.

Los ojos de Keishin se dirigieron hacia el segundo dado.

Uno.

—¡Sí! —dijo. Levantó a Hana por la cintura y la besó. Ella le devolvió el beso mientras el gentío se dispersaba.

—Bien hecho. —Natsuki sacó la perla de Keishin de su bolso—. Enhorabuena.

Keishin dejó a Hana en el suelo. Guardó la perla que le había dado Natsuki en el bolsillo.

—Ahora nos gustaría obtener las respuestas que nos debe, por favor.

—Y las tendrán —respondió ella—. Quieren saber más sobre los niños que no son niños.

—¿Qué es lo que son, y dónde podemos encontrarlos?

—No podemos hablar de esas cosas aquí. —Natsuki señaló un pequeño bote—. Vengan conmigo.

★★★

Natsuki condujo el bote hasta el borde de la nube, lejos del ajetreo del mercado. Metió el remo dentro y se sentó.

—Mi collar era mucho más corto cuando el rumor se abrió paso por

primera vez a través del mercado —explicó—. Muchos de los vendedores que trabajaban aquí en esa época ya se han retirado. Este rumor viajaba más rápido que la mayoría, no porque fuera emocionante, sino porque una vez que lo oían, las personas no podía guardarse algo tan terrible para sí mismas. Se apresuraban a extender el rumor, con la esperanza de que, si lo compartían, habría menos de él viviendo en sus mentes. Les puedo contar por experiencia propia que no funcionó.

—¿Qué fue lo que oyó? —preguntó Hana.

Natsuki miró fijamente las luces brillantes del mercado.

—Nuestro mundo existe porque hay un orden para las cosas. Todo el mundo conoce su deber y su lugar. Los vendedores ofrecen sus mercancías. Los recaderos las transportan. Los barrenderos recorren cada centímetro del mercado al final de cada noche, para limpiarlo y asegurarse de que todo esté listo para volver a empezar a la noche siguiente. Nos despertamos en días que parecen exactamente iguales y encontramos formas de divertirnos para hacer que las horas pasen más deprisa, solo para irnos a dormir, despertarnos y volver a hacerlo todo otra vez, hasta que tenemos la voz demasiado ronca como para graznar nuestras apuestas o las espaldas demasiado frágiles para cargar con las cestas. Pero no nos quejamos. ¿Por qué? Porque sabemos que hay algo peor que la monotonía. Y que la muerte incluso.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el rumor sobre los niños? —preguntó Keishin.

—Tal como nos enseñan a todos desde que somos pequeños, en la jerarquía de nuestro mundo hay dos clases de personas cuyos deberes tienen la mayor importancia. El dueño de la casa de empeños, que recoge almas, y el Horishi, que las infunde dentro de nosotros en forma de mapas. —Natsuki miró con nerviosismo por encima de su hombro, escudriñando las nubes. Bajó la voz a un susurro—. Los Shiikuin no quieren que sepamos esto, pero, en ocasiones, fracasan.

—¿Qué quiere decir con que fracasan? —preguntó Hana, tensa.

—El dueño de la casa de empeños no siempre es capaz de recoger suficientes almas para todos los niños que nacen en nuestro mundo.

Cuando eso pasa y presentan a algún niño ante el Horishi, este es incapaz de otorgarle ningún alma o destino. Se convierten en cascarones. Seres huecos, sin alma.

—Sin alma… —dijo Hana, y se llevó una mano sobre los labios temblorosos.

Keishin le rodeó los hombros con el brazo y la acercó más a él.

—¿Qué les pasa a esos niños?

—No son niños —respondió Natsuki—. Son monstruos.

—Pero entonces, ¿por qué nunca he visto a esos niños…? —Hana se interrumpió a sí misma—. ¿A esas criaturas? ¿Es que los Shiikuin los matan?

—Eso sería lo más amable que podrían hacer, pero los Shiikuin no son amables. Según los rumores… los entierran vivos.

—¿Vivos? —repitió Keishin, sintiendo un hielo que subía por sus tobillos.

—¿Dónde los entierran? —preguntó Hana.

—Eso es algo que vais a tener que preguntarle a la fuente del rumor.

—¿Quién es?

—El dueño del puesto número quinientos diez del mercado.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El puesto quinientos diez

Había cestas, tarros de cristal y cajas de madera expuestas sobre estantes escalonados en el tenderete quinientos diez, y cada uno contenía un artículo distinto a la venta. Los bolígrafos, organizados por colores, florecían de los tarros como ramos de plástico. La mayor colección era de color azul. Junto a los bolígrafos, una hilera de tarros más pequeños contenía una selección de los objetos que se podrían encontrar acumulando pelusas en el fondo de un bolso. Tubos de pintalabios. Tiques de compra. Monedas sueltas. Debajo de ellos, había cestas rebosantes de montañas de gafas y llaves. Las cajas ocupaban el último

estante más cercano a las nubes, cada una llena de una impresionante colección de calcetines desparejados.

—Odio admitirlo —dijo Keishin—, pero a excepción de los pintalabios, este puesto me recuerda un poco a mi antigua habitación de la residencia universitaria durante la semana de exámenes finales. La única diferencia es que mi basura no estaba organizada en cestas. Era una pista de obstáculos por el suelo.

—No me sorprende —respondió Hana—. Todo lo que vende este puesto viene de tu mundo. La puerta que comparten la casa de empeños y el restaurante de ramen no es el único camino hacia él. A veces, aparecen grietas. Las cosas que se pierden o se olvidan en los rincones polvorientos de vuestro mundo caen a través de ellas. —Sacó una tarjeta de crédito de color dorado de un pequeño montoncito—. Antes coleccionaba estas cosas. Tu mundo tiene marcapáginas muy bonitos.

—Eh, sí. Muy bonitos. —Keishin contuvo una risa—. Se acabó lo de encontrar neutrinos: por fin he resuelto el mayor misterio de la vida. Siempre me he preguntando a dónde iban a parar los calcetines que desaparecían de mi lavadora.

Keishin extrajo una moneda de un tarro y la hizo girar sobre sus nudillos.

Un hombre vestido con un abrigo hecho de retales de múltiples colores apareció desde detrás del puesto. Keishin vio la parte inferior de una corbata de rayas grises y rojas cosida a una manga de una camiseta de recuerdo de un parque temático cerca de la cintura del abrigo. El vendedor los saludó con una profunda reverencia y una sonrisa que era tan alegre como su abrigo. Miró la moneda que tenía Keishin en la mano.

—¿Está interesado en ese artículo? Se llama «moneda». En el otro mundo la utilizan para pagar las cosas. Y se supone que las monedas que tienen un agujero en el centro, como la que usted tiene en la mano, dan buena suerte.

—Qué… interesante.

Keishin volvió a meter la moneda en el tarro.

—Acabo de recibir un nuevo envío de carteras —dijo el vendedor —. Todavía no he tenido oportunidad de exponerlas, pero puedo traérselas si quiere echarles un vistazo.

—Gracias, pero no estamos aquí para comprar nada. Nakajima-san nos ha dicho que usted podría proporcionarnos respuestas para algunas preguntas que tenemos —explicó Keishin.

—¿Nakajima Natsuki? ¿La recadera?

—Sí —respondió Keishin.

—Si Natsuki los ha enviado a hablar conmigo, entonces doy por hecho que no sería sensato pronunciar en voz alta las preguntas de las que desean respuestas. —El vendedor buscó un cuaderno en la parte de atrás de la tienda y sacó un bolígrafo azul de uno de los tarros expuestos—. Tome —dijo, y se los entregó a Keishin—. Escriba su pregunta, y veré lo que puedo hacer.

Él cerró la mano alrededor del bolígrafo, sorprendido al darse cuenta de que su peso y su forma le resultaban familiares y extraños al mismo tiempo. No podía recordar un solo día en el que no hubiera usado un bolígrafo para apuntar un recordatorio o alguna idea antes de salir corriendo para una clase o trabajar en el laboratorio de la universidad. Tenía dos bolígrafos dentro de una taza descascarillada sobre su mesita de noche para todas las noches demasiado frecuentes en las que alguna de las preguntas que habitaban en su cabeza decidía que no podía esperar hasta la mañana para ponerse a parlotear en su oído. Pero Keishin no había empuñado ningún bolígrafo desde que había llegado al mundo de Hana, y esa noche le parecía más un artefacto exótico que una herramienta común. Abrió el cuaderno del vendedor y escribió una pregunta en una hoja en blanco. Deslizaba el bolígrafo sobre el papel siendo muy consciente de cada trazo. El control era un lujo en un mundo en el que no había hecho más que perseguir una respuesta extraña tras otra mientras huía para salvar su vida. Saboreó cada segundo de ello.

El vendedor recorrió el cuaderno con la mirada. Entonces, arrancó la página y la quemó con la llama de un farol. Sopló para apagarla y desperdigó las cenizas de la página sobre la nube.

—Voy a tener que hablar con Natsuki por haberlos enviado hasta

aquí —dijo, después de asegurarse de que la nube se hubiera tragado todas las cenizas—. Creo que voy a pasarme un tiempo sin hacer negocios con ella.

—¿Puede ayudarnos? —preguntó Hana—. Mi padre…

El vendedor levantó la mano.

—No quiero saber qué razones tienen. Cuanto menos sepa, mejor. Solo voy a ayudarlos porque sé que Natsuki ya les habrá hecho pagar un precio considerable por una respuesta que no ha podido darles. —El vendedor sacó un taburete y se sentó. Se encorvó sobre el cuaderno y escribió de una forma tan febril que a Keishin le preocupaba que fuera a romper el papel. Cuando terminó, arrancó dos páginas, las dobló por la mitad y se las entregó a Hana.

—Esto es todo lo que sé.

—Tenemos una gran deuda con usted —dijo ella.

—Pueden pagármela marchándose del Mercado Nocturno y no volviendo jamás. Ni siquiera deseo saber sus nombres. Pero ustedes pueden saber el mío: es Nakano Yasuhiro. Díganle a mi madre que yo los he enviado. —El vendedor metió la mano en un tarro y le lanzó una moneda a Keishin—. Y llévense esto para que les traiga suerte. La van a necesitar.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

La Biblioteca de lo Perdido

Hana se encontraba entre las sombras de un bosquecillo de bambú, aferrando las páginas que le había dado Yasuhiro. Las arrugó en su puño.

—Tenía razón con lo de que ese rumor era atroz. Esos pobres niños…

—No eran niños, Hana —dijo Keishin.

—No es culpa suya que no tuvieran almas. Es culpa mía y de mi padre.

—Eso ocurrió mucho antes de que tú nacieras, antes incluso de que la casa de empeños fuera responsabilidad de tu padre.

—No importa. Sigue siendo la vergüenza de mi familia.

—No sabemos toda la historia.

—Sabemos lo suficiente. Sabemos que el abuelo del vendedor era un recadero, y que los Shiikuin le ordenaron recoger un paquete de la casa del Horishi y enterrarlo. Y ahora sabemos lo que resultó ser ese paquete. —Se le rompió la voz—. Un niño sin alma.

—Es una historia terrible, ¿pero no lo ves, Hana? Ahora tenemos un rastro real que podemos seguir. La madre de Yasuhiro sabe dónde llevó su padre al niño, el campo donde oyó las voces y los llantos de los niños bajo el suelo. Tiene que ser el mismo lugar donde los Shiikuin encerraron a tu madre. ¿Qué otro castigo puede haber que sea más cruel para una madre que echa de menos a su hija desesperadamente?

★★★

El sol resplandecía por detrás de las nubes mientras Hana y Keishin subían por los pequeños escalones tallados en el lateral de la pared gris de una montaña. El camino serpenteante, resbaladizo a causa del desgaste, era la única alternativa para entrar y salir de un pueblo que no parecía querer que lo encontraran. Solo las puertas de madera que salpicaban la ladera delataban el poblado de origen de Yasuhiro. Hana se agarró a una cuerda de seguridad que recorría toda la longitud de los escalones y trató de mantener los ojos alejados del suelo.

—Nunca pensé que diría esto —comentó Keishin—, pero prefiero las escalerillas del Mercado Nocturno antes que esto. Quienquiera que tuviera la idea de excavar casas en una montaña tenía que estar muy necesitado de emociones en la vida.

—Podría ser peor.

—¿Cómo?

—Podríamos estar subiendo estos escalones por la noche o bajo la lluvia.

—No le des ideas al tiempo. —Keishin sujetó la cuerda con más fuerza—. Ya te he dicho que me odia.

Hana puso los ojos en blanco.

—Y yo te he dicho que la lluvia que nos ha estado persiguiendo por ahí ha sido culpa mía.

—Vale. No voy a discutir contigo. Al menos, no hasta que encontremos a la madre de Yasuhiro y estemos a salvo detrás de una de estas puertas.

Dos niños bajaron corriendo por el camino en dirección a Hana, sin fijarse ni preocuparse por lo estrechos y resbaladizos que eran los escalones. Le sonrieron a la joven e hicieron una reverencia.

La visión de unos niños monstruosos y sin almas ocupó el lugar de los dos que estaban frente a ella, que se quedó paralizada. Keishin le dio un apretón de apoyo en el hombro, como si le estuviera leyendo la mente. Hana parpadeó para alejar la imagen.

—Oh… Eh…, hola. ¿Sabéis dónde vive una mujer llamada Nakano Hiroko?

El más bajo de los niños señaló una puerta que estaba justo encima de ellos.

—Pero nunca está en casa —dijo el mayor—. Se pasa todo el día en la biblioteca.

—¿Y dónde está la biblioteca? —preguntó Keishin.

Los niños señalaron una puerta en la parte superior de los escalones.

—Allí.

★★★

La puerta de la biblioteca era más alta y ancha que cualquiera de las puertas castigadas por el viento de la ladera de la montaña. Era tan reluciente y negra como la tecla de un piano, y, a excepción de su aldaba de latón, mostraba pocas señales de desgastamiento. Un dragón ennegrecido sostenía un anillo en la boca, esperando a que los visitantes se acercaran a él. Hana hizo sonar el anillo dos veces contra la puerta. Unas pisadas arrastradas resonaron desde el otro lado.

—¿Hola? —dijo la voz de una mujer a través de la puerta.

—Hola —respondió Hana—. Estamos buscando a Nakano Hiroko.

La puerta se abrió hacia dentro con un fuerte chirrido.

—Esa soy yo —dijo la mujer que se encontraba en el umbral. Tenía el pelo tan gris como la roca en la que estaba tallada la biblioteca, y su sonrisa era tan cálida como el sol que brillaba sobre la nuca de Hana.

—Nakano-san. —Hana hizo una reverencia—. Mi nombre es Ishikawa Hana, y este es mi amigo Minatozaki Keishin. Su hijo Yasuhiro nos ha dicho que usted podría ayudarnos a encontrar… —La joven titubeó, reticente a mencionar abiertamente a los niños sin alma— una cosa.

—No sé qué es lo que están buscando, pero si se les ha extraviado «una cosa» —dijo Hiroko con una sonrisa—, entonces la Biblioteca de lo Perdido es un buen lugar para empezar la búsqueda.

★★★

Unas altísimas estanterías de piedra, esculpidas en la montaña, se extendían desde la enorme sala de lectura circular como si fueran los rayos del sol. Las luciérnagas, en enjambres mucho más grandes que en la tetería de la abuela de Hana, revoloteaban por encima de los estantes e iluminaban los pasillos de la biblioteca con su luz danzarina. Hana pasó la mano por encima de las marcas de cincel de los estantes, tratando de imaginar el tiempo y la voluntad que habrían hecho falta para tallar una biblioteca que se parecía más a una fortaleza que a un lugar que almacenara libros polvorientos y pergaminos.

—Puedo ver que tienen la misma pregunta escrita en la cara que todos los que visitan esta biblioteca por primera vez —dijo Hiroko—. Quieren saber qué clase de tesoro requiere la seguridad de un santuario así de formidable. Yo también quería saber la respuesta a esa pregunta desde que puse el pie aquí por primera vez, de pequeña, pero el mapa de mi piel me dijo que mi deber era estar junto a mi marido en el Mercado Nocturno. Mi pregunta tuvo que esperar hasta que me jubilara.

—¿Y ha hallado la respuesta? —preguntó Hana.

—Pues sí. La biblioteca lo protege todo, y nada en absoluto. Los libros no encuentran su valor cuando alguien los escribe. Encuentran su valor cuando alguien los lee. Todos los libros de aquí tienen al mismo tiempo un valor insignificante e incalculable. Depende de a quién se le pregunte. Como todavía no he tenido el placer de leer ni la mitad de la colección de la biblioteca, puedo decir que solo los libros que he sacado de los estantes y he guardado en mi corazón son verdaderamente preciados. —Hiroko señaló una estantería al otro lado de la habitación—. Esa sección de la biblioteca es mi favorita. Es donde viven todos los finales posibles. Cuando un escritor cambia de idea sobre el destino de un personaje, los caminos alternativos de su historia acaban llegando hasta aquí. Ahora están en silencio, pero cuando los libros se despiertan, a todos los finales les gusta discutir sobre cuál de ellos es el mejor.

—Creo que podría vivir en este lugar —dijo Keishin.

—Comparto su sentimiento —respondió Hiroko entre risas—. Yo soy un elemento fijo de este lugar tanto como lo son estas

estanterías.

—¿Por qué se llama la Biblioteca de lo Perdido? —preguntó él, examinando los estantes.

—Se llama así por su valiosa colección —explicó Hiroko—. La biblioteca alberga un pequeño tesoro al que el puesto de mi familia en el Mercado Nocturno ha contribuido a lo largo de los años. A veces, cosas mucho más preciadas que los bolígrafos y las monedas caen a través de las grietas, y nosotros traemos esos objetos aquí. Cartas de amor sin enviar. Historias abandonadas. Diarios de la infancia. Postales amarillentas. Libros prestados que se olvidaron debajo de una cama y jamás se devolvieron. ¿Estaban interesados en algo en particular? Los libros del otro mundo son bastante extraños, pero vale la pena hojearlos.

—No estamos buscando un libro, Nakano-san —dijo Hana—. Estábamos esperando que nos ayudara a encontrar un lugar.

—¿Un lugar?

—El lugar donde su padre oyó niños llorando bajo el suelo.

La mujer le tapó la boca con la mano a Hana y miró rápidamente a su alrededor.

—No se atreva a decir ni una palabra más.

★★★

Hiroko los condujo hasta un rincón oscuro de la biblioteca cuyas estanterías estaban cubiertas de telarañas y una gruesa capa de polvo.

—Esta sección reúne todas las historias con finales felices. Como pueden ver, no es demasiado popular. Hasta las luciérnagas evitan este lugar.

—¿Por qué? —preguntó Keishin.

—La gente viene hasta aquí para escapar, no para envidiar. —Hiroko miró el pasillo vacío—. Podemos hablar aquí.

—Ojalá no tuviéramos que preguntarle por los niños —dijo Hana—. Pero hay vidas que dependen de ello.

—No sabía que unas palabras que pronuncié cuando era pequeña me perseguirían hasta la vejez. Supongo que este es mi castigo por

difundir un secreto que no me correspondía compartir. Lo único en lo que podía pensar entonces era que no quería ser como esas cartas que había descubierto.

Los ojos de Hiroko se volvieron vidriosos a causa de las lágrimas.

—¿Cartas? —preguntó Keishin.

—Las cartas perdidas y sin enviar del otro mundo. Las encontré pudriéndose dentro de una caja húmeda y desmenuzada. Olían mal y estaban cubiertas de moho y tierra, con todos sus sentimientos y sus palabras en descomposición. Eso es lo que pasa cuando las palabras se quedan sin pronunciar. No importa lo hermosas que sean. Con el tiempo, todo se pudre. Así fue como supe que el secreto de mi padre también se había podrido dentro de mí. Podía oler su hedor. Tenía que contárselo a alguien. A quien fuera. Se lo conté a un amigo, el hijo de un recadero, y le hice jurar que no se lo contaría a nadie. Antes de que el día terminara, todos en el mercado sabían mi crimen. Y ahora ustedes han traído mi vergüenza hasta el único lugar donde pensaba que jamás volvería a encontrarme.

—Lo sentimos —dijo Hana—. No nos habíamos dado cuenta de que esto le causaría tanta aflicción.

—La culpa no es suya, sino mía. Mi padre no sabía que lo había seguido hasta el campo. Siempre decía que era demasiado curiosa para mi propio bien, y tenía razón. No hay ni un solo día en el que no me arrepienta de haberme escondido en las ruinas de ese templo y haber visto el «paquete» que los Shiikuin habían ordenado enterrar a mi padre entre las flores silvestres. —Hiroko se cubrió las orejas con las manos y cerró los ojos con fuerza—. Los niños… Sus voces… Todavía puedo oírlas elevándose desde el suelo, más fuertes que el borboteo del riachuelo.

—¿Dónde está ese campo, Hiroko-san? —preguntó Hana.

La mujer bajó las manos a los costados.

—Por favor, créanme cuando les digo que ese no es un lugar que les gustaría visitar.

—No tengo elección. Necesito ir allí.

—La única elección que nos queda en este mundo es la de contentarnos con lo que tenemos —dijo Hiroko—. Pero yo era una niña obstinada y codiciosa que quería ver algo más que el mundo al

otro lado de mi ventana. Desobedecí a mi padre. Es un error con el que tendré que vivir durante el resto de mi vida. El llanto dentro de mi cabeza no me dejará olvidarlo jamás. Me lo llevaré conmigo a la tumba, no importa cuánto se pudra su secreto dentro de mí.

★★★

Keishin estaba sentado en los escalones de la montaña, sin atreverse a dejar que sus ojos se alejaran de sus pies. No quería mirar a Hana. La búsqueda de su madre y de su padre había llegado a su fin, convirtiéndose en el último añadido a la colección polvorienta de la biblioteca de cosas perdidas y sin terminar.

—Lo siento, Hana. Lo hemos intentado.

Ella miró hacia el valle.

Keishin llevó la mano a la suya y entonces cambió de idea. Abrazarla tan solo iba a hacer que se sintiera más impotente. No había nada que pudiera decir para consolarla; no tenía forma de abrazarla lo bastante fuerte como para hacerle sentir que todo iba a salir bien. Se metió las manos en los bolsillos, y algo duro y frío le rozó las yemas de los dedos. Sacó la moneda que le había dado Yasuhiro. No había conseguido darles ninguna suerte, y Keishin estuvo a punto de arrojarla por la montaña. Sujetó la moneda, la elevó sobre su hombro y se detuvo, recordando una forma de darle mejor uso. La puso sobre el escalón y la hizo girar, siguiendo un guion que venía de otra vida. La moneda rodó peligrosamente cerca del borde de la montaña, ralentizando los pensamientos de Keishin y amortiguando el ruido dentro de él lo suficiente como para oír el consejo de un buen amigo.

★★★

Keishin se apresuró a abrirse paso a través del restaurante indonesio abarrotado y estuvo a punto de chocar con un camarero. Apartó una silla frente a Ramesh y se sentó, jadeando.

—Necesito encontrar un campo.

—¿Un campo? —Ramesh dejó su tenedor—. Eso sí que es nuevo. ¿Qué clase de campo?

—De la clase que se usa para enterrar secretos.

Ramesh se frotó la barbilla.

—Interesante. Continúa.

—La única persona que sabe dónde está se niega a decírmelo. He llegado hasta un punto muerto.

Ramesh cruzó los brazos por encima de su pecho.

—¿Qué ha dicho esa persona exactamente?

—Hiroko ha dicho muchas cosas, solo que nada que fuera útil.

—Bien.

Ramesh se metió una cucharada de verduras con arroz al curri en la boca y masticó con lentitud.

—¿Cómo que bien?

—Podría haberse limitado a decir que no cuando le preguntaste por la ubicación de ese lugar, y ese habría sido el fin de esta conversación. Sería una pena desperdiciar toda esta comida. «Muchas cosas» nos da algo con lo que trabajar.

—Ojalá fuera cierto. Pero Hiroko no dejó de hablar y hablar sobre lo mucho que se arrepentía de haber seguido en secreto a su padre hasta el campo.

Ramesh sonrió.

—Ya estamos llegando a algún sitio.

—¿De verdad?

—Si Hiroko siguió a su padre sin que él lo supiera, entonces supongo que encontró un buen lugar donde esconderse.

—Así es. Se escondió en un… —Keishin alzó las cejas. Se levantó de su asiento de golpe, derribando la cerveza—. Gracias, Ramesh. Ya puedo seguir yo desde aquí.

—De nada. —El hombre soltó un suspiro, mirando con anhelo la comida que apenas habían tocado—. Buena suerte.

★★★

La moneda giratoria se cayó del lateral de la montaña, llevándose con ella la ensordecedora negativa de Hiroko a revelar la ubicación del campo. En el silencio, Keishin oyó todas las palabras que había dicho.

—Se escondió en un templo en ruinas… eso es.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hana.

—Sé cómo encontrar el campo.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Puede que Hiroko no nos haya dicho su ubicación exacta, pero ya fuera de forma intencionada o no, nos dio una oportunidad para dar con él. Creo que una parte de ella quería liberar el secreto. Nos ha contado tres cosas sobre el campo que antes no sabíamos. Primero, que hay ruinas de un templo cerca del lugar donde su padre enterró a la criatura. Segundo, que el campo está cubierto de flores silvestres. Y tercero, que hay un riachuelo cerca. Un templo en ruinas. Flores silvestres. Un riachuelo. Eso debería acotar nuestra búsqueda considerablemente.

Hana se puso en pie de golpe.

—Necesitamos un mapa.

★★★

Aquel lugar se parecía más a un campamento que a una estación de tren. Un surtido de tiendas de campaña coloridas corría a lo largo de las vías, algunas tan grandes como casas de tamaño decente. La gente cocinaba sobre hogueras en el andén, mientras que otros tendían su ropa lavada de unas cuerdas colgadas entre los postes de la estación. Algunos hasta habían conseguido plantar huertos de verduras. Los niños se perseguían entre las tiendas, riendo mientras corrían. Keishin pensó que nadie parecía estar preocupado por que el cartel que debía anunciar las horas de llegada de los trenes estuviera en blanco.

Hana volvió junto a él con un puñado de mapas.

—Esto es todo lo que he podido conseguir.

Keishin miró la aldea improvisada sobre el andén.

—¿Por qué están acampados aquí?

—Están esperando a sus trenes.

Keishin levantó las cejas.

—¿Cuánto llevan esperando?

—Un tiempo.

—¿Con qué frecuencia pasan los trenes?

—Esto no es como la Estación de Tokio. Los trenes de aquí no siguen un horario. Llegan cuando llegan. Algunos de los pasajeros han nacido esperando aquí, y otros morirán sin haber llegado a atisbar siquiera su tren.

—¿Y ellos están conformes con eso?

—No tienen elección. Las vías férreas no siempre se quedan en un lugar, sobre todo las que viajan sobre los océanos. Las corrientes cambian. Las vías pueden quedar a la deriva y obligar a los trenes a dar desvíos muy largos —explicó Hana—. Ven. Tenemos que encontrar un lugar donde podamos mirar estos mapas.

★★★

Caminaron hasta una zona menos abarrotada de la estación.

—¿Quieres oír algo extraño? —preguntó Keishin.

—¿Más extraño que trenes que se pierden en el mar?

Hana se arrodilló en el suelo y colocó los mapas.

—Tan extraño, no —dijo él con una sonrisita—. No me gustan los mapas.

—¿Por qué no?

—Me recuerdan a todas las cosas que la gente finge saber, todas las cosas que nos inventamos para que nos hagan sentir que lo entendemos todo y tenemos el control. Los mapas son una forma de arte, más que una ciencia. Están diseñados a discreción de sus creadores. Algunas cosas se empequeñecen, otras se agrandan; algunos lugares se mantienen y otros se quitan. Trazamos líneas rojas y gruesas alrededor de los espacios que reclamamos como nuestros, como si de verdad pudiéramos ver dónde termina un espacio y comienza otro. Pero las fronteras no son más que constructos. Solo existen en nuestras mentes.

Hana se quedó en silencio, sin saber muy bien cómo estar completamente en desacuerdo, pero de forma educada. Las fronteras eran reales, y las más difíciles de cruzar no eran las líneas invisibles entre pueblos y ciudades, sino los muros que la gente construía a su alrededor. Las fronteras eran necesarias. Mantenían

los secretos a salvo.

—Entonces, te alegrará saber que nuestros mapas son un poco diferentes a los que estás acostumbrado.

Extendió un mapa por el suelo y reveló una página en blanco.

—Ya lo veo —dijo Keishin, agachándose junto a él—. ¿Cómo podemos encontrar algo en él?

—Los mapas ubicarán el lugar por nosotros. Si se lo pedimos con suficiente amabilidad.

—Teniendo en cuenta que yo nunca he mantenido una conversación con un mapa, seguramente tendrías que ser tú quien hablase.

Hana alisó los bordes del mapa.

—Disculpe, ¿podría ayudarnos a encontrar un campo?

El mapa tembló en el suelo. Una cordillera montañosa con forma de cuarto creciente se formó sobre su superficie, arrugando la página. El mapa se ondeó y talló un campo dentro de la curva interior de la cordillera. Se agitó como si le estuviera preguntando a Hana si era aquel el que estaba buscando.

—Es un campo con flores silvestres y un templo —dijo ella—. Y un riachuelo.

Las montañas se desvanecieron, dejando el papel tan liso como lo estaba antes de que aparecieran. El mapa volvió a plegarse a sí mismo en un rectángulo.

—A lo mejor el siguiente mapa sabe dónde está —sugirió Keishin.

Hana extendió un segundo mapa y le hizo la misma pregunta.

El mapa volvió a plegarse solo.

Keishin se mordisqueó la uña del pulgar.

Hana desplegó el tercero y le preguntó por el campo. Habló con lentitud, para asegurarse de que el mapa comprendiera cada palabra.

El mapa se quedó plano e inmóvil. Hana fue a alcanzar el cuarto, pero entonces el tercero tembló. Dos montañas se elevaron en esquinas opuestas de la hoja en blanco, dejando un valle entre ellas. El valle se arrugó y formó un templo. Una línea se rasgó en mitad del valle, exponiendo el suelo que había debajo.

—Kei… —Hana tenía la mirada clavada en la rasgadura,

embelesada—. Creo que eso es…

—Un riachuelo —dijo él, apretándole la mano.

Un tren retumbó por encima de su voz, y unos vítores estallaron por el campamento. Un cuarto de las personas que había en el andén corretearon por ahí, metiendo sus pertenencias en maletas y equilibrando entre los brazos cosas que no cabían en ellos. Un hombre hizo que su hija pequeña se le subiera a los hombros y comenzó a correr hacia el tren con dos abultadas maletas en cada mano. Su hija se mecía mientras él corría, aferrando una maceta con una planta pequeña contra el pecho. El reducido grupo con el que habían compartido una tienda corrió detrás de ellos para despedirse con la mano.

Keishin ignoró la conmoción, y centró su atención en la larga franja de papel que estaba flotando ahora sobre el mapa. Se retorció por el aire, haciéndose trizas en pequeños pedacitos con aspecto de pétalos. Los fragmentos se volvieron de un azul pálido antes de caer como una lluvia por encima del mapa y desperdigarse sobre el valle de papel.

—Flores silvestres…

El mapa se quedó inmóvil. Los fragmentos volvieron a unirse, y en menos de un parpadeo el mapa quedó inmaculado y entero. Los trazos de un pincel invisible aparecieron con lentitud sobre la página en el lugar donde había estado el valle, revelando la ubicación del campo mientras pintaban con cuidado una palabra tras otra.

—¡Lo hemos conseguido!

Keishin rodeó a Hana con los brazos mientras el tren salía de la estación.

Más palabras se formaron sobre el mapa. Los ojos de Hana recorrieron con rapidez las indicaciones completadas. Entonces, se puso tensa entre los brazos de Keishin.

Él la soltó.

—¿Qué pasa?

—Sé dónde está el campo. —Miró fijamente las vías vacías—. Y acabamos de perder el tren que el mapa nos ha dicho que tenemos que abordar para llegar hasta allí.

★★★

Un manto de silencio se extendió sobre la aldea de tiendas mientras sus residentes se retiraban a sus casas improvisadas y se iban a la cama. Todavía quedaban algunos grupos apiñados alrededor de las hogueras que mantenían conversaciones en voz baja. Llevaban horas hablando de lo mismo, y ninguno de ellos se cansaba de revivir la llegada del tren que había tenido lugar ese mismo día.

Hana estaba sentada entre un pequeño grupo reunido en un círculo alrededor del fuego, calentándose las manos junto a las llamas.

—¿Qué pasa si el tren no vuelve nunca?

Keishin la rodeó con un brazo.

—Lo hará. Tiene que hacerlo. Hemos llegado demasiado lejos como para rendirnos ahora.

—Sois nuevos aquí, ¿verdad? —dijo un hombre mayor que estaba sentado junto a Keishin.

—Así es —respondió Hana.

—Bienvenidos. Yo soy Ono Aritomo. Siempre distingo quiénes son los recién llegados. —El hombre les mostró una sonrisa casi sin dientes—. Son los que tienen prisa. Yo también era así cuando llegué aquí con mi madre.

—¿Su madre? —preguntó Keishin, tratando sin éxito de ocultar la sorpresa en su voz.

Aritomo sonrió.

—Entonces yo era un chico de apenas doce años. Me casé y crie a una familia aquí. El tren de mi esposa llegó hace diez años, y nuestro hijo se fue con ella.

—Siento mucho oír eso, Ono-san —dijo Hana.

—¿Por qué? —Aritomo se rascó la barbilla—. Mi esposa estaba haciendo su propio viaje, y yo estoy haciendo el mío. Cuando llegó su tren, tuvo que montarse en él. No hay nada que sentir. He vivido una buena vida. He sido hijo, marido y padre. Para muchas de las personas que hay aquí, soy un amigo. He cultivado un huerto y he alimentado a los hambrientos, y he montado una tienda donde los extraños han encontrado descanso. ¿Qué más puede pedir un

hombre? Nunca se nos promete llegar a nuestro destino. Solo tenemos prometido el viaje. Y esperar es parte de ese viaje.

Keishin asintió lentamente.

—Es usted un hombre sabio, Ono-san.

Aritomo negó con la cabeza.

—No soy más sabio que cualquiera de los que esperan aquí. Hemos sido bendecidos con tiempo para pensar. Eso nos ha permitido darnos cuenta de que la vida consiste en hallar la alegría en el espacio entre el lugar del que vienes y el lugar adonde vas. Puede que yo nunca llegue a donde quiero ir, pero puedo echar la vista atrás en mi vida y decir que no he desperdiciado ni un solo segundo de ella sintiéndome resentido por no estar en otro lugar. La felicidad no existe en un sitio. Vive en cada aliento que tomamos. Tenemos que elegir respirarla, una y otra vez.

Las palabras de Aritomo calentaron a Keishin más de lo que lo hacía la hoguera, llenando espacios vacíos en su interior que no sabía que tenía.

—Doy gracias por haberlo conocido.

—No hay necesidad de darme las gracias. Me he relacionado a toda clase de personas durante mis años en esta estación de tren. Algunas pasan por aquí con rapidez, y otras se quedan durante un tiempo. Todas las personas con las que me he cruzado jamás, sin importar lo breve que fuera el encuentro, se han llevado algo o bien han dejado algo atrás. La gente maleducada puede arrancarte la sonrisa de la cara. La gente amable puede devolvértela. He aprendido que no se puede ganar nada robando la felicidad de otra gente. Da igual cuánta hayas robado; no es algo que puedas utilizar jamás para ti mismo.

★★★

Hana estaba aovillada junto a Keishin, moldeada contra su pecho.

—¿Tú podrías ser feliz aquí? ¿Un huerto de verduras en el andén de una estación de tren podría hacerte tan feliz como los neutrinos y las estrellas?

Keishin le acarició el hombro con el pulgar.

—Por mucho que me gustaría fingir que soy tan sabio como Aritomo, sé que no podría darme por satisfecho aquí.

—¿Por qué?

Ella se giró para mirarlo.

—Porque me niego a romper la promesa que te he hecho, Hana. Vamos a encontrar a tus padres, de una forma o de otra. No me importa lo lejos que esté el campo, lo difícil que sea llegar hasta allí, o cuántos Shiikuin nos persigan. Los encontraremos.

—Lo siento —le susurró a Hana una mujer que estaba compartiendo la tienda con ellos. Se apartó el pelo oscuro del rostro moreno y se lo recogió en un moño suelto—. No pretendía escuchar vuestra conversación.

—Siento… siento haberte despertado —tartamudeó Keishin.

—¿Has dicho que estabas buscando a tus padres? —preguntó la mujer—. ¿Y que los Shiikuin os están buscando? —Hana palideció—. No os preocupéis. Puedo guardar vuestro secreto. Mi nombre es Keiko, y no soy amiga de los Shiikuin. Sé lo crueles que pueden ser. Yo perdí a mi padre por ellos. Estaba enfermo y se había quedado dormido en su puesto del Mercado Nocturno, y los Shiikuin lo persiguieron hasta el río por ello.

—Lo siento —dijo Keishin, recordando la historia que Hana le había contado.

—Hay otra forma de llegar adonde queréis ir aparte del tren —aseguró Keiko.

—¿De verdad? —preguntó Hana—. Pero el mapa nos ha dicho que…

—Ningún mapa sugeriría esta forma de viajar —explicó la mujer—. Tan solo se habla de ella en los rincones más oscuros del Mercado Nocturno, y solo lo hacen los más desesperados.

—¿Por qué? —dijo Keishin.

—Porque la gente cree que es algo vergonzoso y deshonroso —respondió Keiko—. Pero, si las vidas de las personas que quiero dependieran de ello, creo que yo no me preocuparía por el honor.

—Y yo tampoco —le aseguró Hana—. Tan solo es cuestión de tiempo que los Shiikuin nos encuentren aquí. No podemos permitirnos el lujo de esperar a que llegue nuestro tren.

Keiko asintió con la cabeza.

—El Camino Prohibido os llevará a cualquier lugar donde tengáis que ir, pero no será fácil.

—Lo haremos —dijo Hana—. ¿Cuándo podemos marcharnos?

—Pronto. Hay algo que tenéis que hacer los dos primero.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Keishin.

—Beber.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
La tercera botella de sake

一杯目人を酒飲む二杯目は酒酒を飲み三杯は酒人を飲む
Ippai-me wa hito sake o nomi, nihai-me wa sake sake o nomi, sanbai-me wa sake hito o nomu.

«Es el hombre quien se bebe la primera botella de sake, después la segunda botella se bebe a la primera, y al final, es el sake quien se bebe al hombre». Hana se dio cuenta de que no había comprendido por completo ese antiguo proverbio hasta esa noche, en la estación de tren. Vació su vaso y se limpió el líquido que le goteaba por la barbilla con el dorso de la mano. El andén y todas las tiendas que había en él bailaban a su alrededor. Hizo un gesto para rechazar una cuarta botella cuando Keiko trató de volver a llenarle el vaso.

—Lo siento —dijo la mujer, vaciando lo que quedaba de sake en el vaso de Hana—. Pero es necesario.

—Salud —replicó Keishin, y entonces echó la cabeza atrás y se tomó su bebida de un trago. Unas sombras proyectadas por la hoguera bailaban sobre su rostro.

Hana entrecerró los ojos, observando la historia de las sombras que se desplegaba a través de la neblina de su cabeza. Keishin era un héroe con una misión, y no tenía ni idea de lo cerca que estaban los monstruos en realidad. Vació el vaso y lo dejó con un golpe sobre el suelo de la estación de tren.

Keiko asintió con la cabeza.

—Ahora podéis marcharos.

—Todavía no nos has contado cómo se supone que vamos a irnos —dijo Keishin.

—Esta próxima parte es más sencilla —respondió Keiko—. Lo único que tenéis que hacer es hablar, y lo único que tengo que hacer yo es

escuchar. El sake dentro de vosotros debería hacer que os resultase fácil decir lo que pensáis y seleccionar qué palabras susurrar.

Hana se masajeó las sienes, sin estar muy segura de si era el sake o el agotamiento de sus huesos lo que hacía que las palabras de Keiko fueran difíciles de comprender.

—No hay nada que viaje más rápido que un rumor —explicó la mujer—. Y los rumores que contienen más verdad son los más rápidos de todos. Esta noche, vais a elegir un rumor que difundir y montaréis en él hasta que lleguéis a vuestro destino.

Keishin se frotó los ojos.

—Lo siento, pero creo que no estoy lo bastante borracho para comprender cómo se supone que vamos a montar en un rumor.

—No tenéis que comprenderlo para que funcione —dijo Keiko—. Pero sí que tenéis que confiar en mí. El puesto de mi familia en el Mercado Nocturno vendía algo más que baratijas. Ofrecíamos una forma de escapar. Y mi padre me enseñó a hacerlo antes de morir.

—Dinos lo que tenemos que hacer —le pidió Hana.

—Hana. —Keishin la alejó del fuego—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Podría ser un truco. Keiko podría traicionarnos ante los Shiikuin.

—Tú eras un completo desconocido hace tan solo unos días —le recordó ella—. Y todavía no has roto tu promesa.

Keiko se acercó a ellos.

—¿Habéis cambiado de opinión?

—No —dijo Hana.

—Entonces, elegid vuestra verdad y poneos en marcha.

★★★

La elección era evidente. Hana jamás habría aceptado compartirla si hubiera estado sobria. Pero el sake que había dentro de ella le daba argumentos muy convincentes. No había ningún rumor que pudiera viajar más rápido que el secreto de Keishin. Él le tomó la mano mientras susurraba al oído de Keiko:

—Yo no soy de tu mundo.

Hana se observó a sí misma desvaneciéndose. Sus pies fueron lo

primero en esfumarse. Después les tocó a sus piernas, que desaparecieron poco a poco desde sus tobillos. Lo último en desvanecerse fueron sus ojos, y cuando estos ya no estuvieron, solo quedó la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

El rumor sobre un hombre llamado Minatozaki Keishin

«Yo no soy de tu mundo». Keishin se desintegró con cada palabra. La verdad que había susurrado al oído de Keiko volvió a convertirlo en el polvo de estrellas del que estaban hechas todas las cosas y lo lanzó hacia el aire y la oscuridad. Las partículas de su mente tan solo podían aferrarse a un único pensamiento. Incluso en forma de polvo, se sujetó a Hana, y lo que quedaba de ella se agarró a él.

Keishin flotó hasta que comenzó a materializarse desde el lugar que solía ser su estómago. No podía estar seguro; no tenía ojos para ver. Sintió como si lo cosieran átomo a átomo, y cuando tuvo párpados, los abrió y vio a Hana tomando forma.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella en cuanto tuvo labios para formar las palabras.

—Sea donde fuere… —Keishin miró a su alrededor. Una tienda los rodeaba, atestada de toda clase de cosas. Mantas. Cestas. Tarros. Libros. Estaban equilibrados en montoncitos, llenando todo el espacio disponible—. No creo que hayamos llegado demasiado lejos. Parece que todavía estamos en la estación.

Hana se dirigió hacia la solapa de la tienda y tiró de ella, pero esta se negó a moverse. Tiró más fuerte.

—No se abre.

Keishin trató de levantar una de las paredes de lona pero no fue capaz de encontrar ningún hueco entre la tienda y el suelo. La empujó y esta le devolvió el empujón, haciéndolo caer. Se puso en pie, dio tantos pasos atrás como se lo permitía el cúmulo de cosas, y embistió la tienda con el hombro. Chocó contra algo tan duro como el hueso, y un dolor explotó en su brazo. Retrocedió tambaleándose, aferrándose el hombro palpitante. Soltó un improperio y golpeó la

pared con el puño.

—¡Keiko! ¡Keiko! Déjanos salir.

Hana lo apartó de la pared.

—No sirve de nada; estamos atrapados. Tenías razón. Keiko nos ha traicionado.

—Hemos conseguido entrar. —Keishin empujó un montón de cestas—. Eso significa que hay una forma de salir.

Entonces, la tienda tembló de forma violenta y lanzó a Keishin y a Hana contra el suelo. Ella trató de ponerse en pie, pero él le agarró la mano.

—Quédate abajo.

El temblor se detuvo y una luz brillante se derramó en el interior de la tienda. Hana miró por encima del desorden y entrecerró los ojos. Ahogó un grito y se levantó.

—¡La puerta está abierta!

Keishin se puso en pie.

—¡Vamos!

Corrieron hacia la abertura, derribando las tambaleantes pilas de libros y saltando sobre una pista de obstáculos de mantas y ropa. Salieron de golpe de la tienda, protegiéndose los ojos de la luz. Keishin se apartó la mano de la cara justo a tiempo para ver a Hana desvaneciéndose.

★★★

Reunir los fragmentos desperdigados de sí mismo fue más rápido la segunda vez. O tal vez solo se lo pareció; era difícil tener noción del tiempo sin cuerpo. Keishin abrió los ojos. Hana estaba frente a él, con sus miembros volviendo a materializarse de la nada.

Ella miró sus manos recién formadas y flexionó los dedos.

—¿Qué nos está pasando?

Keishin miró rápidamente a su alrededor. Se encontraban debajo de un cenador hexagonal que estaba rodeado de un lago resplandeciente. Una luna llena flotaba en el agua. Extendió el brazo, pero un muro invisible impedía que sus dedos llegaran más allá del marco de madera del cenador.

—Otra trampa.

Hana miró el lago en calma.

—A mí no me parece que sea una trampa.

—¿Cómo llamas si no a un lugar del que no puedes marcharte?

El suelo se movió por debajo de ellos, provocando olas en el lago. Se agarraron a los postes del cenador. Una luz los bañó, como si se hubiera abierto una puerta invisible y hubiera dejado entrar el sol.

—Está volviendo a pasar —dijo Hana, y entornó los ojos ante el resplandor. Keishin dio un paso dudoso hacia la luz—. Kei, espera. —Hana le agarró el brazo—. Podríamos desvanecernos otra vez.

Él miró la luz con los ojos entrecerrados.

—A lo mejor eso es lo que se supone que tiene que pasar.

—¿Qué?

—A lo mejor tienes razón. A lo mejor esto no es una trampa.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Qué pasa si esto es lo que quería decir Keiko con lo de viajar en un rumor?

—¿Crees que estamos dentro de la mente de alguien?

—Hasta que le pasen el rumor a otra persona. —Keishin le tendió la mano a Hana—. Pero tan solo hay una forma de saberlo con seguridad.

★★★

Keishin descubrió que las mentes de la gente tenían muchas formas y tamaños diferentes. Algunas no eran más grandes que alacenas, mientras que otras eran de la longitud de un tren. Unas cuantas habitaciones apenas tenían nada en su interior, y había bastantes que estaban a rebosar de toda clase de cosas dispares. La más extraña hasta el momento había sido una habitación situada encima de un árbol, con cada centímetro de su suelo cubierto de una alfombra de tazas humeantes de té verde.

Keishin apareció dentro de una habitación curvada hecha de cristal y esperó a que Hana se volviera entera. El tiempo que pasaban dentro de cada habitación se volvía más corto con cada salto hacia la luz. Pensó que aquella era la naturaleza de un rumor. Conforme

iba creciendo, ganaba velocidad. Keishin contempló sus nuevos alrededores, esperando poder permanecer en ellos un poco más. Le gustaba aquella mente. Tenía la forma de un orbe y flotaba entre las estrellas.

—Es precioso —dijo Hana, admirando las constelaciones.

—Sí. —Keishin observó las estrellas parpadeando en sus ojos—. Lo es.

—Me pregunto qué clase de persona tendrá una mente así.

Hana pegó la palma contra la pared transparente.

—La clase de persona que me daría mucha envidia —respondió Keishin.

—¿Envidia? ¿Por qué? Yo me imagino que tu mente estaría llena también de nada más que estrellas.

—Ojalá fuera así. Pero, por desgracia, lo más probable es que no sea más que una habitación gris con mala luz, repleta de números y gráficos. Y tal vez una silla. Y una bolsa vacía de Funyuns. O dos.

—¿Funyuns? ¿Quiero saber lo que es?

—Pues no. Es una adicción horrible; no soy capaz de trabajar sin ellos. Me traje una maleta llena porque tenía miedo de no poder conseguirlos en Japón. Y, ahora que lo he dicho en voz alta, suena como la cosa más estúpida del mundo de la que preocuparme. —Keishin miró hacia las estrellas—. Es curioso cómo la mente encuentra formas de llenarse de cosas inútiles, como si tuviera miedo de estar vacía.

—O en silencio —dijo Hana.

El orbe tembló. Una luz atravesó el cristal.

Keishin le agarró la mano a Hana.

—Vamos —dijo, dirigiéndose hacia la luz.

★★★

Era imposible saber dónde terminaban las flores silvestres y dónde comenzaba el cielo. El azul de los pétalos combinaba a la perfección con el horizonte sin nubes. Keishin no se preguntó cómo podían florecer las flores en otoño; tan solo agradecía que fuera así.

El rumor los había dejado en un camino de tierra junto al valle de

las flores silvestres cuando un granjero no pudo encontrar a nadie más con quien compartirlo salvo por el caballo que tiraba de su carro. El caballo había relinchado y agitado la cola, sacudiéndose el rumor de encima como si fuera una mosca. Le importaba poco un hombre llamado Minatozaki Keishin, y todavía menos el mundo del que venía. Lo único que le importaba era llegar a casa, al cálido establo de la granja de su dueño, lejos del gigantesco campo azul que lo hacía estornudar. El rumor flotó en el aire entre el granjero y su caballo, se arremolinó durante un momento, y se fue flotando con el viento.

Hana se quedó boquiabierta cuando se le formó una mandíbula que pudiera abrir.

—Ya estamos aquí.

—Tendríamos que empezar a caminar si queremos encontrar el templo y el riachuelo —dijo Keishin—. Tenemos mucho terreno que cubrir.

—Este sitio es mucho más grande de lo que imaginaba. ¿Por dónde vamos a comenzar siquiera? —Entonces, un fuerte viento sopló en su dirección, provocando ondas a través de las flores silvestres. Hana inclinó la cabeza a un lado—. ¿Has oído eso?

—¿Oír qué?

El viento le azotó el pelo a Hana, que volvió a meterse los mechones sueltos en la coleta.

—Nada. Tan solo era el viento.

Una brisa besó la mejilla de Keishin y transportó el sonido de unas risas infantiles más allá de sus oídos. Se quedó paralizado en mitad del paso.

—Hana…

Ella lo miró a los ojos.

—Yo también lo he oído.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Bajo las flores silvestres

Del templo solo quedaban los *torii*, las puertas de piedra que señalaban la frontera entre lo secular y lo sagrado. Atravesarlas era entrar en el mundo de los espíritus. Pero, cuando Hana traspasó las puertas y cruzó un riachuelo que pasaba por las ruinas del templo, no se sintió como si estuviera en compañía de ningún dios que conociera. La belleza del campo solo se igualaba a lo opresivamente desolado y frío que le parecía más allá del umbral del templo.

—No me gusta esto —dijo, abrazándose el pecho con las manos.

—Ya somos dos —respondió Keishin.

—Ya no puedo oírlos. ¿Crees que estamos en el lugar equivocado?

—Este lugar encaja con la descripción de Hiroko. Tiene que ser aquí.

Entonces, una risita amortiguada se elevó desde el suelo.

Hana dio un respingo.

—Viene de allí —dijo Keishin, señalando una zona de flores

silvestres que eran más pálidas pero más densas que el resto del campo. Hana se agachó junto a ellas y pegó la oreja al suelo—. ¿Oyes algo? —le preguntó él.

Hana se llevó el dedo a los labios y cerró los ojos. Sonaron unas pisadas correteando por debajo de las flores.

—Suena como si estuvieran corriendo por ahí. Jugando. Hiroko nos dijo que estaban llorando cuando los oyó. Me pregunto qué habrá cambiado.

—No vamos a obtener ninguna respuesta aquí arriba —dijo Keishin, con los ojos clavados en la zona de flores—. Espero que tengas un par de palas en tu bolso.

—Pues no. —Hana metió el brazo hasta el codo dentro del bolso y rebuscó en su interior—. Pero mi padre tiene dos en el jardín, en un pequeño cobertizo cerca del estanque.

★★★

Las risas de los niños se fueron volviendo más fuertes cuanto más escarbaban. Hana se enfrentó al impulso de cavar más despacio. Aquel campo era su última pista, y si no encontraban a su padre o a su madre allí, no tenía ni idea de lo que iba a hacer después. Trató de visualizarlos en algún lugar seguro, pero su mente no era capaz de imaginar un mundo debajo del suelo que no hiciera que le entraran ganas de trepar por el agujero que ella y Keishin estaban cavando.

Las risas se acallaron, y Hana aferró con fuerza el mango de la pala.

—¿Por qué han parado?

Keishin apoyó la pala contra la pared del agujero y pegó la mejilla al suelo.

—Puedo oír movimientos. Todavía están ahí, pero creo que se han callado porque… ellos también nos están escuchando.

★★★

Hana ya no podía ver el campo desde donde estaba, en el fondo del agujero. El cielo estaba iluminado de púrpura y naranja por encima

de ellos. Pronto, el hoyo ya iba a ser demasiado profundo como para poder salir trepando, y el campo iba a estar demasiado oscuro como para que pudieran reconocer el camino de vuelta hacia la carretera. Huir ya no era una opción, sin importar lo que les estuviera esperando debajo del suelo.

Hana se secó el sudor de la frente y se dejó una mancha de barro en la cara. Todos sus músculos estaban ardiendo, pero eran las palmas en carne viva lo que más le dolía. Los guantes improvisados que había hecho con la tira de tela que había arrancado de la parte inferior de su blusa colgaban sueltos desde sus manos, amenazando con deshacerse en cualquier momento.

—Deberías descansar un poco —dijo Keishin.

—Estoy bien.

La joven apartó el dolor a un lado y siguió cavando.

—Espera. —Keishin clavó la pala en el suelo. Le tomó las manos heridas entre las suyas y, con cuidado, volvió a envolverle las palmas con la tela—. Así deberían aguantar un rato.

—Gracias —respondió Hana. Keishin le limpió el barro de la cara. La sangre se filtraba a través de la tela que envolvía la mano de él—. Estás sangrando.

—No es nada —dijo Keishin.

—Es un poco extraño que «nada» sea exactamente igual que la sangre.

—Tan solo es una herida pequeña. No es peor que el corte que te hiciste en el pie en la casa de empeños.

Hana miró hacia el cielo que se oscurecía.

—Parece como si ese día hubiera ocurrido hace una vida.

—Para mí, ocurrió hace una vida. Ya no soy la misma persona que apareció por tu puerta. He visto, he oído y… —los ojos de Keishin se detuvieron en ella— he sentido demasiadas cosas que nunca imaginé que fueran posibles. No sé lo que vamos a encontrar allí abajo, o lo que va a ocurrir después. Necesito que sepas que me impor…

—No.

—¿Que no qué?

—No digas que piensas que te importo. Esa noche en el *ryokan* fue

un error. Lo que sea que sintamos el uno por el otro es una ilusión; da igual lo real que parezca. Ya te dije cuando entraste por primera vez en mi mundo que aquí nada es lo que parece. Ni el cielo. Ni este campo. Ni yo. Te doy las gracias por todo lo que has hecho, de verdad, te las doy. Pero en algún lugar del camino nos permitimos creer que tú y yo éramos una posibilidad. Y no lo somos. Jamás podríamos serlo.

Unas garras irrumpieron desde el suelo y trataron de alcanzar las piernas de Keishin. Hana gritó.

—¡Corre, Hana! —El joven arrugó el rostro cuando unas uñas cubiertas de barro se le clavaron en la piel—. ¡Corre!

Hana empuñó su pala y golpeó esas manos terminadas en garras. Estas se aferraron a Keishin con más fuerza, tirando más de él hacia las profundidades del suelo. Hana le rodeó los hombros con los brazos y ancló los pies contra las paredes del agujero, que comenzaban a desmoronarse. Las manos embarradas tiraron con más fuerza y arrancaron a Keishin de su agarre.

Él se estaba ahogando con el barro.

—Vete.

Hana le aferró la mano herida. La piel de Keishin estaba resbaladiza a causa de la sangre, lo que hacía que se desenredara la tela que la envolvía.

—Aguanta.

Keishin la miró a los ojos.

—Lo siento —dijo, y entonces la soltó.

Un remolino de manos le agarraron la cabeza y tiraron de él hacia el suelo, para después volver a ocultarse en la tierra detrás de él.

—¡Kei! —Hana se abalanzó contra el lugar donde había desaparecido y escarbó con las manos—. ¡Kei!

Se desplomó hacia atrás, sollozando y con las manos cubiertas de barro. La franja de cielo por encima del agujero se volvió borrosa a causa de las lágrimas. Dejó que cayeran, rodaran por sus mejillas y regaran la superficie. La pala desapareció en el barro. Más manos brotaron de la tierra a su alrededor. Cerraron los dedos sobre las piernas y los brazos de Hana y la arrastraron hacia el suelo mientras ella gritaba.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Parecían niños

Las suaves risitas de los niños resonaban alrededor de Keishin. Se arrastró a ciegas sobre manos y rodillas, escupiendo barro. Se frotó la tierra de los ojos y pestañeó. Lo máximo que podía distinguir entre las sombras era una especie de túnel o cueva. Unas siluetas oscuras aparecieron cuando se puso en pie.

—¿Dónde estoy? —preguntó, mirando con los ojos entrecerrados las formas borrosas—. ¿Quiénes sois? —El eco de su voz le respondió, y las risas lo siguieron—. ¿Qué queréis de mí? —insistió Keishin.

—Juega con nosotros —respondió un coro de voces infantiles—. Queremos jugar.

—¿Jugar?

Su visión se aclaró. Un grupo de niños pequeños lo rodeaba, y la luz de sus faroles que brillaban débilmente quedaba tragada por sus ojos completamente negros y hundidos. Unos largos mechones de pelo ralo que apenas les cubría el cuero cabelludo se pegaban a sus mejillas cenicientas. Keishin retrocedió, tambaleándose.

Los niños subieron los faroles más alto, iluminando sus uñas cubiertas de barro y con aspecto de garras.

—Queremos jugar.

Un grito atravesó la oscuridad.

—¡Hana! —dijo Keishin, dándose la vuelta.

—¿Kei?

La voz de Hana resonaba a través del túnel, y Keishin se apresuró a seguirla. Los niños le clavaron las uñas en el brazo para sujetarlo, y sus dedos helados drenaban su calidez. Keishin se encogió. La única vez que había tocado a un cadáver había sido al sostenerle la mano a su padre para despedirse. Aquellos niños estaban más fríos, despojados del más mínimo residuo de vida. Tiraron de su brazo.

—Juega con nosotros.

—Lo… lo haré —dijo él, tratando de ignorar el frío que se filtraba hasta sus huesos—. Pero primero tengo que encontrar a mi amiga. Podemos jugar los dos con vosotros. Así nos lo pasaremos mejor.

Los niños se miraron, y después volvieron a mirar a Keishin.

—Nos lo pasaremos mejor —dijeron, imitando el tono de su voz.

—Lo haremos. Os lo prometo. Tan solo llevadme con Hana.

—¡Hana! ¡Hana!

Los niños se reían mientras pronunciaban su nombre al unísono.

—¡Hana! —Otros niños se reían entre las sombras del túnel—. ¡Hana!

Un grupo de chicos emergió desde la oscuridad, arrastrando a la joven entre ellos.

Keishin se liberó de los niños, su brazo se cortó con las uñas afiladas de estos, y estuvo a punto de volver a abrirse la herida cosida. Corrió hacia Hana.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Solo… solo estoy un poco mareada. —Se frotó la frente—. Me he golpeado la cabeza al caer.

—Jugad con nosotros —dijeron los niños—. Lo has prometido.

—Lo haremos —les aseguró Keishin—. Pero Hana no puede jugar ahora; necesita descansar. Y agua. Necesita agua.

—¡Agua! —Los niños se rieron—. Vamos a jugar en el agua. Venid. Lo has prometido. Venid.

—No —dijo Keishin—. Hana está herida. Necesita…

—Deberíamos ir con ellos —lo interrumpió Hana, hundiendo el

talón izquierdo en el barro. Cualquier lugar tiene que ser mejor que esto.

★★★

Keishin perdió la cuenta de cuánto tiempo estuvieron caminando a través del túnel, pero sentía el continuo descenso en los oídos. Tragó saliva con fuerza para despejárselos.

Hana caminaba junto a él.

—No tendrías que haberme soltado la mano —dijo.

—Y tú tendrías que haber huido cuando tuviste la oportunidad —replicó él—. Creo que a estas alturas ya hemos establecido que los dos somos demasiado tozudos para nuestro propio bien. ¿Podemos estar de acuerdo en que discutir sobre esto no tiene sentido?

—Yo no iba a discutir contigo. Iba a darte las gracias por cuidar de mí —respondió Hana—. Pero tienes que parar. Ya te lo he dicho. Aquí nada es lo que parece. Ni siquiera yo.

—No dejas de decir eso, como si supuestamente tuviera que comprender lo que quieres decir. Si no eres quien dices que eres, entonces, por el amor del cielo, dime la verdad, por favor. Me debes eso. Yo soy científico, Hana. Creo en lo que puedo ver y lo que puedo demostrar. Lo único que me has mostrado es una mujer que es desinteresada, fuerte, valiente y dedicada a la gente que quiere. Hasta que me brindes evidencias de lo contrario, lo que estás diciendo seguirá siendo una hipótesis. Y una mala.

Una luz donde debería haber habido oscuridad se derramó a través del final del túnel.

Hana se cubrió los ojos con las manos.

—¿Eso es el sol?

★★★

Los niños salieron corriendo del túnel hacia un jardín de rocas aparentemente infinito. Había árboles bien podados, arbustos esculpidos con diversas formas y fuentes de agua desperdigadas por el paisaje lleno de piedras. Un arroyo ancho que se movía con rapidez serpenteaba a través del jardín, corriendo bajo los puentes

arqueados y borboteando sobre los guijarros. Por encima, el sol iluminaba un cielo azul y casi despejado.

—¿Cómo es esto posible? —Keishin miró el cielo, boquiabierto—. Hemos estado bajando todo el rato. ¿Cómo hemos llegado a la superficie?

Hana miró las nubes que flotaban sobre ellos.

—No lo hemos hecho —dijo, señalando una nube—. Mira. —La nube se movió, revelando una zona donde el cielo era más ralo. El techo de roca de la caverna se veía a través de él—. Todavía estamos bajo tierra —añadió.

—Seguimos atrapados —comprendió Keishin, con la voz hueca.

—O estamos exactamente donde deberíamos estar. Estábamos buscando a los niños, y los hemos encontrado. Mis padres tienen que estar aquí.

—Jugad con nosotros. —Un niño tiró del brazo de Keishin, apretándole la muñeca con las garras—. En el agua. Lo has prometido.

—Sí, lo he hecho. —Keishin caminó hasta un árbol y le arrancó una hoja—. Vamos a hacer una carrera de barcos.

—¡Una carrera! —repitió el coro de niños.

—Una carrera con normas. Cada uno puede elegir solo una hoja como barco —dijo Keishin—. Y tenéis que correr detrás de ella mientras baja flotando por el río. Nunca jamás debéis perderla de vista. Si lo hacéis, perderéis la carrera. ¿Lo entendéis?

—Normas. Hojas.

Los niños se desperdigaron por el jardín para recoger hojas de los árboles.

—Creo que sé lo que estás pensando —dijo Hana, bajando la voz.

—Espero que funcione.

Los niños regresaron con las hojas. Keishin se agachó junto al arroyo y colocó su barco-hoja en el agua. Lo sujetó, esperando a que todos los niños ocuparan sus lugares junto al arroyo.

—¿Preparados? —Los niños asintieron con la cabeza—. ¡Vamos!

Keishin soltó la hoja en el agua.

Los niños soltaron las suyas y corrieron detrás de ellas mientras la corriente se las llevaba.

—Ahora, Hana —susurró Keishin—. Corre.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

El juego del escondite

Los guijarros volaban a su paso mientras Keishin y Hana corrían a través del jardín de rocas. No habían pensado en ningún plan más allá de huir de las criaturas que parecían niños, y cada zancada que daban los empujaba más hacia lo desconocido. Corrieron en dirección al sol falso porque, en un jardín debajo de la tierra, era lo único que les parecía familiar. Hana cayó de rodillas, jadeando en busca de aire.

Keishin se aferró los costados ardientes.

—Tienes que levantarte. Solo un poco más, ¿vale? —le dijo. Hana se obligó a ponerse en pie y corrió, pero tropezó. Keishin se apresuró a acercarse a ella—. ¿Estás bien?

—Tan solo necesito recuperar el aliento.

Su frente estaba perlada de sudor. Keishin examinó la zona.

—No debemos quedarnos aquí, a la vista. Podemos descansar por allí —dijo, señalando una agrupación de piedras colocada como si fuera una cordillera montañosa. Hana asintió con la cabeza y se

puso en pie—. Agárrate fuerte.

—¿A qué?

Keishin la tomó en brazos.

—A mí.

★★★

Hana estaba apoyada contra las rocas, respirando con fuerza.

—Pensaba que sabía lo que podíamos esperar cuando Yasuhiro nos habló de los niños.

—Monstruos —dijo Keishin, mirándose los cortes que le habían dejado en los brazos—. Eran monstruos, Hana.

—Monstruos —repitió ella, como si hubiera comido algo repugnante.

—Da igual lo que parezcan, no eran niños. Tú has sentido su tacto. Estaban… vacíos. Muertos.

—Lo sé —dijo ella—. Pero no creo que pretendieran hacernos ningún daño.

—Ese chichón gigante en tu cabeza no estaría de acuerdo contigo.

—Eso fue un accidente.

—Lanzarnos zarpazos y arrastrarnos hasta ese túnel no lo fue.

—Si son monstruos es porque mi familia ha fracasado en nuestro deber.

Keishin negó con la cabeza.

—No voy a fingir que sé lo que son esas criaturas, por qué existen, o por qué hacen lo que hacen. Tan solo sé que, si queremos encontrar a tus padres, tenemos que permanecer tan alejados de ellos como podamos.

Hana asintió con la cabeza.

—Deberíamos esperar aquí hasta que…

Unas pisadas crujieron sobre los guijarros.

Keishin le tapó la boca a Hana con la mano.

Las pisadas se acercaron más.

Los músculos del joven se tensaron, esperando instrucciones: huir o luchar.

Las pisadas se detuvieron, cambiaron de dirección y se volvieron

más débiles.

—Se han ido. —Keishin exhaló mientras relajaba los hombros—. Tendrías que tratar de descansar un poco. Vas a tener que conservar las fuerzas para esta noche. Este jardín es enorme, y tenemos mucho terreno que cubrir. —Trató de reprimir un bostezo. La adrenalina que había dado alas a su carrera estaba casi agotada, y utilizó lo poco que le quedaba para mantener los ojos abiertos—. Yo haré guardia.

—Creo que tú necesitas dormir más que yo —dijo Hana—. Venga, descansa. Yo no podría cerrar los ojos ni aunque quisiera.

—¿Por qué no?

—No tiene importancia.

—¿Este es el momento del día en el que tengo que recordarte lo testarudo que soy y que no voy a aceptar un «no» por respuesta?

—No hace falta que me lo recuerdes. No me has permitido que lo olvidase.

—Entonces, adelante. —Keishin cruzó los brazos—. Te escucho.

Hana se llevó las rodillas al pecho.

—No puedo dejar de pensar en cómo sería ver por fin a mi madre. Todo lo que sé sobre ella es gracias a lo que mi padre y mi abuela me han contado. Antes tenía una versión perfecta de ella que vivía dentro de mi cabeza.

—¿Y ahora?

—No puedo evitar culparla por todo lo que ha ocurrido. Lo que le ha ocurrido a mi padre. A Haruto. A ti. Estamos atrapados bajo tierra y rodeados de esas… *cosas* porque ella fue egoísta y se llevó algo que no le pertenecía. —Hana alzó una piedra y la hizo girar en su mano—. Ya está. Lo he dicho. ¿Eso es evidencia suficiente para ti? ¿Es prueba suficiente de que no soy la persona que tú piensas que soy? Tú crees que soy una hija diligente con una valiente misión para salvar a sus padres, pero lo único que puedo pensar sobre el momento en que por fin vea a mi madre es en alejarla de mí. Si estar vacíos y fríos convierte en monstruos a los niños de aquí, entonces yo también soy un monstruo.

—Si estás buscando a alguien que te juzgue por lo que piensas acerca de tu madre, me temo que te has escondido detrás de unas

rocas con la persona equivocada —dijo él—. Acabas de describir exactamente lo que siento con respecto a mi propia madre. Me he pasado toda la vida tratando de encontrar formas de hacerme sentir digno de su amor, pero la verdad es que lo único que quiero es poder mirarla a los ojos y ponerle delante de la cara todo lo que he logrado sin ella, para demostrarle que fue un error que eligiera otra vida por encima de su hijo. Soy un hombre que finge preocuparse por descubrir los orígenes del universo, cuando lo único que me importa en realidad es encontrar una forma de herir a la mujer que me dio a luz.

—Menudo par nos hemos juntado —dijo Hana—. Dos monstruos escondidos detrás de las rocas.

—Sintiendo cosas el uno por el otro que, según dices tú, no son reales.

—No lo son.

—Al menos dime cuáles son esos sentimientos falsos que tienes hacia mí.

—Si no son reales, ¿qué más da?

—Cuando nos conocimos te dije que soy una persona curiosa. Quiero saberlo. Necesito hacerlo. —Keishin se inclinó hacia ella, lo suficiente como para sentir el calor que irradiaba su piel—. Y tal vez porque algo que parece real cuando estás huyendo para salvar tu vida ya se acerca lo suficiente.

Ella acercó a Keishin a sus labios. Él se fundió con su boca, comprendiendo que esa era la respuesta de Hana. El calor entre ellos consumía el tiempo que les quedaba, y hacía que el joven fuera profundamente consciente de su singular tragedia. Las horas que fortalecían los lazos entre los amantes los separaban. Cada momento que transcurría arrastraba a cada uno de vuelta a un mundo donde el otro no podía seguirlo. Incluido aquel beso. No había espacio para el aire entre sus labios, pero Hana ya estaba a miles de kilómetros de distancia.

Quédate, gritó Keishin dentro de su cabeza. *Quédate conmigo*.

—¿Hana? —la llamó la voz de un hombre desde detrás de las rocas. Ella se separó de la boca de Keishin—. ¿Hana? —repitió la voz, con más urgencia.

La joven trató de ponerse en pie, pero Keishin le sujetó las muñecas.

—Quédate quieta —susurró él—. Es una trampa.

—No. —Hana le apartó la mano y se puso en pie—. Es mi padre.

Keishin se levantó de golpe. Un hombre mayor, con los pómulos de Hana y la misma fuerza tranquila detrás de los ojos, le devolvió la mirada. Una niña que no podía tener más de siete años estaba agarrada a la mano del hombre con sus zarpas. A diferencia de los demás niños, los mechones oscuros sobre su cabeza estaban pulcramente peinados en un diminuto moño, con más flores y lazo que pelo.

—Otou-san… —dijo Hana.

Toshio ahogó un grito.

—Hana.

La niña tiró de la mano del hombre y le sonrió.

—Te lo he dicho, Otou-san. —Soltó una risita—. Te he dicho que nuestra hermana estaba escondida aquí.

CAPÍTULO CINCUENTA

Una buena hija

Todos los detalles eran tal y como Hana los recordaba. La casa de empeños parecía exactamente igual. La única diferencia era que aquella casa de empeños construida en mitad de un gigantesco jardín de piedras estaba inmaculada. No había ni rastro del caos con el que se había topado al despertar el día que su padre desapareció.

—Por favor, siéntate —dijo Toshio, mientras le ofrecía a Keishin un lugar en su mesa del comedor.

—Gracias, Ishikawa-san —respondió él, con la cara todavía llena de aturdimiento y confusión.

Hana se preguntó si ella tendría el mismo aspecto. Sentarse para tomar un té con su padre en mitad de un edificio que era exactamente igual que su casa era lo último que esperaba ver debajo de la tierra.

—Sé que tienes muchas preguntas, Hana —dijo Toshio—. Pero, primero, déjame que te haga yo una a ti. ¿Por qué has venido?

—¿Que por qué he venido? —La voz de Hana salió con un tono que jamás había utilizado para hablarle a su padre—. ¿Qué quieres decir con que por qué he venido?

—Quiero decir exactamente las palabras que he pronunciado. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Toshio—. No tendrías que haber venido. Pensaba que habrías entendido el mensaje que te dejé.

—¿Qué mensaje? —dijo ella.

—El mismo mensaje que, al parecer, te ha conducido hasta aquí.

—Habías desaparecido, la casa de empeños parecía saqueada, y se habían llevado una decisión de la cámara acorazada. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Esperaba que fueras más lista.

—¿Más lista? —repitió Keishin—. ¿Tiene alguna idea de lo que ha tenido que sufrir su hija solo para poder encontrarlo?

—Kei. —Hana le puso una mano sobre el brazo—. Para.

Toshio se giró hacia él.

—He dedicado mi vida a enseñar a Hana a ser mejor que esto, la he adiestrado para que se ocupara de la casa de empeños algún día. Y, sin embargo, ahora está aquí porque se ha olvidado de una de las lecciones más importantes que le he enseñado jamás.

Hana miró fijamente el reflejo de su taza de té.

—Nada es lo que parece…

—Dejé la casa de empeños como si la hubieran saqueado y robé la decisión para que los Shiikuin tuvieran una historia que creer sobre mi desaparición —explicó Toshio.

—Porque quería que pensaran que había salido persiguiendo a un ladrón —dijo Keishin.

—Sí. —Toshio se giró hacia Hana—. Pero también te dejé otro mensaje, un mensaje que no me podía arriesgar a expresar con palabras.

—Las gafas de mamá junto a la puerta y el té —respondió ella.

Su padre asintió con la cabeza.

—Quería que supieras a dónde había ido en realidad, por si acaso…

Hana bajó la mirada.

—Por si acaso nunca volvías.

—Nunca pretendí hacerte correr ningún peligro. Encontrar a tu madre era mi deber, no el tuyo. Te enseñé que, para valorar las decisiones que llegaban a la casa de empeños, era necesario separar

tus emociones de tus acciones y tus pensamientos. Tenía la esperanza de que fueras capaz de hacer lo mismo cuando llegara el momento de examinar tus propias decisiones. No tendrías que haberme buscado, Hana. Tendrías que haberme dejado marchar y ya está. —Su voz se llenó de lágrimas—. Pero siempre se te dio mejor ser una hija buena y desinteresada que una ladrona sin corazón que roba fragmentos de las almas de la gente.

—Otou-san… —sollozó Hana.

—Lo siento. —Toshio la abrazó con fuerza y sollozó contra su pelo —. Por todo.

★★★

Cuando Hana se quedó sin lágrimas, el té ya se le había enfriado. Sin embargo, siguió sujetándolo entre sus manos, tratando de robarle algo de calidez. No podía pensar en el reencuentro con su madre sin que sus entrañas se convirtieran en hielo.

—¿Dónde está?

—Tu madre está cuidando de los niños —dijo Toshio, con los ojos hinchados por las lágrimas que había derramado—. Volverá al atardecer.

—La criatura… —comenzó Hana—. Dijo que yo era su hermana.

—Los *niños* —dijo Toshio, enfatizando la palabra— lo saben todo sobre ti. Tu madre suele hablarles de ti a menudo. No te ha olvidado, Hana. Pero…

—Pero ¿qué? —preguntó ella.

—Ha olvidado otras cosas. Los años aquí la han cambiado.

—¿Cambiado? ¿Cómo?

—Creó esta réplica de la casa de empeños a partir de sus recuerdos, pero no se acuerda de mucho más. Recuerda a nuestra familia, pero no es capaz de acordarse de las circunstancias que la condujeron hasta aquí. No sabe que robó una decisión, ni nada sobre el día que los Shiikuin fueron a la casa de empeños y cambiaron su sentencia de una muerte rápida y misericordiosa a un exilio aquí. —Toshio miró a Hana—. Pero supongo que tú sí que lo sabes. Has seguido las mismas pistas que yo para llegar hasta aquí.

Haruto debe de haber doblado el tiempo también para ti.

Hana se encogió ante la mención del nombre de su amigo. Había hecho todo aquel camino hasta allí para encontrar a alguien que no quería que lo encontraran, y era Haruto quien había pagado el precio por su estupidez.

—¿Qué pasa? —preguntó Toshio—. ¿Le ha sucedido algo a Haruto?

Hana sujetó su taza de té con fuerza.

—Las manos…

Toshio palideció y apretó los puños.

—Cuéntame lo que ocurrió, Hana.

—Los Shiikuin se las rompieron cuando descubrieron que Haruto me estaba ayudando.

Las manos de Toshio temblaron sobre la mesa.

—Todo esto es culpa mía. Jamás debí haber acudido a él. Haruto es un hombre demasiado bueno y generoso, y yo me aproveché de su amabilidad.

—Fue su decisión —intervino Keishin—. Dijo que tenía una gran deuda con usted.

Toshio trató de contener las lágrimas.

—Él no me debe nada. Lo único que hice por él fue tratar de reparar un mal que nunca habría ocurrido si…

—¿Si qué? —preguntó Hana. El pecho de su padre cedió como si se estuviera arrugando por dentro. Se alejó de la mesa, con aspecto de ser más frágil y anciano de lo que ella lo había visto jamás—. ¿Otou-san?

La joven también se puso en pie y lo siguió.

—Le fallé, Hana.

—¿Cómo?

—Una decisión. Un alma. Es un deber sencillo, pero fracasé. La decisión que robó tu madre… estaba destinada para Haruto.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Almas y piel

Veintiún años antes.

El llanto del bebé llenaba el hogar del Horishi, al igual que lo habían hecho los lloros de la hija de un mes de Toshio antes en ese mismo día. Cuando el hombre había dejado a Hana sobre la mesa del Horishi, no le había dedicado un solo pensamiento a cómo se sentiría ella cuando su destino estuviera grabado en su pequeño cuerpo. Desde el momento en que la pequeña nació, su único objetivo había sido darle un alma. Pero, cuando la primera de las incontables agujas atravesaron la piel de la niña y la hicieron llorar, el dolor de Hana se convirtió en el suyo. Así fue como supo

que la madre del niño que lloraba también estaba sufriendo. Pero también sabía que el dolor que ella sentía superaba con creces al suyo. Y que todo era por su culpa.

Toshio se arrodilló en el suelo, tocándolo con la cabeza y postrándose a los pies de Masako. El peso de su fracaso lo aplastaba, empujándolo más contra la alfombra del Horishi. Permaneció en silencio. No había palabras que pudieran compensar jamás la decisión que había perdido, la decisión que estaba destinada a ser el alma del hijo de Masako.

—Levántate —dijo ella, acunando a su bebé lloroso—. Quiero que mires a mi hijo y le digas cómo lo has condenado—. ¡Levántate!

Toshio se puso en pie con lentitud.

—Lo… lo siento profundamente. Mi esposa no pretendía…

—Tu esposa ya ha pagado por su crimen. Está muerta. Y tú no. Cuéntame, ¿cuál es tu castigo por fracasar en la tarea de mantener a salvo el alma de Haruto? ¿A quién debo acudir para obtener mi venganza? —Masako lloraba, y sus lágrimas caían sobre el rostro del pequeño—. Tu hija y tú seguiréis adelante con vuestras vidas como si no hubiera pasado nada, pero yo tendré que vivir el resto de la mía sabiendo que habéis matado a mi hijo. Me lo habéis arrebatado todo.

Se lanzó contra Toshio y le golpeó el pecho con el puño. Él se preparó y aceptó todos los golpes. Aunque era Chiyo la que había robado la decisión, la responsabilidad de mantenerla a salvo era de él. Se merecía algo peor que los puños de Masako.

—Ya es la hora —dijo el Horishi, acercándose a ellos—. Deme a la criatura.

Masako retrocedió a trompicones, aferrando a Haruto.

—No voy a dejar que se lo lleve. No es ningún monstruo; es mi hijo. Su padre está muerto. Haruto es lo único que me queda.

—No le pertenece a usted.

El Horishi se acercó más a ella.

—No. —La mujer retrocedió contra una pared—. Aléjese.

Toshio bloqueó el camino del Horishi.

—Deténgase. No se convierta en un mentiroso.

El Horishi se detuvo.

—Yo nunca miento.

—Lo hará si se lleva a Haruto —dijo Toshio—. Estaba lloviendo cuando me llevé a Hana a casa desde aquí. Vi el nombre que escribió sobre su piel. Haruto es el destino de Hana.

Masako ahogó un grito.

—¿Es eso cierto, Horishi-san?

—Yo no controlo lo que escribe la tinta. Ni tampoco conozco las razones detrás de la dirección en la que decide mover mi mano. Yo tan solo sujeto la aguja a través de la cual fluye la tinta. —El Horishi se giró hacia Haruto—. Y recojo a los que no tienen alma.

—Encontraré otra alma para Haruto —dijo Toshio—. Tan solo necesito más tiempo.

—Todas las decisiones están destinadas para alguien en el momento en que se empeñan —replicó el Horishi—. No puede robarle el alma a un niño para dársela a otro.

Los pensamientos se arremolinaban dentro de la cabeza de Toshio.

—¿Qué pasaría si no tuviera que robarla?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Masako, sujetando con fuerza a Haruto mientras lloraba—. ¿De dónde podrías sacar el alma?

—De mí.

★★★

Toshio se tumbó boca arriba sobre la mesa del Horishi y mordió el trozo de madera que este le había dado.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto? —preguntó el Horishi, y Toshio asintió con la cabeza. Tenía miedo de cambiar de opinión si hablaba—. Puedo darle algo para el dolor. Esto no va a ser rápido.

El Horishi afiló un cuchillo.

Toshio negó con la cabeza. Quería sentir cada corte que le hiciera.

Se convenció a sí mismo de que aquella era la razón por la que el nombre de Haruto estaba en la piel de Hana. El pequeño era el destino de su hija. Y la sentencia por el crimen que había cometido él. Entregar su alma para asegurarse de que Hana no se desviara del camino trazado por la tinta parecía un castigo más que adecuado por sus fracasos.

—Masuda-sama no desea que se la quite toda —dijo el Horishi.

Toshio escupió el trozo de madera y se sentó.

—¿Qué? ¿Por qué? Necesitará cada gota de tinta que podáis sacar de mi piel para trazar el destino de Haruto.

—Ella es madre. —El Horishi calentó el cuchillo sobre una vela—. Su furia no la ha cegado respecto del bienestar de su hija. Hana ya ha perdido a su madre, y Masuda-sama no desea arrebatarle también a su padre.

—Pero…

—Le quitaré la suficiente para darle a Haruto una buena vida, y usted tendrá suficiente para criar a Hana hasta que esté preparada para ocuparse de la casa de empeños cuando usted se jubile.

—¿Cuánto tiempo tendrá Haruto?

—El destino del pequeño está atado al suyo, Ishikawa-sama. A menos que la vida de Haruto acabe de forma prematura por enfermedad o accidente, tendrá un año junto a su hija.

—Hana no estará sola cuando yo no esté…

—Masuda-sama tendrá a su hijo, y Hana tendrá a su marido —dijo el Horishi—. Y a su padre. Durante un tiempo. —Toshio se aferró al borde de la mesa—. ¿Desea continuar?

Toshio se metió el trozo de madera en la boca y se tumbó. Cerró los ojos con fuerza, tratando de no gritar mientras el Horishi le cortaba la piel.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Un reencuentro

Los cortes del Horishi contorneaban la cicatriz como los bordes raídos de un viejo mapa. Cubrían toda la espalda de Toshio. Hana clavó la mirada en la cicatriz, incapaz de hablar. Tanto a Haruto como a su padre les quedaba solo un año de vida porque a su madre no le había importado nadie más que sí misma.

Toshio volvió a cerrarse la bata alrededor de la cintura.

—Haruto no me debe nada a mí. Soy yo quien le debe mucho a él. No tiene más que una fracción de la vida que estaba destinado a vivir. Mi fracaso le robó los años que se suponía que iba a tener contigo.

—No fue culpa tuya, Otou-san —dijo Hana, con voz firme—. Fue culpa de mi madre. Ella fue la que actuó de forma egoísta. No solo le robó la vida a Haruto, sino que también te robó la tuya.

—Esa jamás fue su intención.

—No me importa cuáles fueran sus intenciones. ¿Por qué querías encontrarla siquiera, Otou-san? El lugar de un monstruo es con los monstruos.

—¿Toshio? —lo llamó la voz de una mujer desde detrás de Hana.

Esta se dio la vuelta. La mujer que tan solo había conocido por una

fotografía desteñida estaba de pie frente a ella. Hana retrocedió tambaleándose hasta Keishin. Él la sujetó por los hombros para estabilizarla.

—Okaa-san…

—¿Toshio? —Los ojos de Chiyo fueron de Hana a Keishin—. ¿Qué está pasando? ¿Quién es esta gente?

El hombre llevó a su mujer hasta un asiento.

—Tienes que estar cansada. Deberías sentarte.

Chiyo se sentó sobre un cojín en el suelo y le sonrió.

—¿Son clientes? La casa de empeños no ha tenido ningún cliente desde hace mucho tiempo. Pero ahora ya estás aquí. Por eso es por lo que el negocio va mejor.

—No son clientes, Chiyo. Este es Keishin. —El joven hizo una reverencia—. Y esta es Hana —añadió con delicadeza.

Su esposa levantó la barbilla.

—¿Hana?

La joven cuadró los hombros, negándose a hacer una reverencia.

—Sí.

Su madre sonrió.

—Te llamas igual que nuestra hija. ¿Puedo ofrecerte un poco de té?

—Chiyo… —Toshio se sentó junto a su esposa y le tomó la mano—. Ella es nuestra hija.

La mujer se rio.

—Disculpad a mi marido. Está confundido. Nuestra hija todavía es un bebé.

Él le sostuvo la otra mano.

—No, Chiyo. Hana ya no es una niña. Ha crecido.

—Eso no es posible. Yo recuerdo a Hana. Sé quién es mi hija. Se lo he contado todo sobre ella a sus hermanos y hermanas. La tenía entre mis brazos cuando… —Chiyo apartó las manos de golpe de Toshio. Se rodeó el cuerpo con los brazos y comenzó a mecerse en su asiento—. Hana es un bebé. Te equivocas. Hana es un bebé. —Entonces, señaló a su hija—. Y tú eres una mentirosa. ¡Mentirosa! ¡Lárgate de mi casa! ¡Lárgate!

Toshio se apresuró a acercarse a Hana.

—Tan solo está aturdida. Se lo voy a explicar todo.

Ella negó con la cabeza.

—Debería marcharme y ya está. Tenías razón. Ha sido un error haber venido aquí.

—No. No te vayas. Ahora no te reconoce, pero lo hará. Te lo prometo. Espera en tu habitación. Voy a hablar con ella; haré que lo entienda. Por favor, Hana. Sigue siendo tu madre.

★★★

Era extraño volver a estar en su antigua habitación, rodeada de cosas que deberían resultarle familiares pero no lo eran. Era como mirar a su madre a la cara. Esa madre era al mismo tiempo la mujer de la imagen de su cabeza y una desconocida. En aquella versión de la casa de empeños, su habitación seguía siendo el lugar donde encontraba un hogar todo lo que no tenía ningún otro sitio donde vivir en la casa. Recorrió con los dedos las pilas de libros y las cajas a rebosar de toda clase de cosas, sintiendo una afinidad con esos objetos cuyo lugar no estaba en ninguna parte.

—¿Estás bien? —le preguntó Keishin—. Siento que no te haya reconocido.

—Yo tampoco la he reconocido a ella. Es como esas criaturas de fuera. Se parece a mi madre, pero no lo es. Jamás podré perdonarla por lo que les hizo a Haruto y a mi padre. Ojalá nunca hubiera venido hasta aquí. He sido una estúpida.

—Querer a tus padres y desear que estén a salvo no te convierte en una estúpida.

—Sí que lo hace cuando, durante todo este tiempo, tan solo tendría que haberme preocupado por uno de ellos. Mi padre nunca me ocultó el crimen de mi madre. Sabía que era una ladrona, pero no me importó. Justifiqué sus acciones. Me dije que no se merecía ser castigada por lo que había hecho, y que los Shiikuin habían sido crueles. Pero no fue así. Fueron demasiado amables. Mi madre tiene una vida aquí. Una familia. Un hogar. Y Haruto jamás tendrá nada de eso. Y mi padre está demasiado ciego como para ver que ella le está robando el poco tiempo que le queda.

Toshio irrumpió en la habitación, con el rostro pálido.

—Hana…

—¿Qué pasa? —preguntó ella, poniéndose en pie.

—La niña que te encontró…

Hana frunció el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha vuelto.

—¿Estamos en peligro? —dijo Keishin—. Pensaba que ustedes podían controlarlos.

—No ha venido aquí para haceros daño. Ha venido para advertirnos. Los Shiikuin están en los túneles.

★★★

Keishin y Hana bajaron corriendo las escaleras de la casa de empeños. La niña pequeña que había conducido a Toshio hasta ellos en el jardín estaba sollozando contra el pecho de Chiyo. Pero había algo diferente en ella. Había crecido.

—¿Esta es la misma niña? —preguntó Hana, mirándole la cara—. Parece como si ahora tuviera diez años.

—El tiempo transcurre de forma diferente para los niños aquí —le explicó su padre.

—Calma. —Chiyo le acarició la mejilla a la pequeña y, con cuidado, volvió a colocarle una flor rosada suelta en el moño de su pelo—. Calma. No llores. Tus hermanos no pretendían asustarte. Gracias por venir aquí para avisarme que han llegado. Casi nunca vienen de visita. Voy a preparar un poco de té para todos.

—¿Hermanos? ¿Té? —repitió Hana—. ¿De qué está hablando?

—Ahora no hay tiempo para esto —dijo Toshio—. Tenéis que marcharos antes de que lleguen.

—Basta. Estoy harta de mentiras y secretos. No voy a irme a ninguna parte hasta que me contéis lo que está pasando.

—Es difícil de explicar —respondió su padre.

—Los Shiikuin son mis hijos —dijo Chiyo, agarrándole la mano a la niña.

Hana se quedó paralizada.

—¿Qué has dicho?

—Esos niños no tienen alma, Hana —le recordó su padre—. Crecen, pero no pueden morir jamás. Con el tiempo, algunas partes de sus cuerpos se desgastarán y tendrán que… reemplazarlas.

—Con partes de metal… —comprendió Keishin.

—Chiyo me reveló la verdad que había descubierto sobre los Shiikuin cuando la encontré —continuó Toshio—. Pero los Shiikuin son diferentes a los niños. Se han olvidado por completo de haber sido humanos. No deben saber que estáis aquí. Tenéis que marcharos.

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó Hana.

Toshio rodeó a su esposa con los brazos.

—Yo me quedaré.

—Otou-san, por favor, escúchame. Esta mujer… Ella no es mi madre. No es tu esposa. Es un monstruo. Déjala aquí.

—Tú no lo entiendes, Hana.

—Entiendo que los Shiikuin te matarán si te quedas.

—Estoy muerto de todos modos. Déjame que al menos pueda morir salvándote. No tengo ninguna vida a la que pueda regresar. Robé una decisión, al igual que lo hizo tu madre. Los Shiikuin me darán caza hasta el final de mis días.

—No lo harán. No si… —Hana tragó saliva con fuerza—. Si les devuelves lo que están buscando en realidad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Toshio.

—Te perdonarán si les devuelves la decisión que robaste.

—No puedo devolverla. La dejé en libertad.

—Y por eso… —Las lágrimas temblaron en las comisuras de los ojos de Hana—. La he traído conmigo.

—¿Qué quieres decir con que la has traído contigo? —preguntó Keishin, con la garganta constreñida.

—Ya te lo dije, Kei…

Hana sacó las gafas de su madre y un pequeño espejo del bolso y se los ofreció, con la cabeza gacha.

Así no era como había planeado contarle la verdad a Keishin. Había pensado en cómo sería aquel día desde que él apareció en la casa de empeños, y nada de lo que se había imaginado se acercaba a la realidad que estaba desarrollándose frente a ella. Había tenido la

esperanza de que estaría más compuesta, de que tendría las palabras adecuadas para explicar exactamente por qué había hecho lo que había hecho. La única imagen que había visualizado correctamente era el aspecto que tendría Keishin cuando se lo contara. Toda la calidez había desaparecido de sus ojos, reemplazada por tristeza y furia.

—Aquí nada es lo que parece.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Un pájaro y un autobús

Unos cuantos días antes.

Toshio podría haber escogido cualquiera de los pájaros de la cámara acorazada, pero fue el más brillante de todos el que le llamó la atención. Desenganchó su jaula de la cadena que colgaba del techo, la abrió y, con cuidado, sacó al pájaro. La decisión resplandeciente de Takeda Izumi inclinó la cabeza a un lado, como si le estuviera preguntando a dónde iban. Toshio se lo colocó sobre el hombro y la criatura miró a su alrededor con nerviosismo, negándose a unirse a la canción de los demás pájaros.

—No te preocupes. —Toshio le acarició la cabeza—. Todo va a salir bien.

Entonces, lanzó la jaula vacía contra el suelo. Los pájaros se quedaron en silencio y la decisión de Takeda Izumi tembló sobre el

hombro de Toshio. Este levantó el pie sobre la jaula y la hizo pedazos.

★★★

Toshio sujetó el pomo de la puerta de entrada y miró por encima del hombro. Los fragmentos de cristal relucían entre el caos que había dejado para que Hana lo encontrara. Le había dado a su hija una historia que contarles a los Shiikuin, una historia que la libraría de cualquier culpa cuando descubrieran que él había desaparecido. Respiró hondo, giró el pomo y abrió la puerta. Una oscura calle de Tokio dormía al otro lado. Toshio bajó al pájaro de su hombro y permitió que se le posara sobre un dedo. Entonces, extendió la mano fuera de la puerta y dejó la decisión en libertad. Esta salió volando hacia el cielo de otoño sin mirar atrás.

Veintiocho años antes. O después.

Una Izumi de diecisiete años estaba en la parada del autobús, esperando a que llegara la línea que la llevaría hasta el restaurante de ramen donde Junichiro trabajaba. Todavía quedaban unos pocos minutos más para que llegara el autobús, tiempo suficiente para comprar sus caramelos favoritos de la tienda que había al otro lado de la calle. El hijo del dueño era un muchacho agradable y de rostro amable que siempre añadía un caramelo en la bolsa cada vez que ella se pasaba. Lo más probable era que aquella fuera una de las últimas veces en las que podría ir hasta la tienda mientras escondía su tripa creciente. Pronto, ya no le quedaría ropa lo bastante grande como para ocultar su secreto. Todavía no le había contado a Junichiro que iba a ser padre, pero no tenía la menor duda de que él iba a actuar de forma honorable. La quería, y ella lo quería a él. El joven iba a cuidar de su pequeña familia tan bien como pudiera hacerlo el aprendiz de cocinero de un restaurante de ramen.

Izumi se llevó la mano al estómago, pensando en todas las cosas a las que tendría que renunciar para tener a un bebé entre los brazos. Tenía la esperanza de abrir una floristería algún día, y de no tener

que preocuparse jamás por si tenía suficiente dinero para el billete de autobús o los caramelos. Una amiga del instituto le había contado que había una forma de que pudiera aferrarse a sus sueños. Lo único que necesitaba era una percha de alambre.

Izumi miró hacia la calle vacía. La carretera recta y solitaria hasta el restaurante de ramen se bifurcó en su mente. Por un camino veía al autobús alejándose, dejándola con una vida sin el muchacho al que amaba y sin el bebé en su vientre. Y, por el otro, se subía al autobús y le pagaba al conductor para que la llevara hasta una vida que tenía las mismas probabilidades de ser feliz que difícil. Unas lágrimas se acumularon en sus ojos. Giró sobre sus talones y se alejó corriendo de la parada del autobús.

Un pájaro azul, tan brillante que le resultaba cegador, pasó volando junto a ella. Izumi estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Entonces, el pájaro se lanzó hacia atrás de golpe y voló alrededor de ella, en círculo. La joven se protegió los ojos con las manos. Algo metálico tintineó sobre la acera. Izumi entreabrió ligeramente los párpados y miró a su alrededor. El pájaro había desaparecido, y en el suelo, reluciendo bajo el sol, estaba la cantidad exacta de monedas que necesitaba para tomar el autobús para ir a ver a Junichiro. Miró atrás, hacia la parada del autobús. Recogió las monedas y se las metió en el bolsillo. Volvió caminando hacia la parada, con las monedas tintineando a cada paso. Su tintineo le recordaba a una canción que era al mismo tiempo alegre y triste. El autobús se detuvo frente a ella. Izumi miró fijamente la puerta abierta.

—¿Te vas a subir? —le preguntó el conductor.

—Sí, sí. Lo siento —respondió ella, apresurándose a montar.

Izumi se sentó en la parte de atrás del autobús y miró por la ventana. Se frotó la tripa y pensó en la decisión que acababa de tomar, en la floristería que jamás iba a abrir, y en el secreto que ella y Junichiro iban a compartir ahora. Se colocó un mechón suelto de pelo plateado por detrás de la oreja y se preguntó si el bebé se parecería más a ella o a él.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

El reflejo en el espejo

El espejo se hizo añicos sobre el suelo de la casa de empeños, y los fragmentos afilados de la verdad se desperdigaron en todas direcciones. Keishin clavó la mirada en los trozos. Era casi gracioso que aquella extraña aventura con Hana hubiera empezado y terminado con cristal roto. Cuando se conocieron, ella se había cortado el pie con uno de los fragmentos desperdigados por la casa de empeños. Ahora, lo había apuñalado por la espalda con el más afilado de todos. Miró hacia abajo, esperando verlo asomándose de su pecho, pero se le había incrustado en el corazón, desgarrándolo desde dentro con cada aliento que tomaba.

Por fin comprendía por qué nunca le había caído bien al tiempo

atmosférico. Siempre había vivido en un mundo que no quería que estuviera ahí. Se quitó las gafas de Chiyo de la cara.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó, incapaz de mirar a Hana.

—En el segundo en que abrí la puerta de entrada de la casa de empeños y te vi —dijo ella—. Las gafas de mi madre me revelaron quién eras: la decisión más resplandeciente que había visto jamás.

—¿Has sabido quién era todo este tiempo y no me dijiste nada?

Keishin cerró las manos en puños.

—Cuando nos conocimos te dije que las únicas respuestas que podría darte jamás serían mentiras. Pero te di todas las oportunidades del mundo para marcharte. Traté… traté de alejarte.

—Entonces, ¿has estado planeando entregarme a los Shiikuin todo este tiempo? ¿Por qué no lo hiciste sin más cuando se presentaron en la casa de empeños? ¿Por qué huimos? ¿Por qué hemos pasado por todas estas penurias para seguir con esta farsa?

—Porque no sabía lo que le había ocurrido a mi padre. Tú eras lo único que podía utilizar para negociar con los Shiikuin. No podía entregarte a ellos si no sabía siquiera qué era lo que estaba negociando.

—Y ahora lo sabes.

Ella bajó la mirada.

—¿De verdad es esto lo que quieres? —le preguntó Toshio—. Tú no eres así.

—¿No es así como siempre has querido que fuera? ¿Alguien que pudiera encerrar sus emociones y cerrar un trato sin el menor remordimiento? Me enseñaste a no repetir el error de mi madre, a no permitir jamás que mi corazón me impulsara a quedarme con lo que nunca estuvo destinado a ser mío.

—Pero ¿de verdad están encerradas tus emociones? —dijo su padre—. Hoy he visto algo en tus ojos que nunca había observado antes. Te he visto crecer junto a Haruto y ni una sola vez lo miraste de la forma que miras al hombre al que estás a punto de traicionar.

—Lo que yo sienta y quien me importe da igual. Eso es lo que me has dicho toda mi vida. El deber es lo primero. Siempre.

—Mira a tu alrededor, Hana —dijo Toshio—. Ya no estás en la casa de empeños. Estamos en una ilusión que hemos conjurado. Nosotros

hemos construido los barrotes de esta prisión y hemos creado a nuestros propios carceleros. ¿Alguna vez has pensado en lo que pasaría si paráramos?

—¿Si paráramos? —preguntó Hana.

—Con este ciclo. ¿Qué pasaría si dejáramos de darle tinta al Horishi, y poder sobre nuestras vidas a los Shiikuin? ¿Qué pasaría si dejáramos de reunir almas? Ese bebé en los brazos de Masako no era diferente a ti, y aun así creíamos que no tenía… que no podía tener alma porque el Horishi no tenía tinta que dictara su vida. Nuestro mundo entierra vivos a los bebés como Haruto porque tenemos miedo de no poder controlarlos. Los enterramos porque son diferentes, y después nos preguntamos por qué se convierten en monstruos. Y, entonces, cuando esos monstruos crecen, cuando nuestros miedos crecen…

—Regresan para controlarnos —dijo Hana.

—Y el ciclo continúa —añadió Toshio—. Así que voy a volver a preguntártelo. ¿De verdad es esto lo que quieres hacer?

Unos fuertes golpes en la puerta resonaron por encima de la voz de Toshio.

Chiyo cayó de rodillas y se cubrió las orejas con las manos.

—Están aquí. Han venido para sentenciarme. Han venido para llevarme lejos de vosotros. Toshio, no quiero dejarte. No quiero dejar a… —Chiyo miró a su hija y pestañeó, como si estuviera tratando de ver con claridad a través de la niebla—. Hana. Eres tú. Estás aquí. De verdad estás aquí.

—Okaa-san…

Hana tembló mientras un dique se rompía dentro de ella. Una vida entera de soledad explotó en una oleada de lágrimas ardientes.

Los golpes en la puerta se volvieron más fuertes.

Toshio corrió hacia la puerta y pegó la espalda contra ella.

—Elige, Hana.

—Espera. —Chiyo tomó un cuchillo de la encimera y se hizo un corte en el brazo—. Hana debe saber la verdad.

—¡Para! —gritó ella.

Chiyo escarbó en la herida con los dedos y sacó un pequeño orbe azul. Un diminuto océano resplandecía en su interior. Le puso la

perla en la mano a su hija.

—Guárdalo.

La puerta tembló con violencia.

—Elige, Hana.

Toshio trató de empujar la puerta con la espalda.

—Otou-san… —lloró la joven—. No voy a abandonarte.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Hana. ¿No lo ves? Yo ya estoy muerto. Sabía dónde terminaría este camino cuando decidí que hasta un solo día junto a tu madre sería mejor que otro año sin saber dónde estaba.

—Nosotros hemos tomado nuestra decisión, Hana. —Chiyo la estrechó entre sus brazos—. Ahora te toca a ti tomar la tuya.

—No —dijo Keishin—. No le toca a ella.

Hana se giró hacia él, con los ojos llenos de lágrimas.

—Kei…

—Esta es mi decisión —dijo él, avanzando hacia la puerta.

Hana le sujetó el brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo nunca estuve destinado a estar aquí. Soy un arrepentimiento. Un error que alguien deseaba olvidar. —Se liberó de ella y miró a Toshio y a Chiyo—. Pero puedo arreglar las cosas.

Una zarpa atravesó la puerta de la casa de empeños y desgarró el hombro de Toshio. Este se desplomó hacia delante y gruñó, aferrándose la herida. Su esposa gritó.

—Hazlo ya, Hana —dijo Keishin—. Haz el intercambio.

Ella corrió hacia la puerta, medio ciega a causa de las lágrimas.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

La decisión de Hana

Hay un río que corre entre el conocimiento y la comprensión. Esa noche, dentro de su hogar ilusorio, Hana lo cruzó. Aunque sabía desde hacía mucho tiempo que los Shiikuin experimentaban el tiempo de forma diferente, no fue hasta que se interpuso entre Keishin y la puerta que esas criaturas estaban tratando de derribar que vislumbró una fracción de su significado. Los gritos de su madre y los chillidos de los Shiikuin evaporaron los segundos a su alrededor, pero dentro de las paredes de su mente el tiempo se ralentizó hasta detenerse. Hana se preguntó si aquel alivio sería una bondad otorgada a aquellos que se encontraban

cerca del peligro o de la muerte, un momento para filtrar la claridad en mitad del caos o para hacer las paces con su propio final. En aquella breve eternidad, Hana se halló en un lugar que le resultaba tan familiar como desconocido. La casa de empeños en la que había crecido parecía diferente desde el lado opuesto del mostrador.

—Gracias por haber venido a visitarnos hoy. —Una mujer que era la imagen especular de Hana le sonrió—. Estoy segura de que descubrirá que en esta casa de empeños hacemos ofertas muy justas, si no generosas. ¿Qué decisión le gustaría empeñar?

Hana inhaló bruscamente y dio un paso atrás. Su padre la había entrenado para lidiar con cualquier posible situación como la nueva dueña de la casa de empeños, pero no le había proporcionado ninguna instrucción sobre cómo ser su propia clienta.

—No. Esto es un error. No… No tengo nada.

—Usted no estaría aquí si no necesitara nuestros servicios.

Hana negó con la cabeza.

—Yo no me arrepiento de nada.

La mujer con la cara de Hana se inclinó hacia delante y la miró a los ojos, como si estuviera leyendo las páginas de un libro.

—Ah. Estaba equivocada. —Hizo una reverencia—. Usted no tiene nada que intercambiar. Por favor, discúlpeme.

—No hace falta que te disculpes. Lo entiendo. Este es tu primer día. —Si la mujer detrás del mostrador hubiera sido real, Hana tal vez se habría molestado en decirle que una decisión más valiosa que todas las cajas de té verde envueltas en seda estaba esperando a concretarse al final de aquel respiro imaginario. Conseguir una

decisión tan poco común habría hecho sentir muy orgulloso al padre de la mujer. No había nada más valioso que una decisión que honrara el deber de una persona. Pero, como aquella conversación no era nada más que volutas de la imaginación, Hana se conformó con ser educada—. Tal vez regrese cuando tenga algo para ti.

—No lo hará —replicó su otro yo con una sonrisa bien ensayada.

Hana frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque una decisión que valga la pena intercambiar —dijo la mujer— requiere ser capaz de ver la diferencia entre una decisión real y la cobardía con un disfraz inteligente.

★★★

—¡Hana!

Una voz áspera rompió los pensamientos de la joven. Esta dio un respingo. El tiempo siguió su curso, barriéndolo todo con su corriente.

—Intercámbiame ya —le suplicó Keishin—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Tienes razón, Kei. Eres el arrepentimiento de tu madre. —Los Shiikuin chillaron por encima de sus palabras, pero Hana no los oyó. Se secó las lágrimas y puso los hombros firmes, tal como su padre la había entrenado para hacer delante de los clientes. La visión del otro lado del mostrador le había recordado quién era. Ella era la nueva dueña de la casa de empeños, y su trabajo era recoger arrepentimientos, no crearlos. Le echó un vistazo a su padre, y le transmitió un mensaje con los ojos nublados que estaba segura de que comprendería. El silencio siempre había sido su lenguaje, y Hana nunca había necesitado menos las palabras. Toshio respondió asintiendo con la cabeza, y una lágrima llegó hasta su pequeña sonrisa. Le apretó la mano a Keishin—. Pero no vas a ser el mío.

★★★

La niña pequeña que los había advertido sobre los Shiikuin condujo a Hana y a Keishin a través del jardín hasta un atajo que llevaba a

los túneles. Hana corrió, tratando de dejar atrás sus pensamientos. Estos la perseguían más rápido que los Shiikuin, tratando de arrastrarla de vuelta hasta la casa de empeños y a sus padres. Las últimas palabras que le había dicho su madre resonaban con fuerza en su cabeza, gritándole que corriera.

La niña apartó un arbusto y reveló un pequeño agujero en la pared de la caverna.

—Los túneles están por aquí.

—Gracias. —Hana la abrazó—. Nunca llegué a preguntarte tu nombre.

—Hana —dijo la niña, mirándola con una sonrisa—. Okaa-san nos llama a todas por tu nombre.

★★★

Hana y Keishin se abrieron camino a tientas a través de la oscuridad, recorrieron un túnel estrecho y apenas lo bastante alto como para ponerse en pie. La joven agradecía que la oscuridad ocultara el rostro de su acompañante; no era capaz de soportar la idea de mirarlo a los ojos.

—Kei… —dijo cuando reunió el valor para hablar.

—No, Hana. Para.

—Ha habido muchísimas veces en las que quise contarte la verdad.

—Pero no lo hiciste. Todo nuestro tiempo juntos ha sido una mentira.

—Mis sentimientos hacia ti eran reales. Ahora lo sé. Es cierto que, al principio, tenía toda la intención de entregarte a los Shiikuin. Cuando te vi por primera vez a través de las gafas de mi madre, lo único que percibí fue la oportunidad de poner fin a la pesadilla en la que me había despertado. Por algún milagro increíble, la decisión desaparecida de Takeda Izumi había entrado por mi puerta. Todas las lecciones que me había instilado mi padre sobre tratar con nuestros clientes…, manipularlos…, hacer que se sintieran tranquilos…, hacerles sentir como si las decisiones que tomaban en la casa de empeños fueran totalmente suyas… cobraron vida como si fuera instinto.

—Eso son sandeces, Hana. —Keishin se dio la vuelta, con la voz temblando a causa de las lágrimas—. Son sandeces y tú lo sabes. No fue el instinto. Fue una decisión. No dejas de decir que el mapa de tu piel te impide tomar decisiones propias, pero eso es exactamente lo que hiciste cuando optaste por mentirme. Me arrastraste contigo, dejaste que te cuidara, me dejaste creer que yo también te importaba.

Las palabras de Keishin golpearon a Hana con más fuerza que cualquier puño, atacando un punto encima de su diafragma y justo por debajo de sus pulmones, en los dos centímetros cuadrados exactos donde vivía la parte más blanda de su alma. Las lágrimas hervían detrás de sus párpados.

—Sí que me importas, Kei. Más de lo que planeaba y más de lo que quería. A pesar de que me convencí de que tenía que entregarte a los Shiikuin, no fui capaz de obligarme a hacerlo porque…

—¿Por qué, Hana? ¿Porque te diste cuenta de que yo no era una moneda de cambio lo bastante buena como para volver a congraciar a tu familia con los Shiikuin? ¿Porque te acobardaste? Soy todo oídos. Estoy deseando oír algo por tu boca que no sea una mentira.

—Me merezco tu furia. Tu odio. Sé que no hay nada que pueda decir que vaya a hacer que quieras perdonarme jamás, pero quiero que sepas que te elegí a ti por encima de negociar por la seguridad de mi padre, de mi madre y de mí misma no porque me diera miedo fracasar, sino porque estaba segura de que iba a tener éxito.

—¿De qué estás hablando?

—Los Shiikuin me habrían perdonado la vida por la misma razón por la que perdonaron la de Haruto. Nadie más puede encargarse de la casa de empeños. Nadie más puede recoger las almas de nuestro mundo. Los Shiikuin me habrían hecho sufrir para convertirme en un ejemplo, pero me habrían dejado vivir.

—Si sabías esto, ¿entonces por qué no me entregaste a ellos?

—Porque, en una cámara acorazada llena de decisiones, tú eras cegador. Estás destinado a hacer grandes cosas, Kei. No por tu madre. No para vengarte. Por ti mismo. Encontrarás las respuestas para todas tus preguntas, y esas preguntas cambiarán tu mundo. No tienes ninguna razón para confiar en mí, pero te juro que haré lo

que haga falta para llevarte de vuelta a casa sano y salvo.

★★★

El restaurante indonesio vacío estaba tan oscuro como el túnel que Keishin y Hana estaban atravesando a tientas. Él nunca lo había visto de esa manera. Apartó a ciegas las mesas y las sillas de su camino, buscando a su viejo amigo.

—¿Ramesh? ¿Estás aquí? ¿Ramesh? —El eco de su propia voz le respondió. Se desplomó en el suelo junto a una silla volcada y gritó hacia el techo—. ¿Dónde estás?

Una mano firme le apretó el hombro.

—Levántate.

—¡Ramesh! —Keishin se puso en pie con rapidez y lo rodeó con los brazos—. Todavía estás aquí.

—¿Dónde iba a estar si no? Yo vivo aquí, ¿recuerdas?

—Aquí —repitió el joven, escupiendo la palabra—. ¿Qué significa eso siquiera? ¿Dentro de mi cabeza? ¿En mis recuerdos? Acabo de descubrir que, hasta hace unos pocos días, yo no era más que un pájaro reluciente dentro de una jaula.

Ramesh frunció el ceño, apoyándose pesadamente sobre su bastón.

—Tonterías. No ha cambiado nada. Tú sigues siendo tú. Esta sigue siendo tu mente. Y, por el amor del cielo, enciende las luces, por favor. He estado a punto de chocarme contra una pared.

—Tú no lo entiendes…

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Lo que es real y lo que no lo es? Creo que yo sé mejor que nadie cuál es la diferencia entre esas dos cosas. Yo soy imaginario. Tú no lo eres. Yo no puedo existir fuera de ti. Y tú, mientras tanto, estás dentro de un túnel, corriendo por salvar tu vida.

—Hana me mintió, Ramesh. Todo ha sido una mentira.

—Si ese fuera el caso, entonces no habrías venido corriendo hasta aquí, volcando mesas y sillas, llamándome a gritos como un demente —dijo Ramesh—. Has apagado todas las luces porque no querías ver la verdad.

—¿Qué verdad?

—Enciende las luces y mírala tú mismo.

★★★

La luz de la luna bañaba las flores silvestres, haciendo que casi parecieran estar brillando. Keishin y Hana salieron del túnel y se derrumbaron en el campo. Ella se masajeó el moratón de su cabeza.

—¿Cómo tienes la cabeza? —le preguntó él.

—No tienes que ser educado ni hablar conmigo —replicó Hana—. Puedes fingir que no estoy aquí.

—Creo que eso va a ser bastante difícil de hacer, teniendo en cuenta que solo estamos nosotros aquí. Huir para salvar nuestras vidas podría ser más eficaz si nos coordinamos. Aunque eso solo es una teoría, por supuesto. Podría estar equivocado.

—No sabría decir si me has perdonado o si simplemente me odias todavía más.

Keishin fingió examinar el campo. Había hecho a regañadientes lo que Ramesh le había pedido, y se enfrentó a lo que había escondido en la oscuridad.

En los bordes de las luces cálidas del familiar restaurante, unos gigantescos barrotes de acero lo rodeaban. Lo que había pensado que era un refugio era en realidad una jaula, no muy diferente a las que colgaban dentro de la cámara acorazada de Hana. Keishin se quedó boquiabierto junto a Ramesh.

—¿Siempre… siempre ha sido así?

Una sonrisa triste apareció en los labios de su amigo.

—Te has pasado toda la vida observando el mundo desde la distancia. Siempre objetivo, siempre lejano. La ciencia era la jaula en la que decidiste vivir cuando tu madre te abandonó, un lugar donde nada podía hacerte daño como te lo hizo ella. Entre los confines de sus leyes, te sentías a salvo.

Señaló un hueco entre los barrotes, donde la puertita de la jaula estaba completamente abierta. Al otro lado, Hana se encontraba junto a la puerta de la casa de empeños.

—Pero ahora no estás atado por sus normas —continuó Ramesh—.

Eres libre, Kei. Para perdonar. Para odiar. Para amar a una mujer que te ha traicionado… y que ha sacrificado a su familia para salvarte la vida. —Un nudo agarrotó la garganta de Keishin. La libertad, en su forma más absoluta, era más terrorífica que los Shiikuin—. Lo que sentías por Hana no era mentira. Y ahora, al igual que ella, tienes una decisión que tomar.

—¿Kei? —La voz de Hana halló el camino hasta los pensamientos del joven—. ¿Has oído lo que he dicho?

—No, lo siento —mintió él—. Tan solo estaba tratando de averiguar cómo volver. No creo que vayamos a poder viajar en ningún rumor desde aquí, a menos que a las flores silvestres les guste cotillear.

El chillido de un Shiikuin atravesó el campo.

Keishin y Hana se pusieron en pie de golpe, espalda con espalda. Un coro de chillidos resonó a su alrededor.

Los ojos de Keishin recorrieron el campo a toda velocidad.

—¿Dónde están?

—Por todas partes.

CUARTA
PARTE

Si te caes siete veces,
levántate ocho.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Una bandada de grullas

Unos suaves golpeteos, como de gotas de lluvia cayendo sobre el suelo, llenaron el aire. Keishin pensó que la lluvia había decidido presentarse al fin. Aplaudía su elección del momento oportuno; así podría limpiar la sangre del campo cuando los Shiikuin terminaran con él. Esperó a quedarse empapado, pero entonces una pequeña grulla de papel lo golpeó en la nariz. Otra le dio en el hombro izquierdo. Levantó la mirada y vio grullas de origami de todos los colores volando en círculo por encima de él como una nube de tormenta, y cayendo como la lluvia sobre el campo.

—Pero ¿qué demonios…?

Los chillidos de los Shiikuin se volvieron más fuertes.

Hana recogió una grulla del suelo.

—Esto es obra de Haruto.

—¿Qué están haciendo aquí las grullas? ¿Por qué las ha enviado?

La alfombra de grullas se movió sobre las flores silvestres. Batieron las alas y se elevaron desde la tierra. Rodearon a Hana y a Keishin, levantando ráfagas de viento. El joven no podía ver nada más que el remolino de alas de papel. Se consoló al saber que la gruesa cortina de grullas funcionaba en ambos sentidos: los Shiikuin no podían cazar lo que no podían ver.

Hana señaló el suelo.

—Mira.

Keishin bajó la mirada. Sus pies flotaban a dos o tres centímetros sobre la flor más alta. La bandada de grullas aumentó en densidad, elevando a Hana y a Keishin hacia el cielo.

★★★

Keishin tardó un rato en acostumbrarse a flotar a través de la noche sobre una nube de grullas de papel. Los pájaros se mecían y se movían por debajo de él, turnándose para transportar su peso y el de Hana. Se imaginó que volar por debajo de ella era más difícil, porque la carga que llevaba era más pesada que la de él. Keishin no había dejado a sus padres a merced de los Shiikuin.

—Siento lo de tus padres.

—Han estado juntos al final. Tal como querían.

—Todavía podrían estar vivos.

Hana negó con la cabeza.

—Necesito creer que no lo están. Es más fácil aplazar el dolor que quedarme sin hacer nada. Si me permitiera pensar que todavía están vivos, saltaría de estas grullas, volvería corriendo a través de los túneles y trataría de salvarlos. Creer que han muerto me permite decirme a mí misma que ya podré llorarlos cuando tú estés a salvo.

—Hana…

—Mis padres tomaron su decisión, y yo he tomado la mía. Ellos se eligieron el uno al otro, y yo he elegido hacer lo correcto al fin.

★★★

Una casa de papel construida sobre un escarpado acantilado apareció a la vista conforme las grullas descendían. La luna proyectaba un resplandor pálido sobre su tejado y sus paredes de un papel blanco y reluciente.

—¿Por qué nos están llevando hasta la casa de Haruto? —preguntó Keishin—. ¿No se supone que tendría que estar escondido en casa de su madre?

—A lo mejor piensa que los Shiikuin creen que jamás se atrevería a volver aquí.

Las grullas se quedaron flotando sobre el suelo, permitiendo que Keishin y Hana se les bajaran de encima. Echaron a volar y se desperdigaron por el acantilado.

—Me pregunto cómo habrá hecho Haruto todas estas grullas —dijo Keishin—. No se le pueden haber curado las manos tan rápido.

—Tan solo hay una forma en la que habría podido curarse las manos tan rápido, pero espero que no haya sido lo bastante estúpido como para intentarlo.

—¿Qué forma?

—El puesto de curación en el Mercado Nocturno. Pero los precios son… demasiado altos.

★★★

Haruto aguardaba fuera de su casa, y saludó a Hana con unas manos perfectamente curadas.

—¿Qué tal el viaje?

Ella le miró fijamente las manos.

—Por favor, dime que no has ido al…

—He ido, y ya está hecho —dijo él.

—Idiota. —Hana apretó los dientes—. ¿Qué pago te han pedido?

Haruto cruzó los brazos por encima del pecho.

—Me imaginaba que este reencuentro iba a empezar contigo diciendo «gracias por habernos salvado la vida», y conmigo respondiendo «de nada».

—Gracias por habernos rescatado, Haruto —dijo Keishin—. Lo digo en serio.

—De nada, Keishin. —Haruto se giró hacia Hana—. ¿Ves? ¿No ha sido mucho más agradable así?

—Cuéntame lo que has pagado por las manos —exigió saber Hana.

—Lo que he pagado por ellas es asunto mío, no tuyo. —Se sacó un trozo de papel de la manga y lo lanzó al aire. Hizo un gesto con la mano, y el papel se plegó en forma de mariposa en mitad del aire—. Hasta he podido negociar unas cuantas mejoras.

—Haruto…

—Ya basta, Hana. Deberíamos entrar. —Una grulla se acercó volando y se posó sobre su hombro—. Las grullas me han dicho que los Shiikuin siguen dándoos caza.

★★★

Haruto se quedó sentado con las yemas de los dedos pegadas mientras Keishin y Hana lo ponían al corriente sobre lo que había ocurrido en los túneles.

—¿Y tu padre? —preguntó, esforzándose por mantener la voz firme—. ¿Qué le pasó?

Hana se tragó las lágrimas.

—Él…

—Él contuvo a los Shiikuin para que pudiéramos escapar —dijo Keishin—. No sabemos lo que ocurrió después de que nos marcháramos.

—Entonces, todavía podría estar vivo —replicó Haruto, mirando a Hana con esperanza. Ella bajó la mirada.

—Es una posibilidad —respondió Keishin.

—Hemos respondido a tus preguntas —dijo Hana—. Ahora tú tienes que responder a la mía.

—Ya te he dicho que lo que he pagado por mis manos no es asunto tuyo.

—Entonces, dime cómo sabías dónde encontrarnos.

Haruto puso las palmas sobre la mesa.

—Oí algo de lo más extraño cuando fui al Mercado Nocturno para que me sanaran las manos… susurros sobre un hombre del otro mundo.

—Y seguiste el rumor —comprendió Keishin.

—Mis grullas lo hicieron. El rumor era demasiado rápido para mí, y no tenía ninguna esperanza de poder subirme a un tren. Envié a mis grullas para buscaros. Tenía la sensación de que el rumor en el que habíais viajado era solo un trayecto de ida.

—Nos has salvado la vida —dijo Hana—. Gracias.

—Por fin. Algo de gratitud.

Hana consiguió esbozar el atisbo de una sonrisa.

—Disfrútala.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó Haruto.

—Voy a asegurarme de que Keishin vuelva a casa.

—¿Y después de eso? Los Shiikuin no permitirán que tus crímenes queden sin castigo.

—Todavía no he pensado en eso. —Hana se metió las manos en los bolsillos y sus dedos rozaron un orbe frío. Lo sacó y le limpió la sangre de su madre con la manga.

—Una perla *kioku*. —Haruto observó el océano dentro de la gema —. Recién recogida. ¿De quién es?

—De mi madre. Me la dio antes de que escapáramos. Me dijo que me mostraría la verdad.

—¿La verdad? —Haruto se inclinó hacia ella—. ¿Sobre qué?

Hana dejó la perla en mitad de la mesa. Comenzó a girar y a brillar con fuerza, agitando el océano que había en su interior. Las olas que se elevaban proyectaban sombras sobre las paredes de papel de la habitación. Las sombras se transformaron, y tejieron una historia a partir de la luz y la oscuridad.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

La decisión que robó Ishikawa Chiyo

Veintiún años antes.

El mapa sobre la piel de Chiyo resplandecía bajo la lluvia, cobrando vida sobre su reflejo en el estanque de la casa de empeños. Recorrió el mapa con la mirada, sabiendo a la perfección hacia dónde conducían todos y cada uno de los caminos tatuados en su cuerpo. Salía corriendo al jardín detrás de la casa de empeños cada vez que el cielo se ensombrecía, alimentando la minúscula esperanza de que algún día, si permanecía bajo la lluvia el tiempo suficiente, una tormenta revelaría un camino que hubiera pasado por alto.

—Chiyo. —Toshio se acercó a ella desde atrás y le puso un abrigo por encima de la cabeza—. Estás empapada. Entra.

—Solo un poco más.

Ella levantó las manos para atrapar la lluvia.

—Entra. Te voy a preparar un té.

Chiyo miró a su marido y observó su destino resplandeciendo sobre su piel. Le acarició la mejilla húmeda, pasando el pulgar por encima del camino que llevaba hasta su nombre.

—¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?

—Contentarte. ¿Cómo consigues no querer más que lo que ha escrito el Horishi?

—Lo siento.

La lluvia caía sobre el rostro de Toshio y hacía que a Chiyo le resultara imposible saber si estaba llorando.

—¿Por qué?

—Por no hacerte tan feliz como tú me haces a mí.

—Claro que me haces feliz, Toshio.

—Pero no lo suficiente —dijo él, conduciéndola de vuelta al interior de la casa.

★★★

Chiyo esperó a que Toshio se quedara dormido antes de salir de la cama y bajar la escalera a hurtadillas. Tuvo mucho cuidado de evitar el último escalón. La tormenta que aullaba en el exterior habría impedido que su marido oyera el crujido producido por ese peldaño, pero no quería correr ningún riesgo. Toshio no iba a entender por qué necesitaba abrir la cámara acorazada de la casa de empeños en mitad de la noche.

La mujer no había podido sacarse de la cabeza la decisión que habían empeñado ese día. Era la más deslumbrante que había visto jamás. Su marido le había dicho que, si esa decisión se hubiera tomado, podría haber cambiado el mundo. Chiyo se había quedado tumbada en la cama, escuchando la respiración de Toshio y contando los minutos hasta que pudiera volver a ver la decisión.

Sus dedos encontraron rápidamente en la oscuridad el nudo en el lateral de la estantería. Lo presionó y dejó que la estantería se

abriera. Los pájaros de la cámara acorazada la saludaron con una canción y Chiyo se apresuró a entrar, olvidándose de cerrar la puerta. Un pájaro posado en una jaula a su derecha brillaba con más fuerza que todos los demás. Ella desenganchó su jaula sin ningún otro plan que mirarlo más de cerca. El pájaro volaba frenéticamente, golpeando los barrotes.

—No voy a hacerte daño —dijo Chiyo, tratando de tranquilizar a la criatura—. Te lo prometo.

El pájaro golpeó la parte superior de la jaula e hizo que las otras aves de la cámara acorazada se pusieran a gorjear como enloquecidas.

—No… No… Callaos, por favor. Vais a despertar a Toshio.

La mujer echó un vistazo a la puerta totalmente abierta de la cámara acorazada. Abrazó la jaula del pájaro contra su pecho y salió corriendo.

★★★

El pájaro se quedó en silencio sobre su escritorio. Con cuidado, Chiyo levantó el envoltorio de seda de las cajitas de té que había colocado sobre su jaula. El pájaro se acicaló con calma sus relucientes plumas azules. Cuando la mujer se quitó las gafas y las colocó encima del libro de registros del mes, una botella de sake ocupó el lugar del pájaro.

Metió la mano dentro de la jaula y la sacó con cuidado. Aquella botella contenía todo el sake que su antigua dueña nunca se había bebido, en todas esas noches que había rechazado invitaciones para tener una vida fuera de su cubículo de trabajo gris. Tenía un plan y un calendario para sí misma, y se negaba a dejarse distraer. Con el tiempo, su espacio de trabajo gris se fue volviendo más grande. Al final, se convirtió en un despacho en una esquina de la planta superior del edificio. Las invitaciones se volvieron más escasas y más espaciadas conforme más se acercaba a la cima. Un día, dejaron de llegar. La mujer se quedaba sentada en su oficina todas las noches después de que todo el mundo se hubiera ido a su casa, preguntándose qué clase de vida podría haber tenido si hubiera

creído que se merecía un descanso. Se imaginó las conversaciones que habría compartido, la gente que habría podido conocer, el hombre del que tal vez se habría enamorado y la familia que habrían podido tener. Le gustaba pensar en los nombres que les habría puesto a sus hijos. Le tenía un cariño especial al nombre que había escogido para su hija.

Chiyo clavó la mirada en la botella de sake, envidiando a la clienta. El arrepentimiento era un lujo que no podía permitirse nadie de su mundo. La mujer se preguntó a qué sabría. Se llevó la botella a los labios, diciéndose que nadie se enteraría jamás si tan solo se tomaba un sorbo.

★★★

—¿Chiyo? —Toshio se acercó a su escritorio—. ¿Qué estás haciendo aquí abajo?

Ella bostezó y estiró los brazos por encima de su cabeza. Un cristal relucía en una esquina de su campo de visión. Se frotó los ojos y pestañeó. Había una botella de sake vacía tumbada de costado.

—No…

Chiyo ahogó un grito al recordar con un remolino de imágenes cómo un sorbo de sake se había convertido en muchos, y el último había sido el más largo de todos.

—¿Qué es esto? —dijo Toshio, alzando la botella y poniéndose las gafas sobre la nariz. Le tembló la mano y se le cayó la botella, como si estuviera ardiendo. Se hizo añicos contra el suelo.

—Perdóname… —le pidió ella.

—Chiyo, ¿qué es lo que has hecho?

—He… he robado algo que no era mío. —Apretó la mano sobre su vientre y sintió, de una forma que iba más allá de lo que cualquier palabra podría expresar jamás, que el camino que le había sido negado estaba creciendo dentro de ella—. Y su nombre es Hana.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Una decisión llamada Hana

Las olas del pequeño océano dentro de la perla se quedaron inmóviles. El orbe se atenuó, pero seguía teniendo absortas a las tres personas sentadas a su alrededor. Keishin fue el primero en apartar la mirada.

—Hana… —tartamudeó, tratando de recordar cómo se hablaba.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esto no puede ser verdad.

Keishin le tomó la mano, y la joven se aferró a él con la misma fuerza.

—Ahora lo entiendo —dijo Haruto en voz baja.

—¿Qué entiendes? —preguntó ella, levantando la cabeza.

—Por qué lo has elegido a él.

Hana le soltó la mano a Keishin.

—Haruto…

—Creo que esta es una conversación que deberíais mantener los dos a solas. —Keishin se puso en pie—. Si me necesitáis, estaré fuera —añadió, tocando el hombro de Hana con suavidad antes de marcharse de la habitación.

—Tú y él sois lo mismo, Hana. —Los dedos de Haruto flotaron sobre el lugar donde el Horishi le había tatuado el nombre de Hana en el brazo—. Tu nombre está en mi piel, pero hay dioses superiores que han tallado vuestros destinos en vuestros huesos. Tú y yo nunca

estuvimos destinados a estar juntos. A decir verdad, no necesitaba el recuerdo de tu madre para saberlo. Tan solo lo necesitaba para que me ayudara a encontrar la voluntad de admitirlo ante mí mismo. No cometí ningún error cuando acepté pagar el precio por sanar mis manos.

—¿Qué les pagaste, Haruto?

—No les he pagado nada. Todavía. Negocié para hacer el pago después de que las grullas te trajeran de vuelta. Necesitaba verte una última vez.

—¿Última vez? —Hana le aferró la manga—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué has hecho?

—He hecho lo que tenía que hacer. Mis manos estaban destrozadas. Sin ellas, era menos que nada. No tenía ningún propósito ni deber. No tenía vida. El dependiente del puesto de curación me dijo que podía arreglarme las manos, pero a un alto precio. Yo solo poseía una cosa que me resultara preciada: mis recuerdos de ti. Después de que te marches, regresaré al Mercado Nocturno y se los entregaré todos.

El color desapareció del rostro de Hana.

—No puedo permitir que hagas eso.

—¿Por qué no? La tinta que el Horishi tomó de tu padre no era suficiente para escribir una vida entera para mí. Tu padre te ha dicho que solo me queda un año de vida. Déjame vivir lo que me resta sin anhelar algo que no puedo tener. Si no puedes darme tu amor, entonces al menos permíteme que encuentre la paz.

Unos gritos penetrantes atravesaron las paredes de papel de la casa de Haruto.

Él se puso en pie de golpe.

—Los Shiikuin.

Keishin atravesó la puerta corriendo.

—Están aquí.

—¿Cuántos hay? —preguntó Hana.

—Demasiados. —Keishin echó el cerrojo a la puerta de papel—. Tenemos que salir de aquí. Van a destrozar estas paredes.

—Mi papel es más fuerte de lo que piensas —replicó Haruto—. Y no van a tener que destrozar ninguna pared si les dejáis entrar. Abre

la puerta, Keishin.

—¿Que abra la puerta? ¿Te has vuelto loco? —dijo él.

—Cuando os dé la señal, corred por esa puerta —los instruyó Haruto.

—¿Qué puerta? —preguntó Keishin.

Haruto agitó la mano hacia la pared que daba el acantilado. El papel se rasgó y se plegó hasta formar una puerta.

—Esa de ahí.

—Hay una caída de treinta metros detrás de ella —señaló Keishin.

—Confía en mí —dijo Haruto—. No os caeréis.

—¿Caeréis? —repitió Hana—. ¿Es que no vas a venir con nosotros?

Haruto la tomó entre sus brazos y le besó la parte superior de la cabeza.

—Ninguno de vosotros dos pertenece a este mundo. No deberíais tener que morir aquí.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella, apartándose de él.

—Estoy diciendo que he cambiado de opinión. Morir mientras te recuerdo es mejor que vivir un solo día sin saber tu nombre.

Haruto abrió la puerta de entrada.

Siete Shiikuin irrumpieron en su hogar.

—¡Ahora, Hana!

Haruto hizo un giro de muñeca en dirección a la puerta que daba al acantilado. Esta se abrió para revelar una pronunciada caída.

—¡No! —gritó Hana mientras los Shiikuin se acercaban.

Keishin la sujetó por la cintura y atravesó la puerta, lanzándose con ella hacia el vacío.

★★★

Un mar de grullas frenó su caída. Transportaron a Keishin y a Hana sobre sus lomos, más allá del borde del acantilado y subiendo hacia el cielo. Ella se arrastró hasta el borde de las grullas y escudriñó el suelo para buscar la casa de Haruto. La casa de papel tembló y comenzó a plegarse sobre sí misma. Los Shiikuin chillaban desde su interior.

—¡No! —gritó Hana mientras la casa se encogía con cada pliegue

—. ¿Qué está haciendo?

Keishin tiró de ella para apartarla del borde.

—Mantenerte a salvo.

Hana tembló mientras veía cómo la casa se plegaba, una y otra vez, hasta que lo único que quedó fue un acantilado vacío y el recuerdo de la casa de papel y del hombre que solía vivir en ella.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Un millar de lunas de agua

Una grulla se quedó ahí, picoteando un guijarro junto a los pies de Hana. Ella se agachó para recogerla, pero la grulla salió volando antes de que pudiera atraparla. Batió sus alas de papel y se elevó hacia el cielo para unirse a las demás mientras desaparecían por detrás de las nubes.

—Se han ido. —Hana miró fijamente la calle a la que las grullas de Haruto los habían llevado. La casa de empeños distaba apenas unos pasos, pero no era capaz de encontrar las fuerzas ni la voluntad para mover los pies—. Y él se ha ido. Ya no me queda nadie.

—Ven conmigo —dijo Keishin.

—¿Qué?

—Ven conmigo a mi mundo… a nuestro mundo.

—Ese no es mi lugar.

—Pero este tampoco es tu lugar. Aquí ya no queda nada para ti, Hana. ¿De verdad te quieres pasar el resto de tu vida huyendo de los Shiikuin?

—No tengo elección.

—Tienes más elecciones de las que jamás has tenido en la vida. Izquierda. Derecha. Arriba. Abajo. Puedes ir a cualquier parte. Ser quien tú quieras. Lo único que tienes que hacer es cruzar una puerta. Conmigo.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros jamás os dejaremos marchar.

Un coro de voces estridentes se derramó de las bocas de los dos Shiikuin que aparecieron al final de la calle.

★★★

Hana y Keishin atravesaron corriendo la casa de empeños mientras los chillidos de los Shiikuin sonaban cada vez más fuerte detrás de ellos. La joven abrió de golpe la puerta de entrada. Una lluvia cegadora soplaba a través del umbral, empapando el suelo.

—¡Vete! —gritó por encima de la tormenta.

La lluvia azotaba a Keishin. Él le tendió la mano.

—Ven conmigo.

Las garras de uno de los Shiikuin se cerraron alrededor del brazo de Hana. Keishin se abalanzó hacia la criatura y forcejeó con ella para tirarla al suelo. El Shiikuin le lanzó un zarpazo a la cara y le abrió un corte en la mejilla.

—¡Kei! —dijo Hana, corriendo hacia él.

Una puerta se cerró de golpe por encima de su voz. Sonó un cerrojo.

Hana se dio la vuelta. El segundo Shiikuin se giró a su vez desde la puerta cerrada, con la ilusión de una mueca desdeñosa retorciéndose sobre su máscara.

El otro monstruo se liberó de Keishin y se puso en pie junto al que estaba bloqueando la puerta.

—No tenéis forma de salir —dijeron a coro.

—Pero sí que tenemos forma de bajar.

Hana tomó a Keishin de la mano y se abalanzó contra el charco de lluvia que había sobre el suelo de la casa de empeños.

★★★

Unas lunas doradas resplandecían por encima del agua. Hana y Keishin nadaron hacia ellas. Atravesaron la superficie y fueron hacia la balsa de goma que flotaba cerca de ellos. Keishin se subió y

ayudó a Hana a montarse a bordo. Se tumbaron, completamente secos. El joven miró el cielo de lunas doradas. Los detectores de luz se encontraban mucho más cerca de la superficie del agua que en el recuerdo que había tomado prestado de su compañero de trabajo. El tanque de agua del Super-Kamiokande estaba casi lleno, y si se ponía de puntillas podría tocar las bombillas de cristal.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Pensaba que los charcos solo podían llevarte a lugares de tu… —Keishin se interrumpió—. Del otro mundo.

—El charco al que nos lanzamos no era de ese mundo. Era de este. No estaba segura de que fuera a funcionar. Tan solo recé para que me entendiera cuando le pedí que nos trajera a un lugar seguro.

Un destello de pánico apareció en los ojos de Keishin.

—¿Eso significa que los Shiikuin también pueden utilizar ese charco?

—Estoy contando con ello.

—¿Quieres que los Shiikuin nos sigan? ¿Por qué?

—Porque estoy cansada de huir. Cuando me trajiste hasta aquí por primera vez te dije que esto era una trampa hermosa. —Hana le entregó un remo a Keishin—. Ahora tenemos oportunidad de utilizarla.

Unas garras rompieron la superficie del agua a ambos lados de la balsa. Hana empujó a un Shiikuin con el remo, impidiendo que emergiera. Keishin golpeó con el suyo a la criatura que había de su lado. Los monstruos chillaron, con las voces distorsionadas por el agua. Cada vez que sus zarpas aparecían en la superficie, los dos jóvenes los golpeaban.

—¿Cuánto tiempo pueden seguir así? —jadeó Keishin, golpeando al Shiikuin en la cabeza. Su máscara se agrietó, y reveló el rostro en descomposición que había debajo. Unos fragmentos de metal cubrían el agujero donde debería haber estado la nariz—. ¿Por qué no se han ahogado todavía?

—Porque no pueden.

—Los Shiikuin no pueden morir… —dijo Keishin, recordando lo que Toshio les había contado—. Tan solo se cambian partes cuando se descomponen.

—Por partes de metal.

Hana golpeó el hombro de la criatura.

—Si estás esperando que el agua los disuelva como el martillo del que te hablé, eso no va a pasar. —Keishin empujó al Shiikuin de la balsa—. Al menos, no antes de que nuestros brazos cedan.

El agua se quedó inmóvil. El joven sostuvo el remo por encima de la cabeza, esperando a que el monstruo emergiera.

Hana se sentó de nuevo en la balsa, y dejó descansar el remo a su lado.

—Ya está.

—¿Que ya está? ¿Cómo?

Keishin escudriñó el agua en calma.

—El tiempo transcurre de forma diferente para los Shiikuin. Una vida entera debería ser tiempo más que suficiente para que el agua consumiera cualquier fragmento de piel y de metal.

★★★

Keishin remó para llevar la balsa hasta una abertura en la parte superior del tanque. Hana se inclinó hacia atrás, y observó las ondas que se formaban en el agua.

—Hana.

Keishin pronunció su nombre con tanta suavidad que ella se preguntó si habría hablado o suspirado.

—¿Has dicho algo? —le preguntó, levantando la mirada.

—Tan solo estaba probando una cosa.

—¿El qué?

—Si todavía recordaba tu nombre. Me preocupaba olvidarte ahora que vuelvo a estar aquí. Pero no lo he hecho. —Keishin sonrió—. Lo recuerdo todo.

—A lo mejor es porque eres de los dos mundos.

—Al igual que tú.

—Al igual que yo… —Hana se pasó la mano por el brazo—. Todavía estoy aquí.

—Supongo que esto significa que los dos teníamos razón sobre lo de que el tiempo atmosférico nos odiaba —dijo él, pero ella se

quedó mirando su propio reflejo en el agua—. ¿Hana? ¿Estás bien?

La joven respiró hondo.

—Los Shiikuin no van a dejar de perseguirnos jamás, Kei. Es su deber. No conocen otra cosa.

—Ya casi hemos llegado a la escotilla. Estamos a salvo.

Hana se aferró a los laterales de la balsa.

—Esto está demasiado tranquilo.

—Estamos debajo de una montaña. Se supone que debería estar tranquilo. Me preocuparía si no fuera así.

—Tal vez, si puedo encontrar una forma de volver, te dejarán en paz.

—Hana, para. No pienses en eso siquiera.

—No pensar en ello no hará que sea menos cierto. No me importa lo que me hagan. Pueden quitarme los ojos. Las manos. La vida. Pero jamás me lo perdonaría si te encontraran a ti.

—Mira a tu alrededor, Hana. Hemos escapado. Somos libres.

—Todavía puedo sentirlos, Kei. Todavía puedo oír sus chillidos. Están cerca. Lo sé.

Keishin dejó de remar.

—Ven aquí —dijo, y la rodeó con los brazos. Le besó la parte superior de la cabeza—. Hana…

Unas garras salieron del agua y se le hundieron en el brazo. Keishin gritó de dolor y la sangre se derramó de su herida. El Shiikuin se subió a la balsa, aferrando el brazo sangrante del joven.

—No deberíais estar aquí —chilló.

—Y tú tampoco.

Hana saltó contra el Shiikuin y se lanzó al agua junto a la criatura. El reflejo ondulado de un millar de lunas doradas se los tragó enteros antes de que Keishin pudiera gritar.

CAPÍTULO SESENTA

Un año después

Todas las historias de amor comenzaban con una palabra y terminaban con otra. «Hola, adiós». «Quédate, márchate». «Sí, no». Cuando Keishin había conocido a Jackie durante su segundo curso en la universidad, iniciaron su relación con un «por favor» común y corriente y la finalizaron cuatro meses más tarde con un cortés «gracias».

Un año después de que Hana se desvaneciera del tanque de agua del Super-Kamiokande, Keishin se esforzaba por recordar cuáles habían sido sus palabras. Se inclinaba a pensar que «lo siento» habían sido las primeras. Era su apuesta más segura. Se habían perjudicado mutuamente y buscado perdón tantas veces que, por una cuestión estadística, una de las disculpas tenía una alta probabilidad de bordear la frontera entre el lugar donde había terminado su amistad y donde había comenzado algo más complicado de describir. Determinar cuál había sido su última palabra era más difícil. Su último recuerdo de Hana estaba compuesto por gritos.

Keishin esperaba fuera del restaurante de ramen, con las manos profundamente metidas en los bolsillos de su abrigo para mantener

el calor. Dos personas temblaban en la cola por delante de él. Deseó que hubiera más. La esperanza le hacía compañía mientras esperaba, y lo abandonaba en cuanto entraba por la puerta. Un año de decepciones le había hecho perder el gusto por el ramen, pero eso no le impedía regresar al restaurante cada vez que podía. Aun así, había días en los que hacer el viaje desde Gifu hasta Tokio le parecía tan inútil como tratar de estirar la mano para atrapar la luna. Aquellos eran los mismos días en los que se preguntaba si el auténtico Keishin se había quedado atrás, en el mundo de Hana, y un Shiikuin había ocupado su lugar. Permanecía sentado en el tren, frío y sin alma, como un cascarón vacío.

A pesar de lo que Keishin había aprendido sobre biología, un propósito era más importante para mantener a alguien con vida que la sangre en sus venas. Al haber perdido el suyo, le sorprendía que todavía siguiera respirando. Pero pensaba que esa era una de las cosas extrañas de ser humano. Incluso cuando no tenías nada por lo que vivir, siempre iba a haber alguna parte de ti que se negara a morir.

Un grupo de tres personas salió del restaurante, con los estómagos llenos y las caras satisfechas. El hombre con barba que se encargaba de la cola hizo un gesto para que entraran las siguientes tres personas que esperaban. Keishin tomó aire y cerró los ojos. Cruzó la puerta, repitiendo una plegaria ferviente y desgastada. «Por favor, por favor, que esté ahí».

El tintineo de los cuencos y los vasos le dio a Keishin una respuesta que no deseaba oír. Giró sobre sus talones y se marchó, disculpándose con el camarero que lo había dejado pasar.

★★★

El cielo se abrió y se vació sobre Keishin, calándole los zapatos y los calcetines. Ya se lo esperaba. Todos los informes meteorológicos de ese día le habían dicho que iba a llover. Por eso había dejado el paraguas en Gifu. Quería tener todas las probabilidades de acabar empapado. Tomó el camino más largo de vuelta a la estación de tren y se levantó las mangas. Tal vez, en esta ocasión encontraría el

tatuaje con el nombre de Hana en la muñeca y tendría una prueba de que conocerla había sido algo más que un simple sueño. Sin él, lo único que le quedaba era todo un año de billetes de tren y tiques del restaurante de ramen.

—Te dije que te trajeras un paraguas. —Ramesh caminaba junto a él, refugiándose por debajo de un gran paraguas negro—. Me ofrecería a compartir el mío contigo, pero no estoy aquí de verdad.

La lluvia pegaba el mechón plateado del pelo de Keishin a su cara.

—Me gustaba más cuando quedábamos en el restaurante.

—Elegiste salir de esa jaula. Ya no puedes volver.

—Elegí a Hana. —Keishin clavó la mirada en el punto vacío de su muñeca mojada—. Pero no está aquí.

—Lo siento, Kei —dijo Ramesh—. Pero este es un problema que no puedo ayudarte a resolver.

El joven se metió las manos en los bolsillos y caminó fatigosamente hacia la estación, conteniendo el aliento mientras pisaba todos los charcos que podía.

—Lo sé.

★★★

Su padre le había dicho una vez que tan solo existía una forma de medir lo bien que una persona había pasado el día. Dependía de la cantidad de tiempo que se pasara anhelando el futuro o arrepintiéndose de su pasado. Según esa escala, Keishin sin duda estaba teniendo un día terrible. Se sonó la nariz y se arrepintió con cada tos seca de su decisión de ahogarse bajo la lluvia. Se aovilló bajo las mantas, temblando. Un golpe en la puerta lo distrajo de su miseria.

—Pasa —dijo, con la voz áspera después de una noche de toser sin parar.

—La cena está servida. —Hana entró en la habitación con un cuenco de sopa sobre una bandeja y la dejó sobre su mesita de noche. Había trozos de tofu y algas ralladas flotando sobre un caldo claro—. ¿Cómo está mi paciente?

Keishin se incorporó contra el cabecero de la cama.

—Mejor.

—No parece que estés mejor. Déjame tomarte la temperatura.

Le colocó un termómetro digital por debajo del brazo.

—Gracias por la sopa.

—De nada —dijo Hana—. La he hecho de cero. He abierto el paquete y le he echado agua hirviendo por encima yo solita.

Keishin se rio entre dientes y después se atragantó con una tos áspera.

Un pitido agudo lo interrumpió. Hana tomó el termómetro y observó la pequeña pantalla. Después, lo sostuvo delante de él.

—Estás ardiendo.

Keishin apartó el termómetro y tosió.

—Estoy bien.

Hana puso los ojos en blanco y le dio dos comprimidos de paracetamol.

—Tómate esto e intenta dormir un poco.

—No. —Keishin le agarró la mano, y los comprimidos se cayeron al suelo—. No quiero.

—¿Por qué no? —preguntó ella, pasándole un paño húmedo por la frente.

—Porque, cuando me despierte, habrás desaparecido. Sé que no eres más que un sueño. Lo único peor que perderte es tener que perderte una y otra vez.

—¿Ya has soñado conmigo antes?

—Muchas veces. Eran sueños diferentes, pero todos acababan de la misma manera —sollozó Keishin—. Tú te marchabas.

—A lo mejor esta vez es distinto. —Hana se subió a la cama junto a él—. A lo mejor me quedo.

Keishin la rodeó con los brazos.

—Se acabaron las mentiras, ¿recuerdas?

—No es una mentira. Es un deseo. Desearía ser real.

Keishin trató de secarse las lágrimas, pero cayeron más. Le gustaría pedirles que se detuvieran, pero aunque solo fuera un sueño, la única ley que seguían era la de la gravedad.

—¿Sabes lo que deseo yo? Deseo poder llorarte. El duelo termina. Pero no puedo llorarte. No estás muerta. Tan solo has…

desaparecido. Y no puedo hacer una mierda al respecto.

—Lo siento.

Hana apoyó la cabeza sobre su pecho.

—No sabes cuánto te echo de menos, Hana.

—Yo también te echo de menos.

—¿Puedes contarme una historia? —Keishin cerró los ojos—. ¿Solo hasta que me quede dormido?

—¿Qué historia te gustaría oír?

—La del pescador y la tortuga que se convirtió en princesa. —Acercó a Hana más a él—. Pero esta vez no permitas que la deje en el mar.

—De acuerdo, pero solo si tú también aceptas hacer algo por mí.

—Lo que sea.

—Deja de buscarme, Kei. Yo vivo en tu pasado. Puedes hacer cola frente al restaurante todas las veces que quieras, pero no hay ninguna puerta hacia el ayer.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

El último cuenco de ramen

Su aspecto era exactamente igual que el del primer cuenco de ramen que había comido en el restaurante, pero su sabor no se parecía en nada. Dos años de visitar el restaurante y no encontrar nada más que un comedor abarrotado detrás de su puerta le había agriado la sopa. Keishin se atragantó y se esforzó por no escupirla.

Una mujer que llevaba un collar de perlas de plástico baratas ocupó el asiento vacío junto a él en la barra. El moño que recogía su pelo plateado amenazaba con deshacerse. Se había puesto una camiseta desteñida con el logotipo impreso de una pequeña cadena de floristerías.

Keishin pensó que la gente se parecía mucho a los neutrinos. Una cantidad incontable pasaba a través de ti, desapercibidos e invisibles. Las únicas veces que se pueden ver los neutrinos es cuando impactan con una molécula de agua. En el caso de la mujer de pelo plateado, Keishin no se habría fijado en ella si la chapa rosada con su nombre no se le hubiera desprendido de la camiseta y no hubiera caído repiqueteando junto a su pie. La levantó y se la entregó.

—Gracias. —La mujer metió la chapa en un bolso demasiado repleto y le sonrió—. Me resultas muy familiar. ¿Sueles venir por aquí?

—No. —Él se apartó de la cara un mechón de pelo plateado—. Vivo en Gifu.

—¿En Gifu? Es un viaje bastante largo para venir a comer ramen. Pero lo entiendo; es el mejor de la ciudad. ¿Puedo preguntar qué es lo que haces en Gifu?

Keishin dejó los palillos.

—Observo las estrellas desde debajo de una montaña.

La mujer alzó las cejas.

—¿No sería más fácil observar las estrellas desde la cima de la montaña?

—Le transmitiré su sugerencia a mi jefe. ¿Y qué hay de usted? ¿A qué se dedica? No, espere. A ver si lo adivino. Trabaja en una floristería.

—¿Cómo has…? —La mujer bajó la mirada hasta su camiseta y se rio entre dientes—. Ah.

—¿Le gusta trabajar allí?

—La mayoría de los días. La gente siempre está contenta cuando compra flores. —La mujer miró a Keishin con los ojos entrecerrados —. ¿Estás seguro de que no nos hemos conocido antes?

—No, me parece que no.

—La mente te juega malas pasadas cuando vas envejeciendo. O tal vez no sea más que un deseo imposible.

—¿Un deseo imposible?

—Mi hijo tendría tu edad ahora. Pero… Yo… eh… Perdimos el contacto hace mucho tiempo.

—Siento oír eso. Un hijo no debería abandonar a su madre.

La mujer clavó la mirada en sus pies.

—No lo hizo.

—Ah —dijo Keishin en voz baja—. Ya veo.

—Haberlo abandonado fue el peor error de mi vida —añadió la mujer, como si el restaurante entero hubiera desaparecido y no estuviera hablando con nadie más que consigo misma.

—¿Por qué lo hizo?

—Por la misma razón por la que todos los estúpidos renuncian a las cosas buenas. Nos miramos las manos y nos preguntamos lo que podríamos tener en ellas si estuvieran vacías. —Se apresuró a secarse las lágrimas—. Lo siento. No sé por qué te estoy contando todo esto. Es que me resultas muy familiar. Siento como si te conociera. Perdóname, por favor. Te dejaré comer tranquilo.

—¿Alguna vez piensa en su hijo?

—A todas horas. Me pregunto si nos habremos cruzado por la calle, o si nos habremos sentado el uno junto al otro en algún restaurante como este. A veces, consigo convencerme a mí misma de que lo he visto entre la multitud, a pesar de que no sé qué aspecto tiene. La soledad y el arrepentimiento tienen la cualidad de hacerte ver cosas que no están allí en realidad.

Keishin miró fijamente su cuenco de ramen. Tenía la intención de que aquel fuera el último que tomaría en ese restaurante. Dos años eran demasiado tiempo para seguir haciendo cola por un cuenco lleno de decepción. Se había dicho a sí mismo que, si no encontraba a Hana ese día, iba a renunciar a ella. Esperar por nada lo hería más profundamente que las garras de los Shiikuin. Se tocó la tenue cicatriz que le cruzaba la mejilla.

—Sí, así es.

—Lo siento —dijo la mujer—. Se te ha enfriado el ramen.

—No pasa nada —respondió él—. No me importa.

—Siento que hayas tenido la mala suerte de sentarte junto a una mujer estúpida que no tiene a nadie más con quien hablar. Mi jefe me reprende cada vez que me paso demasiado tiempo charlando con los clientes. Me dijo que debería buscarme un gato, para tener con quien hablar cuando llego a casa. Eres un hombre muy paciente por aguantarme de esta manera. —Le sonrió—. Cualquier madre sería afortunada de tener un hijo como tú.

—¿Incluso usted?

—Por supuesto. Muy afortunada. La alegría de una madre es criar a un hijo que sea considerado y amable, incluso con gente que no conoce. Es una felicidad a cuyo derecho a conocer renuncié, así que doy las gracias por las escasas ocasiones en las que puedo ver un atisbo de ella.

Keishin comprobó su reloj y se puso en pie.

—Lo siento. Tengo que irme. Voy a perder el tren. Pero, por favor, permítame pagarle la comida.

Ella negó con la cabeza.

—No. No podría obligarte.

—Insisto. Mi madre me reprendería si no lo hiciera.

—Gracias. —La mujer sonrió—. Que tengas buen viaje.

Keishin se inclinó ante ella.

—Que tenga un buen día, Takeda-san —dijo, repitiendo el nombre que había leído en su chapa. Había esperado que el nombre de su madre supiera amargo, pero no fue así. Pensó que, con el tiempo, tal vez hasta podría llegar a saber dulce—. Espero que volvamos a vernos algún día.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Cinco años después

Universidad. Matrimonio. Hijos. Esas son las grandes decisiones que las personas creen que importan. Por supuesto, están equivocadas. En realidad, son las decisiones que la gente ni siquiera se da cuenta de que está tomando las que determinan el rumbo de sus vidas. Los cambios son pequeños, diminutos incluso, pero, mediante las inclinaciones más minúsculas, empujan a una persona en la dirección de lo que va a ocurrir después.

En el caso de Keishin, todo lo que iba a definir el resto de su vida quedó decidido en el segundo en que sus ojos se desviaron del ramen instantáneo de cerdo picante al de sabor a pollo, y después volvieron al de cerdo. Llevó la mano al paquete de un rojo intenso y lo dejó en una cesta de plástico verde. Aquel no era el momento de experimentar con sabores nuevos. Su vuelo hasta Suiza era a las seis de la mañana siguiente, y lo último que necesitaba era tener el estómago revuelto. En menos de veinticuatro horas, iba a plantarse

frente a un auditorio lleno de científicos y prensa y anunciar el mayor descubrimiento científico de las últimas cinco décadas. Ensayó su discurso en la cabeza. Entonces, su móvil sonó por encima de sus pensamientos.

—¿Okaa-san? —respondió.

—Keishin, acuérdate de no comer nada picante antes de tu vuelo —dijo Takeda Izumi desde el otro lado de la línea—. No querrás tener el estómago revuelto antes de tu discurso.

—No te preocupes —replicó él—. No lo haré.

—Creo que yo estoy más nerviosa que tú.

—Como alguien que tiene cierta autoridad sobre la materia, puedo decir que científicamente eso no es posible.

—Estoy muy orgullosa de ti, Keishin. Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos vemos cuando regrese.

Keishin se metió el móvil en el bolsillo. Retrocedió un paso desde el estante del ramen, y plantó el grueso talón de su bota justo encima de algo que claramente era demasiado blando como para ser el suelo de baldosas de la tienda de alimentación. Un grito agudo rompió cualquier esperanza de que hubiera pisado algún pastelito perdido en lugar del pie de un desconocido. Se dio la vuelta, y una disculpa salió de su boca por delante de él.

—Madre mía. Lo siento mucho.

—No pasa nada. —Una mujer con una coleta que le apartaba el pelo de la cara en forma de corazón lo miró sonriendo—. Estoy acostumbrada.

—Hana…

A Keishin se le cayó la cesta. Estrechó a la joven entre sus brazos y rompió a llorar.

—Siento llegar tarde —sollozó ella contra su hombro.

Keishin la dejó en el suelo, negándose a pestañear, preocupado de que, si lo hacía, Hana fuera a desaparecer.

—Volví al restaurante muchísimas veces, pero la casa de empeños jamás apareció. Comenzaba a pensar que todo lo que había ocurrido en tu mundo no había sido más que un sueño.

—No podías encontrar la casa de empeños porque la destruí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mi mundo estaba roto, y alguien tenía que arreglarlo. Los niños de los túneles me hicieron darme cuenta de que jamás necesitamos las decisiones que adquiría la casa de empeños. Llevábamos tanto tiempo contándonos una mentira que la volvimos real. Nos atrapamos a nosotros mismos en un mito que olvidábamos haber creado. Aprender a vivir con libertad es casi tan difícil como aprender a vivir sin ella. Pero el trabajo ya ha empezado. Todavía falta un camino muy largo por recorrer, pero ahora hay muchos que están construyendo un nuevo rumbo. Ya no me necesitan.

—¿Eso significa que…?

—Voy a quedarme —dijo Hana—. Contigo.

Keishin la atrajo a él para abrazarla.

—No me puedo creer que estés aquí. Pero, si has destruido la casa de empeños, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Recoger agua de lluvia siempre es buena idea; nunca se sabe cuándo la vas a necesitar. —Sacó una botellita color ámbar de su bolso—. Un poquito puede llegar muy lejos. —Volvió a meter la botella en el bolso y le tendió la mano—. Hola. Me llamo Hana. ¿Tú cómo te llamas?

Keishin arqueó una ceja.

—¿Qué estás haciendo?

—Empezar de nuevo. Debería ser interesante tratar de conocernos ahora que no estamos huyendo por salvar nuestras vidas, ¿no te parece?

Keishin se rio y se dio cuenta de que estaba llorando al mismo tiempo. Su pecho se aligeró mientras sus lágrimas caían. Pensó que era increíble lo mucho que pesaban las lágrimas.

—Empezar de nuevo sin ninguna mentira. —Sonrió a través del llanto y le dio la mano—. Yo me llamo Keishin. Soy doctor. De los que no sirven para nada.

—Encantada de cono…

—Hana, espera. Ahora que lo pienso, creo que tal vez queramos reservarnos el derecho a contarnos alguna mentira de vez en cuando.

—¿Eh?

—Mentiras pequeñas, ya sabes, para las veces que tal vez me

preguntes si un vestido te hace parecer gorda, o que yo te pregunte lo que piensas sobre lo que he cocinado.

Hana se rio y unió las manos por detrás de la nuca de Keishin.

—Entonces… —Lo miró con una sonrisa—. ¿Has cambiado el mundo ya?

—Todavía no, pero lo haré. —Keishin comprobó su reloj—. Dentro de unas veinticuatro horas, el mundo descubrirá por fin para qué sirve realmente un bolso. Y no quiero perder ni un solo segundo más de ese tiempo dentro de esta tienda.

—Está lloviendo.

—¿Cuál es la novedad? —Keishin condujo a Hana al exterior y corrió hacia el chaparrón—-. No es más que la forma que tiene el tiempo atmosférico de decirnos que no estamos hechos para este mundo.

—O tal vez sea que todo este tiempo ha estado tratando de decirnos otra cosa.

Hana llevó la mano a la cara de Keishin, empapada por la lluvia.

—¿Como qué? —preguntó él, y acercó los labios a los suyos.

—Que estamos hechos el uno para el otro.

AGRADECIMIENTOS

Este libro está entre tus manos porque he tenido la enorme suerte de haber conocido a gente en esta vida que, por razones que jamás llegaré a comprender, sigue empeñada en creer que las palabras que me despiertan a las tres de la mañana son dignas de imprimirse en una página.

A mis padres, mi abuela y mi familia, que han adorado todo lo que he escrito desde antes de que pudiera deletrear.

A mis hijos, en quienes confío para que suelten un gruñido o pongan los ojos en blanco ante el más mínimo atisbo de algo que dé vergüenza ajena o sea un topicazo.

A «La Pandilla», que no se ha cansado de sacarme de mi cueva de escritura con noches de vino, comida, charla, ¿y he dicho «vino»?

A Aueeie y Mina, que se han subido valientemente a esta montaña rusa conmigo.

A Tricia y Frankie, cuya visión, sabiduría y orientación me han ayudado a convertir este libro en su mejor versión.

A Amy, cuya pasión contagiosa y fe en esta historia me han dado una nueva oportunidad de hacer lo que amo.

Al increíble Equipo Luna de Agua de Penguin Random House y a mis editores internacionales, que han entregado sus corazones, su tiempo y su talento para que este libro cobrara vida.

A Regina Flath y Fritz Metsch, cuya creatividad ha dado lugar a este libro tan maravillosamente diseñado.

A Haylee Morice, por la mágica ilustración de cubierta que ha atrapado profundamente el espíritu de esta historia.

A Sachiko Suzuki, por su cuidadosa revisión y sus reflexivos análisis con los que se ha asegurado de que la hermosa cultura que inspiró esta historia fuera tratada con el mayor respeto y sensibilidad.

A Tennant, Alfie y Westley, que son perretes que no pueden leer este libro pero que, a lo largo de su exitosa carrera de comerse

cosas que no deberían, me lo han enseñado todo sobre vivir sin arrepentirme de nada.

Y, por último, al hombre con el que he compartido la mitad de mi vida, la decisión que volvería a tomar una y otra vez.

Gracias. Gracias. Gracias.

¿TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

plataeditores

PlataEditores